VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 24.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez,
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

TOMO II

MEXICO

IMPRENTA DEL COMERCIO, DE DUBLAN Y CHAVEZ

Calle de Cordobanes número 8

1878

I

City-Hotel.—Primeras impresiones.—Primer romance á Carrascosa.

PEREZOSA y malmodienta me saludó la aurora del 13, que 13 habia de ser para anunciarme duelos y quebrantos; y fué el saludo entre tales lloriqueos de lluvia, que realmente me partieron el corazon.

La gran distancia á que me encontraba de mis compañeros, porque realmente estaba habitando entre las nubes, la estrechez del cuarto, el amontonamiento de paredes y tejados, cucuruchos de palo y tejavanas, me tenian como preso.

No obstante lo reducido del cuarto, era por demás sombrío: prendí un cerillo, extrayéndolo de un zoquete de madera que tiene, en figura de peine, divididos los palillos que se van arrancando á medida que la necesidad obliga. La pestilencia á azufre de los tales fosforitos, es intolerable.

La lluvia me redujo á prision.

En el primer piso, en vecindad armónica con el comedor y el salon de lectura, está la barbería, servida por unos negros de greña canosa, corbatas azules y desgobernada chancla, que deja percibir talones como matatenas. Habia tambien unos baños dispuestos, por la pulmonía y el desaseo, á las mil maravillas.

Para distraer mi tristeza, tomé la pluma y escribí á San Francisco á José Carrascosa, dándole cuenta de mis primeras impresiones. Suena la música:

PRIMER ROMANCE A JOSE CARRASCOSA.

Adorado San Francisco,
Padre y consuelo del pobre,
Tú que á la Alta California
Diste tu divino nombre,
Para gloria de los pueblos,
Para encanto de los hombres,
Sabe que miéntras fuí tu hijo
Todo eran dichas y goces:
Mar tranquilo, hermoso cielo,
Dulces frutas, lindas flores,
Mujeres como deidades,
Caballeros los varones.....
Tú me fingiste á mi patria,
Y lo diré con mil voces,
Donde en medio á los ensueños
Olvidaba los dolores,
Y no me sentí extranjero,
Mudo, estúpido, alcornoque,

Ludibrio de la fortuna,
Y ya orangutan, ya poste,
Hasta que dejé tus playas,
Y viendo otros horizontes,
La humanidad se jaspeaba
De razas y de colores,
Y se acercaba la *Irlanda*
Para darme vil garrote.
Llegamos entre las sombras
Arañando media noche,
Que es hora de los espantos
Y de los hechos atroces:
Sumidos entre envoltorios
Naufragamos dentro un coche,
Más brincador que un becerro,
Más estirado que un Dómine,
Y con más inconvenientes
Que una junta de acreedores.
En un hotel no hay posada,
En otro, faltan colchones,
Y por fin, aquí paramos
Cansados de ver visiones,
Y conforme á un presupuesto
En que cada cual dispone
El hasta aquí, si se alarga,
Y el hasta aquí, si se encoge....
Eso fué trepar, amigo;
No era un piso, eran catorce;
Era un ascenso á la luna;
Era romperse los goznes;
Eran el asma y la asfixia
En competencias atroces;
Eran del aire y del trueno
Los oscuros horizontes,

Sin escuchar de la gloria
Ni el tambor ni los violones.
Despues de cien escaleras,
Puentes, trampas y recortes,
De atravesar por cañutos
Que atrás dejan, no te asombres,
La cueva de Montecinos
Que describe el Don Quijote,
Entramos por laberintos
Que los de palacio peores.
Es maraña endemoniada
De trapos y de tablones,
Con entradas de gatera,
Con puertas como de coche,
Con ventanas como ojales,
Con suelos como disponen
Las soletas los dulceros,
Su sardina el abarrote.....
Este no es cuarto, es cuartillo,
Es una tira, un recorte
De madera que ha sobrado
De uno de féretros molde;
Si no cabe ni un pujido,
Si es de prensa el picaporte.
Pues no, señor.... hay dos camas,
Un tocador, dos jarrones,
Y chimenea.... y su cómoda,
Y un ropero como un monte,
Y ni un resquicio en que quepa
La pajuela de un chicote.
Si te encierras, te da asfixia;
Si abres, al asma te expones;
Si enciendes el gas, te abrasas;
Si no, las sombras te comen.

Y qué cama ¡ santo cielo !
¡ Qué colchon ! eternos Dioses !
Dormir sobre una tambora
Fueran deliciosos goces ;
Acostarse sobre el vientre
De un gordo con convulsiones,
Fuera mejor. . . . . ¡ huy, qué cama !
Ni una hora dormí en la noche ;
Por aquí me voy de bruces,
Por allá, salto y doy voces ;
Quiero dar vuelta, y me ruedo,
Quiero avanzar, y atrás vóime.
Yo era un corcho que flotaba
En sábanas y jergones ;
Era columpio, maroma,
Gimnasia, danza y *Scotisch*,
Todo, pero ménos sueño
Lo que el diablo preparóme.
Antes del alba estoy listo
Para hacer mis excursiones ;
Y como nadie me entiende
Y todos me desconocen,
Uno suelta una risada,
Otro frente á mí se pone,
Y hay una vieja sospecho
Que me requiere de amores.
Entonce emprendo la marcha
Por pisos y callejones,
Y por aquí se emborrachan,
Por el otro lado comen ;
Yo estoy por dar cien mil gritos
Y por loco me apercollen ;
Estoy dado á cien mil diablos,
Estoy por fin, y por postre,

Llorando por San Francisco,
Por sus cien mil carretones,
Sus carreros y sus chinos
Y su lodo y sus *pic-poques*,
Pero donde tengo amigos
Que yo amo, que me conocen,
Donde no se vive frito
Bajo de un cielo de bronce;
Donde no vive esta vieja
Toda arrugas y frunzones,
Que me alborota los nervios,
Que me asquea con sus toses,
Y que reclama imperiosa
De furias el uniforme....
Ténme piedad, Carrascosa,
Y á recibirme disponte,
Porque si sigo sufriendo
Del destino los horrores,
Monto un dia en el de *Pulman*,
Y me escapo á troche moche,
Hasta no dar en tus brazos
Que son puerto á mis dolores,
Y no temo que las penas
Miéntras tú vivas, me agobien.

Positivamente, despues de haber vivido en San Francisco, las primeras impresiones de Orleans no podian serme tan agradables como á otros viajeros.

Yo habia conocido á Orleans en 1858; me llevaba de la mano la plenitud de la vida, y aunque mis circunstancias no eran mejores que ahora, me sonreia el sacrificio mismo, la vanidad me mostraba coronas de mirto y de laurel en las manos del sufrimiento. Me parecia que al través de los ra-

yos de gloria que circundaban á Juarez, mi patria distinguia á su coplero, y estas extravagantes alucinaciones me hacian feliz.

Y sin embargo, entónces la miseria nos guiaba, la incertidumbre del futuro hacia inseguros y peligrosos nuestros pasos; pero la estrella de Juarez reverberaba en nuestro horizonte con nítidos fulgores, y dentro de mi alma escuchaba yo en mis horas de abatimiento, los preludios del himno triunfal de la Reforma....

¿Dónde están los actores de aquel drama de audacia, de sacrificio y de gloria? ¿dónde aquel ideal que todo lo embellecia cuando cruzaba sobre las alas blancas de la esperanza y se inclinaba para derramar flores en mi camino?.... Todo habia desaparecido.

Me encontraba en la calle del Canal, es decir, en el corazon de la ciudad; tenia á mi espalda el gran rio Mississippí, que la limita y la ciñe como un poderoso brazo, motivo por el cual algunos le han llamado la Ciudad semicircular.

La calle en que estoy, tendrá cerca de sesenta varas de ancho, y se descubre á lo largo poco más de una milla. El centro de la calle tiene una calzada amplia, con árboles sembrados de trecho en trecho. En la calzada están tendidos los wagones tirados por mulas, que cruzan la ciudad en todas direcciones, por el precio de cinco centavos. Hay un tren de vapor.... la locomotora reducida, pero primorosa, va dentro de un wagon, y corre con la mayor presteza y seguridad.

En medio de la amplia calle hay un extenso cuadrado con enverjado de fierro, sus altos y hermosos faroles y su escalinata, de donde parten las líneas todas de ferrocarriles. Del

centro de ese cuadro se levanta la estatua colosal de Henry Clay, ardiente amigo de México, hermosa y dominadora.

El aspecto de la calle que describo, sin ser hermoso, tiene cierta grandiosidad por su amplitud, por la vista en sus extremos: del uno, risueñas y frondosas arboledas; del otro, el rio con sus aguas turbias, sus bosques de mástiles, sus ferris, lanzando plumeros de humo, y sus barcas con sus blancas velas tendidas, como grandes alas que brillan con el sol.

Las aceras de esta calle presentan un aspecto extraño y poco artístico: tendrán diez varas de extension las banquetas, y sobre ellas corre con interrupciones, un tejado que las sombrea y se apoya en morillos, en vigas ó columnas.

En la parte superior del tejado se ven, ya ventanas simétricas con sus persianas verdes, del estilo americano, ya balcones á la española, ya extensos terrados descubiertos, ceñidos con desairados barandales.

Unas casas son altas y escurridas, las otras chatas y amplias, interrumpiéndose este pandemonium y este desórden con edificios verdaderamente suntuosos de cantería y granito, con pórticos y columnas soberbias ó templos góticos con sus altas torres, sus ventanas ojivas, sus barandales de fierro, árboles y jardines.

Las azoteas de esas desordenadas casas, se empinan, se cuelgan, se arrastran, hacen maroma, se despatarran, y como que trepan, descienden y se bambolean: añádase á todo esto que no hay dos casas seguidas de un color, sino que son escarlatas, verdes, amarillas, azules, blancas y de color de cantería, y se tendrá el conjunto más carnavalesco del mundo.

Debajo del portal hay los mismos accidentes que en la parte superior.

Un tramo lo ocupan vendedores de fruta con sus vestidos de lienzo rayado y su sombrero de jipijapa.... á dos pasos se ostentan almacenes lujosísimos de ropa hecha, con sus hileras de figurines en las puertas, con sus ojos de esmalte y sus brazos agarrotados.... Otro paso más, y se halla embarazado por cestos, trastos, canastos, juguetes, huevos de porcelana para coser los puntos de las medias, etc.

Al salir de aquel laberinto, detiene nuestra marcha un hombre que en una mesilla vende tintas y moldes para marcar la ropa, y un vendedor de pegamento que enseña como muestra un plato ó un vidrio rotos y restaurados con el pegamento, suspendidos á ellos enormes pesos para probar su eficacia.

En los suelos, en los postes, en todas las paredes, hay letreros, almireces indicantes de las boticas, anteojos, y en los *bar-rooms*, exagerados toneles, polichinelas abiertos de piernas, y una cafetera arrojando humo, que es una preciosa ostentacion del vapor (esquina de Canal y Camp).

Las joyerías, las sombrererías, los almacenes de ropa hecha abundan, y ya en las boticas, ya aislados, se ven expendios de agua de Soda, de Vichi, de Saratoga, con sus preciosos aparatos como en San Francisco, y su escolta tambien de sabrosos jarabes.

El conjunto, como hemos dicho, es al extremo desigual, porque si nos hemos detenido complacidos frente á la aduana y el correo, que es un suntuoso edificio de granito, casi no hemos podido dar paso en las cercanías del rio y la estacion del ferrocarril, con jacales por habitaciones, con ban-

quetas sucias, descuidadas, obstruidas por tercios y llenas de charcos y de hoyancos.

Si hemos sentido una impresion de repugnancia frente al cementerio, en cambio el cementerio mismo es de extraordinaria belleza.

Por poco observativo que sea el viajero, encuentra en conjunto y como sin clasificacion, americanos, franceses, alemanes, cubanos en gran número y algunos mexicanos, procedentes de nuestros puertos y fronteras, muy característicos.

La calle del Canal divide la ciudad en dos secciones, teniendo por frontera cada una la acera correspondiente.

La parte que mira al Oriente es el barrio frances, la del Occidente el americano; son las dos razas que se contemplan y como que ponen de manifiesto sus virtudes y defectos; pero no chocan, rivalizan, sí; suelen ponerse en caricatura, pero muy frecuentemente se tienden la mano y hacen efectiva la dulce confraternidad.

El viajero, recorriendo cada una de las aceras, va percibiendo, del lado frances, angostas calles con balcones, tejados, antepechos y estorbos: las casas, son de tres, cuatro y cinco pisos, y abren campo irregularmente á fachadas de suntuosos templos, á pórticos de los hoteles y edificios notables, y á plazas con arboledas frondosas y esmeradamente cuidadas.

No obstante, las calles tienden á la curva, y esto depende, segun la guía que tengo á la vista, de que la ciudad antigua se fué extendiendo, siguiendo la curvatura del rio.

En la parte americana, esas calles angostas, advenedizas, como intrusas y desordenadas, hacen campo y como que se

detienen á observar el paso de amplísimas calzadas, de prados sembrados de verde césped y rodeados de elegantes asientos, convertidas en lugares de recreo.

Claiborne, *Rampart*, *San Charles*, *Explanada*, se pueden considerar como los paseos principales.

Las casas de estas nuevas calles dan con sus escalinatas á las banquetas, y están adornadas de pórticos graciosos, jardines risueños y praditos pintorescos.

Las casas de las calzadas blanquean, escondiéndose entre los árboles; de las columnas de sus pórticos y del tímpano que corona su frente, cuelgan enredaderas profusas, y saltan entre sus ondas de esmeralda, la llama del clavel y de la rosa, la espuma de las camelias y azucenas, el zafiro de las violetas y de la pasionaria, y los rubíes de la alfombrilla pomposa.

Entre esas enramadas se distinguen las aves del hogar, las fuentes bullidoras de chorros elevados, los niños juguetones, y cuadros, envidia del viajero, y tal vez recuerdo de una felicidad perdida.

Con el nombre de cada calle del lado derecho, parece que nos sale al encuentro un conocido. Calle de Chartes, de Borbon, de San Luis, de San Felipe, las Ursulinas, como que nos presentan cartas de recomendacion y nos traen recuerdos.

Advierte Molinari, que algun ingeniero que hacia sus delicias de las *Cartas de Emilia*, puso sus nombres á las calles de las Dryadas, de Erato y de Clio, y este es otro conocimiento que no desagrada á los extranjeros que no son del todo adversos á las reminiscencias mitológicas.

Pero como para acentuar más las diferencias de las dos razas cuyas corrientes se perciben sin confundirse en la calle

del Canal, del lado frances se marca la concurrencia con modistas de grandes fallas, viejas devotas, sastres sentados en los mostradores, pasteleros petulantes, barberos charlatanes, cafés cantantes y *restaurants* á la *carte;* miéntras en el barrio inglés abundan los *bar-rooms*, cruzan tercios y carruajes y es más notable el aseo, la amplitud, la grandeza y la luz.

Cuando desde una altura se abraza el conjunto de la ciudad semicircular, aparece con singular belleza.

El inmenso rio Mississippí, como que se detiene enamorado en la fértil llanura que lo descarría.

Los bosques de mástiles, los palacios flotantes, las chimeneas, las velas, las banderas, los borbotones de humo, los pitos de los vapores y el movimiento, forman espectáculo delicioso.

El lago Ponchartrain, que se abre y muestra sus márgenes sembradas de tupidas arboledas, entre las que blanquean hermosas quintas, pastan los ganados y cruzan fantásticos carros y carruajes por entre los troncos de los árboles.

En el centro de la calle, y en carril elevado, corren los wagones; á los lados, carros de todos tamaños, que donde quiera declaran almacen y donde quiera descargan, y pegados á las banquetas, al aire libre, de una y otra acera, corren caños asquerosos, que no recomiendan por cierto el aseo y cultura de la policía de Orleans.

En el City Hotel se multiplican las comidas, lo propio que en un buque, y con toda la pícara persecucion del estómago del *plan americano.*

El comedor es chaparro; mesas pequeñas con sus carpetas, que fungen á veces de mantel, de damasco, de algodon

encarnado y blanco: allí los lagos de las sopas, las petrificaciones de las carnes, los incendios de las salsas y *pikles*, el ágrio de los budruz calumniados con el nombre de conservas y los envenenamientos *al pastel* ó por medio de pasteles, como diria un escritorcillo de esos que todo lo echan á perder por hablar claro.

El aspecto del comedor, sin ser alegre ni animado, esencialmente del lado yankee, era bastante agradable.

Las señoras penetraban al salon por escaleras y puertas conexas con su departamento especial, y se presentaban al lado de sus caballeros y rodeadas de sus preciosos y elegantes niños, con señorío y compostura.

El *yankee* penetra, deposita su sombrero, reconoce el campo, se arma de trinche y cuchillo, cuida de que no esté léjos una fila de platos como una torre, y aquello es hacer surcos en la mantequilla, desparecer las papas, trozar las carnes, llover las salsas y armar San Quintin con el convoy; pero no es comer, no es engullir, no es tragar: son absorciones rápidas, ataques rudos y ejercicios de celeridad inconcebibles: llegar, toser, sorber, pararse y desparecer, es cosa de decir "Jesus"......

La raza latina, más expansiva, se congrega y se busca; la conversacion sazona los platos, y no faltan convidados, ó por lo ménos, platicadores afectuosos.

Por nuestra fortuna, se nos proveyó de un criado llamádose Morales, delgado, de chaqueta azul, listo, con el cabello bien peinado, color moreno, tipo mexicano, despierto como un tendero de Atzcapotzalco ó de Tacuba....

Morales, en dos por tres, se ofreció á nuestras órdenes, nos habló de sus padres, de la guerra del Sur, de los negros

mañosos, de las lavanderas dignas de confianza, de los dias de entradas y salidas de buques....

Morales era discreto como un buen cochero del sitio, y más que cualquiera de nuestros ministros diplomáticos.

Morales era agente, secretario, cónsul de la familia mexicana, próvido y despierto, atento, sin encogimiento, leal, y sobre todo, alegre y sufrido.

Por la mediacion de Morales conseguimos arreglar nuestras comidas á hora distinta que la ordinaria, y á esa hòra, que era del aseo de las piezas y del descanso de los sirvientes, pudimos observar á irlandesas y negros.

Esta irlandesa es una mujeraza recia de carnes, de andar firme y de una imponderable tenacidad para el trabajo: ella asea las piezas, lava la ropa, limpia los suelos, trasporta tercios y olvida su sexo para entregarse á las más duras fatigas, por lo ménos durante el dia.

El negro semi-civilizado es el pretensioso y altivo; se alisa el pelo, deja motas de barba como moscss ó como moras pegadas con goma á su barba, ve altanero á sus iguales, y hace las cabriolas de un D. Agapito á sus superiores, gasta corbata azul ó roja, tirantes y chancla con calcetin muy limpio.

El negro es como el burro: en su niñez todo viveza, retozo y gracia; en la edad madura, es sombrío y taciturno.

En todo es estrepitoso el negro: en los mostradores bota á distancia vasos y charolas, de modo que se arrastren y patinen; así avienta las sillas, y así arma ruido estupendo con los platos, botándolos como si fueran de hojadelata ó gutta perca: tose como si aullase, se ríe como quien relincha y baila como quien apisona el suelo.

El negro, si está serio, hace la caricatura del prócer; si festivo, parece que dan suelta á un demonio; tiene la fisonomía como en un cuarto oscuro; cuando se baña, le seguimos con la vista como esperando que se destiña.

La esclavitud ha hecho del negro un sér malicioso y sarcástico; y solo cuando se persuade de una afeccion, la corresponde con verdadera lealtad y nobleza.

La riqueza de los hacendados del Sur consistia en los negros; libres éstos, los antiguos capitalistas quedaron en la miseria: son dueños del terreno, pero el agio les suministra capitales de los hombres del Norte.

Por su parte los negros, con propensiones á la educacion y elementos para aprovechar la libertad, han emigrado; otros, en pequeño número, se educan y cultivan sus campos, y otros han quedado como heces, como resíduos, como asientos y despojos que aletarga el ócio, que degrada y pudre el vicio, y que se revuelven como gusanos entre las ruinas, los harapos, los lodazales y las cenizas del incendio de la pasada lucha.

A la proclamacion de la igualdad, los elementos que surgian de la nueva posicion del negro, eran más bien nocivos al progreso y eficaces para el fomento de la anarquía.

Le eran desconocidos el amor á la familia y del hogar: la propiedad, uno de los más grandes elementos de moralizacion, le era desconocido tambien; la pereza habia sido para él como una protesta contra la tiranía del amo y como una resistencia á la explotacion; de la mentira habia hecho su defensa; del disimulo su virtud; del robo casi un recurso, porque era como la restitucion que hacian de lo que les robaban.

Esto lo comprendió el Norte, y al convencimiento siguió inmediatamente la práctica de la doctrina de regeneracion.

La oficina de emancipados tomó la iniciativa del movimiento civilizador; las diferentes religiones entraron en la competencia del bien; las sociedades de beneficencia se esforzaron por asimilar al conjunto social, y los mismos hombres del Sur encubrieron sus celos y dominaron sus recuerdos, para seguir la tarea de reconstruccion.

Fué tan eficaz el impulso, que sacerdotes, preceptores, sabios, y útiles trabajadores, salieron de entre los negros, incorporándose á la masa comun y resolviendo dificultades.

Ahora se ocupan los hombres pensadores de esa reconstruccion, haciendo efectiva la igualdad por los intereses, y esa es la cuestion económica y de tarifas sembrada de dificultades y peligros.

La llegada de nuestros compañeros, que habian ido á visitar el Niágara y Nueva-York, nos distrajo de aquellas reflexiones, objeto frecuente de nuestra conversacion.

Llegaban, entre otros, Joaquin Alcalde, mi hijo Francisco, Cárlos Alvarez Rul y José Iglesias Calderon.

Nuestro gozo fué extremo: Alcalde hablaba de la grandiosidad del Niágara, su aspecto sublime cubierto de nieve, y las peligrosas excursiones sobre el hielo, con sus largos bastones, sus capotes de hule y sus espigas en el calzado.

Francisco me hizo muy buenas reflexiones sobre ferrocarriles de vía ancha y angosta, los puentes colgantes, telégrafos y otras cosas conexas con sus estudios favoritos; José Iglesias traia vistas y apuntaciones del acueducto de Chicago y del Lago de Michigan, y Cárlos Alvarez Rul, que se habia captado nuestras simpatías por su finura, su valor y su

alegría en medio de los trabajos, además de observaciones curiosas sobre el servicio de las postas y telégrafos, charlaba de lo lindo sobre costumbres, *restaurants* y *ladies*, á las que no sé á punto fijo si es afecto, pero sí me consta que ve con particular atencion.

Aquel encuentro fué como un relámpago de contento: nos dispersábamos en la mañana en todas direcciones y despues, muchachos y viejos, venian á mi cuarto, donde se bebia siempre y siempre imperaba el buen humor.

—Apunte vd., me decia Alcalde, lo que dice este libro, que es curioso: "Cartas sobre los Estados-Unidos y el Canadá." Aquí, pág. 240, lea vd.

"El comercio del algodon, el grande artículo de riqueza de Orleans, del que exporta un millon quinientas ó seiscientas mil balas, está concentrado en la calle de Carondelet, donde se encuentra el *Cotton Exchange*, propiedad privada de una asociacion. Hora por hora se inscriben con gis en grandes tablas negras, todas las noticias concernientes á la cosecha, estado de los mercados en los Estados-Unidos y en Europa, etc., etc.

"Más léjos se encuentra el cuartel, especialmente dedicado al comercio de los productos del Oeste, lardo, carnes saladas, maíces y harinas."

Otros me hablaban de los edificios, los otros de los paseos......

—Piano.... piano.... chicos, les decia yo á todos, que no se ganó Zamora en una hora.



II

Preparativos de partida.—La partida.—Procesion de San Patricio.—Quintero.—Romance á la Sra. Townsed.—Xarifa.

TAL vez, ó sin tal vez, voy á decir una cosa impertinente (¡qué modesto!) una cosa impertinente á mis lectores; pero estoy tan acostumbrado á platicar con ellos cuanto se me ocurre, que son como de casa, como que vivo entre ellos, y maldita la vergüenza que me da recibirlos de bata y en pantuflas, artículos que desconozco, ó de guante blanco y frac de etiqueta; por supuesto, equipo que.... no me pega.

La cosita que tengo que decir es, que cuando estando en la patria se me ausenta una persona querida, se me figura que él es quien va al peligro y la muerte.... el que se va se pierde en la sombra, y me parece que asume la respon-

sabilidad de su resurreccion; creo que me queda en custodia su vida y siento en mis manos el hilo frágil que me lo puede devolver; pero cuando yo estoy en el extranjero y álguien que posee mis afectos marcha á la patria, siento como que cierra tras sí las puertas de mi prision; me siento enterrado vivo; se lleva mis esperanzas el ausente..... marcha á la region de la luz; se queda conmigo mi cadáver.....

Así sentia, así me atormentaba la próxima partida de mi hijo.... mi patria, mi fuerza, mi corazon, se iban con él....

Por otra parte, es tal la fuerza vivífica de la juventud, que á su paso, la novedad, la miseria, el peligro mismo se revisten de los arreos del romance: un viaje es una leyenda en accion, y sus peripecias, como estrofas del poema de nuestros sentimientos.

Pero el viaje del viejo es el descarrío de su camino de muerte; es sentir el frio del desamparo cuando necesitan nuestros miembros el calor del hogar; es el troncharse la rama en que el ave, fatigada de la existencia, debia posar su planta y esconder su cabeza bajo el ala inerte......

La vejez en el extranjero es la rama caida en la playa; es el anacronismo y casi el absurdo.... Los envenenadores de las almas, que decretan la expatriacion como medida clemente, son los verdugos de peor ralea.... ponen sobre la hiena la sotana de Rodin.....

Era la mañana nublada y triste; mi cama estaba en desórden; ardia la luz amarilla, compañera de mi desvelo y como materializacion de mi alma.... el amago de muerte estaba como un cadáver entre mi hijo y yo.............

....

Cuando alcé los ojos.... estaba en los brazos de José Iglesias Calderon, jóven lleno de virtudes, y á quien, como á todos los hijos de Iglesias, amo como á mis hijos......

El primer dia negro de mi residencia en la expatriacion, cayó sobre mí; la soledad se me apareció en el extranjero; la luz era como un inmenso paño mortuorio; el sol como un cráneo.... mi alma quedó como velando, en la solemnidad del abandono, mi cadáver.........................

....

A los pocos dias de la partida de mi amado hijo Francisco, de José Iglesias Calderon y de Alvarez, la bulla y la algazara de la calle me hicieron trepar á las altas regiones de mi ventana, desde donde distinguia obtuso y sesgo un lienzo de la calle del Canal.

Gentío inmenso, tropas vestidas de un verde chillante, músicas militares, caballos, estandartes, ramos, listones y banderas verdes.... Era el 18 de Marzo: los irlandeses celebraban á San Patricio, su Santo Apóstol, el iniciador de su civilizacion; hacian patria y daban rienda suelta á las más puras reminiscencias de sus corazones.

La procesion fué larguísima: caballeros de sombreros montados, formando descubierta; carruajes y caballos en interminables hileras, y en alto banderas verdes con las estrellas de plata y los ocho rayos simbólicos, arpas bordadas y borlas y cordones lujosísimos. Verdegueaba como un campo fértil andando, aquella procesion.

Segun me pareció, dividíase en secciones la procesion: cada una de ellas con su música y sus distintivos especiales, para distintas compañías de beneficencia, socorro, apagar incendios, etc., etc.

En varios estandartes brillaba el nombre de O'Cononell, el hombre eminente, el ciudadano ilustre, el orador elocuentísimo, el defensor de los derechos de la Irlanda.

En todas las casas de los irlandeses habia cortinas, gallardetes y señales de regocijo. La cerveza corria á torrentes, en honra y gloria de la verde Erin, y en la tarde y noche hubo su iluminacion, y San Patricio, sin trabajo, hubiera podido distinguir á sus amados hijos entre las sombras de la noche, solo en el trastrabillar de sus paseos y en aquella facundia y en aquel meneo que produce el alcohol.

Las maritornes del hotel estaban como unas aleluyas; yo les mostré mi decidida devocion por San Patricio, y les dí unas monedillas para que las preces que le dirigiesen no fuesen del todo desairadas.

Al fin, no me pude contener, y como un bobo, me mezclé en la procesion y me dejé flotar entre empellones, trompetazos y ¡hurras! desaforados.

Aunque se trataba de una fiesta cristiana y muy popular, dominaba el colorido yankee, y los regocijos hicieron toda su explosion en el barrio americano.

Iba de lo más distraido y embullangado por la calle de Camp, cuando sentí á álguien enganchado á mi brazo con la mayor confianza.

Volví la cara: era el pelo rubio, la nariz larga, los ojos pequeños, y el empinado pescuezo de uno de los millones de ejemplares del yankee neto.

—Don Guillermo, ¿va bien? no quiere un traguito? yo soy como mexicano, allá estoy y mi muchacha está muy bonita mexicana.

—Venga el traguito, sin más averiguacion.

El rubio aquel, cuyo nombre jamás he podido pronunciar, ni escribir, ni retener en la memoria, es dependiente principal de un gran *restaurant* de la calle del Canal, en que se venden pasteles, aguas minerales, riquísimos helados y licores exquisitos.

No he tratado carácter más jovial ni hombre más afecto á México; sobre todo, más enamorado de las mexicanas.

Tomamos una sola copa.... una sola, no hay que alarmarse, y fuimos siguiendo la procesion por el barrio americano.

Parecíanme angostas las calles, poco ménos que las nuestras; amplias banquetas bajo tendidos tejados, tiendas y cafés con profusion; de vez en cuando altos y elegantes edificios; pero las calles como enmarañadas y sin perspectiva.

A medida que se avanza, las calles se amplían, las casas se extienden en alegres hileras; en vez de los tejados, descubren sus frentes los pórticos americanos, descienden de ellos escalerillas cómodas, aparecen y se multiplican los pequeños jardines y tapizan las paredes colgaduras de caprichosas enredaderas, salpicadas de vistosas flores.

Se avanza más y se espacía la vista en calzadas frondosísimas, en grupos de árboles y en laberintos de flores, sembrados de casas risueñas en que parece residir la luz, la riqueza y la alegría.

Por las bocacalles de esas mismas avenidas alegres, verdeguean los campos, clarean tramos sin habitantes, y se aislan, ya fincas opulentas, ya humildísimas chozas, entre cuyas mal ajustadas latas brillan los ojos, blanquean los dientes y se distinguen las tenebrosas fisonomías de los negros.

Mi amable compañero, á quien llamaremos Trik, respondia á todas mis preguntas, deshacia mis equivocaciones.

—Tiene vd. razon, me decia; aquella tupida arboleda es un delicioso paseo que se llama el *Dique;* ese dique ó borde que enfrena al rio, tiene quince piés de ancho y cuatro de alto: el paseo es muy concurrido en otoño y en invierno; aquellos elegantes carruajes, aquellos ginetes que ve vd. entre esos árboles, van al *Dique.*

A nuestro regreso del paseo, me dió M. Trik una preciosa guía de Orleans, y de ella, por primer envite, traduje lo siguiente:

"El sitio en que está Nueva-Orleans fué medido en 1717 por De la Tour: se pretendió fundar la ciudad en 1718; pero se abandonó por las inundaciones y las enfermedades, entre las que imperaba la fiebre.

"En 1723 se restableció el proyecto de fundacion, y la poseyeron los franceses hasta 1729. Los españoles la quitaron á los franceses y dominaron hasta 1801, volviendo al mando de los franceses hasta 1803, que con la provincia de la Louisiana, se cedió á los Estados-Unidos: fué erigida ciudad en 1804, y en 1868 se declaró capital del Estado.

"Los sucesos más memorables de la historia de Nueva-Orleans, son: la batalla de 8 de Enero de 1815, en que los ingleses fueron derrotados por Andrew-Jackson, y la toma de la ciudad por el Almirante Farragust, en 24 de Abril de 1862. En 1810, siete años despues de la cesion á los Estados-Unidos, la poblacion de Nueva-Orleans era de 17,243 personas. En 1850, habia aumentado hasta 116,375; en 1860, á 168,675; y en 1870, á 191,418. En 1875, las autoridades locales computaban la poblacion en 210,000 almas."

Desde que se decidió nuestra marcha á Orleans, tres propósitos empezaron á bullir en mi cerebro con más fuerza que otros: uno, dar quinientos abrazos y solazar mi espíritu charlando á velas desplegadas con J. A. Quintero, mi amigo, mi hermano, uno de esos caractéres que son mi delicia, á quienes sus detractores llaman atrabancados y locos, por más que en sus acciones graves se revele el caballero, el hombre de estudio y la persona de noble corazon, sin monerías y sin comedias.

El segundo de mis propósitos era visitar á la Sra. Ashley de Townsed, eminente poetisa y escritora de sobresaliente mérito.

A. Xarifa, es el seudónimo con que se firma la señora: la conocí en México, donde tuve ocasion de admirar su finura y talento: me distinguió con sus bondades y siguió conmigo una correspondencia, que es una joya en el tesoro de mis recuerdos.

Por último, mi tercer propósito era visitar con reverente ternura los lugares en que viví la vida de Juarez, cuando en 1858 tocamos en Orleans los asendereados personajes de *la familia enferma.*

¡Qué bella es la plenitud de la vida y qué paraíso de ilusiones es el alma! ¡qué extendidos y qué color de rosa se perciben los horizontes del porvenir!

In illo tempora, otros compañeros y yo, salimos del Manzanillo, atravesamos el Istmo de Panamá, desafiamos las tormentas del Cabo de San Antonio, vimos á vuelo de pájaro la Habana, respirando sus auras perfumadas y recreándonos con su gentil hermosura, y en Abril, despues de cortar las aguas barrosas y tranquilas del Mississippí, nos detuvimos

en Orleans, los que fuimos conocidos en la República con el nombre de *la familia enferma.*

El Sr. Juarez, por un sentimiento de gratitud, lo mismo que Ocampo, quisieron alojarse en la calle de *Baranda Conty*, en un hotelito de mala muerte, donde en 1854, cuando la persecucion de Santa Ana y mis *viajes de órden suprema*, estuvieron alojados.

El cólera dominaba, la *chilla*, como llaman en mi tierra á la pobreza, me tenia cogido el cuello con las dos manos; y sin embargo, ¡cuánta alegría en el alma y cuánta sed de aventuras! Con candor realmente infantil le decia yo á Dios: "Por vida de vd., que me pasen muchas aventuras muy curiosas y muy bonitas, para tener que contar."

En efecto, del hotel desmantelado, del servicio pésimo de la patrona formidable de gordura, con su falla como un biombo y su delantal azul, de todo aquello brotaban leyendas y poemas.

Me acuerdo que fuí confinado á una buhardilla ocupada casi exclusivamente por una cama cuya altura apénas me dejaba percibir la sima: fué un escalamiento mi ascenso á ella; apénas la ocupé, me hundí; el colchon era de hoja de maíz y armaba una ruidera, como repique á vuelo, como carreton en empedrado. Las grandes almohadas como cojines cuadrados, no permitian postura á mi cabeza: bogué, nadé, naufragué y amanecí como sentado en el borde de una azotea.... con mis ropas como en un pozo, en una silla cercana á mi lecho.

Sin que se borrara de mi imaginacion una sola línea, tenia frente de mí la fisonomía como de marfil de Domingo Goycoiria; su nariz afilada, sus ojos de llama, enjuto, re-

suelto, con su barba blanca, cayendo borrascosa sobre su pecho, y meciéndose como una nube cargada de tempestades: este patriota cubano llegó en union de Pedro Santacilia á servirnos, á prestarnos auxilios generosos para la causa de México, y á participar de nuestra suerte cuando no habia halago alguno ni esperanza de recompensa.

Aquella novedad de calles, aquel tráfico, aquellas *cuarteronas* de renombre provocativo y nervioso, todo volvia en tropel á mi mente, sacudia el polvo de mis años y dejaba aletear mi corazon para entonar, dulce como un jilguero, los cantos siempre hermosos de la primavera de la vida.

Tomé apuntaciones sobre la vida y milagros de mi querido poeta Agustin Quintero: vivia en la calle de Dumain y se vivia en la redaccion del *Picayune*, periódico importantísimo del que es uno de los redactores principales.

En cuanto á Xarifa, no habia sino mandar mi carta al correo; así lo hice, dirigiéndole la siguiente misiva. Ese *To* del principio vale por un poema:

TO XARIFA.

Ni el golfo con sus encantos
Y sus tormentas, señora,
Ni ver del comercio el carro,
Triunfal y lleno de pompa
En estas extrañas playas
En que da lúz nuestra historia;
Ni las galas de la industria,
Ni los primores de Europa,
Mi ambicion estimularon
Como verte á todas horas,

Y soñar cual dizque sueñan
Los que tan solo atesoran
De las riquezas del alma
Las inestimables joyas;
Y con esto deliraba
Al venir de California,
Cruzando mares de nieve
Y trepando por las rocas.....
Pero es el caso que llego,
Que la lluvia me aprisiona,
Y me trasladan á un cuarto,
En una region ignota,
Tan vecino de las nubes
Y en posicion tan exótica,
Que estoy esperando un globo,
Una cuerda, una maroma,
Para volver á la tierra
A tratar con las personas.
Por aquí nada sabemos
De las mundanales cosas,
Ni si los republicanos
Triunfaron ó los demócratas;
De si Bismark está bueno
O si murió de la gota;
De si vive el Santo Padre
O Víctor Manuel le llora....
Por aquí cantan pericos
Y andan negras como monas;
Hay chimeneas á puños,
Hollin, humo y tablas rotas,
Que explican de los incendios
Las furias devoradoras;
Pero nada de *Post-Ofice*,
Ni de correos-palomas,

Ni de tubos como en Lóndres,
Ni de trompetas de goma....
Por esta causa, al acaso,
Te dirijo mis memorias;
Porque estoy en otro mundo,
Porque estoy como en la gloria.
Recibe, pues, mis saludos
Tierna, afable, cariñosa,
Como en México lo hiciste,
Cuando á tu vista, señora,
Mi patria tendió sus lagos,
Brotaron sus campos rosas,
Para contemplar tu rostro
Y ofrecerte sus coronas.

FIDEL.

Lo primero que me preocupa cuando se trata de una visita ó cosa semejante, es la revista de mi equipo y, cosa rara, mi cuerpo tiene una semejanza perfecta con los cuerpos del ejército de mi país; gasta sumas fabulosas en su equipo y arreos, y apénas se exige de él cualquier servicio formal, carece de todo y descubre poridades no para escuchadas. A la más leve medicina, descubre, como las viejas, una complicacion de enfermedades que espanta al médico....

Pues como iba yo diciendo, pasaba revista á mi equipo.

Mi camisa estaba como sentada en una silla, con la corbata lista y los brazos cruzados con extraña circunspeccion.

Mis pantalones sobre una silla y con sus piernas medio encogidas, los botines como si fueran á dar su paseo por su cuenta y riesgo, la levita ceremoniosa y echada hácia adelante en el perchero, y el desgoznado sombrero ladeado, picaresco, sobre la bombilla del quinqué.... cuando prévio un

recio toque se entró en mi cuarto M. Trick, y no hubo remedio, fuimos á dar un paseo.

En el conjunto de la ciudad se observa que convalece de un mal que ha puesto en peligro su vida, y que la reaparicion de la existencia se verifica entre los estragos de la pasada lucha con la muerte.

Se me figuraba ver un campo con troncos de árbol desnudos de sus hojas, y otros rajados por el rayo, que sin descuajarse la nieve del riguroso invierno, deja ver naciente la verde sementera y como en promesa la abundante cosecha.

Así, en las calles en que el esfuerzo verifica agradables resurecciones, se ve el edificio desmantelado con las puertas y ventanas sin hojas ni cubiertas, con las vigas en que deberian descansar los suelos, como un costillar, y con las paredes con los rastros negros, fantásticos, que ha dejado la llama que expiró sobre aquellos muros, retorciéndose sin alimento.

Se alza una morada voluptuosa como una bailarina de Canova, junto á una ruina, y en el campo contiguo en que crece la yerba, se perciben restos de una opulenta mansion, y pastan los animales con la tranquilidad que en un desierto.

A dos pasos corre una calle magnífica entre los árboles, con todo el bullicio y la alegría de un tráfico fecundo.

Al recorrer la calle del Canal por la frontera del barrio frances, yo sospechaba toda la postracion y decadencia de ese barrio.

Con excepcion de la avenida de la Levé, es decir, la orilla del rio y las tiendas y mercados de ese rumbo, las bocacalles parecian conducir á encrucijadas y vericuetos maltratados.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 25.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

Como algunos elegantes de aparato, que hacen alarde de compostura y hasta de riqueza, cuando están en contacto con gente fina, y al alejarse del centro se calan su sombrero ancho, se cantean su jorongo y se confunden con la *pelusa*, como ellos suelen llamar al populacho.

La avenida de la Levé da idea del poderoso tráfico de esa ciudad riquísima.

Las calles son séries de opulentos almacenes en las cercanías del canal; pero á medida que avanzan, es el barrilaje, y son los fardos, las churlas y botijas, las botas de grasas y las salazones y pescados, oscuridad en que naufraga un pico de gas, luz de dia que muere pálida, entre cajones, pipotes y carnazas, y hombres de cachuchas de pico sesgado, grandes pipas, camisas bambochas, pantalones abajo de los cuadriles y chancletas como hechas de la piel de un sapo despatarrado.

Wagones, ómnibus, carros, plataformas, todo lo rodante, todo lo pujante, todo lo que va y viene, y se vierte, se escurre, se carga ó se rueda, pasa por aquel esófago que absorbe en el rio y sus cercanías, y se desahoga en la calle del Canal.

La avenida de que hablamos, tiene á la derecha casas; á la izquierda, los almacenes descritos, con las puertas bajo un corrido tejado y su banqueta de asfalto eternamente obstruida por tercios, cargadores, vendedores y mujeres destartaladas y elásticas, que ya se embuten, ya se escurren y ya flotan con canastos, pollos y verduras entre el gentío.

La calle, angosta en su principio, con tiendas de modas, almacenes de ropa, sombrererías, zapaterías, etc., se abre y deja ver el rio, con esa ciudad flotante en donde las aguas

son calles, los navíos palacios movedizos, los botes como wagones, y que entre un bosque de mástiles y banderas de todas las naciones del globo, hierve, se afana y trabaja, como compendiándose, la humanidad entera, como para dar una muestra de la confraternidad de los mundos antiguo y moderno.

En esa desviacion de la calle, y siguiendo la curva del rio magnífico, que tiene cerca de una legua de anchura en algunos puntos, se extiende un envigado fuerte y compacto de más de cincuenta varas de extension: en varias partes, aquella calzada de madera está amplia y despejada por la parte que da á tierra, y penetran á ella transeuntes, carros y carruajes; del lado del rio toca á las embarcaciones, que á veces llegan á mil ó mil quinientas, y que dejan sospechar el aturdidor, el estupendo movimiento de aquel puerto.

Nueva-Orleans es el emporio del comercio de algodon en el mundo, y además del algodon, exporta azúcar, tabaco harina, carne de cerdo y algunas insignificantes manufacturas, todo por valor de 93.715,710 pesos.

Las importaciones de café, azúcar, sal, fierro, tejidos y licores, llegaron en 1874, que fueron los datos más recientes que pude procurarme del momento, á 14.533,864 pesos.

Es decir, más de ciento ocho millones de pesos dan aliento y aseguran la vida y la opulencia de Orleans.

En ese lado del rio, en contacto con el buque, se afianzan las ramblas para la carga y descarga, se inspecciona, se pesa, se mide, se contrata y tienen sus divisiones los muelles que perciben los comerciantes con tino certero.

Todos los trages, todos los idiomas, todos los gestos, todos

los aciertos y los disparates de la conformacion humana, se encuentran en aquellos lugares; venciendo á la máquina del bote, y á la locomotora, y á la tempestad, la algazara del negro que parece que se va á desgajar en canal, al estallido de sus desvergüenzas y de sus carcajadas.

Siguiendo la frontera de la calle del Canal, nos espía la calle Chartres, la de Royal con mayor compostura, con sus frecuentes *bar-rooms*, los morillos de las barberías pintados con listas blancas, azules y encarnadas, los escaparates de las floristas y los grandes cristales en que librerías, dulcerías, y *restaurants*, exponen, ya los primores literarios, ya las golosinas más provocativas, ya jamones suculentos, con su azúcar quemada como maque, ya pavos ceremoniosos, como cualquier enviado diplomático, con su cogollo de lechuga en el pico, y su polvo de yema de huevo tendido á su espalda, como un manto de oro.

En lontananza, bajo sombríos tejados, se ven charcos y hundiciones, suciedad y destruccion, en medio de casas elegantes, de templos magníficos y bellísimos jardines. Lo que para mí era insoportable, era ese caño al descubierto que corre pegado á las banquetas, de uno y otro lado de las calles. En el barrio frances, esas fajas inmundas son pestilentes y asquerosas sobre toda ponderacion.

Yendo por toda la calle de la Levé, en dificilísimo tránsito, me llevó mi amigo al centro de un extenso cuadrado limitado por altas rejas de fierro, encerrando un bonito jardin con sus calles bien compartidas y delineadas, de menuda arena, y sus árboles formando afectada simetría. Con los ramajes de esos árboles se han formado como toneles, como canastos y otras figuras, recortándolos con tan exquisito

cuidado, que más parecen muebles que árboles los que constituyen el ornato de la plaza.

Yo no sé por qué me parece una degradacion de la naturaleza semejante afectacion; se me figuran esos árboles los sopranos de la vegetacion; creo que se les condena á un afeite; como cuando se atusa á un caballo las crines; cuando se rapa medio cuerpo de un perrillo; cuando se ciega á un pato para hacer más sabrosa la carne. Detesto la moda, abomino ese afeminamiento del arbolado, me repugna, me endiabla.

Bajo tales auspicios ví esa plaza, que está como embutida en el cuadrado que forman mercado y almacenes, la Levé y la antigua Catedral: para que fuese ménos grata mi impresion, la estatua de Jackson, que domina la plaza, dista mucho de merecer los parabienes del arte.

Conoció mi querido Trik mi disgusto y me colocó frente á la Catedral, cuyo tipo, netamente español, cuya semejanza con muchas de nuestras iglesias de segundo órden, despertaba mis recuerdos alentando mi curiosidad.

La arquitectura de la Catedral es irregular; se semeja á la fachada de la Piedad ó Atzcapotzalco, pero más ancha y chaparra: tiene dos torres como dos orejas de liebre; en medio un retablo ó campanario, como varias de nuestras iglesias de pueblo; á los lados de la Catedral hay dos alas de edificios con cierto tipo conventual.

—Este edificio, me decia M. Trik, que tenia en las uñas la Guía de Orleans y la magnífica historia de la Luisiana de Mr. Gayllaré, este edificio es el tercero que se edifica en este lugar: el primero era de madera y adobe, tosco y primitivo puede decirse; se concluyó en 1728, y era tan feo,

que cuando el huracan de 1733 lo destruyó, la gente se consolaba de muchas pérdidas con la desaparicion de aquel Cuasimodo de la arquitectura.

Armada de punta en blanco, apareció en el mismo lugar la segunda Catedral, más elegante, más coqueta, de madera y ladrillo, é hizo las reverencias de su estreno por los años de 1734 ó de 1735.

Luego que los señores obispos vieron el buen continente de esa Catedral, la ocuparon y cobró alto rango. Pero cate vd. que en 1788, Viérnes Santo por más señas, estalla en las inmediaciones de la Catedral el incendio, se levantan devoradoras olas de llama, la poblacion se llena de terror, como novecientas casas se hunden en aquel piélago de destruccion, y confunde sus restos la Catedral, y vuela en cenizas como las opulentas casas y las risueñas residencias víctimas del incendio.

El terreno en que estuvo la iglesia quedó abandonado; los cristianos que habian orado en aquel templo, se descubrian frente al manchon negro que formaba la tierra, con las cenizas de los altares y los huesos calcinados de los sepulcros.

Por aquellos tiempos era regidor perpétuo de Orleans el Sr. D. Andrés Almonaster, quien, escuchando las sugestiones de su corazon piadoso, emprendió, costeando de su peculio, la Catedral existente que se fundó en 1792 y se concluyó en 1794.

Las alas del edificio, que mucho tiempo ocuparon los Padres de San Luis, como se ve de su arquitectura, las rejas de sus puertas y la conformacion en general, sirven hoy para el despacho de los tribunales.

La arquitectura irregular de la iglesia desaparece luego que se entra al templo.

Se encuentra uno en un vestíbulo interior de altas y gruesas columnas, y desde él se percibe en su conjunto el templo, que se semeja un tanto á la Profesa de México, aunque le es inferior bajo muchos aspectos.

Tiene el templo tres amplias naves: la central, del todo descubierta, y en las laterales esos tapancos ó corredores con bancas y sillas comunes á los templos de los Estados-Unidos, y que le dan aspecto de teatro. Sobre la puerta de la entrada, en extenso cuadrado, en un barandal volado sobre la iglesia, están el órgano, que es magnífico, lugar para la orquesta y espacio competente para el coro y los cantores.

Dos grandes altares llamaron desde luego mi atencion: el mayor, dedicado á Nuestra Señora de Lourdes; el de San Francisco de Asis, cuya imágen me pareció hermosa y de correcto dibujo.

Cerca del altar de San Francisco se levanta severo y majestuoso el sepulcro del ilustre fundador de la Catedral, y se lee en una gran lápida la siguiente inscripcion medio borrada:

Aquí reposa el cadáver del Sr. D. Andrés Almonaster de Rojas, natural de Mayrena, en Andalucía, que falleció en Nueva-Orleans el dia 26 de Abril de 1798, á los setenta y cuatro años de su edad. Fué caballero de la Orden de Cárlos III, Coronel de Milicias, fundador de los Hospitales de San Cárlos y San Lázaro, así como del Convento de Ursulinas. Fundó la escuela de niñas Girlls Shool y de la Presbiteriana, cuyos edificios se hicieron en esta ciudad á sus expensas.— R. I. P.

Las pinturas que ví en el templo, aunque me las elogiaron de sobresalientes, encareciéndome la de la Transfiguracion, la Sacra Familia y San Luis, no las pude examinar.

A la salida del templo ví de nuevo el jardin.

No es posible describir la impresion de disgusto que se apodera de mí con la vista, muy comun por cierto en los Estados-Unidos, de los árboles recortados, que á fuerza de artificios se les cambia de figuras, y ya son como macetones, ya como barriles, ya tienen aun tendencias á remedar la figura humana!

¿Habrá vd. visto adefecio?

A mí me parece la tortura del árbol; me parece como á esos niños de los saltimbanquis que quebrantan y descoyuntan para especular con ellos: es tan repugnante, como la gorda presumida que hace del corsé un cincho tiránico; se semeja á las que se sahuman para estar pálidas. Cuando un estúpido pinta su sombrero de verde y á su perro de azul ó colorado, simplemente viste de fantasía al perro y él se pone en ridículo; el que á fuerza de adherencias de carton y de pinturas diera á una mula el aspecto de una choza y á un caballo el de una carretela, podia reclamar la atencion por la originalidad de su capricho; pero desnaturalizar al árbol mutilándolo, no puede ser bello, como no es bello que atusen á un caballo sus hermosas crines para convertirlo en caballo de ajedrez. Y lleven mis lectores por partida doble mis diatribas sobre los árboles.

M. Trik no estaba muy de acuerdo con mis observaciones, y me citaba los muros de verde de algunas calles y jardines.

Para completar nuestro paseo, supliqué á mi complaciente

amigo me condujese al grande edificio de la calle del Canal, que contiene á la vez, en sus bajos, la oficina de correos, y en los altos, el despacho de la aduana.

Cuando en 1858 visité la obra que estaba para concluirse, en compañía de M. La Serre y de M. Benjamin, eminente orador de los Estados-Unidos, confieso que me sorprendió la magnificencia del edificio.

Entónces parecian tres edificios: el que formaban de madera, andamios y tránsitos, el de granitos y un último que era como una incrustacion hermosísima de mármol con todas las galas de la arquitectura y los primores del bajo relieve.

Recordaba, aunque muy confusamente, una máquina colocada en el que deberia ser patio del edificio, como una asta robustísima de fierro; la máquina tenia sus coyunturas, como un brazo y una mano: cuando era conveniente, se inclinaba la mano desde una inmensa altura, agarraba la piedra enorme ó el objeto, por pesado que fuese, en que se colocaba, y lo subia á la azotea, girando y poniéndola á discrecion del operario.

Recuerdo tambien que no pude contener la manifestacion de mi asombro cuando ví funcionar un ferrocarril cuyos rieles estaban enclavados en la anchura del muro exterior, y que conducia al rededor de él los materiales de la obra. Los conductores corrian muy frescos al borde de aquel precipicio espantoso.

Me parecia que recordaba, del otro lado del rio, fertilísimos campos, alegres y vistosos jardines, y que me repugnó ver á las mujeres con la azada en la mano, espectáculo que al grande Juarez le fué insoportable.

Recuerdo que desde aquella inmensa altura seguí las sinuosidades del rio y me parecia como una C mayúscula colocada así, ◡ con dos cintas en sus extremos, como el ruedo de una gola sobre el pecho de una dama, con los broches sueltos; pero estos recuerdos eran tan confusos, tan mezclados á las fisonomías de Ocampo, de Juarez, de Leon Guzman, Manuel Ruiz y otros, que me parecia que todo lo estaba viendo en un sueño.

M. Trik me habia colocado á la entrada del edificio.

La parte que da al canal está obstruida por piedras y escombros; cuando volví la cara, M. Trik estaba con su "Guía de Nueva-Orleans" abierta, leyéndome:

"La aduana (Custom house).

"El año de 1845, la municipalidad de Nueva-Orleans "ofreció á los Estados-Unidos diversos sitios para estable-"cer una aduana digna del comercio floreciente de aquella "ciudad.

"Los Estados-Unidos aceptaron la proposicion, y el se-"cretario del Tesoro eligió el lugar en que hoy está la adua-"na como el más conveniente.

"En 22 de Noviembre de 1847, se adoptaron los planos "de A. J. Wood, y comenzó la obra en 23 de Octubre "de 1848.

"Los trabajos continuaron con más ó ménos actividad, "segun lo permitian los recursos, suspendiéndose cuando "estalló la guerra.

"Concluida la guerra, se emprendieron de nuevo bajo la "direccion del coronel Morse.

"El edificio estaba materialmente lleno de escombros, y

"el primer trabajo fué limpiar el local que sirve actualmente "como oficina de correos.

"En el edificio de que nos ocupamos está el *Business* "*Room.*

"Es el despacho más elegante del mundo; tiene de su-"perficie 125 piés de largo por 95 de ancho, y su altura es "de 44 piés.

"Catorce elegantes y esbeltas columnas están colocadas "con objeto de dar á la parte central destinada al público, "un espacio de 65 piés de largo por 45 de ancho: en la "parte que lo circunda están colocados empleados y depen-"dientes.

"Las columnas son de órden corintio con bases áticas "pulida la parte baja de los capiteles, que en cada una de "sus fases tiene distintas alegorías con bajos relieves, repre-"sentando unas á Juno, otras á Mercurio, entre plantas de "algodon y de tabaco.

"El pavimento es de mármol blanco y negro, con ce-"nefas de negro entre columna y columna. Tiene diez y "seis tragaluces para comunicar luz al piso inferior, y son "planchas que remedan mármol verde incrustado en el "mármol blanco, formando cada una el centro de una es-"trella.

"Las estufas son de mármol, de figura hexágona, y se ca-"lienta el despacho por vapor.

"El conjunto de este departamento es un triunfo maravi-"lloso del arte y del génio del hombre, que es necesario "ver para poder apreciar.

"El habilísimo superintendente, Mr. Jhon J. Hannan, me-"rece los más entusiastas elogios por haber dirigido y con-

"cluido la oficina de correos y muy especialmente el depar-
"tamento que se acaba de bosquejar."

—En esta Guía del Viajero que ve vd. aquí, dije interrumpiendo á Mr. Trik, hay otros detalles curiosos sobre la aduana. Es evidentemente una exageracion, añadí, ponerla en segundo lugar del Capitolio de Washington. Lo que sigue sí me parece exacto:

"El edificio de la aduana es de granito de Quincy, traido
"aquí de Massachussets. Su frente principal es de ciento
"once varas por la calle del Canal; por la calle que se llama
"de la Aduana, poco más de ochenta varas; el del nuevo
"dique, de ciento tres varas, y el del antiguo, cerca de cien.
"La altura es de treinta varas."

El conjunto del edificio es imponente y severo, sirviendo con toda holgura para sus objetos.

Como se ha dicho, la parte baja del edificio está destinada al correo: por amplias y altas puertas se penetra á un corredor interior con pavimento de mármol azul y blanco.

Limita el corredor un alto cancel con sus ventanillas de trecho en trecho, para venta de sellos, franqueo de la correspondencia y direccion por buzones separados, siendo el público mismo el distribuidor de su correspondencia y teniendo al recogerse, por la parte interior, una nueva y eficaz revision.

Las paredes del edificio ó cancel interior están formadas por cajitas pequeñas de los apartados, con sus puertecitas que se abren hácia afuera y de las que cada abonado ó alquilador tiene su llave, con la que abre cuando le parece, sin necesidad de importunar á los dependientes del despacho.

Aunque la correspondencia la distribuyen los carteros,

porque nunca el americano falta á la costumbre de poner el nombre de la calle y número de la carta que dirige, hay extranjeros que faltan á la costumbre y personas que anotan que quedan en la oficina las cartas; para éstas y para las cartas rezagadas se ponen listas, tomadas de los periódicos, que se fijan por determinado tiempo en las paredes.

En un lugar adecuado están en carteles expuestos al público, los dias de entrada y salida de vapores, así como de los buques que arriban al puerto y todas las noticias conducentes á las comunicaciones.

Al regresar á mi alojamiento con Mr. Trik, de mi primera estacion, me fijé en los ferrocarriles urbanos que tienen su punto de partida y de regreso al pié de la estatua de Clay. Son muchas las vías férreas, los wagones están tirados por caballos y mulas, á las que les atusan las colas, que se ven como chicotes de carrero.

Entre las líneas de trenes urbanos se distingue una conducida por vapor; la máquina va dentro un wagon y camina muy aceleradamente y con toda seguridad. El precio comun son cinco centavos.

Circulan además numerosos ómnibus, que esperan á los pasajeros á la llegada de los trenes: hay carruajes elegantes tirados por caballos, que se alquilan á dos pesos por hora: varias líneas férreas unen la ciudad con Algiers, Magdonal y Gritroi, y otros preciosos pueblecitos situados del otro lado del rio.

Mr. Trik no quiso que nos despidiésemos sin visitar un elegante *bar-room* en que se bebe deliciosa cerveza y se escucha uno de esos órganos estupendos como el de *Clif-House* de San Francisco.

Al separarnos me encareció Mr. Trik las ventajas de la vida en una casa de huéspedes, ó con alguna de las muchas familias que viven fuera del centro de la poblacion, en esas casitas pintorescas y poéticas de la Explanada, Rampart ó Carrondelet.

—Verá vd., me decia con su carácter movedizo y alegre, verá vd., lo presento á vd. en muchas casas.... y vd. estudia y elige.

Aquella era una espectativa de excursiones, que bien necesitaba yo para conocer en lo posible una poblacion, que aunque con el prestigio de mil recuerdos, la veia bajo auspicios de profunda tristeza.

III

Quintero.—"El Picayune."—Hotel de San Cárlos.—Hoteles.
Calle de Dumain.—J. Alcalde.

EN el primer piso de nuestro hotel estaban los cuartos de Iglesias y Gomez del Palacio; en una enmarañada contradiccion de puertas y esquinas en más alto piso, yacia Lancaster al frente de su historia de los Estados-Unidos, que consultaba frecuentemente.

Joaquin Alcalde, más elevado todavía, se escurria, se deslizaba y se engatusaba en angostos corredores y oscuros tránsitos, saltando como un aparecido, entre vericuetos y escaleras excusadas, y yo, vecino á las nubes con horizontes de chimeneas, palizadas y tendederos de indignos trapos, me fastidiaba de lo lindo, declarado protector y como rey de las irlandesas, de los negros y de los gatos, que por aquellas tierras son tan enamorados, perjudiciales y nerviosos co-

mo por las nuestras, sin más diferencia que cierto miramiento con las ratas, porque cuando se toman con ellas alguna libertad, sufren ejemplares escarmientos.

Antes y despues de la comida nos reuniamos con Iglesias; se hablaba de historia, de literatura, de bellas artes.... y yo, que salí rudito y desaprovechado desde mis más tiernos años, desertaba pian pianino, y resultaba en las cuatro esquinas, poniéndome á discrecion del primer capricho que se me viniera á las mientes.

No encontrar á José Agustin Quintero, me tenia sin vida.

Tomé mis medidas de modo que no se me pudiera escabullir, porque se trata de un hombre extraordinariamente ocupado.

A la oracion, calle de Camp, redaccion del *Picayune*.... Era la hora.... *Fidelillo*.... vamos allá....

Crucé la calle, anduve algunos pasos; un hervidero de muchachos que salian saltando con sus *Picayunes* escurriendo agua, fueron mi mejor aviso.... Atravesé por entre la turba de desastrados muchachos, pregunté en el mostrador.... un gestudo, sin distraerse de su quehacer, me dijo: *up star*, es decir, *arriba*, y me embebí en una escalerilla lateral, volada como franja de pantalon, y tan angosta que podria guardarse en el cañon de una escopeta.

Como de costumbre, me perdi: subí al quinto cielo, me hallé con un mundo de prensas, descendí más, y eran peines y componedores: abrí una portezuela que bien habria podido fungir de tapon ó de válvula en cualquier país civilizado, y héme de rondon en medio de mesas como de billar, con papeles, tinteros, libros abiertos y todas las señales de una actividad febril.



LIT. H. IRIARTE, MEXICO

Calle del Canal.

N. Orleans.

Cada quien estaba á su negocio, y las secciones de trabajo se hallan perfectamente caracterizadas.

Aquí, papeles en todos los idiomas; más allá disputas sobre mejoras materiales ó cuestiones científicas; aquel chico despabilado y elegante, con cómicos, danzantes y corredores de caballos; y acá los políticos, los comentarios de los actos del gobierno, las noticias de sensacion....

En una esquina de aquella mesa habia un anciano de cabello hirsuto; mejor dicho, de una explosion de blancos cabellos sobre su frente calzada y llena de surcos: ceja tendida, ojos pequeños, una máscara de cabello por barba, burdo paletó.... aspecto rudo.

Aquel anciano discutia con uno en español, con otro en frances, con varios en inglés, con el de más adelante en italiano, diestro, sarcástico, pero á todas luces un hombre eminente, que cautiva con su grandeza de carácter y su elocuencia.

Yo me enamoré incontinenti de aquel noble viejo, y hoy es de mis mejores amigos.

Estaba realmente como payo en zarzuela francesa, sin hablar, sin preguntar por nadie, deslumbrado con los numerosos picos de gas que ardian pendientes del techo, contra las paredes y sobre las mesas, cuando ví venir hácia mí un hombre que habia estado escribiendo en mangas de camisa, con un lápiz como tranca en la mano, y que á sus lados y sobre su cabeza, arrojaba de cuando en cuando, como erupciones, cuartillas de papel.

Aquel hombre era José Agustin.

Enorme cabeza, cuello corto, moreno concentrado, anchas espaldas, chaparro y de una mirada que es todo un des-

encadenamiento de pasiones, de afectos y de ternura generosa.

En aquel abrazo que confundia nuestras almas, sentia la patria, la familia y la sociedad de cuanto más ama mi corazon.

Como cuando se quiere bien todos los dictados nos parecen pocos para hacernos amar de los demás, José Agustin me presentó con sus compañeros, con títulos de honor que realmente me hubieran avergonzado; pero lo más gracioso del cuento es que aquel anciano los repetia con un entusiasmo juvenil, cuando no me conocia sino de nombre, y por haber leido y releido mis versitos.

Aquel caballero era M. Demitrith, uno de los hombres más eminentes de los Estados-Unidos, y de quien hablaré detenidamente.

A las dos palabras era yo dueño, como suena la palabra, de Agustin, de su casa, manifestando placer y orgullo en poner á mi disposicion sus fondos, que son los que adquiere con su asíduo trabajo, y trasluciéndosele el regocijo de que pudiera disponer de ellos.

Sagaz como una querida, previsor y bueno como un padre, abierto y sincero como un amigo, Quintero me formó una atmósfera de goces y consideraciones que jamás olvidaré.

En un *tris tras* garabateó Agustin por toneladas cuartillas de papel, soltó el lápiz, nos despedimos de los amigos y corrimos al hotel de San Cárlos á saludarnos, ó mejor dicho, á bautizar aquella nueva era con la copa en la mano.

El hotel de San Cárlos es el mejor y más opulento de Nueva-Orleans.

En la parte baja, que es un espacioso salon circular, está la elegantísima cantina, dos expendios suntuosos de tabacos, entradas para baños y otras dependencias.

Fuera de ese salon, y en una especie de pórtico, están las escaleras que ascienden á un descanso volado ó galería que da á la calle, y de ese descanso conducen otras escaleras, entre columnas gigantescas, por pavimento de mármoles y alfombras, al salon del despacho y comunicaciones con las galerías del hotel.

En el segundo piso, siempre bajo bóvedas sostenidas por altas columnas de cantería, recibe al viajero un extensísimo salon alfombrado, lleno de espejos, con magníficos pianos, sofaes y sillones de régia mansion.

De cada uno de esos pisos parten dilatados corredores alfombrados y adornados con candiles de bombillas de gas. Los tránsitos dan á cuartos aislados, á viviendas y á cómodos departamentos, en que las familias tienen, por precios convencionales, cuantas comodidades pueden apetecer: el gasto en general por persona es de cuatro pesos cincuenta centavos: en nuestro hotel pagábamos veinte realillos, sin los *extras*, que son una *ganga*.

Los primeros tragos entre Pepe (porque así llamamos á Quintero en familia) y yo, desataron esa conversacion deliciosa, con una interrupcion á cada palabra, que gira al acaso, y sin trabazon ni ligadura, de los versos á los viajes, de éstos á las recetas de cocina, y salta á las muchachas, y se caracolea entre juicios literarios, paseos, crónica escandalosa y altas cuestiones sociales; conversaciones á pierna suelta, sin piés ni cabeza, sin ortografía conocida. Vamos! mi delicia, porque yo soy antípoda de los graves en todas materias, sin

duda porque entre ellos me he encontrado siempre á los más serenados brutos y á los más redomados pícaros que he tratado en mi vida. Una naturaleza monótona y uniforme, sin sus granitos de locura, es perversa en el fondo, por regla general. Bienaventurados los que no encuentran en su camino hombres ó mujeres sin defectos.

Quintero me llevó á su casa, situada en el barrio frances; barrio achacoso, interminable, limitado el horizonte de sus calles por tejados extensos y de tan vária y abigarrada poblacion, que necesita describirse especialmente.

Las calles en general son oscuras, y en las noches, lóbregas y casi desiertas, sin más interrupcion en la oscuridad de las aceras, que los *bar-rooms* y fondas, los expendios de ostiones, y pastelerías, uno que otro club y un deshilache de jacales, *tabucos*, cuchitriles y huroneras, que van entre lodazales hasta la orilla del rio, que parece que ha enturbiado sus aguas adrede para no ver tanta indignidad de mugre, tanta profanacion de la piel humana, tanta California de basura y de fango, tanta injuria de los cinco sentidos como se amontona en sus desventuradas orillas.

Quintero, desde la puerta de su casa, volvió á dejarme en mi posada, no sin cita para todas sus horas libres.

Subia meditabundo y mústio los callejones que conducen á mi reducida morada, cuando topé de manos á boca con Joaquin Alcalde, que habia hecho una excursion solitaria y llegaba henchido de fealdades y desengaños de la parte de la ciudad que habia recorrido.

No obstante el mal humor que se columpiaba de las fruncidas cejas de Joaquin, me dijo que subiésemos á mi cuarto á comunicarme, como lo hacian todos mis compa-

ñeros, las noticias que adquirian y podrian servirme para mi Viaje.

Me dijo respecto de hoteles, que el Metropolitano tiene una excelente fonda francesa en que se sirve con esmero y limpieza, así como en la fonda de Moses, calle del Canal; me habló de los hoteles de San James, y en cuanto á *restaurants*, me citó el de *Moreaud*, el de *Victor*, el de *Jhon*, el de *Antoine* y el de *Denechaud*.

En el hotel frances, continuó, hay cafés á la usanza nuestra y á la americana, en casi todas las cuadras.

Hay cerca de veinte clubs; pero los más prominentes son: Boston, Pickwick, Shakspeare y Jokey–Clubs.

Aquí dejo á vd. lo que he traducido, siguió Joaquin, relativo al Hotel de San Luis, hoy casa de Estado, y que compitió en un tiempo con el Hotel de San Cárlos:

"El Hotel de San Luis se construyó en 1841, siendo por muchos años uno de los mejores hoteles del Sur.

"En este edificio, el pueblo de Nueva–Orleans, en el invierno de 1842, hizo espléndida recepcion á Mr. Henry Clay, con todo el refinamiento de lujo que le fué posible.

"En la sala de baile se reunieron, en 1843, para reformar la Constitucion del Estado, los hombres de mayor influencia, poder y talento de la Luisiana, como Jhon R. Grimes, Pierre Soulé, Cristian Roschins, Roman, Dowis, Curtis, Brent, Marigny, Conrad, y otros distinguidos caballeros, literatos, hombres de Estado y patriotas.

"Su elegante rotunda sirvió de Cámara de Comercio y Lonja, para los *meetings* de los *Wigs* y demócratas, y reuniones con objetos de beneficencia.

"Años despues de servir para tan nobles objetos, se convirtió en casa de Estado."

—El edificio, me dijo Joaquin despues de concluir la lectura, es aquel de la calle de San Luis, entre Chartres y Real.

—Ya recuerdo: grandioso, con las puertas cerradas y con muchos negros en la banqueta.

—El mismo.

—¿Sabe vd., Joaquin, que entre esos hombres que reformaron la Constitucion, los hay muy recomendables?

—Ya se ve que sí. Grimes, por ejemplo, era un abogado distinguido, un patriota eminente, que se alistó como voluntario en 1815, y como ayudante de Jackson prestó servicios á la patria con las armas en la mano; por último, fué uno de los más elocuentes oradores de la Union.

—Curtis tambien era hombre superior, y basta leer cualquiera de sus obras para cerciorarse que era muy digno de figurar en aquella notable asamblea.

—Yo con quien tuve buenas relaciones de la manera más casual, fué con M. Pierre Soulé, frances de orígen, y uno de los hombres más simpáticos que he tratado en mi vida. Si no fuera tan tarde, yo le contaria á vd. algo de Soulé.

—Venga el párrafo, dijo Joaquin, y ocupando cada uno de nosotros dos sillas, es decir, medio tendidos en una y apoyando el brazo y parte de la espalda en otra, así comencé mi narracion.

Dábase sus verdes en el Abril de sus dias el año de 1859: una comision del gobierno, unida á mi reconocido miedo al vómito, me habia hecho atravesar la playa y trabar conocimiento con el puerto de Alvarado, en donde encontré á Hernandez y Hernandez Pancho, de viaje para el otro mun-

do por causa de una fiebre que le dejó sin cara en que persignarse.

En un falucho incómodo y movedizo como una anguila, pero amplio y capaz, emprendí mi viaje para Tlacotalpam, donde la familia Ituarte, Carballo, Celeski y un clérigo distinguidísimo discípulo de D. Alberto Lista, me dieron dias muy agradables.

La tripulacion de nuestra canoa pretensiosa, era de gente pobre, es decir, jarochos disputadores y despiertos, de pantalon blanco, banda encarnada y sombrerillo de paja; y jarochitas de enagua ampona, mascada escarlata, rebozo terciado al desgaire y cachirulo empinado con piedras y perlas falsas. No faltaban sus comerciantes llenos de desenfao, con sus tabaquillos del grueso de una tranca, llevando al hombro las chaquetas para que se dijese que iba allí gente decente. Entre esos comerciantes iba uno de la casa de mi amigo Carlin, muy afecto á la contesta formal y á los versos.

En la popa del falucho, dándome la espalda y con la vista al claro de mar que se percibia á lo léjos, se destacaba un bulto negro, ó más bien dicho, iba un hombre embozado en una amplísima capa, cosa rarísima por aquellos lugares, con un sombrero de ala ancha que caia sobre los bucles de un cabello de ébano, que se mecian sobre sus hombros.

Vd. no conoce al ¡Teloloapam; ¡es el rio amplio y cristalino, limitan su horizonte espesas arboledas y cortinajes de yerba, que cuelgan de las ramas de los árboles y forman caprichosos cortinajes.

Entre los muros de verdura de las orillas y entre el ramaje de las flores acuáticas, se ven parvadas de blancas garzas y multitud de aves: como zafiros, topacios, jacintos y dia-

mantes, vuelan los insectos, despidiendo entre el follaje relámpagos de luz. . . . en los recodos que forma el rio, se albergan por millares las chachalacas, que aturden con sus gritos y remedan tumultuosas las voces humanas. . . . y en las noches, de entre aquellos macizos de sombra, de aquellas ramas y de aquellas aguas, saltan en explosion, se extienden y derraman millares de luciérnagas que forman remolinos de partículas de luz, de luceros, entre las que parece nadar el cocuyo, cuya luz fosfórica, tendiéndose en la superficie, hace como si fueran las aguas, vertientes de nítidas estrellas.

Eran las últimas horas de la tarde; la luz realzaba como un fondo ó una plancha de oro espléndida; el ramaje de los árboles se destinguia, produciendo esos abismos de brillo, esas irradiaciones caprichosas, esos columpios de llama, esos calados de hojas y reverberaciones que se ven y que desesperan porque no se pueden explicar, como si Dios nos dijera: "Esta revelacion sublime de mi existencia, esta intimidad entre lo que yo produzco y tu alma siente, guárdala tú solo en tu corazon."

Yo contemplaba absorto aquel cuadro, y al bulto negro sin duda le llamó tambien la atencion, porque le ví que se puso de pié dando su frente al Ocaso, y marcándose su figura como rodeada de luz, como en un marco de oro.

Entónces contemplé su fisonomía, que revelaba de luego á luego al hombre extraordinario. Era aquel rostro la fusion de los tipos de Mirabeau y de Danton, pero embellecidos y como dulcificados por una mirada que encerraba todas las tempestades, entre los destellos de los afectos generosos.

Atlético, moreno, con el pelo dividido en la medianía de la anchurosa frente, cayendo sedoso en negros rizos sobre

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 26.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez,
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

sus hombros, ojos negros que abria iluminando y que cerraba como sujetándonos y poniéndonos á su discrecion, como el puño de una mano de hierro.

Sin cuidarse mucho del personaje que á mí tanto me preocupaba, uno de nuestros amigos me suplicó leyese unos versos que habia recitado en Veracruz en la casa de mi querido amigo Dr. German Brendt, alusivos á las desdichas de mi patria.

Leia mis versos con cierta emocion, por las circunstancias que me rodeaban, y no sé si con cierta vanidad, para que me escuchase el extranjero, aunque tenia mis dudas de que supiese castellano. De pronto, é interrumpiendo mi lectura, dijo el desconocido: "*Más despacio,*" con marcado acento frances; yo obedecí sin réplica, y él se volvió hácia mí, oyendo con suma atencion: cuando terminé mi lectura, los amigos palmotearon, y él, de pié como estaba, se inclinó y me abrazó la cabeza con profunda emocion.

El personaje no era otro que Mr. Pierre Soulé, una de las figuras más prominentes entre los hombres de los Esta dos-Unidos.

Nacido en Francia en 1800, en muy temprana edad se dió á conocer en el foro y se abrió paso en la prensa redactando el *Enano Amarillo;* perseguido y multado por el gobierno frances, emigró á Puerto Príncipe, donde cobró viva aficion por Cuba y la causa de sus libertades.

Partió de Puerto Príncipe para Orleans en el mismo buquecillo de vela que conducia á otro muchacho aventurero que se dirigió á México, y andando los tiempos fué el general D. Adrian Woll.

En Orleans, sin relaciones, sin recursos, sin el más ligero

conocimiento del idioma, pero dotado de indomable energía de carácter, se metió de jardinero en un convento y salió de allí poseyendo admirablemente el idioma de Shakspeare, aunque conservaba siempre el acento frances.

En medio de las agitaciones que sufria la Luisiana, se hizo oir su voz elocuentísima, fijó la atencion pública, y en brazos del favor popular fué conducido á la legislatura primero, y despues al Congreso de la Union.

Venciendo en audacia al yankee, su palabra era temeraria en ciertas ocasiones. Vindicando á López por la expedicion de Cuba, dijo que López habia hecho más que Washington; pero que ellos no le admiraban porque eran los serviles adoradores del Dios Exito.

¿Cómo no contar con su corazon generoso, la causa de Cuba? ¿cómo no reverberar en su alma la gran doctrina de la autonomía de los pueblos? ¿qué mayores seducciones puede tener el derecho que tratar del conjunto de las libertades del hombre?

Los representantes de la causa de Cuba, como Santacilia; los mexicanos Uraga y Trias; los aventureros como Wolker, eran de la tertulia de Soulé y éste no perdia ocasion de mostrar sus simpatías á la causa de Cuba y de México.

Cuando la célebre expedicion del *Marqués de la Habana*, se escuchó la voz de Soulé en defensa de nuestra patria.

Soulé iba á San Andrés Tuxtla á la casa de M. Próspere Legrand, á donde yo me dirigia.

Viviamos juntos, recibiendo ambos la generosa hospitalidad de la familia Legrand, que se empeñaba en hacernos comprender que recibia favor con servirnos y mimarnos.

¡Cómo ha quedado en mi memoria grabado aquel carác-

ter noble! ¡qué grandeza de alma! ¡qué riqueza de erudicion! ¡qué espontaneidad de elocuencia!

Habia un punto en que siempre estábamos en desacuerdo y que era una verdadera mancha en el sol de su inteligencia: los negros! El decia que lo mejor á que podia llegar un negro era á ser esclavo de un blanco; por supuesto yo me sublevaba contra la blasfemia social, y Gabrielita, una preciosa niña de Legrand, de ocho á nueve años, venia á ponernos en paz con sus chistes y monerías infantiles.

A la espalda de la casa de M. Legrand hay un amplio corredor que da á un pequeño, pero primoroso jardin.

En ese corredor, frente á una mesita en que se nos servia café, pasábamos las horas de la noche, unas veces acompañados de la familia y otras solos.

En una de esas noches tibias, aromáticas, apasionadas y sentimentales de la costa, hablé á Soulé de su ruidoso lance como embajador de los Estados-Unidos en Madrid; nombramiento debido al esfuerzo de los cubanos, entre los que descollaba por sus talentos é importancia Pedro Santacilia.

La luna brillaba apacible; el aire embalsamado corria fresco como vertiéndose en la atmósfera ardiente; á lo léjos se escuchaba la imponente respiracion del mar.

Soulé hablaba: "En Madrid disfruté grandes satisfacciones; llevaba en mi cabeza mil proyectos; me sonreia y me apasionaba la idea de contribuir á la independencia de Cuba. Cuba se me aparecia como una hermosísima cautiva, tendiendo á mí sus brazos y pidiéndome su libertad.

Entre las muchas tertulias á que fuí invitado, ninguna me pareció más espléndida que la dada en la casa del Baron Turgot.

El lujo, la concurrencia selecta y los accesorios del festin espléndido, correspondian al alto renombre del nieto del gran financiero frances.

Me presenté al baile con mi familia, compuesta de mi esposa y de mi hijo, que tendria entónces veinticuatro años. Ibamos vestidos á la rigurosa moda americana, corregida por los recuerdos de nuestra educacion europea.

A los pocos momentos de estar en el baile, corrió en la opulentísima estancia algo de siniestro, un estremecimiento eléctrico, los rostros vueltos á una de las puertas me advirtieron que algo pasaba: detrás de la espesa fila de cabezas, tocados y plumas que cegaba la puerta, ví atravesar precipitadamente á mi hijo con mi señora del brazo.

Apartando la concurrencia, los seguí veloz, entré con ellos en un coche y en casa me informé que al pasar bailando mi señora frente al duque de Alba, le habia ridiculizado su tocado, y habia habido risas que cayeron como una saliva en el rostro de mi hijo.

Nos dirigimos yo al baron Turgot y mi hijo al duque, pidiendo imperiosamente una reparacion del ultraje; propusiéronse medios de transaccion y avenimiento; se interesó lo más florido de la corte en la reconciliacion; todo fué en vano: el orgullo lastimado ciega; las injurias hechas á las personas que amamos, nos hieren en lo más vivo; nos parece que el que se degrada á ofender á nuestra señora, es fuerza que lo veamos de rodillas ó muerto á nuestros piés.

Ajustáronse los dos duelos á la vez: el mio deberia ser á la pistola, el de mi hijo á la espada: propusiéronme la distancia de cuarenta pasos; yo expuse que aquello era demasiado

cobarde; ès decir, añadí, muy cobarde; yo soy americano: será á veinte pasos. Y así se estipuló.

Durante los arreglos de este duelo, como si hubiese sido convenido, evitamos mi hijo y yo toda explicacion; pero las conversaciones, aunque revestidas de indiferencia, vibraban de emocion, no por el peligro, sino por la identidad de situaciones: álguien habria querido dar al otro testimonio de ternura, y ambos nos retraiamos sufriendo agonías indecibles.

Al llegar frente á nuestros adversarios, la suerte nos designó á M. Turgot y á mí; nuestros padrinos suplicaron muy cortesmente á mi hijo no presenciase aquella escena.... se apartó mi hijo de aquel lugar á un signo; pero se volvió involuntariamente y hubo no sé qué de atraccion en nuestros cuerpos... yo no sé que escena muda se verificó.... que hubo un movimiento general como para reponerse cada quien, sin mostrarla, de aquella protesta de la naturaleza ultrajada.

Ya sabe vd. el resultado con el noble, con el valiente Baron: heríle gravemente en una pierna, le ví caer, acudieron los cirujanos.... un coche lo desapareció de nuestros ojos.... aunque al lado de mi adversario me llevaban mis instintos, el duelo de mi hijo me preocupaba hondamente.

Ideas que no habian asaltado mi mente, exageraciones de peligros, que al tratarse de mí, ni siquiera habia sospechado, duda sobre la destreza en la espada del que tanto se exponia por la honra de la madre, reproches á mí de no haber asumido los dos lances, todo me asaltó, y me sentia rendido, y era mi suplicio terrible, y mi dolor, sobre todos los dolores que un hombre puede sufrir.

Estaba pegado á un árbol cuyas ramas me cubrian; entre las hojas, ya presentándose claros los objetos, ya medio cubiertos y confusos, seguia las peripecias de la lucha.... si el árbol hubiese presentado una superficie como el papel ó el lienzo, en él hubiera quedado esculpida mi figura.... vertian mis poros mi vida atormentada....

Terminó aquel duelo sin consecuencias sérias.... yo me sentí viejo al separarme de aquel sitio.... y el recuerdo de este duelo pasa sombrío en mi alma.... como si no fuese mia la justicia...."

En esta narracion que presento, no solo descarnada y fria, sino con mil inexactitudes por los muchos años que han trascurrido, conocí la fascinadora, la omnipotente elocuencia de Soulé: el comenzar de su discurso era frio, no hallaba las frases adecuadas por la costumbre que tenia de hablar en inglés: pero una vez poseido de su objeto, una vez imperando altivo su corazon, una vez subyugado por su inspiracion poderosa, se comprendia su poder mágico sobre las masas, y el peso de su palabra en las altas cuestiones á que consagraba su talento.

Alcalde se levantó silencioso de su asiento, y desapareció de mi cuarto.

IV

La cuestion del Sur.—M. de Gayarré.—Xarifa.

REVUELTOS andaban los ánimos de los *politiqueros* en cuanto á la cuestion del gobierno de la Luisiana y nombramiento de empleados subalternos.

Los adoradores del buen sentido práctico de los yankees, sonaban palmas arrodillados ante el Dios Exito, y á mí, por lo mismo que no me importaba la cosa, hacia cada berrinche por los atropellos de la ley, que me acalambraba.

Para dar idea de la situacion política que guardaba la Luisiana en los dias en que nosotros nos hallábamos en Orleans, copio en seguida los párrafos de una carta en que un respetable y sabio amigo hablaba de estos asuntos á un corresponsal de México:

"Al celebrarse en los Estados-Unidos las elecciones presidenciales de 1876, el candidato de los republicanos era

Rutherford B. Hayes, y Samuel Tilden el de los demócratas."

"En el cómputo de los votos emitidos por los Estados y sobre los cuales no habia disputa, uno solo faltaba á Tilden para tener la mayoría absoluta; pero habiendo habido elecciones dobles en Luisiana, Florida y el Oregon, era necesario declarar cuáles eran las válidas."

"Aunque no existia ley expresa en que se fijase á quién correspondia dirimir la contienda, parecia la opinion más conforme á los preceptos constitucionales, la que cometia la decision á las dos cámaras que forman el congreso general."

"No quedaba con esto zanjada la dificultad, porque dominando en la cámara de diputados el partido demócrata, y en el senado el republicano, se consideraba imposible un avenimiento, dándose por seguro que cada una votaria por su candidato preferido."

"En tal situacion, el tiempo avanzaba sin esperanza de llegar á un resultado definitivo. Los ánimos entraron en una efervescencia extraordinaria. Como al partido republicano pertenecia el presidente Grant, acusósele de que estaba decidido á hacerlo triunfar á todo trance, á cuyo fin aglomeraba en Washington una parte considerable de la fuerza armada."

"Atemorizados los demócratas, entraron en una transaccion, á virtud de la cual se expidió una ley en que se cometia el exámen de los votos disputados y declaracion de los que fueran válidos, á una comision de quince individuos, compuesta de cinco diputados, cinco senadores y cinco magistrados de la Suprema Corte."

"Al hacerse la designacion de los catorce primeros miembros de la comision expresada, los dos partidos contendientes tuvieron buen cuidado de estar representados por igual, á razon de siete cada uno. Quedaba en consecuencia el resultado de la cuestion confiado en realidad al décimoquinto miembro, en quien era indispensable una completa imparcialidad para la recta resolucion del caso."

"Electo para tan difícil cargo el magistrado Bradley, se decidió en favor de los republicanos. Segun se ha dicho, con un solo voto de los dudosos aplicado á Tilden, bastaba para que tuviera mayoría absoluta. Fué, pues, preciso aplicarlos todos á Hayes para que él la tuviese, y así se hizo. Cada votacion fué constantemente de ocho votos contra siete."

"Habia pruebas fehacientes de que las elecciones disputadas habian sido realmente favorables á Tilden. La comision se negó á recibirlas, con el fundamento de que debia atenerse á los resultados sancionados por las autoridades locales, si bien aun en esto obró con inconsecuencia."

"Conformes las cámaras con los fallos de la comision, se declaró á Hayes electo presidente de la República, y más de un año lleva ya de estar funcionando, mediante un título que los demócratas están calificando sin cesar de *fraudulento.*"

"Un acontecimiento reciente ha venido á confirmar semejante apreciacion. Juzgado por el tribunal correspondiente en Nueva-Orleans, uno de los que compusieron la oficina que cambió los votos dados á Tilden en favor de Hayes, ha sido sentenciado á una pena infamante por el fraude que se cometió."

"Con la cuestion general de la presidencia de la República, se enlazaba la particular del gobierno del Estado de Luisiana."

"Tambien allí hubo elecciones dobles para el gobierno y para la legislatura. Los dos gobernadores competidores fueron Packard y Nichols, representante de los republicanos el primero, y de los demócratas el segundo."

"Como el partido demócrata tiene una gran mayoría en el Estado, Packard no pudo sostenerse sino con el auxilio de la fuerza federal, suministrada por el presidente Grant. Retraido en el antiguo hotel de San Luis, que le servia de palacio, y donde estaban reconcentradas las oficinas que le obedecian, su permanencia en el puesto dependia exclusivamente de que se le siguiese apoyando, ó no, por el gobierno de la Federacion."

"Para resolver lo conveniente se nombró una comision especial, á la que se ha acusado despues de varias intrigas. Como quiera que sea, Hayes se determinó al fin á retirar la fuerza protectora. Abandonado así Packard, tuvo necesidad de dejar el puesto, quedando Nichols de dueño absoluto de la situacion."

"Con ese motivo se ha formulado contra Hayes una acusacion terrible. En razon de tener la misma procedencia los votos que en Luisiana aparecieron en su favor para presidente, y los que aparecieron en favor de Packard para gobernador, se ha presentado este dilema. O esos votos fueron válidos, y entónces debió apoyar la legitimidad del gobierno de Packard; ó fueron nulos, y entónces es fraudulento el título que lo elevó á la presidencia de la República."

"En el público corre la voz de que el retiro de la fuerza federal se debió á pactos secretos, mediante los cuales se comprometió Hayes de antemano á dar ese paso, á trueque de que los demócratas no se opusieran á los actos de la comision de los quince, que suplantó el voto nacional."

Pero aunque los motivos eran más que suficientes para que aquellos yankees se hubieran roto las cabezas en los dias en que estaba la decision pendiente entre Packard y Nichols, el uno se encontraba en el Hotel San Luis con las puertas cerradas y unos cuantos negros medio sospechosos y medio *indinos* de custodia.

Entre tanto, Nichols, que es un cojo de fisonomía dulce y grave, vivia en nuestro hotel con su familia y mostraba el mejor humor del mundo.

Los soldados federales y los que sostenian en San Luis el partido opuesto al gobierno, hablaban como los mejores amigos, y cuando se retiró la fuerza federal, se presenció su partida como el desfile de una tropa que sale de guardia.

Formaba contraste la virulencia de los periódicos, los gritos de los muchachos, la publicacion de telégrafos, con la tranquilidad de la ciudad y la calma con que se celebraban las transacciones mercantiles, y se entregaban los hombres á sus cuotidianas ocupaciones.

Todas estas novedades, para mí se explican con marcar bien el tipo del *Politicyan*, y esto nadie lo ha hecho como M. de Gayarré, con quien voy á dar á mis lectores conocimiento.

En uno de los dias que comia en mi casa de Orleans, porque así puedo llamar la de Quintero, me anunció que tenia por compañero á M. Cárlos Arturo Gayarré, autor de la

"Historia de la Luisiana," de la que habia hablado á Agustin con mucho entusiasmo, por la tersura del estilo, el carácter imparcial y filosófico que la distingue y la suma de documentos preciosísimos que la ilustran.

Además de la "Historia de la Luisiana," ha escrito Mr. Gayarré la "Historia de la dominacion española en el mismo Estado;" pero lo que le ha dado popularidad especial es su comedia titulada: *Escuela de los politiqueros*, comedia aristofánica como álguien le ha llamado, y en la que está admirablemente descrito el tipo á que hemos hecho referencia al principiar este capítulo.

Aunque hombre de 73 años, M. Gayarré es robusto y expedito, camina con desembarazo y á primera vista cualquiera le tendria por hombre de 50 años á lo más.

Es de mediana estatura nuestro nuevo conocido, moreno, de alisada furia, y pelo y barba entrecanos, habla perfectamente en francés, no obstante que ejercita mucho más el idioma inglés; sus maneras de hombre distinguido, se ajustan perfectamente con su palabra, aunque fácil, reflexiva y pausada; apénas se hace creible que un hombre entregado á los estudios sérios, que revelan sus escritos y su conversacion, haya podido escribir la tremenda sátira que encierra su comedia.

Despues de algunas horas de muy agradable conversacion, en que me confirmé en la idea que tenia de M. Gayarré, es decir, de un literato notable y de un distinguido caballero, recibí de sus manos la comedia que iba á ser objeto de mi estudio.

Por fortuna mia, cuando me entregaba con mayor ahinco á ese trabajo, M. Claudio Jannet, con objeto muy distinto del

mio, habia traducido varios trozos de M. Gayarré, que yo traduzco á mi vez y aplico á mis apuntaciones, para dar idea de lo que por aquí se llaman los *Politicyans*, ó como si nosotros dijésemos, los *politiqueros*.

En 1814, se puso en escena la comedia de M. Gayarré.

"Vamos á reproducir, dice Jannet, la escena capital de la *Escuela de los politiqueros*, aquella en que el autor pone en presencia de los viejos y consumados políticos Lovedale, Gammon, Turncoat, Trimsail, el gobernador saliente de la Luisiana, y un neófito de la política, Randolfo, su candidato para las funciones de gobernador, á quien éstos dan la leccion y les dictan sus condiciones:

Randolfo.—¿Han sondeado vdes. al pueblo en lo que hace relacion á mi candidatura?

Lovedale.—¡Qué candor! ¿qué demonios tiene que ver el pueblo en estas cosas? El pueblo solo se ocupa en estas materias para aprobar lo que nosotros sus conductores decidimos; gracias á nuestra organizacion de partido, hacemos la cosa de modo que nadie resista nuestros mandatos soberanos: el pueblo, ¿qué más quiere? solo tiene que aprobar los candidatos que nosotros elegimos. Se le sirve el plato caliente y humeando: no hay más remedio que tragarlo como está.

Randolfo.—¡Vd. me asombra!

Lovedale.—En dos palabras, hé aquí todo lo que vd. tiene que hacer: en primer lugar, comprar lo más barato posible algunos periódicos de los más influentes en todo el país, asegurándose ántes, como es debido, de la prensa de Nueva-Orleans. Ya se entiende que uno de estos periódicos, con toda *independencia*, comenzará por seros hostil y que sosten-

drá los títulos de cualquiera de vuestros rivales; pero lo defenderá de manera que lo pierda: con esto, y con que se mantenga cualquier otro periódico independiente, la cosa es hecha.

Randolfo.—¡Prostituir la prensa, el gran paladium de nuestras libertades!

Lovedale.—¡El gran *paladium!* eso es decir una inocencia...... infantil.

Randolfo.—Pero debe ser muy cará esa compra de la prensa.

Gammon.—Con seis mil pesos hay lo suficiente, y ese pico lo puede vd. gastar.

Lovedale.—M. Gammon tiene justicia. Mediante esa ligera remuneracion, todos los periódicos dirán que sois la perfeccion misma y dirán que el pueblo os aclama en calles y plazas por su gobernador. Despues de esto, será necesario trabajar en las asambleas preparatorias. En todos los pueblos cortos hay dos ó tres hombres que llevan á los demás por donde quieren. Teniendo de nuestro lado á estos hombres, podemos decir que tenemos en nuestra mano al país entero, y estad seguro, nosotros, habiendo maña, los tendremos á nuestras órdenes. En cuanto á Nueva-Orleans, ya se sabe, es lo más fácil. Con unos cuantos pesos, todo se arregla.

Randolfo.—¿Pero en que país estamos? ¿Se compran los hombres libres como si fueran cabezas de ganado? ¿Y eso qué tanto costará?

Trimsail.—Entre arreglos preliminares, convites.... delegados, etc., bien podrán invertirse sus cinco mil pesos.

Lovedale.—Una vez que se admita á vd. en el primer co-

legio, lo demás se va como agua. Hablemos claro: con que ponga vd. diez mil pesos á disposicion del Comité Central, él fabricará congreso y sacará de debajo de la tierra cuatro mil votos, con lo que el triunfo es tan cierto como espléndido.

Randolfo.—¿Y eso es todo?

Turncoat.—No precisamente todo: se tienen que despolvorear otros tres ó cuatro mil pesillos para votos aislados y campestres.

El Gobernador.—Para no andarse con dibujos, es forzoso gastar en todo el juego unos veinticinco mil pesos.

Randolfo.—Pues entiendan vdes. que los pobres no deben ser políticos.

Lovedale.—Vd. perdone; podrán serlo, pero de otra manera. Si fuéseis pobre, yo os habria dicho: Mostrad vuestros talentos, endrogaos, aparentad algun vicio. En este caso, la envidia perdonará vuestra inteligencia. Cada uno de los méritos que podais tener, debe ser contrabalanceado por algun saltante defecto. Si el pueblo pudiese decir únicamente ¡cuánto talento tiene este pícaro! ¡qué desdicha que este hombre sea un perdulario! entónces tendreis asegurados muchos votos; pero si sois un candidato honrado, estais perdido. Dad apretones de mano á cuantos encontreis; miéntras más despilfarrado os vean, será mejor. Vestíos con descuido, afectad ordinariez, soltad cada palabrota que estremezca, tocad con afecto la espalda de todo el mundo, embriagaos por lo bajo una vez por semana, y en cantina bien concurrida y acreditada, haceos miembro de cualquiera de estas asociaciones disparatadas que surgen diariamente en Nueva-Orleans, declamad contra los tiranos, los aristó-

cratas y los ricos; pero sobre todo, hablad eternamente del infeliz pueblo oprimido y de sus derechos, y teneis todas las probabilidades de una eleccion triunfal.... sobre todo si....

Randolfo.—Parece que vacilais..... creia que ibais á decir: sobre todo, si ofrezco ser instrumento ciego de los jefes.

Gammon.—Dísteis en el clavo.

Trimsail.—Juguemos limpio; la ciencia de la política consiste en esto: comprar ó ser comprado, servirse de los otros como instrumentos, ó ser á su vez su propio instrumento.

Randolfo.—¿No teneis otras instrucciones que darme?

Lovedale.—Sí; cuando hayais sido elegido por la convencion y puesto vuestros medios en las manos del comité, viajareis tranquilamente por todo el Estado, y de cuando en cuando lanzareis un pequeño discurso para que produzca efectos teatrales. El verdadero trabajo se hará entre bastidores.

Randolfo.—Pero, señores, yo preveo más dificultades que las que me anunciais. Se habla de Cramfort para el gobierno del Estado, y nadie tiene la mitad de sus méritos. En mi juicio, él tiene más talento que ningun otro hombre de Estado en esta nacion; de suerte que tengo por cierto que él será el elegido.

El Gobernador.—Nada vale Cramfort, le falta juicio; se necesita mucho buen sentido.

Lovedale.—Además, no nos importa, no es nuestro amigo, nos descartaremos de él; con algunos agentes hábiles en la ciudad y otros tantos en el campo, lo haremos todo.

Cada vez que se pronuncie el nombre de Cramfort aparentarán nuestros agentes que son sus mejores amigos y dirán que es la misma perfeccion; pero con un gesto de desaliento profundo exclamarán: ¡Qué desgracia que sea tan impopular! ¡El pueblo no lo acepta! *¡La opinion lo rechaza*, y á ésta no se puede resistir!

Randolfo.—Bien; pero yo he viajado últimamente por el Estado, y sé perfectamente que está en su favor.

Turncoat.—Precisamente para eso estamos nosotros, para probar que el país le es hostil. Muchos mostrarán pesar y retraimiento, y con esta maniobra abandonarán sus trabajos.

El Gobernador.—Además, querido Randolfo, las persuasiones por localidades cortas son fáciles: á cada una de ellas, ¿por quién estais? preguntan nuestros agentes. Se les responde: "Por Randolfo." "Nosotros tambien," replican los nuestros, y á todo Nueva-Orleans tenemos de nuestra parte; pero eso no vale nada, porque el hombre, aunque nos duela, es muy impopular. ¡Qué desengaño! era nuestro candidato; pero le hemos abandonado para conservar la unidad del partido .... Esto desespera, dicen nuestros agentes con las lágrimas en los ojos, y ¿á quién pondremos en su lugar? ¿á quién? al hombre más popular: él no tiene nuestras simpatías personales; pero es hombre muy querido .... es el que tiene verdaderas probabilidades de éxito.

Lovedale.—Este juego, por supuesto, se repite pueblo por pueblo.

Randolfo.—Pero si se nos pregunta por qué es tan impopular, ¿qué respondemos?

Gammon.—Querido amigo, un *politiquero* jamás razona

con el pueblo. Cramfort es impopular, y la razon es que es muy impopular.... eso es inexplicable, pero es muy impopular.... Acaso le perjudique su orgullo.... dice uno con hipocresía: hay quien le acuse de aristócrata.... el hombre está perdido para siempre.

El Gobernador.—Randolfo: ahora, ¿qué teneis que decir?

Randolfo.—Señores, si yo no he comprendido mal, aunque nuestro gobierno sea constitucional en apariencia y democrático en el papel.... en resumidas cuentas, no es más que una oligarquía.

El Gobernador.—Nosotros no tenemos la culpa.

Randolfo.—No importa saber de quién es la culpa: si yo soy deudor á esta oligarquía y no al pueblo de mi eleccion, que esperará de mí?

Lovedale.—La oligarquía esperará proteccion. La ayudaremos, y nos ayudará....

Randolfo.—Pero se me pueden exigir cosas contrarias á mi juramento y al pueblo....

Lovedale.—Noramala el tal pueblo: ¿quién se ocupa sériamente del pueblo? Hablemos aquí como amigos, sin careta, como hombres prácticos, como verdaderos políticos... Comienzo á creer que nuestro amigo no quiere comprendernos...."

Esa es una muestra del sentir de los que se ocupan del negocio de los Estados-Unidos, y M. Gayarré ha conquistado lauros como buen patriota y como hombre probo con esta comedia, que recuerda en muchos de sus pasajes las "Nubes" del primero de los poetas cómicos griegos.

Sin embargo, segun la opinion universal de los conocedores de los Estados-Unidos, el cuadro trazado por M. Ga-

yarré, respecto de los *politiqueros*, es exacto; pero no está en suficiente relieve la opinion del pueblo cuando se hieren *intereses*, no opiniones. Sondeando este punto, se veria que el pueblo existe y que su opinion predomina sobre las intrigas de los mercaderes políticos.

Al regresar á mi posada el dia que encontré á M. Gayarré, tuve el gusto de abrazar al general Sóstenes Rocha y á Jorge Hameken y Mejía, personas ambas de mi particular estimacion.

V

Segundo romance á Xarifa.—Paseos nocturnos.—Pick-nick. Los templos.—Calle de Dumain.—Poesía.

HACIA en mi cuarto una mañana mi ejercicio de fiera, como apellida con gracia Martinez de Castro á los paseos entre cuatro paredes, cuando me llamaron de parte de Gomez del Palacio.

Este habia recibido la visita de M. Townsed, esposo de Xarifa y padre de una familia finísima que á Gomez y á mí nos colmó despues de atenciones.

Cora, la señorita mayor de la familia, habia estado en México, juntos habiamos admirado á la Ristori y habiamos visitado algunos lugares de los alrededores de México, de que hacia recuerdos deliciosos.

M. Townsed es un hombre muy perito en materias mercantiles, franco, generoso, finísimo yankee y de una conversacion de hombre de mundo, que entretiene é instruye.

Quedaron establecidas y ratificadas las bases de visitas y paseos, y yo envié á Xarifa la siguiente misiva, contestacion á una perfumada cartita que recibí de la lindísima Cora, en que me decia que con cualquiera de las aves que pasaban por la alta region en que yo habitaba, le enviara mis mensajes....

Y para que conste.... ahí suelto la copla, tal y como brotó de mi pluma:

SEGUNDO ROMANCE A XARIFA.

Avecilla pasajera,
Deten tu vuelo fugaz,
Que voy á darte un mensaje,
Para una dulce beldad,
Más hermosa que los campos,
Por donde contenta vas,
Y más blanca que la espuma
De las olas de la mar.
Sus cabellos, rayos de oro,
De gacela su mirar:
Y manando sus sonrisas
De las perlas y el coral.
Y el pajarito detiene
Su vuelo..... y oyendo está:
"Dile que un bardo que llora
Penas del hado fatal,
Pidió á su lira concentos,
Y la lira muda está;
Que se lacsaron sus cuerdas
Con su contínuo llorar:

Pidió una flor á los campos
De la juvenil edad,
Y de su vejez los hielos,
Malezas y espinas dan.
Entónces confió á tus gracias
Los ecos de su cantar,
Como el que quiere, aunque en sueño,
Llevar al cielo su afan;
Como quien busca un arrimo,
Como quien pide un disfraz,
Para besar una mano
Con respetuosa amistad,
Ya que hacerlo no le es dado
Al tímido original."

Esto dije al pajarito
Que tú conoces, señora,
Para tu preciosa Cora,
Y le dí el mensaje escrito.

Es muy cierto, verdad es
Que el mensaje cortesano,
Como no *pico* el inglés,
Se lo dije en castellano
Y él calló sin decir *yes*....

Entónces con desconsuelo
Mi voz atraerlo pretende....
Pero él exclamó: *no entende*,
Y alzando rápido vuelo,
El giro al espacio emprende.

Quedo yo expiando el delito
De mi ignorancia traidora:
Haz tú, Xarifa, con Cora
Las veces del pajarito.

Nueva-Orleans, Abril 9 de 1877.

GUILLERMO PRIETO.

A este y otros versitos juguetones contestaban Xarifa y Cora con chistes y con gracias de tan buen tono y tan llenas de delicadeza, que extendian mi cariño, criaban mi gratitud y convertian cada dia en más profundo mi respeto á la familia entera.

La vida del hotel nos aburria, la comida nos tenia con la bílis en los labios: en una palabra, caia en nuestras almas la sombra de la nostalgia, encerrándose cada cual con sus penas íntimas temiendo molestar á los demás.

Entónces emprendió mi naturaleza descomunal batalla para no dejarse dominar y rendir por mi situacion dolorosa.

Para los hombres concentrados; para esos para quienes el dolor encuentra en sus almas el silencio de la meditacion, las ruinas del desengaño entre el hielo del pasado y la indiferencia por el porvenir, esa visita del *splin* se pasea como una tempestad sobre un arenal, como cae un rayo en el abismo de las aguas; pero cuando el dolor sorprende nuestro sér; cuando aun viven algunas ilusiones; cuando aun florecen algunos afectos; cuando aspiramos recuerdos en las flores de la tumba y cintilan estrellas en nuestro ocaso, esas invasiones del dolor nos quebrantan; esos relámpagos de desengaño nos deslumbran; ese desamparo estremece nuestros miembros, como las húmedas paredes de un sepulcro en que se nos enterrase vivos.

Yo me amaba con el amor de los que mi gratitud ó mi vanidad me hacian creer que lloraban por mí, los ecos que á mí llegaban hacian vacío en mi espíritu por su extrañeza, el hospedaje de la tierra era como limosna, el aire que llevaba los cantos del ajeno contento, hacia como sombra á mi espíritu para que volasen furtivos mis suspiros.

¡Cómo me sentia doliente y solo, en el desierto de mi alma!

Mis amigos Lancaster y Alcalde, con bondad infinita, me llenaban de noticias, inventaban visitas y excursiones para alentarme, como quien chiquea á un niño, como quien contempla á un padre.

Un domingo, Alcalde me dijo que le acompañase á un negocio al extremo de la ciudad.

No esperó mi respuesta, sino que me encasquetó el sombrero, y cátenme vdes. en vía de diversion.

Hicimos parada á la orilla del lago Ponchartrain.

¡Qué limpias y tendidas aguas! ¡qué risueñas orillas bordadas con los cortinajes que forman los bosques y los caprichosos accidentes de las lejanas colinas!

¡Qué pintorescas barcas de pescadores! ¡y cuántos vaporcillos, faluchos y buquecillos de vapor atravesando con pintorescas poblacionss en sus cubiertas, sus músicas y su aire de contento.

A la orilla del lago hay *restaurants* y salones espaciosos, tiros de pistola, juegos de bolos y lugares en que se expenden helados, bebidas refrigerantes, bizcochos y dulces.

Y todo esto animado por un gentío inmenso, porque el rasgo más característico de la mujer americana, sea la que fuere su clase, es ser eminentemente portátil.

A pocos pasos del paradero del ferrocarril está el puente de madera: á la entrada del puente un ciego pedia limosna, en tres idiomas alternativamente.

En medio del puente nos detuvimos á contemplar el lago, que es ciertamente magnífico.

La corriente de gente nos empujó á una puertecita de un jardin, á donde llegaban, ó por mejor decir, se descargaban los wagones y se declaraba el imperio de la gresca.

Unos caballeros vestidos con sus fracs negros, corbatas y guantes blancos y en los ojales del frac anchas tiras de liston con sus flecos de plata y oro colgando, nos expidieron los boletos, por cuanto vos se entiende, proclamándose en grandes rótulos que aquel era un *Pick-nick*, cuyos productos se dedicaban á un establecimiento de caridad.

Entramos y nos encontramos en el centro del jardin más bello que se puede imaginar: altísimos árboles, macizos de flores, toldos de enredaderas, fuentes bullidoras.

En toda la extension del jardin habia mesillas ó puestos de vendimias, y aparadores con frutas, dulces, objetos de modas, joyas, etc., como quien dice, tiendas provisionales, cuyo despacho estaba encargado á jóvenes de deslumbradora hermosura, pero como en competencia las razas.

La americana, alta, estrictamente ceñida, con grandes bucles, peinado colosal, ojos de cielo y cútis cristalino, un tanto de anguloso en las formas, algo de varonil en la conformacion de las manos; y la criolla de color apiñonado, de ojos negros como abismos de pasion y de ternura, labios manando besos y sonrisas, cabello encrespado sobre la tersa frente, y un conjunto muy semejante al tipo mexicano en su adorable perfeccion.

En el centro del jardin, en círculo extenso formado de un solo mostrador corrido, imperaba una especie de *bar-room* mixto, porque habia sangrías, rompopes helados y compuestos de aguas de Seltz y Vichy, *sandwichs* y *candís*, ó sea dulces de todas clases, con petardos, y con preguntas y respuestas, con declaraciones amorosas, y con dulces disfrazados primorosamente de divertidos juguetes.

La servidumbre del establecimiento era espléndida, deliciosa; eran señoritas de privilegiada hermosura, tan listas, tan alegres, con sus largos delantales de lienzo como de nieve sobre la seda, cuajado el pecho de cadenas y joyas, corriendo, saltando y sirviendo á los marchantes en el mostrador mismo, ó en las mesitas colocadas bajo los árboles, ó entre los camellones de alta yerba y deliciosas flores.

A los extremos del jardin se veia en uno *un jacalito* ó casita campestre con este rubro: *Post-ofice:* era una oficina de correos en forma, con su despacho, sus sellos y su cuerpo de carteros. Allí se escribia para cualquiera de los concurrentes y la carta se encaminaba á la direccion, acudiendo los interesados por la respuesta ó esperándola de los carteros.

En el opuesto extremo se extendia amplísimo el salon de baile con sus ventanas rasgadas dando al jardin, y su sobresaliente música de viento.

Pero lo constitutivo de estos espectáculos, ó mejor dicho, lo que es el espectáculo en sí, es la concurrencia, tan bien vestida, tan alegre, tan persuadida de que el órden es una condicion de placer para la gente civilizada.

Los niños en estas reuniones son lo que las aguas á los campos, lo que las aves cantoras á los aires, lo que al rostro

humano la sonrisa, lo que al jarron de alabastro los ramos de flores.

¡Qué gusto en el vestir, qué alegría, qué soltura y libertad, qué correr custodiados por su inocencia y por el respeto y consideracion universales; todas las manos se tienden para acariciarlos, todas las rodillas son su apoyo, en todos los regazos encuentran halagos!

—Esto es lindísimo, me decia Alcalde, satisfecho de haber ahuyentado mi mal humor: haga vd. sus apuntaciones; aquí traje papel; ¿y el lápiz de vd.? porque hay dias que pierde vd. tres y cuatro.

—Estas son nuestras *jamaicas* en tafilete, le dije á Joaquin: ¿vd. no recuerda de nuestra tierra?

—Las que he visto, me contestó mi amigo, han sido reminiscencias, en las plazas de toros, en los paseos como la Pradera.

—Pues cuando yo era niño, ví una de esas *jamaicas* en el bosque de Chapultepec, contiguo á la casa de mis padres, como vd. sabe, que dejó en mí recuerdos imperecederos.

Ya vd. recuerda aquella glorieta del fondo del bosque formada de ahuehuetes gigantescos: ¿la recuerda vd. bien? recuerda su bóveda de ramas, de la que cuelga en chorros el heno y que se abre el centro descubriendo la bóveda del cielo? ¿Recuerda vd. las avenidas de esa glorieta con árboles magníficos, como naves de catedrales de indescribible majestad?

Yo todo lo estoy viendo: por entre los claros que dejan esos árboles, se descubre, ya la fábrica pintoresca del molino, ya la arquería de Anzures con los ojos de sus arcos, ya el castillo con su balconería, su jardin, y su conjunto como el

castillo que describe el Ariosto, accesible al caballo pálido engendrado por el aire y la llama; ya en un claro al Sur-Este, los volcanes, las serranías de Cuernavaca y de Toluca, y el tropel de palacios derramados entre los árboles en las pintorescas lomas de Tacubaya.

En esa lindísima glorieta se dió la *jamaica* dirigida por los hombres de buen gusto de la época, como Gonzalez Angulo, Gamboa, Olaguibel, el mayorazgo Guerrero, Tornel, Molinos del Campo y otros cumplidos caballeros.

La variedad de trages y lo selecto de la reunion, se prestaban á combinaciones y matices que no son posibles aquí.

Allí habia fruteras, por supuesto señoritas de la más alta sociedad, con sus armadores de seda, sus enaguas de raso y de blonda; pero remedando á nuestras vendedoras.

Ya un grupo de inditas deliciosas vendian flores, procurando remedar los *cuatros* y el encogimiento de las Xochiles de Santanita y de Ixtacalco.

Ya bajo un puesto con su desplante aquel, y con su retobeo y su tragin, estaba instalada una fonda para merienda, y las fonderas, cuajadas de perlas y diamantes, servian y regateaban, y hacian su papel como los demás.

Los hombres distinguidos, los pollos, lujo y decoro de los salones, eran allí dulceros, pasteleros, neveros, vendedores de licores.

En cada fonda rumbosa, en cada puesto, habia sus arpas, sus bandolones, sus dulzainas y sus flautas.

Se compraba con escuditos de oro, y la gracia se hacia estribar, en los chistes del comprador, en los fingidos dengues de las vendedoras. Veintimilla, Villaseñor, Mendivil y otros poetas improvisadores, hacian sus compras dirigiéndose en

verso á las vendedoras, que eran condesas y marquesas, con los trages de la florista y de la vendedora de tamales cernidos.

Así, platicando, entramos al salon de baile, que era una verdadera torre de Babel.

Americanos, franceses, ingleses, mexicanos, españoles, de todo habia, y el bello sexo, representante de todas estas nacionalidades, entablaba espontánea, no solo una competencia de lujo y de belleza, sino, lo que es más, de gracias, de amabilidad y de buen humor, verdaderamente hechiceros.

La humanidad reia, amaba, danzaba y daba al diablo lo del Valle de lágrimas, convirtiendo la copa del dolor en rebosantes copas de Champaña.

La tiesura de la inglesa, la voluptuosa indolencia de la criolla, la Sal de Jesus de la habanera, todo se ostentaba espléndido, incendiando al criollo, galvanizando al inglés, distrayendo al yankee y enloqueciendo al mexicano y al habanero.

Yo me habia sentado en una de las bancas del salon de baile, á corta distancia de una señora, dije mal, de una verdadera matrona, que por condescendencia con sus niñas estaba en aquel lugar, sin atender ni ocuparse más que de sus hijos.

Morena, de correcto perfil su nariz, boca reducida y discreta, y los ojos más llenos de dulzura y bondad que pueden constituir el ideal del pintor.

Una preciosa niña corria del asiento de la señora, á donde yo estaba, cerca de la música, y como la mamá la llamaba y procuraba sosegarla, hablando en español.... yo encon-

tré el hilo de una relacion que me sugeria mi viva simpatía por aquella modesta familia.

Pero la señora, aunque de muy finas maneras, tenia un aspecto de melancolía y de gravedad, y no obstante mi valor civil, no me permitia contestaciones como con Clarita la de San Francisco California.

En una de las escapadas que se dió la niña del regazo materno, pasó tan cerca de mí, que la retuve para hacerle un cariño.

—¿Cuál es tu nombre, mi vida?

—Julita . . . . para servir á vd. . . . .

—¿Y tu mamá?

—Julia tambien, y papá chico, Federico Miranda.

La señora llamó á la niña, y yo me quedé á oscuras, aunque resuelto á contraer amistad. Ocurrióme, como si fuera lo más natural, valerme de la estafeta *ad hoc* de la entrada; dirigíme allá, pedí papel, esgrimí el lápiz y sobre la rodilla escribí:

A JULIA.

Gracias mil te debo á tí,
Que halagando al corazon,
Me forjas una ilusion
De la tierra en que nací.
Te quise, desque te ví
En el salon en que brillas
Con tu ángel en las rodillas . . . .
Una voz dijo: "Española."
Yo clamé: "No es una sola
La perla de las Antillas."

Püse mi firma al calce de ese desatinado verso.... cerré la carta, pagué el porte, dí las señas y me quedé á esperar resultas fuera del salon, con la impaciencia y con las inquietudes de un pollo enamorado. Yo habia dado y tomado que se trataba de una señora habanera, y sin más ni más me vino la idea de que habia de tener noticia de mi nombre, lo que era una solemne fatuidad; pero, bueno.... así pasó.... y así lo quiero consignar.

Esperaba con suma inquietud, repito, la respuesta de mi misiva.... cuando ví á la señora salir del salon.... solo falta, dije, que se me aparezca por aquí un marido como un tigre.... y me dé un rato delicioso......

Pero, no, señor; la señorita se dirigió hácia mí con suma amabilidad, y me dijo sin titubear:

—Señor Prieto: el Sr. Lic. Quintero, que es nuestro amigo y favorecedor, se habia comprometido á presentar á vd. en nuestra humilde casa; si vd. no tiene inconveniente, me anticiparé yo á los deseos de toda mi familia, de quien es vd. muy conocido por sus obras, y por ser el más íntimo de los amigos del Sr. Quintero.

Pero todo esto lo dijo Julia con tal señorío, con tal gravedad y compostura, que yo balbutí algunas palabras, presenté mis excusas, y no hubo remedio, tomé á uno de los niños de la mano y me dispuse á acompañar á la señora.

Antes de partir busqué á Joaquin, que se me habia traspapelado: á poco que entramos al jardin, lo distinguí á lo léjos en un círculo de habaneros y franceses, haciendo uso de la palabra entre palmoteos, copas y regocijo estrepitoso.

Los niños saltaban jugueteando en los prados, las parejas

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 27.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

de amantes se paseaban en las calles de árboles, desde donde se distingue el lago; los consumidores de la *jamaica* ocupaban las mesitas sembradas en todo el jardin, y por la gran puerta y las amplísimas ventanas del salon, se veian, entre olas de seda, de flores y de plumas, torbellinos de jóvenes y mujeres celestiales, como flotando en los raudales de armonía que brotaban de la orquesta magnífica.

Salí con Julia y sus preciosos niños del jardin, y á poco tiempo haciamos pié en una tabaquería de apariencia comun de la calle de Magazine.

La armazon como una escuadra, el mostrador como una gola, la lamparilla ardiendo, el reloj de palo puntual y en las tablas de la armazon un boquete desde donde puede cuidar el mismo que fabrica los tabaquillos.

Cerca de las puertas que forman ángulos, grandes mecedoras de bejuco y en una de ellas sentada una señora de abierta y simpática fisonomía, no obstante las huellas que habian dejado en ella hondos sufrimientos: en la otra, una jóven hermosa; pero tanto tanto, tan pálida é inmóvil, que la habria creido un cadáver si no hubiese tenido abiertos sus lindísimos ojos.

Los niños, ántes de llegar, se desprendieron de Julia y de mí, y á carrera tendida, dando saltos y armando bulla, penetraron á la tabaquería é invadieron las rodillas de la señora, se encaramaron en la silla y la ahogaban á besos y caricias, mostrándole sus dulces y juguetes.

—Federico! Federico! clamó Julia llamando á su hermano: aquí te traigo á una visita....

El caballero á quien hablaban estaba en mangas de camisa haciendo sus puros, y buscaba su levita para salir....

—Ven aprisa, es el amigo de Quintero, el Sr. D. Guillermo Prieto.

A este nombre, la señora rodeada de los niños dejó el asiento, la jóven enferma me saludó como á una persona conocida y Federico vino á echarse á mi cuello como mi hermano.

¡Qué adorable familia! cómo lleva su infortunio como una corona de azucenas!

Ni una alusion á la cruel persecucion política, ni un envanecimiento de la antigua y cómoda fortuna, ni nada que pudiera amenguar la santa resignacion con la desgracia.

El hermano, sostén de la familia, hacia sus puros y mantenia el exíguo comercio de que he dado idea; una de las señoras cosia, otra daba lecciones de inglés, la hermana mayor cuidaba de la casa y todos atendian con tierna solicitud á Angelita, que es el nombre de la interesante enferma.

En algunas costumbres, en la conversacion, en el servicio de determinados muebles, se revelaban las personas de alta distincion: era una familia en ruina; pero esa ruina dejaba percibir las galas destruidas, los rastros de opulencia conservando cierta belleza peculiar é inspirando profundo respeto.

Así las tempestades de la Habana han lanzado á los Estados-Unidos tablazones dispersas de buques náufragos; y si es verdad que se encuentra en aquellas playas el grosero cordaje y los desechos despreciables, tambien es cierto que se ven reliquias de régios salones, cuadros y verdaderas joyas.

En la trastienda de la tabaquería coloqué mi asiento; las señoras me rodeaban, los niños se agruparon en sillitas pe-

queñas junto á mí; y queriendo y no queriendo, porque así se dispusieron las cosas, como otro Telémaco, hice la relacion de mis aventuras.

Risas, lágrimas, expresiones de ternura sincera, sazonaron mi estéril relacion.

Estaba al mediar la noche, cuando la oscuridad y el silencio de la calle nos advirtió que era hora de separarnos.

La familia á que me refiero me llenó de favores, formó la familia querida de mi corazon; era alivio de mis penas, y al hacerme admirar la virtud y la decencia que en ella resplandecen, servia de bálsamo á las abiertas heridas de mi pecho.

Los chicos espiaban mi llegada y jamás tuvieron compañero más complaciente ni consultor más experto para sus trompos y papelotes; con Federico hablaba de política y comercio, y con las señoras de cuanto me ocurria, saltando de las modas á los mercados, y de éstos á los templos y á los teatros.

Angelita era mi culto poético; aquella naturaleza vaporosa flotaba, por decirlo así, en mis cantos, é iluminaba la niebla de su existencia pronta á desvanecerse en el éter, con furtivos rayos de oro de una alegría que hacia llorar, porque eran los rayos de oro que deja escapar sobre los lagos de Occidente el sol que espira.

Perdonen mis lectores esta digresion impertinente; era para mí imposible no dejar en el altar de mis recuerdos algunas flores para esa familia, que supo conquistarse un lugar tan distinguido en mi corazon.

La familia á que me refiero queria que todo lo mejor fuese para mí; se indignaba con mis chascos, me daba instrucciones sobre mis pequeñas compras y me ayudaba en mis

estudios, procurándome datos y sugiriéndome excursiones que me fueran útiles.

Julia me decia: despues de haber visto vd. la Catedral, tiene que visitar San Patricio, iglesia católica romana, que habrá vd. visto yendo por todo el canal, y cuya torre tiene más de sesenta varas de altura.

San Juan Bautista, La Trinidad y San Pablo (episcopales), la Iglesia, el templo del Sinaí y las Ursulinas, son edificios que debe vd. ver y á los que debe vd. concurrir.

Al siguiente dia busqué á Quintero en su casa para darle cuenta de mis nuevas relaciones, que mucho le complacieron; me confirmó en la excelente idea que ya yo tenia de la apreciable familia, y quedamos en repetir allí nuestras visitas.

Vive Quintero en pleno barrio frances, es decir, en esa parte de la ciudad que apénas hemos columbrado y que me he resistido hasta ahora á describir, porque creo que no la he conocido suficientemente.

La mayor parte de las calles son poco más anchas que las de la Alcaicería, con sus dos hileras de balcones salientes y tejados negruzcos y de feo aspecto: las calles cercanas al canal están bien enlosadas; pero las banquetas de otras muchas calles, son de ladrillo quebrado y fallo en largos trechos.

A los lados de la calle corren caños pestilentes obstruidos por basuras, papeles, despojos de las fondas y cuanta inmundicia puede imaginarse.

Pero como incrustadas en esas huroneras, como embutidas en ese infierno de suciedades y de mugres, aparecen casas, con sus cercados de fierro, sus jardines preciosos, sus limpias fuentes, sus corredores con enredaderas, macetas y

jaulas, que tienen seductora belleza; pero en el confin de ese barrio, es decir, al tocar la espalda del mercado, domina el Josafá de todas las fibras de pita, de todos los cartílagos de cuero, de todos los nervios de cordon y de todas las osamentas de fierro, de palo, de cuerno y de piedra, que compusieron el cuerpo social.

Desde el fango que se confunde con el agua, hasta el que verdeguea y hace arco-íris; desde el tizne que sombrea los perfiles de las casas, hasta el que forma vaina y como corteza al cuerpo humano; desde el intestino de ave que hace rúbrica en el suelo, hasta el cadáver de gato hinchado de vientre y vuelto el rostro al sol, con los ojos vidriosos, sacando agudos dientes, todo se encuentra en ese barrio, en donde, como absurda interrupcion, se tiende á trechos amplia y hermosa banqueta, cuelgan sobre los muros cortinajes deliciosos de enredaderas, y se ven entre los fierros estancias realmente opulentas.

A la puerta de esos pequeños palacios en que las ventanas dan á la calle, disputan esos manojos de negros, que ruborizan por su fealdad al cerdo, á la tortuga y á la lagartija.

Como he dicho, Quintero vive en la calle de Dumain, entre una colonia de italianos disputadores y bravos, herreros, carpinteros, sastres y no sé cuántas gentes más.

Aquellas italianas de los alrededores de su casa me horripilaban; altas, de ojos desafiadores y tremendos, con unos pañuelos colorados en la cabeza, dejando escapar mechones como víboras, y unos zapatos que son la mutilacion de la bota, la fanfarronería del *huarache*, la ruina del botin, la florescencia del pellejo humano, que convierte en enigma dónde está el pié y dónde principia el cuero.

La casita de Quintero es preciosa, mejor dicho, Quintero habita la parte superior de una casa cubana en que brilla el aseo y el mujerío, á la usanza de nuestra tierra.

Amplio salon con sillones de brocatel, espejos y alfombras, recámaras elegantes, comedor amplísimo.

Desde la sala del departamento que ocupa Agustin, se domina parte de la ciudad, sobre todo el rio, siempre bello y siempre lleno de poética animacion; esa es una parte del horizonte; la otra, la limita una série de casas de altos pisos, escaleras como tubos, corredores repegados á las paredes, como dobladillos de pañuelo, y una série de tendederos, que hacen bosques en los aires, de figuras grotescas, de forros humanos. Por supuesto, que aquellas figuras desgobernadas que hemos visto en la calle cuando se perciben en esas alturas, adquieren proporciones de fealdad, que ni de léjos remedan las más espantables pesadillas de Hoffman y de Poe.

En el medio del amplio salon de Quintero, rodeado de libros, en soledad profunda pasaba horas enteras, como en mi casa, como sintiendo algo de abrigo paternal en aquella estancia.

En uno de los dias que entré en mi salon, encontré un caballero que escribia afanoso....

—¿En qué se ocupa vd.? le dije, porque ya éramos conocidos.

—Sacaba, me contestó, una noticia del estado que guardaba este comercio ántes de la guerra, para hacer una comparacion......

—Hombre de mi alma, Dios me lo envía á vd.: figure vd. que soy flojísimo para esto de revolver libros y papeles:

dicte vd., dicte, yo escribiré y tomaré lo que me convenga de sus notas.

Tomó el amigo posesion de sus papeles, y me dijo: vea vd. lo que llevo escrito.

Tomé el papel que tenia delante y leí:

"El puerto de Nueva-Orleans es un puerto interior; pero en el gran codo que forma frente á la ciudad, el Mississippí ofrece en una extension de dos leguas, más de 70 piés de fondo. En las siete ú ocho bocas que dan á esa parte del rio, hay barras que obligan á los buques grandes á permanecer en Balice, lugar en que se verifica el trasborde y en que hay siempre poderosos remolcadores.

"El Mississippí, en las 3,160 millas de su curso (poco más de 1,053 leguas), es navegable hasta Pittsburgo, Mís-souri, Napoleonville, etc., en una extension de 17,000 millas, ó sean 5,666 dos tercios de leguas. El comercio de México con Orleans, se calcula en 44,447 toneladas.

"Despues del comercio del algodon, el *thé* es el renglon de más importancia para Nueva-Orleans.

"La caña de azúcar se cultiva con el mejor éxito en la Luisiana, y las mejoras en el cultivo, sobre todo por la in-troduccion de semilla de Demarara, le ha hecho cobrar suma importancia.

"Por Nueva-Orleans se hacen la mayor parte de las va-liosas exportaciones del Sur, consistentes en algodon, taba-co, azúcar, efectos y conservas alimenticias, etc. El conjunto del movimiento mercantil de Nueva-Orleans con los otros países del globo, se calculó, en 1859, con relacion á sus ex-portaciones, en cerca de 25 millones de pesos.

"Las importaciones consistian en

Sederías.
Café.
Cobre y bronce.
Tejidos de algodon.
Vino y vinagre.
Porcelana.
Cristal y vidrio.
Mercería, guantes, botonería.

"Despues del Brasil, que debe su importancia al café, se señala en la categoría mercantil, Inglaterra, Cuba, España y México, quedando en último término las dos Sicilias y la Bélgica."

—Convenga vd., dije á mi amigo, en que necesitan muy largo razonamiento esos datos: por ejemplo, respecto del algodon, vea vd. los que yo poseo y son de últimas fechas.

—Ya he dicho á vd. que yo me refiero al movimiento comercial ántes de la guerra. Siempre me será grato ver los datos de vd. de despues de la guerra.

Yo saqué un papelito que Joaquin Alcalde me facilitó y traduje de no sé qué Guía, que aunque muy manuable, goza de buena reputacion en el comercio.

Dice así:

"ALGODON.—Es el artículo de más importancia que tiene entrada en el comercio de Nueva-Orleans.

"La primer mencion del algodon por escritores europeos es de Herodoto, 450 años ántes que J. C.: su manufactura parece que habia alcanzado entónces gran perfeccion.

"Es probable que la primera expedicion de algodon en

Europa fué cuando la expedicion de Alejandro, 330 años ántes de J. C.

"No hay noticia de una fábrica de algodon en Europa ántes del siglo X. En España establecieron fábricas los árabes.

"Barcelona fué el primer mercado, y se dice que la planta silvestre crecia á sus inmediaciones.

"La cantidad de algodon que produce la China, es enorme; algunos la hacen subir á doce millones de pacas.

"Varios célebres viajeros que han penetrado al interior del Africa, afirman que el algodon es indígena de aquel continente y se hila y trama como género, usándose para vestidos por toda clase de habitantes.

"Colon encontró á los habitantes de la Isla Española usando el algodon.

"Cortés hace grandes elogios de los tejidos de algodon de los mexicanos.

"Los alemanes usaban efectos de algodon en el siglo XVI.

"En 1536, se descubrieron plantas de algodon, creciendo en tierras de Tejas y á las orillas del Mississippí; pero generalmente se cree que hasta 1621 comenzó el cultivo en los Estados-Unidos.

"La primera mencion de cultivo de algodon en Inglaterra data de 1641, y de manta estampada en 1676.

"En esa época, el establecimiento de factorías en Nueva-Orleans tuvo grande oposicion y se dictaron sobre el particular las más severas leyes prohibitivas.

"La primera exportacion regular se verificó en 1785, y en los seis primeros años alcanzó la suma de 216,150 libras.

"Toca á la Luisiana el honor de haber introducido la primer cabria de algodon.

"En 1742, M. Duhenil, emprendedor colono del Estado, inventó que en la cabria se separase la fibra de la semilla, cosa que préviamente se hacia á mano, lenta y fastidiosamente.

"La primera fábrica de géneros de algodon se estableció en Filadelfia en 1775.

"En 1800, fueron muy notables los destrozos que hizo el gusano en el algodon......"

—Y si á vd. le parece, doblemos la hoja, dije á mi amigo, porque no me habia quedado hueso sano con el viaje desde los tiempos de Herodoto.

Ayudóme eficazmente á cortar la hebra eterna del algodon, la llegada de Pepe Quintero, así le llamamos en familia á José Agustin: llegaba, como siempre, de excelente humor, llevándome de regalo, unos dulces, un vinillo blanco sabrosísimo y creador de pensamientos felices....

—Aquí le tiene vd.... dijo, señalándome, á un elegante jóven que le acompañaba: el señor es el famoso D. Guillermo Prieto, que vd. busca.

—Vengo, me dijo el jóven, poniendo en mis manos un Album, de parte de la Señorita Emma H***, á quien conoció vd. en el "Granada," que sale dentro de unas cuantas horas de esta ciudad, y que suplica á vd. ponga cuatro letras en este Album.

—Caballero, tome vd. asiento y echemos un trago.

Despues de tan sensata introduccion, diré á vd. que yo soy incapaz de negar á una señorita como Emma, á quien debí mil atenciones, un verso; pero á estas horas el hambre

me pone rabioso y despues de comer soy un boa que solo se ocupa en dormitar y digerir.

—Cierto, dijo Quintero, me consta: deje vd. su libro y mañana estará listo.

—Oh! no, señor, dijo muy amablemente el jóven, yo no me desprendo del señor sino despues del verso, porque tengo empeñada mi palabra de honor.

—Pues siendo así, repliqué, venga el tintero: el honor de vd. es cosa sagrada.... y librarme de un alguacil, dije para mis adentros, es cosa tambien muy urgente para mí. En materia de tintero, Pepe es un prodigio, porque siempre escribe con lápiz: el tintero estaba incapaz; refaccionamos la tinta con agua, pedimos á un vecino pluma, y por fin, produje como laborioso alumbramiento, eso sí, en los vivos aires, el versito que sigue:

TO EMMA BRIGHAND.

Es tu gracia de niña, limpio arroyuelo
Que va saltando alegre sobre las flores,
Y al adormirse grato, con sus albores
Retrata al cielo.

Es tu mirar la luna que en limpio lago
Desata los tesoros de su hermosura,
Y en éxtasis se pierde con el halago
De tu ternura.

En tu divina frente ví la alegría,
Como en cáliz de rosa limpio rocío,
Como lleva el recuerdo del amor mio,
El alma mia.

Del carmin de tus labios brota tu acento,
Con luz que en lo más hondo penetra el alma,
Y haces soñar que gozo de dulce calma
Con tu contento.

Las hebras de cabello sobre tu frente
Son como suelen verse sobre la altura,
Rayos de sol dispersos que á nieve pura
Tornan fulgente.

¿Qué importa que no me hable, tierna paloma,
La lengua de mis padres tu dulce acento,
Si nadie, cual tú sabes, sabe el idioma
Del sentimiento?

Goza de tu frescura, camelia hermosa,
Siendo gloria y adorno de los festines;
No llores, que no tienen los querubines
La faz llorosa.

Sufra las tempestades la dura encina
Que nace entre los montes y los torrentes,
Y tenga leves auras y claras fuentes
La clavellina.

Almendro delicado, mece entre flores
Y en medio á los pensiles tus blandas ramas,
Que sé que eres encanto de los amores
De aquellos que amas.

Vive siendo el reflejo del puro cielo,
Y si álguien te recuerda la pena mia,
Dile, Emma encantadora, que tu alegría
Fué mi consuelo.

Nueva-Orleans.—1877.

GUILLERMO PRIETO.

—Anda, maldito, dije al concluir, llévate ese manojo de requiebros, que al fin ni ella, ni tú, ni yo, entendemos palabra de lo que he escrito . . . . . .

Despidióse el portador del Album, y se oyeron melodiosas y poéticas, á la entrada del salon, estas palabras:

"La sopa está en la mesa."

VI

Bolsa del algodon.—Rocha y Hameken.—Separacion del hotel.—El barrio frances.—Mad. Belloc.—Primeras impresiones.—Romance á Carrascosa.—Baile.—Cuadro inesperado.

EL algodon ha merecido en la Luisiana proteccion especial; pero no á nuestra manera, es decir, no recurriendo á subvenciones ni á negocios con el gobierno; no con capataces ávidos y ministros *bienhechores*, sino difundiéndose por todos los medios posibles la conviccion profunda de que ese cultivo es una gran riqueza, un grande elemento de poder y una causa poderosa de bienestar y progreso del pueblo.

Tales convicciones dieron orígen á la institucion llamada *Cotton Exchange*, ó por otro nombre, *Bolsa para el cambio del algodon.*

Es decir, una institucion formada para la proteccion de aquella gran industria en todos ramos.

Inauguróse el establecimiento en Febrero de 1871, con cien miembros que quedaron en ochenta y hoy son más de trescientos.

Más de treinta mil pesos gasta diariamente el establecimiento, solo para procurarse noticias de todo el mundo relativas al algodon.

En los muros de la Bolsa y en otros varios lugares, en grandes pizarrones negros se escriben, para conocimiento público, los telégramas diarios, relatando el número de pacas recibidas y embarcadas, el precio de venta y procedencias, siendo activísimos los corresponsales de Indianola y Mobila en el Golfo, y Boston en el Atlántico.

Por medio de estos corresponsales se tiene conocimiento del movimiento mercantil de Inglaterra y Francia, como de la India misma.

Aunque el pensamiento primitivo de una Bolsa para el comercio del algodon es de Nueva-York, allí propiamente se favorecia el juego de Bolsa; aquí es una sociedad en que se coopera al general engrandecimiento de la industria, con beneficio de todos los que se dedican á ella.

El movimiento de esa Bolsa, y por consiguiente de la industria algodonera, se calcula en cien millones de pesos.

En cuarenta millones de pesos se valúan las pérdidas que sufrió esta industria con motivo de la guerra.

Pero las mismas pérdidas que se sufrieron, las mismas dificultades con que tuvieron que combatir, aleccionaron á los industriales sobre seguridad, trasportes, pérdidas, etc.,



LIT. H. IRIARTE, MEXICO.

Catedral Francesa y Plaza de Jackson.

N. ORLEANS.

hasta formarse un sistema perfecto, desde el campo hasta el embarque del algodon.

Débese el estado floreciente que guarda la Bolsa á Mr. Jhon Phelps, sobre todo por haber asegurado al plantador de este ramo, cierta utilidad por cada libra de algodon. M. Jhon Phelps ha sido reelecto tres veces presidente de la Bolsa, desplegando en sus actos singular habilidad.

Prensas para el algodon.—El empaque ó aprensamiento del algodon constituye una industria de bastante importancia, y que se cree tiene en su conjunto de capital más de siete millones de pesos.

Atribúyese el invento del mecanismo para aprensar el algodon á M. James Freret, padre de James P. Freret, considerado como un generoso bienhechor de la ciudad de Orleans y por lo mismo universalmente querido: la primera prensa Freret era de mano y estaba colocada en Royal Street.

Despues, al empaque se ha aplicado el vapor, y hoy hay muchos establecimientos, que como hemos dicho, tienen en accion cuantiosos capitales.

El general Sóstenes Rocha y Jorge Hameken y Mejía fueron nuestro alivio y nuestros finos y complacientes amigos en Orleans; Rocha, con su bien sentada reputacion de intrépido soldado y con su tradicion de hechos heróicos, tiene la inmensa superioridad sobre muchos de sus compañeros, que es hombre de saber y que ama con pasion el estudio; tiene la alegría traviesa del colegial, se apasiona por las

bellas artes y delira con la música; en su trato íntimo es dulce y condescendiente, franco y buen amigo.

En los momentos de solaz, y cuando el tenaz estudio del inglés, que estropeaba poco ménos que yo, se lo permitia, su contento era conducirnos al café en que existe el órgano monstruoso que hemos descrito, y tomarlo por su cuenta, haciéndonos notar todas las bellezas filarmónicas que encierra aquella sorprendente mecánica.

Jorge Hameken es un literato distinguido; es un mexicano con ligadura yankee, que no hay más que pedir: el arte es su deidad; la religion de lo bello le esclaviza; enamorado de lo ideal, deserta del mundo positivo de su padre y del paraíso materno, para hacer sus excursiones en el Olimpo griego.

Hameken nos persuadió que su casa era la nuestra; nos presentó cariñoso á su familia, que es modelo de virtudes y finura; y una vez cumplidos los deberes que como caballero y amigo se imponia, se amortizaba horas enteras frente al ajedrez, con resolucion, con vocacion como de capuchino, y se absorbia al punto de no pertenecerse, de abdicar la conciencia de su existencia.

En la casa de Hameken se reunia excelente sociedad; nuestro amigo toca perfectamente el piano; y la música, la poesía y las ciencias hacian nuestras veladas encantadoras.

Rocha, bien estaba cerca del piano desesperado con mis desentonos, aunque siempre fungia de oscuro corista; bien contaba cuentos á los niños, para lo que tiene singular gracia, ó bien se entregaba con el incrédulo Lancaster á discusiones sobre el espiritismo, que lo hacian bramar.

Hameken nos encarecia las ventajas de que nos fuésemos

á vivir cerca de su casa, para servirnos y atendernos con sus cuidados, y al fin triunfó su bondadosa elocuencia.

Hicimos nuestra escrupulosa liquidacion con el hotel, pasando por los accidentes todos que sugiere la desconfianza; accidentes nacidos de la alta idea que tienen los dueños de hotel de los viajeros en general, sean sus compatriotas ó pertenezcan á extrañas nacionalidades.

En algunos de estos establecimientos quedan baúles responsables de altas cantidades, conteniendo, si no piedras, harapos y desechos indignos.

Se nos contó que en varios hoteles de un Estado vecino se proveia á los huéspedes de largas reatas, no precisamente para que se ahorcaran si fallaban sus especulaciones, sino para que pudieran escapar en caso de incendio; pero abusaron los hijos de Washington de un modo tan desastrado del *salvavidas*, sirviéndose de él para escaparse sin pagar, que prefirieron, en caso de incendio, guardar á sus parroquianos hechos chicharron.

No me detendré en analizar aquellas cuentas en que proclamada la baratura, los *extras* forzosos, como el lavado de la ropa, constituyen una tiránica especulacion; y esto me recuerda el sistema financiero de las monjas de cierto convento de Querétaro.

Despues de visitar los devotos á las imágenes milagrosas, acudian á la portería á proveerse de los famosos cajoncitos de dulce.

—¿Cuánto es su precio?

—Lo que su piedad le dicte.

El cajoncito valdria un peso.

—Señora, suplico á su reverencia fije precio.

—No, hermanito, lo que vd. guste dar de limosna.

—Aquí tiene vd. dos pesos.

—Ay, hermanito! vd. perdone, ha de ser lo que su voluntad le dicte, pero siendo lo ménos ocho pesos......

Por este estilo fué nuestra liquidacion en el hotel.

Fardos y trebejos salieron á buena hora en procesion para la calle de San Felipe, en pleno barrio frances, en una casa de huéspedes privada, perteneciente á Mad. Belloc, y donde no se reciben sino personas distinguidas y de muy especial recomendacion.

Ya hemos procurado dar idea del barrio frances, de sus *bar-rooms* y cafés cantantes, sus almireces colosales anunciando las boticas, sus figurines incitando á la posesion de la ropa hecha, sus muebles, zapatos, baldes y canastos invadiendo las banquetas, y sobre todo, con sus caños pestilentes, como márgenes de las angostas, sucias y desastradas calles; porque si es verdad que no menciono alegres fachadas, ni enrejados que dejan percibir jardines deliciosos, tambien es cierto que no hago mérito de ciertas tabernas, ni de frentes de fondas, ignominia de los cinco sentidos, ni de ciertos tendederos de desmanchadores de ropa, lavanderas y gente particular, que es como si se entregara á la picota del ridículo el forro más interior del cuerpo humano.

La casa de la Sra. Belloc, aunque es un cuadrilongo, su parte habitable es como una alcayata.

En la cabeza de esta alcayata hay sus habitaciones que dan á un amplio corredor y á la calle, con sus persianas verdes y sus muebles. En la parte superior hay unas buhardillas en que la luz penetra por troneras y boquetes, y á la espalda de la alcayata una série de cuartitos que dan á

uno de esos purgatorios de negros, en que la fritanga, el pleito, el harapo y las escenas del paraíso se suceden sin interrupcion.

En la parte baja del edificio están la cocina y las oficinas domésticas, el baño y el jardin, dando á la calle el comedor situado en un pasadizo, y el *parlor*, dividido en dos secciones ó salas, como aquellas de que dimos conocimiento en San Francisco á nuestros lectores.

La Sra. Belloc es una persona alta y robusta, de pelo cano levantado en furia sobre la frente, modales expeditos, imperiosa mirada y bozo pronunciado, con accesorios como conatos de barba; pero es persona de muy finas maneras y complaciente con sus parroquianos.

Entre nuestros compañeros de domicilio habia una jóven dulcísima y de angelical candor, hija de los campos, lirio escondido, trasladado á la ciudad por pocos dias; interpretaba á Shubert otra señorita llena de inteligencia y pasion, y amenizaba nuestra tertulia la esposa de un banquero, muy entendida en la música.

En las noches, que eran prolongadas y tristes, se encendia fuego en la chimenea: unos tocaban, conversaban los más, y yo me aburria santamente, haciendo el ermitaño de malísima gana.

Pero esto era de vez en cuando: lo comun era que Alcalde me hiciese compañía y fuésemos á sacudir la murria á las calles, á un café cantante, ó á la casa de Quintero, que era en realidad nuestro quitapesares.

Pero mi situacion privada era angustiadísima: las noticias de la mala salud de uno de mis hijos, me tenia en estado de inquietud constante; y no obedecia á mis llama-

mientos de buen humor, ni siquiera esa musa callejera obediente siempre, y siempre sumisa á mis más ligeras insinuaciones.

Como una prueba de esas tentativas, suelto, sin más preámbulo, ese romance á José Carrascosa, en que le pinto mi nueva situacion :

TERCER ROMANCE A JOSE CARRASCOSA.

Dejamos por fin, amigo,
El palacio de tablones,
Donde para recogerme
Tenia que echar los bofes,
Y era como una maraña
De trapos y callejones,
Con sirvientas irlandesas,
Tan viejas y tan sin goznes,
Que parecian roperos
O destartalados coches ;
Con falúas por chancletas,
Con biombos por peinetones,
Con el empaque de brujas
Y con sus bigotes de hombre.
Y dejamos unos negros
Tan broncos y tan feroces,
Que eran mi terror y espanto,
Cuando en medio de la noche
Me soltaban un bufido
O relinchaban atroces,
O en silencio me clavaban
Sus ojos relumbradores,
Sacando los dientes blancos
Y haciendo sus contorsiones.

A un *bording* nos trasladamos,
Donde al fin se reconocen
Las costumbres de un cristiano,
Lo que bebe y lo que come;
Mas ¡ qué rumbo santo cielo!
¡ Qué calle y qué alrededores!
Los caños son como acequias,
Las losas no se conocen,
Las calles tienen *tiricia*,
Cólico los corredores;
Cada puerta es un pujido,
Y un sabañon cada poste,
Danzan menudos ladrillos
En el fango, tan sin órden,
Como en las mesas revueltas
Confundidos borradores.
La mugre aparece en costras,
Grasa en tablas y escalones,
Y hay basura desde el tiempo
De hispanos conquistadores.
No es basura, es la osamenta
De veinte generaciones;
Pedazos de gorros griegos,
Trompetas de cazadores,
Pretinas de calzon corto,
Trenzas, picos, guantes, broches,
Todo en menudos fragmentos,
En putrefaccion, cual ponen
Piltrafas en un caldero,
O en paila de hacer jabones.
Si espías por estas casas,
Con excepcion se supone
De dos ó tres, como presas
En esta piel de jamones,

Te espantas, porque es el antro,
La caverna; abierto abdómen
Que encierra unos intestinos
Incomprensibles y atroces;
Es la blasfemia del trapo,
Es del cochambre el mitote,
La epilepsía del mueble,
La asma, y la lepra, y la podre;
Si una silla tiene bizma,
Un espejo forma noche,
Los calderos tienen sueño,
Los gatos retortijones,
Los perros son cual cañutos,
Tan flacos y tan deformes,
Que á ranas y lagartijas
Parecen servir de moldes.
Y qué gentes, ¡ Dios eterno!
Ni el demonio las conoce:
No son cabezas, de pelos
Son montañas y morriones:
Los cañones de las botas
Los calzan cuando son hombres;
Pero de que son mujeres,
¡ Qué reversos! qué facciones!
¡ Y qué enredarse las piernas
En fundas como en bolsones,
En balijas del correo,
En camisones de coche!
Hombre!..... tú eres de buen gusto,
Y tú que al mundo conoces,
¿ Dime si esto es de cristianos,
Si tal cosa está en el órden?
Puedo jurarte que hay seno
En que se oculta un birloche,

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

466

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 28.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez,
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

Y donde creí de léjos
Distinguir dos bandolones;
Y si á esto agregas los negros
Que relumbran, que te exponen
A unirte á todos los diablos
Antes que llamarlos hombres.
Y si son negras, ¡Dios mio!
Inducas intentaciones.
Yo les tiemblo, me figuro
Que descuidado me cogen
Y que me plantan un beso
Que el sentido me trastorne....!
Hombre, si les tengo miedo;
Hombre, si miras visiones
Cuando de cerca las miras.
Pero, Pepe, si es de noche,
Quiero que llamen al guarda,
Pretendo que á fuego toquen,
Y empapo en agua bendita
La levita y los calzones.
Esta es la calle, mi amigo,
Sin mencionar pormenores
Como unas ratas gigantes
Que en fuga á los gatos ponen,
Y un hedor y unas tinieblas
Que me saben á *jocoque*;
Y no te pongo en el verso
De mi triste calle el nombre,
Porque como de esto hay mucho,
Pretendo que se equivoquen.

FIDEL.

Nueva-Orleans.—1877.

Entre las personas á quienes debimos favor y delicadas atenciones, ocupa lugar señalado el Sr. Manuel Payró, comerciante establecido en Orleans y persona justamente considerada de cuantos le conocen.

El Sr. Payró tenia más estrecha relacion con el Sr. Alcalde que con los demás compañeros, y le hizo invitacion para que asistiésemos á un baile que daba la Sociedad de Talía en Grunewald Hall, calle de Camp, donde hay un depósito de pianos, y contiene el edificio magníficos salones.

En dos por tres hicimos Alcalde y yo, que fuimos los únicos que asistimos, nuestros preparativos, reparamos nuestros equipajes y nos lanzamos á hacer conocimiento con una parte selecta de la sociedad de Orleans.

Al fin de la amplia escalera del establecimiento, iluminada, como todo él, con gas, se levanta un pórtico con altísimas columnas y tendido cortinaje, que como si se levantara el telon de un teatro, descubre inesperadamente y en toda su grandeza, el salon.

De pronto nos pareció que la gente se disponia á salir, que estaba de viaje, porque todo el mundo se conservaba de pié: despues vimos con más detenimiento.

El salon tiene tres naves divididas con robustas columnas, y su extension será de treinta varas de largo por veinticinco de ancho.

Pegada á la pared, y á conveniente altura, corre en toda la extension del salon una angosta banca, poco frecuentada, y en el fondo del salon nos pareció distinguir la orquesta y unos cuantos asientos.... De suerte que cuando se dice á bailar.... á bailar.

Como es de rigor en esas funciones, las notabilidades de

la asociacion y los ordenadores de la fiesta, vestidos de rigurosa etiqueta, llevaban al ojal del frac anchos listones que advertian la autoridad de que estaban revestidos.

Todos los concurrentes, sin excepcion ninguna, hasta nosotros, recibian á la entrada sus tarjetas, que decian:

PROGRAMA.

PRIMERA PARTE.	SEGUNDA PARTE.
1.—Gran Marcha.	11.—Wals.
2.—Wals.	12.—Lanceros.
3.—Lanceros.	13.—Mazurka.
4.—Wals.	14.—Variedades.
5.—Lanceros.	15.—Polka.
6.—Polka.	16.—Lanceros.
7.—Variedades.	17.—Wals.
8.—Wals.	18.—Variedades.
9.—Lanceros.	19.—Shottisch.
10.—Mazurka.	20.—Galopa.

Por más que me devané los sesos, no pude comprender de qué baile se trataba con el nombre de "Variedades," ó si se trataba de un recurso para salir de compromisos, muy molesto á veces para las polluelas bailadoras.

El piso del salon es tan parejo y bien cepillado, que parece una plancha de bronce.

La concurrencia era realmente espléndida; dominaban las bellas francesas, cubanas y criollas; el vestido blanco de linon ó de seda con encajes y flores, era el favorecido por la eleccion de las hermosas, y la cortísima fraccion que representaba á México, satisfacia con largueza nuestro orgullo. En esa

fraccion brillaban, por su hermosura y exquisita elegancia, las gentiles hijas del Sr. Payró.

Ofrecian espectáculos deliciosos las tres naves, ya presentando en inquietas ondas tocados, gasas y flores, ya desplegándose en alas en los Lanceros, que es el baile más favorito, ya formando torbellinos en esos walses alemanes, que son el vuelo, la embriaguez, el delirio y el éxtasis.

Paralelo al salon del baile habia otro salon *restaurant*, con sus mesas y su excelente servicio de fiambres, refrescos y licores, donde podian refrigerarse al paso, y *por cuanto vos*, danzantes y gente desocupada.

En los recesos de la orquesta, que era por cierto muy buena, paseaban señoras y caballeros, y los viejos tomaban parte en esas fatigas, muy conciliables con sus medios tranquilos de accion.

El Sr. Payró nos presentó á las personas más distinguidas de aquella culta sociedad, y no satisfecho de sus atenciones, nos llevó á un cuartito excusado muy bien abrigado, con muelles y cómodas poltronas, una gran mesa en el centro y tabacos riquísimos para regalo de los afortunados visitantes de aquel delicioso camarin de los viejos.

Por supuesto que tal retrete de la holganza y la charla realizó para mí mi ideal: siempre he procurado en las diversiones en cuya direccion he tenido parte, un algo para los viejos.... ¿Por qué no tributar un homenaje á los inválidos del placer? ¿por qué no consagrar un invernadero á los recuerdos, donde se abren de par en par los verjeles á las ilusiones?

Allí pude notar esa pulcritud, ese desembarazo de buen tono, ese sentimiento artístico, ese buen decir que con ra-

zon se ensalza cuando se habla de la gente bien educada de Orleans.

En el salon esencialmente, y en la mujer de nuestra raza, veia ese rayo furtivo de sentimiento que echaba ménos en las deidades olímpicas de San Francisco.

¿De qué búcaro se habian escapado aquellas flores de embriagadores perfumes? ¿Entre las ramas de qué manglares habian despedido sus sentidos arrullos aquellas palomas? Yo no sabré decir; pero á primera vista, no parece que Nueva-Orleans encierre tantos tesoros de belleza y de elegancia; y cómo se siente á nuestra manera, y cómo el cútis de piñon, y la tendida pestaña, y el ojo apasionado, y el negro y rizado cabello, nos despierta reminiscencias de ternura: aquella sociedad, á mí me pareció encantadora.

Volviendo al cuarto de los viejos, en él fuí presentado, y trabé conocimiento con el Sr. general Bauregard, persona de renombre histórico en la guerra del Sur, de claros talentos y de selecta y vasta erudicion.

El general es de cuerpo mediano, delgado, pero enhiesto y elegante, de encrespado cabello cano, frente abierta, y ojos, si no muy grandes, sí muy inteligentes y penetrantes.

La conversacion recayó sobre varios asuntos, y cuando nos separamos fué con el propósito de frecuentar nuestras entrevistas. A tan cumplido caballero no podia dejar de consignar un recuerdo de cariño en estas páginas.

Aunque el baile y la buena compañía en que nos encontrábamos tenia muchos atractivos, y aunque Joaquin charlaba como un desesperado, con cubanos entusiastas y con criollas lindas mozas, fué forzoso separarnos á instancias mias,

por tener la peor idea, idea injusta si se quiere, de mi barrio y de mi calle de San Felipe.

Serian las doce y media de la noche cuando nos retiramos del baile, hallándonos á la entrada de nuestro barrio lóbrego, mal alumbrado, con tal cual transeunte de cachucha y calzado equívoco, haciéndose X en la angosta banqueta.

Regresamos por la calle de *Daufin*, que se distingue en la oscuridad por los farolillos encarnados que anuncian las tabernas, y las puertas cerradas, con un boquete con su cruz de fierro, característico del mercado de las *hijas de la noche*.

Estas casas son frecuentadas por la gente más soez; asesinos, ladrones, bandidos italianos, la hez, la basca social.

Pero me es forzoso confesar, para descargo de mi conciencia, que no obstante lo mucho y muy malo que he presenciado en ese género de literatura, nada deja más atrás la hipérbole misma, que las diabólicas apariciones de la calle de Daufin, por desgracia muy vecina de nuestra casa.

Y no se concentran, ni se encierran, ni se alejan de las miradas sus figuras de arpías, no; sino que las ostentan, las bailan, las cantan, y llevan á su última exageracion el escándalo.

Se abre de repente una celosía, y ya aparece un verdadero cadáver con moños y descotes sacrílegos. . . . ya tiende el brazo y os quiere atrapar una negra, espanto del infierno mismo. Allí está radicada la lepra hasta en los canes y los gatos.

Esa es la concurrencia femenina-nocturna, *de cierto género*, en la calle de Daufin.

Alcalde y yo atravesábamos la calle, haciendo agradabilí-

simos recuerdos del baile, cuando notamos extraordinariamente iluminada una de esas casas de indigno tráfico, de que hemos hablado.

La acera en que se encuentra la casa era como de macizas tinieblas, y de ella salia como en torrente, la luz vivísima en medio de un profundo silencio....

Cuando estábamos á cierta distancia, Joaquin me hizo reparar en la luz; yo creí que se trataba de una de esas repugnantes orgías, hijas de la desenvoltura y de la rabia de gozar; creí que el silencio era uno de esos paréntesis que abren el fastidio y el cansancio donde quiera que se forza el placer; pero al tocar en el frente de aquella puerta, ni me imaginaba siquiera lo que veian mis ojos.

Era una tarima de la altura de una silla; pero tan cubierta de flores, que propiamente podria llamarse un delicioso lecho de flores, porque tales eran su largo y su anchura. En medio del lecho estaba un cadáver.... Era el cadáver de una niña que contaria á lo más once años; pero de tan deslumbradora belleza, que en el rastro luminoso de las extinguidas gracias, como que flotaba indecisa la augusta severidad de la muerte.

Su cabeza se veia levantada y brillaba en el centro de una aureola de oro; vestia túnica blanca y se tendia á su espalda un manto de seda azul sembrado de estrellas.... como tenemos la costumbre de ver á la Reina de los Angeles en su ideal personificado de la pureza y la inocencia.

Bajo las tendidas pestañas de aquella niña, parecia abrigarse la luz de la vida; la sonrisa no se habia atrevido á abandonar aquellos labios; sus manos, descansando sobre su pecho, oprimian un ramo de azucenas, como representan-

do sin pretensiones y como espontánea, la glorificacion de la inocencia.

La pompa, la majestad de aquel espectáculo era el silencio: él habia convertido en templo sagrado aquel lugar de vicio y de horrores....

Las mujeres que acompañaban aquel cadáver, tenian una expreison singular; la mujer y la madre se sobreponian, por una incomprensible inconsecuencia del destino, á la arpía y á la ramera.....

¡Pobre niña! decia yo conmovido en el fondo de mi alma: ¿qué contrasentido, qué aberracion del destino te presenta este sitio como embelleciendo á la muerte? ¿Por qué capricho de la fatalidad apareces aquí donde "*no hay esperanza*" para la virtud, como intentona angélica de victoriosa purificacion?

¿Al atravesar esta atmósfera tu sér purísimo te asfixió la corrupcion del vicio y venció el ángel á la que llevaba sobre su frente la candidatura terrible de la disolucion?

¿Es para tí la muerte una redencion? ¿es el remanso puro en que caen las aguas de tus dias que debieron enturbiarse en el fango?

¿Abres aquí un paréntesis de santificacion, de inocencia, como un recuerdo de amor divino, como una promesa de misericordia que se filtra en esas cavernas de almas cerradas para siempre á la luz del cielo?

¿Quisiste dormirte al arrullo de los santos recuerdos de esas almas ensordecidas á todo sentimiento de ternura?

Aquí eres una aparicion, una sorpresa; acaso entre esos bultos, entre esas mujeres, está la madre que te veia resbalar en la perdicion y pedia al cielo que te salvase.... ó acaso

de sus garras y de los cálculos de un tráfico sacrílego te arrebató el arcángel custodio de tu inocencia, y le dejó, estrechando á su seno con tu cadáver, el escarmiento de su depravacion......

De cuando en cuando, algunas de aquellas mujeres, extrañas á todo lo delicado, torpes para las acciones circunspectas y cultas, se acercaban á componer los cirios ó arreglar el vestido, á renovar el liquidambar que suspiraba sus perfumes á un lado del lecho de flores.... pero con tal cuidado, con tan leves pasos, con finura tanta, como si temiesen despertar con su ruido á aquella niña confiada á sus cuidados.

No sé el tiempo que duró nuestra visita al cadáver.... Alcalde y yo nos retiramos silenciosos.... y despues hemos recordado, siempre conmovidos, el inesperado cuadro de la calle de Daufin.

de su [illegible] de los Libros [illegible] [illegible] el [illegible] de su [illegible], y [illegible] [illegible] de su [illegible].

El [illegible] aquellas [illegible] [illegible] que [illegible] [illegible] á [illegible] los [illegible] á [illegible] el [illegible] que [illegible] [illegible] del [illegible] de [illegible] [illegible] á aquella [illegible].

[illegible] que [illegible] [illegible] y [illegible] de [illegible].

* * *

VII

**Las madrugadas.—Vida íntima.—La raza latina.
El café cantante.**

NO obstante que ciertos jugadores de ajedrez me pegaban cada desvelada que era un contento, yo no abandonaba mi costumbre de levantarme ántes de salir la luz, y esa circunstancia, unida á mi manía de hablar y reir y armar jácara cuando entro en conversacion tirada con mi pluma, hacian mi vecindad realmente deliciosa.

Por otra parte, la servidumbre de la casa de Mad. Belloc era de negritas particulares, que con su ir y venir, y con sus risas y dengues, tenian en excitacion perpétua la bílis de Pancho, desesperaban á Alcalde, y á mí me llegaron á afectar los nervios.

Las negritas no penetraban, sino que asaltaban nuestros aposentos, pateando, golpeando y sacudiendo cuanto estaba

á su alcance, lo mismo un perchero que la cabeza de un hombre formal.

Las más serviciales hijas del hollin, habian compaginado un idioma propio que nadie comprendia, lo que daba lugar á escenas divertidas.

Habia dos excepciones en la servidumbre: una la constituia una jovenzuela fresca y bien plantada, cuyo matrimonio aceleramos por vapor.... porque no tranquilo su novio con la simple presencia de nuestra buena compañía, la sustrajo al establecimiento, y en los vivos aires, y sin pararse en pelo ni tamaño, la condujo al pié de los altares.

La otra excepcion era un José que no sabia mas que el inglés que le hablaban aquellos de quienes recibia una ligera gratificacion. Mediante ese estímulo, hacia caravanas José y era como un dulce; cuando la pitanza no auxiliaba la palabra.... entónces, á cualquiera demanda contestaba con un *I do not*, de reventarlo.

A las primeras horas de la mañana yo escribia mis apuntaciones; despues del desayuno leiamos periódicos.

Gomez del Palacio, inagotable en bondades con sus compañeros, se dedicó con Alcalde y conmigo á darnos algunas lecciones de inglés; pero es el caso que nosotros habiamos resuelto aprender el escabroso idioma de Milton y de Shakspeare, sin estudiar palabra y sin fijar en nada la atencion.

Es un ángel Pancho; yo no comprendo cómo pudo tolerar á Joaquin y á mí sin rompernos una costilla por desaplicados y por brutos.

Leiamos periódicos, armábamos tertulia matutina, y me instalaba muy formal á dar leccion de español á una señorita y su mamá, que por uno de esos caprichos de mi destino,

no solo me creian buen maestro, sino edificante cristiano, porque es de advertir que en la parte francesa de Orleans, las *mochitas* abundan.

Terminada la leccion, que tenia muy agradables alegros de canto y piano.... unas veces solo, y otras acompañado de Joaquin, me lanzaba á lo desconocido.

En el cuarto de los viejos de Grunewald contraje relacion con el Sr. Dr. D. Nicolás Cortés y Verdad, así le llamaré, quien me invitó á visitar su casa con caballerosa instancia y formalidad.

El sueño de oro de mi amigo Nicolás es la restitucion del Sur á su pasado esplendor, época que espera con la fé que un judío la vuelta del Mesías.

Nicolás es cubano, hizo su educacion en Paris, se desvía con osada independencia, lo mismo de sus paisanos que tienden la mano menesterosos á la proteccion americana, que de los que venden su autonomía á los españoles, por falsas promesas ó por concesiones que disculpan el egoismo ó la debilidad.

Nicolás es alto, moreno, de lindísimos ojos negros y de una palabra que se podria llamar tropical, por su pompa y colorido.

Un pequeño y bien cuidado jardin, una escogida librería, dos ó tres piezas con su alcoba, su comedor y un cuarto de consultas, es la casa de Nicolás, albeando de limpia, templo del estudio, cesto de flores y nido de aves canoras, que él mima y chiquea con la diligencia de una niña.

Cuida y mantiene en órden perfecto la casita de Nicolás, su madre, anciana de cabellos blancos, ojos ardientes y llenos de bondad, y una dentadura, envidia del marfil.

Acentúa agradablemente el cuadro, un gran perro pinto de Terranova, que como que comenta con sus caricias ó gruñidos las sábias conversaciones del amo.

Mi llegada fué un acontecimiento feliz: eran las once de la mañana, hora en que suspende sus visitas el doctor para continuarlas en la tarde.

El perro festejoso salió á hacerme los primeros cumplimientos, como dando á entender que su amo le habia hablado de mí.

Nicolás salió del portalito de la casa lleno de enredaderas, tendiéndome la mano, y la señora quedó como en el centro de un cuadro de yerbas y flores, á la entrada de la alegre habitacion.

—Almuerzas con nosotros: no desaires á mamá.

—Y como que sí.

La mamá aplaudió, y precedida del *Sultan*, era el nombre del perro, entró á dar sus órdenes, cuyos efectos hicieron patentes una botella de Jerez y dos copitas que nos pusieron delante.

Almorzamos alegremente: la señora supo sazonar con todas las pequeñas delicadezas de la mujer de nuestra raza, los manjares; y hubo aquello de:—Esto me figuré que le habia de agradar á vd.—Yo le dispuse.—No le ha de hacer á vd. daño.—Ahora, tomaremos por sus hijos.—Yo sueño con México . . . . . Y otras finezas que, aunque uno tenga el corazon de piedra berroqueña, se da por entendido, y aunque sea de contino amargo como la hiel, se vuelve de azúcar.

El café lo fuimos á saborear en el estudio, viendo flores, oyendo el canto de aves: el que no sabe libar café . . . que

tome *thé*, ó si quiere, agua caliente; pero que no profane con tragos de gloton vulgar, la bebida del alma.

—Oh, y cuanto siento me dijo Nicolás (que ya he advertido que su pasion por la raza latina le hace injusto contra los progresos y las instituciones americanas), cuánto siento que nos hayas visitado en un momento de verdadera postracion: no visitas el Sur, visitas las ruinas del Sur.

En este Estado se cebó la desgracia; pero por fortuna tiene elementos inextinguibles de vida.

—Pues por lo que he leido y por lo que me aseguran personas entendidas, la regeneracion del Sur se verifica velozmente.

—No lo creas, Guillermo; en estos momentos, y por la abolicion de la esclavitud y otras circunstancias, el Estado de la Luisiana cuenta poco más ó ménos con 800,000 habitantes en una extension que basta para quintuplicar su número.

Tres cuartas partes de la poblacion están establecidas en las ciudades y solo una cuarta se dedica al trabajo agrícola. De aquí dos fenómenos: la miseria en los campos, y la escasez de la produccion en los pueblos. En todas partes el envilecimiento del trabajo.

La desaparicion, ó si se quiere la escandalosa depreciacion de la riqueza agrícola, hace que aunque se multipliquen las instituciones de crédito, como bancos, seguros, montepíos, etc., son realmente instituciones usurarias; los capitales cortos y en pocas manos, se convierten en elementos de extorsion.

De ahí las invasiones del capital extraño, y la falta de elementos de vida propia.

Las invasiones de que hablamos son de capitales de americanos del Norte, y alemanes, y ellos realmente tutorean y esclavizan la produccion.

Podria contrabalancear esta tiranía la industria manufacturera; pero en la Luisiana no tiene formal importancia esa industria, y las leyes protectoras de ella en el Norte, son precisamente para hacerla imposible en el Sur, que es bajo este aspecto una colonia abyecta del Norte.

Los Estados del Norte, al hacerse dueños y señores del Sur, tenian que establecer en él fáciles mercados para ensanche y consumo de sus productos, y de ahí sus numerosos ferrocarriles, esa maquinaria poderosa que suprimia la distancia y como que procuraba interceptar, abolir los vínculos que habia creado y cultivaba el Mississippí en todos los Estados del Sur.

La alucinacion que aun en las personas más ilustradas producen las grandes empresas, la desaparicion de la distancia, la supresion de los desiertos, la corriente de vida tendiéndose como nubes de oro sobre las altas montañas y la superficie de los lagos, dieron inmensa importancia á los caminos de fierro: se hablaba de ganancias fabulosas, se concedieron liberales primas, se despertaron á los gritos de la locomotora las ambiciones del Oeste y todo parecia concurrir sumiso al apogeo de los inmensos intereses del Norte.

Andando el tiempo, la baratura ficticia de los fletes del ferrocarril, encuentra sérias competencias con la conduccion por el Mississippí; el padre de las aguas recobra poco á poco su poderío, los capitales se ahuyentan al ver atravesar alegres las aguas á los vapores del rio. . . . y las huelgas del Norte vienen con sus horrores á dar un espantoso mentís á

esa política de usureros y de jugadores á la alza y baja del crédito, refaccionado con los embrollos de los arbitristas políticos.

Esa calculada depreciacion de la tierra para conseguirla á cortos precios; esas combinaciones de tarifas, que no son sino organizaciones de explotaciones temerarias que reconocen como auxiliar la fuerza del gobierno; esa política que una vez estalló en explosiones sangrientas, tiene de renovar sus horrores.... y no importa que en la superficie se proclamen derechos, se celebren alianzas y se juren amistades eternas: miéntras las causas subsistan, han de reproducirse, más ó ménos tarde, los mismos efectos.

—Pero dime, Nicolás, cómo la gente pensadora de la Luisiana no pone remedio á una situacion tan violenta?

—Porque no encuentra cooperacion: los ricos, que vivian en el ocio y de los negros, lloran sus pérdidas, pero repugnan el trabajo; á muchos, la debilidad los conduce á cierta relajacion.... muchos no vacilarian entre el hospicio y el taller.

Por otra parte, y por más que ame yo á la raza latina, la educacion francesa cria hondas preocupaciones, preocupaciones indesarraigables contra la raza negra.... miéntras el yankee adula al negro y lo explota, no por humanidad ni cristianismo, sino para ganar con él las elecciones.

La gran cuestion de esclavitud no fué para mí (y así lo tendrá que confesar la historia), mas que una grande especulacion.

La operacion consistia en vender los hombres del Norte á los del Sur, y despues vestirse la túnica del Cristo para proclamar la redencion del hombre, aboliendo la esclavitud.

Lincoln no entró en esta indigna cábala: quiso conceder plazos al Sur para los acomodamientos con sus esclavos, tuvo en mucho la futura situacion del Sur, como hombre recto y honrado; pero las mismas circunstancias que habia creado lo dominaron, y no tuvo más arbitrio que seguir el curso de la impetuosa corriente....

—Entre las apuntaciones y las reticencias de mi relacion, continuó mi amigo, habrás visto la causa de la decadencia de la Luisiana.

—¿Qué más, dije yo, que la pérdida de sus sembrados de algodon?

—Esa es una equivocacion garrafal, me dijo mi amigo con ruda franqueza. La Luisiana produce poquísimo ó ningun algodon; pero este es natural depósito de los Estados limítrofes, y aquí se verificarian los mayores cambios del mundo, si no matara el tráfico el maldito sistema protector.

Los artículos de todos los mercados del mundo, aquí vendrian si se prestaran al cambio; pero heridos por los altos derechos, buscan otros mercados, y de ahí el fenómeno de que se prefieran en las Américas todos los efectos, quedando sin salida la produccion americana, resultando males de mucha trascendencia.

Los espontáneos y riquísimos productos de la Luisiana, son el café y el azúcar.

El Norte hizo poderosos esfuerzos y trasladó el depósito de café á Nueva-York; lo mismo sucedió con los azúcares y con todo el comercio.

Antes de la guerra, era una delicia Nueva-Orleans.

El centro del gran comercio de Orleans era el barrio francés; los más opulentos capitales eran franceses, y frances el

idioma de la culta sociedad, aunque en el mercado compitiesen los dos idiomas.

Los muebles, las modas, los teatros, guardaban reminiscencias de Paris, y los hijos más distinguidos del país, aun de padres americanos, recibian en Paris su educacion y volvian á modificar con su influencia las costumbres de sus padres, simpatizando con la raza latina.

El viajero que en todo el Norte habia admirado la hermosura, tenia deliciosas entrevistas con la gracia, encontrándola en las seductoras facciones de las hijas del país.

Despues de la guerra, el idioma frances fué el idioma de la desesperacion y de la queja; el barrio frances fué el de la miseria y los despojos, y el lado americano se desarrolló como si le hubieran servido de abono los desechos de la riqueza extinguida y los despojos que dejaban á su paso la orfandad y la desolacion.

Al comercio frances se sustituyó el comercio nacido del concubinato del aleman y el yankee, ó como si dijésemos, para hacer una fábula, la zorra y el lobo.

El tabaco, que era la explotacion favorita de Orleans en el ramo de industria manufacturera, fué objeto de los cálculos del aleman; introdujo economías, perfeccionó procedimientos, se aprovechó cauto del contrabando, provocó las huelgas de los tabaqueros y logró al fin competir con el cubano, aunque éste le llevaba mil ventajas.

—Pues si tiene esas ventajas, ¿á qué debe su preponderancia el aleman?

—A lo siguiente: el cubano, como vdes., vive con el dia; el aleman ahorra, y en el ahorro hace consistir el aumento de su riqueza.

El aleman se sujeta á un plan de vida; el cubano vive al acaso.

Miéntras el aleman repara con nuevos esfuerzos un error de cálculo, el cubano lamenta su mala fortuna y maldice á los gachupines, lo mismo que vdes. al gobierno.

El cubano en la buena fortuna tiene dependientes á quienes manda; en la mala se aisla, y en los dos casos el paisano le es indiferente: el aleman se asocia, congrega á los suyos á su alrededor, y en un momento dado, concurre en masa al logro de sus empresas....

Para un aleman, un yankee es un loco de que puede sacar partido: el yankee á su vez ve al mexicano como á un mono que pudiera explotar, despues de haberse apoderado del árbol en que se guarece.

La ausencia completa de periódicos mexicanos escritos en inglés, el descuido de los negocios internacionales y otras mil causas, hacen que México se conozca muy poco; que desfigurado por los intereses, ya de los especuladores con el gobierno, ya de los tenedores de tierras en nuestras fronteras, ya por los revolucionarios que acuden á Orleans y otros puntos á proveerse de recursos, y á los que se les suelen brindar armas y gente más ó ménos perdida para agitar las revueltas en el interior del país, mexicano sea para el vulgo de los Estados-Unidos, sinónimo de turbulento, de holgazan y de incapaz para gobernarse por sí.

—Bien, dije á Nicolás; ¿y de qué viven los extranjeros que componen la poblacion?

—Los franceses, me contestó, se han apoderado del pequeño comercio: las fondas, las pastelerías, último refugio de sus grandes hombres; la lencería, la mercería de pacotilla, la

pasamanería y las modas, son sus grandes recursos de subsistencia.

No faltan, por supuesto, sus vendedores de agua de Lourdes y sus viejas estúpidas de falla y caja de polvos, vendiendo libros de misa, medallas y rosarios.

—Con una de esas cariátides de sacristía tuvimos un altercado Alcalde y yo cerca de la iglesia parroquial, que fué para poner papeles en las esquinas.

—El comercio que los franceses cultivan con cierta importancia y riqueza, es el de las carnes. A la hortaliza se dedican los gascones con muy buen éxito.

—¿Y los italianos? Los italianos, como en otras partes de los Estados-Unidos, tienen casi monopolizado el comercio de las frutas, que traen algunas veces en barquichuelos, que equipan por su cuenta, de las islas inglesas y del Centro-América.

La señora mamá de Nicolás llegó en este momento brindándonos con más café, que aceptamos gustosos, y yo me despedí por ser la hora en que llegaba la carretelita del doctor, para continuar en sus visitas á los enfermos.

Serian las seis de la tarde cuando volví de mi paseo, y me encontré con que Joaquin me habia buscado como un alfiler.

Trepé á su buhardilla, me lo encontré componiendo su baúl (un baúl de que podia haber hecho cómodamente una habitacion portátil, con sus corredores, su estudio y su patio con sembrados adecuados), y me dijo triunfante:

—Vea vd. qué hallazgo!.... vea, y dé gracias á Dios de nuestra felicidad!

Y diciendo esto me alargó un convite como de teatro, que quiero copiar aquí, porque realmente para mí fué manantial

de distracciones el descubrimiento de mi querido Joaquin.

Perdonen mis lectores la debilidad de carácter, y lean traducido ese anuncio, con verdadero cariño, como lo hice yo:

ALCAZAR FRANÇAIS

H. CHAILLET.—DIRECTOR PROPIETARIO

LUNES 16 DE ABRIL DE 1877

PROGRAMA

LOS DOS CIEGOS

(OPERETA)

Giraffier.................... M. Mary.
Patachon.................... M. Julien.

ORQUESTA.

Le Partaguer.................... M. Renoult.
Yá.................... Mme. Desdet.
Califourchon.................... M. Mary.
Tamerlan.................... M. Julien.

ORQUESTA.

Los muchachos panaderos.... M. Renoult.
El mendigo español.......... M. Rossi.
El gran resorte.............. M. Mary.

ORQUESTA.

LA ESCALERA EXCUSADA.

Auné.................... M. Cadic.
Gustavo.................... M. Julien.

Para el Sábado próximo, estreno de la Srita. MARIA TURGIS.

SE COMIENZA A LAS OCHO.

Todos los Sábados hay MATINES para las SEÑORAS y los NIÑOS.

Se suplica al público muy respetuosamente, no golpée en las mesas.

El boleto de entrada da derecho á un consumo de 5 centavos.

Precio de entrada:—25 centavos.

El Alcázar Frances está situado en las esquinas de Chartres y Conti.

—No hay que perder momento, dije á Joaquin; asaltemos el Alcázar, que no es mal recurso de distraccion en las alturas á que nos encontramos.

—Así me pensaba que discurriria vd.

A la hora anunciada, y en ménos que canta un gallo, estuvimos listos y á las puertas del Alcázar.

Es el Alcázar un salon comun de diez y seis varas cuadradas, poco más.

En el centro del salon hay seis robustas columnas de madera, que le dividen en naves; la central, amplia, y las laterales, que fungen como de tránsito, un tanto angostas.

Cercanas á las paredes hay mesas, porque en realidad se trata de un *bar-room* ó cantina en que se expenden licores.

Pero en el centro, y cerca del fondo, hay bancas paralelas con latas á su frente, y poco más altas que los asientos, en donde se colocan los vasos y suele sostenerse un plato en muy difícil equilibrio.

En uno de los corredores está la cantina, que es al mismo tiempo expendio de tabacos; el servicio se hace por numerosos domésticos que parten del mostrador y recorren las mesas, distribuyendo licores y excelente cerveza, á la vez que unos chicos giran entre la concurrencia ofreciendo puros y cigarros, y otros, en cajoncitos pequeños, venden dulces y bizcochos.

Las columnas de que hemos hablado sustentan en la altura un tapanco con su barandilla, y aquella es la galería en que las graciosas hijas del Sena y las criollas, ostentan sus gracias.

Dos tiras de madera, y entre ellas un cajon de canto suspendido de delgados, pero fuertes cordeles, conducen vasos,

copas y botellas de un lado del mostrador á las regiones superiores, y el constante movimiento del elevador, da á entender que no siempre domina la austera sobriedad en las altas regiones.

El fondo del salon tendrá ocho varas á lo más, ocupadas con el palco escénico, con su telon rumboso y su orquesta al frente: de suerte que es una representacion en familia.

Es increible todo el partido que sacan empresario y actores de tan corto espacio.

Pero se despliegan grandes horizontes, se ven montañas, se dan batallas, y el salon y el palacio aparecen á lo vivo con sus accesorios, en que campea notable propiedad.

En lo que hay positiva riqueza es en el repertorio teatral, en esa multitud de *vaudevilles*, de canciones, de refranes y de chistes, verdaderos tesoros de gracia y talento.

La risa, la mueca, el brinco, la coquetería, la caricatura, encuentran inventores y perfeccionadores; el público, que tiene derecho á consumir por valor de cinco centavos por el boleto de entrada que vale veinticinco, está muy distante de conformarse con la taxativa oficial, y entre risas y lágrimas, palmadas y arranques de entusiasmo, hace desaparecer toneles de cerveza.

El humo, el ruido de los vasos, las conversaciones acaloradas, el apeñuscamiento de la concurrencia, dan extraño carácter de animacion al cuadro, esencialmente en los entreactos; pero realmente guarda todo el mundo la mayor decencia y compostura, de suerte que nunca presenciamos un solo escándalo en el Alcázar.

Los concurrentes asíduos tienen sus actores favoritos, les

alientan, les miman, les presentan *bouquets* y en sus beneficios les obsequian.

Pero vdes. no pueden figurarse todo lo que hay de chiste, de buen humor, de gracia, en aquel teatrito.

El conjunto es de personas educadas y bien recibidas en sociedad.

Con las representaciones alternan piezas escogidas de canto y baile, recuerdos de las costumbres íntimas de la Francia, peculiaridades fisionómicas de determinada provincia, de determinado acontecimiento histórico. Otras veces era la *Chaumier*, era *Maville;* y un poste, un árbol, un incidente cualquiera, servia para despertar los recuerdos, y que en el aire que hacia temblar el canto, aquellos franceses bebieran la patria. Entónces saltaba el ritmo de los actores al palco, las miradas se iluminaban, los cuerpos se erguian y pasaba entre la *fanfarre* de la orquesta, patria, amor, familia, creencias y cuanto tiene de más querido el alma del mortal.

Nosotros aplaudiamos al placer ajeno, dábamos nuestro escote al legítimo regocijo de los que sienten y aman, y esto hacia que tocasen con las nuestras sus copas aquellas gentes, y que despues estuviéramos iniciados hasta en la alta diplomacia de los bastidores.

Cerca de las doce de la noche acababan las funciones del Alcázar.

Alcalde y yo nos retirábamos por aquellos callejones desastrados, tropezando en las banquetas desiguales; pero eso sí, remedando el canto y el bailete de los cómicos

Nous ne sommes ni hommes ni femmes
Nous ne sommes que d'Auvernians....!!

No somos ni hombres ni mujeres: somos de Aubernia....

cualquier cosa.... pero de esas bojedades que quitan la murria y que valen mucho por lo mismo.

En la ciudad reinaban las tinieblas.... á muy largos trechos encontrábamos algun policía que marcaba las horas y advertia de su vigilancia, golpeando con su macizo baston la orilla de la banqueta.......

A dormir, chicos.

VIII

Conversaciones en la casa de Quintero.—El mercado. Visita al hospital de ancianos.

YO no sé, me decia una señora respetabilísima y muy bondadosa conmigo, de la casa de Quintero, no sé lo que hace vd. de su tiempo que por ninguna parte se le encuentra. Antier lo buscamos á vd. para llevarlo al Conservatorio de Música; anoche para el teatro de la Opera.

—Yo habia dicho á la señorita hija de vd., que no tenia grande interes en ver el Conservatorio, porque propiamente era un circo.

—Mi hija no le supo contestar que estaba en un error. Es cierto que á poco de construido ese edificio, que fué en 1853, los constructores y dueños, Jorge C. Lawrason y el Sr. David Bindwell, que es ahora el propierario único, lo abrieron, estrenándolo como circo la célebre compañía Dan

Rice; pero en 1854 se cambió en un regular teatro, y desde entónces funge como tal.

La parte interior de este teatro tiene la mayor elegancia y es el favorito de las señoras y los niños por sus espléndidas *Matinés.* En tiempo de invierno se hace uso en ese teatro de un calorífero muy *confortable* y costoso.

—Yo no sabia ninguno de esos pormenores y me reservaba para cualquiera otro de los teatros, particularmente el de la Opera.

—Pero el de la Opera ¿lo conoce vd? Es aquel situado entre las esquinas de Toulose y de Bourbone.

—¿Aquel de gran pórtico con dos escaleras voladas en el centro, que conducen á los patios de estilo frances?

—El mismo.

—¿Aquel en que vimos representar la caricatura aquella del yankee tan papanatas, á quien tan apasionada se mostraba la criollita inteligente y vivaracha?

—El propio.

—Yo lo creia el "Globo."

—No lo diga vd., porque se van á reir: el "Globo" es aquel edificio que está entre las calles de Perdido y Barone, que me preguntó vd. si era templo masónico y yo le dije que era un teatro en que se daban al principio representaciones alemanas, y ahora se sirven de él varios arbitristas y saltimbanquis. Ese al fin es un teatro de segundo órden.

—Todo consiste en que de esta calle de Barone no me acabo de formar juicio: unas veces, se me aparece entre árboles frondosos, bordada de alegres mansiones y de casas que anuncian opulencia; otras, como que se descarría y en-

fanga, presentando tugurios de tablones desarticulados y sucios, huroneras de negros, corrupcion y miseria.

—Ese inconveniente no tiene el Teatro de Variedades, que es precioso y está situado entre las calles de Daufin y Borgoña: este teatro es el sucesor del que estuvo en el sitio que ocupa la Bolsa del Algodon, de que hablaba vd. con el Sr. Quintero dias pasados. El viejo Teatro de Variedades fué destruido por un horrible incendio en 1854.

La obra del teatro actual, mereció á su arquitecto, Tom Place, el título de celebridad de que disfruta. Ya ocuparé á vd. otra vez del Teatro de San Cárlos.

—Pues siento infinito las molestias que vd. se ha tomado para que viese los teatros, tanto más, cuanto que venia con una molestia para vd.

—Diga vd. en lo que le puedo servir.

—Deseo una licencia para entrar á visitar el Asilo de ancianos.

—Nada más fácil: aquel caballero á quien presenté á vd. el otro dia con el carácter de mi consuegro, es el director del establecimiento.

—Espero recibir el favor de vd.

—Pierda vd. cuidado; envío á vd. el aviso dentro de dos ó tres dias, á la casa de la Sra. Belloc.

—Muchísimas gracias.

Era muy frecuente en mí, en mis paseos matutinos, dirigirme *pian pianino* á la plaza del mercado frances, y no obstante tenerlo delante de los ojos, y á pesar de que lo veia y lo reveia con la atencion que jaque experimentado exa-

mina el cuaco que le proponen en venta, sospechado de lacras ó malas mañas, no acababa, ni puedo bien á bien calcar el tipo, por más que aliso el portapluma de tanto revolverlo entre mis dedos, y por más que he aumentado con diez caritas, carritos y rúbricas de pluma el intrincado laberinto de rayas que tiene mi carpeta.... y aumento con todos mis alumbramientos difíciles, que por fortuna son pocos, en obsequio de la verdad; y lo curioso es que nada me parecia más fácil.

Constituye el mercado, el tráfico establecido en las calles de Dios, y en un cuadrilongo irregular embutido entre esas calles y el rio Mississippí, que ondea y como que invade el terreno de la *Leveé* para dar animacion al cuadro.

En el centro del gran recodo que hace la calle, ó mejor dicho, la continuidad de calles que á guisa de portillos, tiene avenidas por callejones y vericuetos para el barrio frances, se levantan tres inmensos jacalones que se apropian el nombre de mercado, y son de pilares de ladrillo, pavimento de losa y techos de pizarra.

Las aceras que forman fronteras al espacio en que están los jacalones, se hallan sombreadas por tendidos tejados, sobre banquetas no muy amplias, con puestos continuos de ropa hecha, mercería ordinaria, sombreros, zapatos, estampas, canastos, hilo, agujas y botones, platos y tazas, cristales, cubetas y escobas.

En el fondo, es decir, en las casas del edificio, hay tiendas, oscuros almacenes en que arde el gas, *bar-rooms* y cafés que son una temeridad, con figuras de esas tremebundas, abigarradas, de esas que solo vemos en los grabados en madera de las novelas patibularias.

Pero donde la vida se concentra; lo que constituye dia á dia un espectáculo interesantísimo para el viajero; lo que cambia como caleidoscopio y no puede sorprender para fijar la pluma, es cada uno de aquellos jacalones, porque cada uno es una abreviatura del globo y una torre de Babel.

Dos de los jacalones son contiguos; el otro se aparta á un lado para arrimarse á la *Leveé* ó rambla de madera que está junto del rio, y en que se hace la descarga de los buques.

Cada jacalon ó galera forma en su interior un cuadrilongo, y los pilares que lo sustentan hacen varias naves. En los lienzos, ó mejor dicho, los claros que dan á la parte exterior, los puestos corridos son cantinas, mostradores en que se sirven *thé*, café, *bifteks* con diversas salsas, papas, y en una palabra, desayunos con sus licores *de ocultis*.

Las carnes se exponen con suma limpieza en una de las galeras, en mostradores forrados de zinc, que se lavan constantemente.

En otra de las galeras forman angostas calles, se hace un laberinto de entradas y salidas formado por los puestos de semillas, de legumbres, de verduras, de frutas y de cuanto se puede imaginar para regalo y contentamiento del estómago.

Allí, al frente de cada puesto, se marcan y ostentan las diferentes nacionalidades, en toda su pureza nativa.

La francesa con su justillo, su enagua rabona, su falla y su empaque á la Mad. Angot; la italiana con su chaqueton negro, su casquete de sarga y su enagua burda, grandes ojos, tez morena; la española con su ahogador y su peineta; la negrita con su cabeza rizada, su cuello esbelto, su cintura breve y su ancha cadera; la cuarterona voluptuosa, de ojos

negros y rasgados, color apiñonado, y labios carnudos y sensuales; y en cuanto á la parte masculina, charlador y afectado el frances; desgobernao y diciendo desvergüenzas el español; caricato y zandunguero el negro; insolente el yankee; austero y taciturno el inglés, y todos unidos por la tremenda confraternidad del *wiskey*.

El otro de los jacalones á que llaman Bazar, contiene lienzos, objetos de mercería, trastos y una miscelánea inclasificable.

Pero berzas, lienzos, frutas, trastos y comestibles no fueran sino de las más ó ménos decoraciones de un teatro, si no las animara un gentío tal, que parece que la poblacion entera se desaloja de donde asiste, para darse cita, confundirse y alegrarse en el mercado.

Mujeres albeando con su *garzolé* calado y sus grandes canastos al brazo, señoras acompañadas de sus cocineros y cocineras, haciendo sus provisiones, patronas de los *restaurants*, casas de huéspedes y hoteles, cocineros de alto rango, vistos como en una reunion literaria Víctor Hugo, ó Rostchild en una tertulia de banqueros, mensajeros, agentes, *corre–ve y diles*, cargadores, carretoneros, intrusos y mendigos.

La proclamacion de los efectos en todos los tonos y en todos los idiomas, risas, riñas, lágrimas, juramentos, invitaciones y requiebros, todo estalla á la vez, y serpea, y corre, y se subdivide en ramales, perdiéndose en calles y callejones, que hemos dicho forman las avenidas del mercado.

Y como el esmero de los buenos platos no se abandona al cuidado de la cocinera, y como la importancia de la cocina es signo infalible de los avances de la civilizacion, al

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 29.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

mercado concurren señoras de alto coturno y ricos de buen diente, hacendosas madres de familia y gastrónomos reglistas que tienen en la uña cuáles son las mejores alcachofas, de qué hongos se debe desconfiar, de dónde son los mejores ostiones, y si el marisco no se pescó á su tiempo y no se ha traido con el debido cuidado.

En los afueras de los jacalones y hasta contra el envigado de la *Leveé*, se prolongan las callejuelas de los puestos, bajo toldos, lienzos y tejados, circulando en todos esos vericuetos el gentío, siempre con la misma agitacion.

Pero aunque el mercado es espléndido, aunque incalculable su riqueza y aunque curiosísimo su conjunto, está muy distante de merecer el primer lugar en los Estados-Unidos.

Sin quererlo, recordaba yo el mercado principal de San Francisco, con su piso de mármol, sus fuentes y sus percheros, en que estaban expuestos pollos y gallinas, guajolotes y patos, vendiéndose por libras y presentando un aspecto raro sus picos colgados hácia abajo, sus blancas y salientes pechugas, sus alones cortos de sisa y los haces de sus patas asidas á luengas alcayatas.

De todos modos, es muy justa y merecida la alta reputacion que tiene el mercado frances de Orleans. . . .

Al salir del mercado, ví al rayo del sol, aisladas, sucias, como esperando su clasificacion, entre los intestinos de res y las tortugas, unas indias (Natches del lago Pontchartrain), enmarañadas, abyectas y harapudas, vendiendo un polvo verde y unas yerbas desconocidas. . . . Un amigo me dijo: "*Vea vd. el porvenir de nuestros indios en una invasion americana.*" Esto me puso de pésimo humor.

El mercado antiguo se destruyó por un huracan en 1812,

y el moderno se construyó el año de 1813, siendo el arquitecto D. J. Piernas, sobrestante entónces de la ciudad, y sacando de costo treinta mil pesos.

Desde un principio se marcó cada edificio ó galera, para el objeto determinado que hoy tiene: uno para verduras, otro para la carne y el del centro ó *bazar*, para la lencería, mercería y miscelánea que ya hemos indicado.

Además del mercado frances, hay nueve más en la poblacion, siendo los más notables el de *Poydrás*, el de la segunda calle de Santa María y el de Magazine.

Una tarde, cuando más nos agobiaba el fastidio, recibimos Alcalde, Lançaster y yo atenta invitacion para visitar el Asilo de ancianos, que está en uno de los extremos de la ciudad, al cuidado de unas religiosas cuyo nombre no recuerdo en este momento.

Con la familia afectuosa que nos convidaba iba J. A. Quintero, siempre fino y caballeroso cuando se trataba de nuestras personas.

Dirigímonos al Este de la ciudad: por donde la poblacion escasea, se tienden grandes trechos en que ha crecido la yerba y verdeguea el césped, y despues de recorrer una dilatada tapia, nos detuvimos en una puertecita pequeña con su zaguan y un segundo porton, desde donde por una ventanilla se descubrian los arbustos y las flores de un jardin interior.

Algunas religiosas salieron á recibirnos, siendo corteses en sus maneras, despejadas en su conversacion y atentas al extremo.

Penetramos al interior del edificio, que es un extenso jardin, en el centro de una especie de escuadra formada de las altísimas paredes del Asilo.

El edificio tiene cuatro corredores prolongados y estrechos, y por ellos se transita á secciones ó piezas en que se alojan los ancianos.

El edificio estaba en construccion : de ahí es que su color era el de la mezcla, y lo hacia un tanto austero y sombrío.

En el jardin, y siempre aislados, percibimos á algunos ancianos, que leian libros ó periódicos en silencio profundo.

Nos vieron pasar aquellos caballeros con indiferencia profunda.

Como es costumbre en esos establecimientos, se nos mostraron las oficinas de la casa en perfecto arreglo, la despensa y los almacenes, la lavandería y la cocina.

Siempre los que muestran tales establecimientos como adheridos á ellos, se apasionan, hacen su apología, como si llevaran la segunda mira de que nos quedásemos allí; lo que no siempre es muy divertido para los visitantes, tratándose, por ejemplo, de un panteon, de una casa de locos ó de establecimientos de este género.

Los pisos interiores del edificio están destinados á los hombres.

En ellos no habia bulla; pero se conversaba entre aquellos hombres llenos de canas, enfermos, medio ciegos : habia todas las auroras del aniquilamiento y de la nada; pero era lucha, era la pared cuarteada, pero en pié; el tronco sin ramas y sin hojas, con la corteza carcomida, pero conservando la figura del árbol.

Dimos un paso más y ya el cadáver estaba haciendo des-

aparecer al hombre; el pómulo saliente, el ojo hundido, el cabello.... agitándose por hebras.... las líneas del cráneo acentuándose, la voz de tiple, la boca desdentada....

Y en aquella exposicion de mómias, y en aquellas calvas, y en aquel harapo de gente, caia la dulzura de la caridad, como una reminiscencia para aquellas entidades náufragas, en que se borraba hasta el recuerdo de la especie humana.

Mis compañeros aprovechaban el tiempo, informándose del número de personas que sostenia el establecimiento, sus fondos y sus reglamentos.

De mí se apoderó invencible tristeza: me reconcilié con la muerte, la veia sonreir, la consideraba como una redencion; aquella agonía de vida me parecia un silencioso y terrible suplicio.

Ascendimos á la segunda seccion, al departamento de las ancianas. Allí encontramos mayor esmero en los cuartos, más resignacion en los semblantes.

Las mujeres más jóvenes tendrian setenta años: aún alguna arreglaba su pañuelon; alguna andaba recta y sin auxilio de baston; pero fuimos penetrando en las piezas interiores, hasta llegar á limpísimos lechos, en que habia mujeres de ciento diez, y una de ciento veinte años.

Aquel espectáculo me espantó verdaderamente: mujeres casi perdida la conciencia del sér, custodiando su cadáver, sin oido, con la vista anublada, la voz débil, el movimiento torpe.... sobre los blancos lienzos del lecho marcándose las líneas delgadas del esqueleto espantoso.

Y aquel pugnar por levantar el cuello, sostenido, adherido por una tira de pergamino llamada cuello, al cráneo; y aquella falla carnavalesca, ironía terrible sobre la mal disimu-

lada calavera.... Yo no pude soportar.... no pude.... me salí al comedor, y pegué un frentazo á uno de aquellos aparadores, presa de una profunda emocion.

¿Qué es la hermosura? ¿qué irrision de vida es esta en que su prolongacion es el escarmiento y como la expiacion? El polvo, la disolucion, pero el remedo de una inmortalidad de idiotismo, de impotencia. Esta infancia del cadáver.... es espantosa, mucho más espantosa que la muerte.

Me sacaron de mi profunda meditacion ancianas que llegaban al comedor en tropel, á recibir su colacion vespertina.

¡Qué fisonomías náufragas en mares de arrugas y frunzones! ¡qué partículas de dientes amarillos! ¡qué brazos como descoyuntados de la muñeca, con ramales de dedos hácia abajo! ¡y aquellas bocas deshuesadas, bolsudas, soplando una risa helada....! Ni el sueño del reo de muerte de Víctor Hugo; ni las brujas de Macbet de Shakspeare, nada ha sido para mí como aquello: la danza de la muerte, la orgía del esqueleto, la fuga de la tumba, la renuncia al no ser, el fraude al gusano.... Horrible....! horrible....!

Y lo más horrible es que ya no eran viejos y viejas: era la vejez; el *yo* mio, muriendo en efigie en el *yo* de aquellos; era una alucinacion en que yo desterrado, yo viejo y sin arrimo, me veia y me sentia en aquella espantosa huelga de los habitantes de los sepulcros.... ¡Los muertos tenian los ojos abiertos y remedaban imperfectamente á los vivos!

Salíme al corredor. La disposicion de mi ánimo me hacia ver de un modo injusto aquella institucion y aquellos mismos cuidados filiales de las hermanas.

Aunque no es absoluta la reclusion de los asilados, yo

siempre creo que en la edad de la decrepitud, sobre todo, los cuidados de familia, la concurrencia, la comunicacion de los recuerdos, podia ser y debia ser el gran lenitivo de la decadencia; pero esa tertulia de osamentas, esa contemplacion recíproca de destruccion, esa sociedad de cadáveres, esa espectativa de muerte, debe ser horrible....

En cuanto á los chiqueos de las casas monásticas, yo no sé por qué me parecen siempre de estampilla; siempre la misma risa mística y la misma alegría con reservas; siempre la misma solicitud de órden suprema; la ternura de reglamento. Digo que esto me parecia: las cosas deben pasar de otra manera.... Yo no tengo razon tal vez: á mí aquella atmósfera me ahogaba.

Lancaster, que bajo de cierta corteza de frialdad, es hombre de corazon muy entero y generoso, se habia aislado meditabundo. Alcalde estaba en el centro de aquellos infelices, con los ojos llenos de lágrimas, viendo á aquellos á quienes las hermanas llamaban muy dichosos.

Una de aquellas mómias nos seguia tenazmente; ella, como las demás, no pedia, no importunaba.... le preguntó Alcalde á la mujer que iba en su pos, si estaba contenta.—Respondió que sí.—Yo le pregunté: "¿De dónde es vd.?" —"De México," nos contestó con marcada satisfaccion.

—De qué parte de México?

—De la calle del Reloj, cerca de la de Arsinas y las Moras.

Yo me acerqué y le dije.... en voz imperceptible:

—Quisiera vd. volver á su tierra?

Y como galvanizada por mi pregunta, se irguió y me dijo:

—Con toda mi alma, señor, con toda mi alma......

En medio de aquella procesion de esqueletos, visitamos la capilla: la luz moria; las ventanas del templo remedaban ojos al cerrarse; el piano, oculto en los anchos pliegues de la sombra, suspiraba notas quejosas, como escapadas de una region misteriosa y desconocida.... las religiosas, de rodillas, frescas y juveniles, parecian encargadas de vigorizar la súplica de la humanidad aquella, que esperaba un soplo para volverse polvo.... mi mente ardia en Dios y en la contemplacion del infinito, desertando á la constitucion perecedera del mortal.

Al pasear la vista á mi alrededor, me parecia que yo mismo vacilaba entre si aquellas gentes acababan de resucitar ó hacian su plegaria última para dormirse en la muerte....

¡Oh, qué tarde la del Asilo de ancianos! ¡qué aparicion tan tremenda de mi vejez! tenia necesidad de aire.... de palpar la vida.... aquel no era un asilo, era un panteon de vivos......

Las personas que me acompañaban hicieron sábias reflexiones sobre aquel establecimiento benéfico, sobre la delicada prevencion, los sagaces cuidados y la piedad cristiana con que se habia atendido á todas las dolencias, á todos los achaques y debilidades de la edad decrépita....

Se dijeron cosas bellísimas.... pero yo me embrutecí, me cerré de mollera.... y me animalicé al extremo al tratar del Asilo de ancianos......

IX

Paseos.—El Hipódromo.—Escenas nocturnas.—Alcalde.—Chascos.—Noches.—Clay.—Un casamiento.—Leyenda de amores.

FUERA la murria, caballero! Alístese vd., vamos á pasear el boa por esos mundos! Tales eran las exclamaciones de Joaquin cuando me veia con *el tonto encima,* porque existe la piedad de la palabra y es frescor y alivio para el alma la manifestacion de interes por nuestras penas.... Gomez del Palacio y Lancaster aplaudian.... tomaba mi sombrero, me iba á acabar de vestir en la calle, y á paseo.... tomábamos un carrito, y á *wagonear,* verbo de mi uso privado para designar los viajes ó el ejercicio en wagon.

Así recorrimos los jardines, así paseamos bajo las frescas arboledas de Carrondelet.

Allí donde habia una diversion, nos deteniamos.

En una de esas excursiones, concurrimos al Hipódromo, lugar desmantelado al que se penetra por un *bar-room* donde todo es algazara: el incompetente tablado tendrá cabida para quinientas personas; hombres y señoras estaban en las gradas, adonde tenia aucion de sentarse el que pagaba dos pesos á la entrada, y lo demás del concurso disfrutaba de las caricias de Febo, capaces de achicharrar una losa de mármol..... Vimos carreras como en San Francisco, pero de mucha ménos importancia.

En las tardes prolongábamos nuestra sobremesa, disfrutando yo realmente con la interesante conversacion de mis compañeros.

Alcalde narra de un modo admirable, gesticula, se apasiona, y en medio de su tempestuosa exaltacion, es no solo modesto sino humilde, posee la preciosa facultad de admirar el ajeno mérito, y confiesa sus errores con lisura y sin reticencias.

Lancaster es sólido en sus raciocinios, sostiene sus ídeas con firmeza, muestra su saber sin pedantería y sabe escuchar, lo que es cualidad más estimable de lo que á primera vista parece; ántes que todo, cuida de no herir en lo más leve á su adversario; jamás llega en sus discusiones á la porfía, y sus tendencias conciliadoras y su mesura le hacen parecer poco franco; pero es en realidad porque desea que se tenga con él el respeto que él dispensa á los demás.

Francisco Gomez del Palacio es seco y concentrado: habla poco, no disputa jamás; pero cuando es incontenible para él una opinion, estalla, se apasiona y se desborda en arranques de espontánea y poderosa elocuencia: de selecta

instruccion, de versacion constante en griegos y latinos, de grande imaginacion y palabra fácil y brillante, Gomez en el trato es dulce, condescendiente y servicial.

De Iglesias no hablo, porque podrian parecer muy parciales mis consideraciones.

La diversidad de nuestros caractéres convertia en interesantes nuestras pláticas, de que yo me aprovechaba sacando lecciones y teniendo motivo de admirar á los que me honraban con su amistad.

A prima noche, dos ó tres de nosotros nos dirigiamos al correo, donde con puntualidad extraordinaria se avisa dia por dia las entradas y salidas de buques, los pasajeros que arriban al puerto y donde se adquieren las noticias importantes de todo el globo.

Muy frecuentemente mis excursiones eran con Alcalde, quien se endiosaba, se desmorecia con los charlatanes que con grande aparato proclamaban sus mercancías.

En la calle del Canal, y al pié de la estatua de Clay, se fijaba uno con su mesilla al frente, sus grandes hachones á los lados y á cierta distancia un pizarron enorme.

Encarecia el vendedor un librito de aritmética de su invencion y aplicable á las más complicadas operaciones mercantiles.

Planteaba su operacion pintando grandes números, despues exponia su método comparándolo con otros: aquello era una maravilla. Se entablaban diálogos, habia aplausos, se codeaba la gente, se decian chistes y se desenlazaba el *spich* con la realizacion de los cuadernos.

Alcalde se escurria entre la gente, aparecia sobre los hombros de los espectadores, me llevaba á remolque.... decla-

ramos el método admirable y nunca pudimos sumar tres cantidades por el método americano.

El otro embaucador era más diestro: de un banco y un barril vacío habia hecho su tribuna; cuando llegamos á verlo, se engullia copos de algodon como si fueran anises; pero en número tal, de haber relleno para un colchon camero. Hablaba de todo aquel hombre: decia que las medallas que llevaba al pecho eran de todos los soberanos del mundo; Alcalde, que se habia escurrido casi debajo del barril, descubrió que una de esas supuestas medallas, era un peso falso de México.

Despues de citas de Griegos y Romanos, de despabilar sistemas filosóficos y de hablar contra los gobernantes en sátiras tremendas y algunas llenas de chiste, pasaba á tratar de su invento.

Este consistia en la aplicacion de una agua, imitacion de la de las vertientes superiores del Eufrates, que extendida con una esponja recogida en Ceylan, en el lago de los cocodrilos de fisonomía humana, en cualquier objeto de lana, algodon, lino, seda, pelo, etc., etc., se le restituia toda su pureza.... diciendo esto se aparecia sobre las mil cabezas que rodeaban al orador, un vaso de agua cristalina y una bandeja de porcelana.... Salia entónces de su bolsillo, en una botellita, el agua del Eufrates y con ella la esponja de Ceylan.

La gente aplaudia entusiasmada, Alcalde no perdia un solo movimiento de aquel Robert Macaire americano, que soltaba chistes á diestra y siniestra y tenia encadenado de sus labios á su auditorio.

Chaparro, rubicundo, chato, de ojos muy grandes y retozones, la blanca corbata desanudada, el chaleco abierto de

par en par, un tropel de cabellos invadiendo su angosta frente.... su pañuelo blanco metido á medias en la pretina del pantalon.... Ese era el hombre de la agua del Eufrates.

Dispuesto el aparato, pidió á uno de los circunstantes un sombrero, que se habria repudiado en cualquier figon como trapo de cocina; mostraba el sombrero, con el blanco perdido entre la suciedad, vetas y bordes de inmundicia....

—Aquí tienen vdes. el sombrero consagrado con el sudor del obrero......

—Hurra! hip! hurra! bramaba la multitud.

—¿Quitarás á tu familia su pan para un nuevo sombrero?

—*Not at oll* (de ninguna manera).

—¿Qué hacer?

—La misma agua que quita todos los pecados del mundo (¿?) va á quitar estas manchas. Llora el aseo sus lágrimas sobre la impureza....

Y cayeron unas gotas en la ala del sombrero; despues se vertió agua natural, despues más lágrimas.... la esponja que se pasaba por el sombrero lloraba á los apretones del yankee.... raudales de fango.... una aurora de limpieza apuntó en el sombrero.... despues aquel sombrero estaba como acabado de sacar de la sombrerería.... aquello produjo el frenesí.... Alcalde y yo compramos una docena de pomos del Eufrates con sus respectivas esponjas....

Al siguiente dia, y sin que nadie lo advirtiese, hicimos colecta con todos los sombreros de los negros de la casa, y procedimos Alcalde y yo á poner en planta nuestra sublime adquisicion.... Aquello fué espantoso: unos sombreros se fruncieron como hongos y jamás volvieron á su forma; otros, como que se quemaron, despidiendo un hedor

intolerable, y otros, quedaron con unas vetas representando todos los colores del íris.... Estábamos espantados de los efectos del agua del Eufrates.... y algo nos costó aquietar á los negros.... que decian riendo á carcajadas: *very well fine wotter* (muy buena, el agua fina....)

Interrumpiendo la monotonía de nuestras noches, fuimos invitados á la iglesia parroquial, al casamiento de una linda cubana con un jóven frances de una familia trabajadora y honrada.

La ceremonia se verificó á las siete de la noche, abiertas de par en par las puertas, y cuidando un personaje jocosério de casacon militar, sombrero de tres picos y desmesurado baston de grueso puño, á usanza de nuestros tambores mayores, á quien llamaban el Suizo.

La ceremonia se verificó conforme al rito católico: la novia vestia de encajes, con su velo blanco y su corona de azahares: desde la sacristía hasta la puerta de la iglesia formaron valla compacta amigos y curiosos, diciendo palabras lisonjeras á los novios á su tránsito, y haciendo votos por su felicidad.

Salimos de la iglesia y nos dirigimos á la calle Dumain, á la casa de la madrina, en que repicaba de contento el bodorrio.

El salon de la casa es extenso y estaba perfectamente iluminado; grandes sofaes, espejos colosales, soberbias alfombras, y sobre todos los adornos, los constitutivos de toda fiesta magnífica: luz, flores y mujeres.

La concurrencia era numerosa, la música alegraba los ánimos y disponia al placer.

Formábase la tertulia de cubanos y franceses casi en su totalidad, con una que otra excepcion.

En el corredor ó pasadizo interior que conduce de la calle á un pequeño, pero aseado y alegre patio, se tendieron asientos: en el patio se figuró un bonito salon de refresco y se hacia servicio abundante y perpétuo de licores exquisitos, helados, pasteles, *sandwichs*, carnes frias y cuanto podria contentar al más exigente gastrónomo.

Reinaban la finura y la confianza; multitud de niños elegantemente vestidos, corrian en todas direcciones, caracoleando entre las parejas de baile, bailando en la antesala y armando gresca en el patio, cuando tocaban al asalto de dulces y bizcochos.

Merced á las bondades inagotables de Quintero, nosotros, Alcalde y yo, fuimos amigos considerados de aquella reunion selecta; hablábamos con las señoras en el salon, conversábamos con los viejos retraidos al pasadizo y bebiamos con la gente de buen humor, declarada en sesion permanente en el departamento del ambigú.

Encargadas del servicio interior habria hasta una docena de mulatillas, que así, vistas de soslayo y con toda la circunspeccion de los años y de la buena crianza, me parecieron deliciosas.

Pechos levantados, cinturas breves, ojos *mordelones* y un cútis sonrosado, verdaderamente fino y agradable. Se mueven como si álguien les hiciera cosquillas, y nadie se mete con ellas; ríen y ven picarescas hasta á las personas mayores y de respeto; en una palabra, son la encarnacion preciosa

de la danza habanera, con todos sus requiebros y campanitas.

Un tanto apartados de la mesa del ambigú, despabilados y contentos, estaban algunos viejos chanceros, sazonando sendos tragos con añejos, pero sabrosos recuerdos. Ya prodigaban sus cariños á los chicos, ya decian sus flores á las lindas mozas.... ya hacian, *sotovoche*, alusiones picarescas, pasando revista á las inquietas mulatillas....

Por supuesto que entre los viejos tuve mi lugar preferente, miéntras Alcalde persuadia en la sala á una lindísima viudita.... que no era verdad que hubiese sido casada, puesto que un solo mes vivió unida á su esposo. Toda la chicana forense habia comprometido Joaquin en aquella discusion, encanto de la viudita.

Graves autores de la Iglesia decian de Santa Teresa, añadió el letrado, que á la santa repugnaba tanto el vino.... que una sola vez que bebió, bebió tan poco.... que no bebió.... Vd. fué casada tan poco tiempo, que no fué casada.... y lo probaria en un cláustro de doctores....

Los viejos hablaban de los matrimonios americanos y á la usanza americana, y uno de ellos contó, entre trago y trago, la siguiente anécdota:

"Hace más de veinticinco años arribó á este puerto, procedente de México, un M. Courtier, frances ó descendiente de frances, segun su aspecto y su perfecta pronunciacion del español.

"Vivo, caballeroso, formal en sus tratos y entendido, se dedicó á los negocios é hizo una pequeña fortuna.

"Los negocios á lo que parece no ocupaban todo su tiempo y se dió traza para matar el fastidio, en las horas de



LIT. H. IRIARTE, MEXICO.

Hotel de S. Cárlos.

N. ORLEANS.

descanso, en union de una francecita dulce como el almíbar y graciosa como una paloma enamorada.

"El caballero Courtier se vió obligado á separarse de Orleans; y como cierta clase de compromisos se hacen y se deshacen por estos mundos con la mayor facilidad, los chicos no volvieron á verse.

"Mlle. Malville fué envuelta en los trastornos del Sur y atacada de una cruel enfermedad: dejó al morir, á la hija que llevaba su nombre, á cargo de una familia que le dió el suyo, y fué conocida con el nombre de la Srita. Chertois, educándose á la usanza americana y dando lecciones de piano y de frances en aquel barrio.

"Entre tanto, M. Courtier, maltratado de la fortuna, se hundió en una finca del Canadá, con su verdadero nombre mexicano, que era Navarrete, y como si se lo hubiera tragado la tierra.

"Era el hombre bonachon, de excelente humor, filósofo como viejo marido, flemudo como un aleman; y no obstante que estas cualidades le hacian amar de sus criados, la vejez hacia el vacío en su alrededor y pasaba tristes dias no obstante su regular fortuna.

"Consultando el alivio de su mal, un yankee expedito le aconsejó que se casase y que para el objeto pusiese un aviso en los periódicos, diciendo quién era él y con qué cualidades queria á la novia.

"Dicho y hecho: á los pocos dias, en los periódicos más acreditados de la Union se leia un aviso, poco más ó ménos concebido en los siguientes términos:

"M. Courtier, residente en el Canadá, con una fortuna
" de setenta y dos mil pesos, desea casarse con una señori-

" ta de ménos de treinta años, de buena salud, si es huér-
" fana mejor (los suegros siempre sobran), que no sea celosa
" ni dada á las novelas, y que se resigne á vivir en el campo.
" El solicitante es robusto, de buenas maneras, fuma poco y
" no anda en malas compañías.—Dirigirse:—Nueva-York,
" casa tal.—Missouri, H.—Nueva-Orleans, R."

" Muchas y muy interesantes jóvenes acudieron al llamamiento, que á vd., me dijo, le parecerá singular; pero el corresponsal de Orleans, jóven cubano encargado de una opulenta casa de comercio, fué tan expresivo, hablaba en tales términos de las virtudes y de las gracias de la Srita. Chertois, que el viejo se enamoró perdidamente, dando instrucciones al corresponsal para que arreglase todo lo concerniente á la boda, sin demorar su felicidad.

" El jóven Martinez aprovechó el tiempo é hizo tan bien y con tanto entusiasmo el papel de M. Courtier, que se habria dicho que él era el amante, y amante tiernamente correspondido; pero la fidelidad se llevó al extremo; y si hubo sospecha de ardiente simpatía, la cubrió el disimulo de todo punto.

" Arreglóse la boda, se alquiló casa, se amuebló provisionalmente, se corrieron todos los trámites y se esperó al novio para la verificacion de los esponsales.

" El novio llegó ¡y cosa rara! no obstante sus años, se hizo querer de la jóven y ésta realizó los ensueños del afortunado viejo . . .

" Citóse la ceremonia conyugal para pocos dias despues de la llegada del anciano: acudió muy reducido número de personas.

" El notario, los testigos, algunos amigos, Martinez entre

ellos, estaban en la sala y se impacientaban porque los novios no acababan de darse á luz....

"En el interior de la casa se representaba, entre tanto, un curioso drama.

"Al salir la niña de su alcoba, preguntando por su esposo, dejó entreabierta la puerta, y el impaciente consorte pudo descubrir entre dos bujías, bella, encantadora, evocando sus más tiernos recuerdos, el retrato de la mamá de la Srita. Chertois, que no era otro que el de Mad. Malville....

"Un recuerdo terrible, un pensamiento súbito embargó al Sr. Navarrete.... quien dijo que tenia que hablar dos palabras á su mujer....

"Apartóse de todo el mundo aquella pareja.... Navarrete, ó sea Courtier, entró en hondas explicaciones, y ella, ingénua, modesta, purísima, expuso su vida, mostró sus sacrificios y fué tan santa y buena con los autores de sus dias, que el viejo lloraba á lágrima viva, abrazando conmovido á la hija de su corazon.

"Los convidados á la boda, aunque sufridos, no pudieron reprimir su impaciencia, hicieron una insinuacion á los novios para que se presentasen.... Se presentaron al fin en la sala.... y tomando Navarrete la palabra, dijo en tono de arenga:

"No hay nada perdido, señores: no hay boda.

"(Movimiento, admiracion, rumores).

"Quieto todo el mundo: nada perdido, porque esta linda
"muchacha es mi hija; sí, señores, mi hija de mi corazon....
"Canario! y qué linda y virtuosa mi hija! Y no hay nada
"perdido, porque siempre hay boda.... esta mocita y este
"caballerito (señalando á Martinez), se querian y se sacrifi-

"caban á mí.... y al fin se casarán, y serán ricos, y ten-
"dré unos nietecitos como arcángeles.

"Esa música....! destapen Champaña....! y acabemos
"alegres, al revés de las comedias, porque se deshizo la
"boda."

"Navarrete se estableció no léjos de aquí, y su familia, que fué la de Martinez, llenó de felicidad sus últimos años.

"Este es el cuentecito....
"¿Quién cuenta otro más bonito?"

Bebimos alegres por el recuerdo del matrimonio frustrado, que pinta siempre una faz de la sociedad americana.

X

Sobremesa en casa de Quintero.—El Dr. Havá.—Turla. Su muerte.—Sus versos á Rodriguez Galvan.—Quintero. Sus versos.—Traducciones de Poe.—La estatua de Clay. Soledad.—Dias negros.

EN la casa de Pepe Quintero, que veia y me enorgullezco de ver como mia, tuve agradabilísimas reuniones con lo más inteligente y distinguido de la sociedad literaria de Orleans.

Quintero habla y escribe en inglés con pureza y correccion, iluminando su frase con la galanura de los idiomas latinos y el chiste del frances especialmente.

Quintero y Dana son los hombres (entre los que he tratado), que en los Estados-Unidos se pueden entender mejor y más popularmente con los hombres de raza latina.

Quintero es un gran poeta: cierta ternura sombría; cierta filosofía de la escuela de Byron, pero en el fondo llena de

nobleza, hacen adorables sus composiciones, principalmente las que se relacionan con sus afectos íntimos.

Conocedor profundo del idioma inglés y de sus más atrevidos giros poéticos, ha podido traducir á Edgar Poe, ese beodo sublime que puso á la misma ciencia al servicio de la locura en su incomprensible idealismo.

Quintero ha traducido brillantemente á Longfellow, reputado como el primero de los poetas americanos, y yo lo creyera si no hubiera aspirado el perfume de los bosques vírgenes en las solemnes composiciones de mi amado William Bryant.

El elogio de las traducciones de Quintero lo ha hecho Longfellow, y yo he visto carta suya en que tributa elogios que envanecerian á cualquiera otro hombre de alma ménos grande que mi amigo.

Como decia, las tertulias de la casa de Quintero eran para mí deliciosas: allí admiré mil veces la instruccion inmensa, la energía independiente, la fé inquebrantable en los principios del viejo leon á quien he dado á conocer con el nombre de Demitrich; allí esclarecí mis dudas históricas con Gayarré, y allí tuve conocimiento con el Dr. Havá, persona muy estimable y simpática.

El doctor tendrá cuarenta y cinco ó cuarenta y seis años; fornido, de color moreno, de altiva frente y de ojos negros que despiden rayos de penetracion y de pasiones tumultuosas.

Desciende de su cabeza á sus hombros, espesa melena de sedosos cabellos que terminan en una rizada extremidad, como el doblez de un cortinaje. Eso le da dureza á su conjunto; pero no solo Havá es hombre sabio sino de una ex-

quisita y sólida educacion, con ciertas originalidades, que sin llegar á la extravagancia, lo hacen singular.

Sabio sin pedantería, humano y generoso, sensible á las bellezas artísticas, á pesar de sus enemigos, es necesario confesarle mérito á este doctor á quien mucho quiere Quintero.

Havá hizo su educacion en Paris, distinguiéndose mucho en su facultad; delira con la preponderancia de la raza latina, y cubano independiente, tiene por México especial predileccion, lo que, como debe suponerse, es un título más á mi cariño.

Hablando de literatura en una sobremesa, se mencionaban las publicaciones periódicas, señalando al *Picayune*, *El Times*, *El Daly Democrate* y *L'Abeille de la Nouveell-Orleans*, periódico frances en algunas épocas, perfectamente redactado.

Hablándose de instituciones científicas y literarias, Havá habló en los términos más elocuentes de la Academia Médica, ensalzando el mérito de sus compañeros, sin rivalidades ni miserias.

A Quintero tocó el elogio del Ateneo Luisianés, que se puede citar como representante digno de la literatura francesa.

Mercierz, novelista y escritor distinguido, es el secretario perpétuo del establecimiento, y ha dado á luz "La Hija del Sacerdote Delery," y otras obras de sobresaliente mérito.

Con suma complacencia, con verdadero orgullo escuché los elogios á la Sra. Townsed, que ostenta modesta en su tocado de matrona ejemplar, la diadema que ciñeron Saffo y Corina.

Yo lamento como una verdadera desgracia la pérdida de una lindísima poesía dedicada á mis compañeros y á mí, y que se publicó en *El Picayune* con universal aplauso, como todo lo que sale de la pluma de Xarifa. Lo que es yo, no soy imparcial: la quiero mucho, la admiro y le vivo muy reconocido.

De una palabra en otra palabra, se encadenó la conversacion, como si todos forjaran, cada uno su anillo de oro, para hablar de la literatura habanera.

Resonó primero, en medio de nuestra profunda admiracion, nuestro Heredia.... nuestro, porque aunque la fortuna quiso darle su cuna en Cuba, nosotros le dimos templo á sus glorias y asilo á sus restos.

Milanes, Palma, y Plácido, tan esencialmente cubano como los palmares y los plátanos que sombrean la herida, pero hermosísima frente de la sultana favorita de las Antillas.

Hablando de esa constelacion que refleja su brillo en las aguas de Cuba, forzosamente mencionamos á Turla.

Turla debia morir á los dos ó tres dias de esta conversacion; su infortunio le engrandecia á nuestros ojos; la pobreza consagraba la frente augusta del mártir; á su alma la veiamos desprenderse luminosa de su antro de miseria, para incorporarse como una ola fulgente en el infinito de la eternidad.

Turla era hijo de un sastre.; desde sus primeros años, su génio activo y soberbio protestó en favor de las libertades de sus compatriotas.

Ardiente amigo y admirador de Heredia, se complicó en sus trabajos revolucionarios, y vivia hacia cuarenta años desterrado en Orleans.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 30.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

Quiso dedicarse al periodismo, y no tenia la flexibilidad que ese ejercicio batallador requiere. Daba lecciones y vivia en la miseria. Así estaba muriendo.

Su inspiracion tiene el carácter ácre, incisivo, pero frecuentemente sublime, de Barbier, á quien se le comparó durante el período revolucionario.

Yo recordé las relaciones que còntrajeron nuestro Rodriguez Galvan y Turla en la Habana, cuando el uno, siguiendo su sino fatal, tropezó con su tumba, y el otro estaba en vísperas de que la mano del destierro lo robase para siempre del suelo de que puede llamarse honra y orgullo.

Me lamentaba de no poseer la composicion que Turla dirigió á Rodriguez despues que éste asistió conmovido á la lectura del Conde de Alarcos, y cuando concluyó le instaba Rodriguez á que fuese á radicarse en México.

Lamentaba, digo, no recordar esa composicion, cuando Havá, con entonacion verdaderamente magnífica, declamó los versos de Turla, que dicen así:

A RODRIGUEZ GALVAN.

Vate del Anahuac, pues con tu lloro
Honrar quisiste el desgraciado drama:
Esta es la hoja mejor del libro de oro
Que codicioso demandé á la fama:
El bello corazon de la cubana
Pinté no más, si reparar quisistes
En aquella hermosura sevillana
Hija infeliz de mis ensueños tristes.
Lindas son nuestras bellas y este clima
Les da un hablar simpático y suave,

Que fácil entra en la española rima
Y al corazon introducirse sabe.
Donde deja marcada su sandalia
La vil esclavitud, mandan las bellas
Con ternura mayor: así es la Italia
Con su cielo purísimo de estrellas.
La causa debe ser y á ella redimen
La vejacion en que las tristes andan;
Que donde más las hermosuras gimen,
Es donde más las hermosuras mandan.
Oh! yo las amo, y si la lira mia
Su posicion amarga suavizara,
Amor y solo amor resonaria
Miéntras el corazon me palpitara.
. . . .
. . . .

Mas yo no buscaré, como tú dices,
Playa mejor en donde el libre goza,
Y entre sus hijos nobles y felices
La Santa Independencia se alboroza:
Que aunque supe adorar, por dicha mia,
La libertad augusta, pequeñuelo,
Y siempre detesté la tiranía
Como amo al sol, como bendigo al cielo;
Y aunque odiar supe al mandarin malvado
Que á remachar mis grillos, vil coadyuva,
Nunca comiendo el pan del emigrado
Pensé cumplir con mi adorada Cuba.
Hijo de Cuba soy: á ella me liga
Un destino potente, incontrastable;
Con ella voy, forzoso es que la siga
Por una senda horrible ó agradable;
Con ella voy sin rémora ni traba,
Ya muerda el yugo, ó la venganza vibre;

Con ella voy miéntras la llore esclava ;
Con ella iré cuando la cante libre :
Con ella voy en noche procelosa,
Y errar bien puedo la difícil vía ;
Mas siempre voy contigo ¡ oh Cuba hermosa !
Y apoyado al timon, espero el dia !

Dos dias despues de tributar nuestro homenaje al génio de Turla, asistiamos á su entierro: entierro humildísimo, acompañado de unos cuantos cubanos que llevaban en sus semblantes el lóbrego duelo del emigrado, como si tuvieran que lamentar la más triste de las orfandades, la orfandad de la tumba. La comitiva que asiste á la inhumacion de un compatriota emigrado, es semejante al tormento que algunas legislaciones imponen de que presencien el suplicio de su cómplice.....

Aquella soledad, aquel silencio, aquel poeta anciano que soltaba de sus garras la miseria para entregarlo á la muerte en suelo extraño, me hicieron hondísima impresion.

Acaso este incidente, desapercibido para muchos, porque yo me mezclé á la comitiva sin ser invitado y sin que nadie me conociese, determinó en mi ánimo un estado de tristeza imposible de describir.

Noche á noche me aislaba de mis compañeros y me iba á sentar las horas enteras á las escalerillas del monumento de Clay.

Allí, en la oscuridad más completa, sangrando mi corazon de amargura por circunstancias las más acerbas de mi vida, produje una série de composiciones, que no tienen interes alguno para otros; que lo tienen para mí tiernísimo; que semejan á esos objetos que nos los hace preciosos el amor, la

gratitud, el peligro ó la muerte, y que maltratados por el tiempo, donde los otros señalan un harapo, nosotros veneramos una reliquia. Perdonen mis lectores mi debilidad, y dispensen su indulgencia á esas fojas arrancadas del Album de los tormentos de mi alma:

DIAS NEGROS.

DESENCANTO.

Yo no sé: ¿qué me importa? El viento airado
Gime en mi barca: el corazon ya muerto
No cuenta si un vaiven la lleva al puerto,
O la va en el escollo á sumergir.
Yo no sé: ¿qué me importa? ¿qué es la vida?
Un sueño, una vision, tal vez la nada,
El canto ó el dolor en la posada;
Pero llanto al llegar.... llanto al partir.

El confin de la gloria es el vacío,
Las heces del placer, el desengaño,
Abismos de dolor por bienes, daño,
Y al fin de la jornada, al fin, morir....
Feliz quien mira en lontananza un cielo,
Y entre las nubes de la tumba umbría,
Los blancos rayos apuntar de un dia,
De eterno, de purísimo lucir.

El niño que á la márgen del arroyo
Va deshojando pétalos de vida,
Y sigue con mirada entretenida
Anhelante su propia destruccion;

El jóven que la copa de sus años
En el festin de amor procaz derrama:
La vírgen pura que á voluble llama
Da sonriendo su propio corazon,

¿Qué quieren? ¿dónde van? ¿por qué esas risas
Si los esperan mares de quebranto?
Pero, ¿por qué tambien acerbo llanto
Por la estúpida farsa de vivir?
A la verdad humilla la impostura;
El desden al saber; á las virtudes
Cercan tenaces fieras inquietudes.....
¡Quien quiere descansar, quiere morir!

Un tiempo fué que mi ilusion de gloria
Abrió en la tempestad sus alas de oro
Y de mi lira el palpitar sonoro,
Sus ecos entusiastas prodigó.
Expié como delito el noble anhelo
De erguir radiando la altanera frente;
La envidia, con colmillo de serpiente,
Me hirió rabiosa y mi cantar ahogó.

Y es bello que el gusano se convierta
En la sombra pintada mariposa,
Y que el pútrido gérmen de la rosa
Dé sobre el tallo engalanada flor;
Y es hermoso mirar que al sol remeda
Al salir de su cárcel el gas puro,
Y que ilumina el horizonte oscuro
Hecho llama vivífica el carbon.

Mi alma era luz, de la amistad al beso,
Mi sangre toda de pasion ardia,
El alma era raudal que se esparcia
En gotas luminosas de cristal.....
Mi alma era amor.... El mundo en que flotaba
Su blanco velo de orlas purpurinas,
Se desgarró con bárbaras espinas
Y hecho girones por los aires va.....

Riquezas, ilusion..... contento, gloria,
Patria ¡ay! la patria..... la inconstante suerte,
Todo camina al seno de la muerte:
Feliz ó desdichado, ¿qué más da?
Está negra la luz, negros los campos,
Se extiende dentro el alma negro velo....
¡Dios! ¡oh gran Dios! un rayo de consuelo....
¿Nunca le lograré? ¿Jamás?—¡¡Jamás!!

GUILLERMO PRIETO.

Nueva-Orleans, Marzo 18 de 1877.

SOLEDAD.

Besa mi frente, estréchate á mis brazos,
Empapa con la hiel de tu tormento
Mi labio gemidor, y da á mi acento
Tus quejidos de angustia y orfandad.
Tú fuiste como invierno de mi infancia:
Fuiste en mi corazon eterno duelo,
De tu mano de muerta sentí el hielo
Sobre mi alma, ¡terrible soledad!

Sobre la tumba del que el sér me diera,
Que no tiene una cruz, que no decora
Sauce doliente, que adherido llora
Al sepulcro del mísero pastor,
Allí te conocí.... sobre una losa
Estaba reclinada tu cabeza:
Yo admiré con espanto tu belleza
En mi embriaguez acerba de dolor.

Despues, cuando mi frente descansaba
De santa madre en el amante seno,
Al levantarlo de tormento lleno
Buscando arrimo, desamparo hallé.
Y ni el cielo con nubes purpurinas,
Ni el viento que murmura entre las hojas,
Dieron luz y consuelo á las congojas
Del corazon que derramaba hiel.

Pobre niño! pisando con su planta
Desnuda, los abrojos de la vida,
Dejando sangre de su planta herida
Al saludar la hermosa juventud.
Pasaba la fortuna en su carroza
De púrpuras y armiño, perlas y oro:
Pasaba rauda.... y al través del lloro
En mi desierto te encontrabas tú.

Sediento un punto el corazon abria:
Al que pasaba, le tendí la mano,
Vino á mis brazos, le llamé mi hermano,
El corazon se estremeció feliz....

Ansiosa la mirada, alta la copa
Escuché su sarcasmo á mi ternura,
Y en mi hondo desengaño, con tristura
Te hallé.... do tu semblante conocí.

De entónces entre el vago torbellino
De glorias, de esperanzas, de ilusiones,
Al volar entre férvidas pasiones,
Al dormirme rendido de inquietud,
¡Oh, soledad! en mi hondo desamparo
A tí se estrecha el corazon vacío,
Y al besarme tu labio, siento el frio
Que marchitó mi triste juventud.

GUILLERMO PRIETO.

Marzo 19 de 1877.

MI ALMA.

En mis horas acerbas de abandono
Algo dentro de mí padece y llora;
Algo como del ave gemidora
Distante entre las sombras el cantar.
Como oculto raudal que gota á gota
Pierde su vida en la caverna oscura,
Así siento en mis horas de amargura
Mi existencia tristísima acabar.

Mi alma percibo como luz incierta
Que en trémulo fulgor las tumbas baña;
Huérfana que llorando me acompaña
En las sombras del tiempo que pasó.

Vibracion vaga de la rota lira
Por cuyas cuerdas atraviesa el viento,
Y remeda sollozos de tormento
En constante y monótona cancion.

Vivo como esos árboles que azota
El viento de la mar, que erguidos mueren
Y esqueletos en pié su raíz adhieren
Al suelo ingrato que los vió nacer.
Torcidos, encorvados, extendiendo
Sin vida al suelo los desnudos huesos,
Que de la brisa los amantes besos
Los hieren con su pompa de placer.

Van cayendo las sombras dentro mi alma
Cual la noche en el valle; su verdura,
Sus lagos y su mágica hermosura
Parecen las tinieblas sumergir.
Es como tumba en lóbrego vacío
Que envuelve al cielo en el terror sublime,
Y allá á lo léjos.... dolorida gime
El alma como tórtola infeliz.

Si fuera dado á la agotada fuente
Que tendió su raudal limpia y serena,
Decir su queja á la inclemente arena
Que le robó sus auras y su sol;
Si fuera dado al pájaro perdido
Que siguiendo la nave extravió el vuelo,
Contar al mar sus ansias y su duelo
Y su hondo desamparo de dolor;

Si voz tuvieran las augustas ruinas
Del templo, del palacio, que los lagos
Cual tablazon de nave los estragos
Muestran del tiempo en lúgubre monton,
Esa fuente, ese pájaro, esa ruina,
Cuando del hombre hallaran el acento,
Pedirian sus voces al tormento
Que desgarra mi herido corazon.

Héme en mi soledad, héme mendigo
De la luz, de las aguas, del sendero:
Como sombra atraviesa el extranjero,
Como fantasma entre la gente va.
¿Qué dicen esos niños? ¿Esa pompa?
¿A quién espera? se preparan flores:
¿Son para alguna tumba? ¿los amores
Las tejen á la frente virginal?

Solo va el extranjero. De los niños
En el rostro de arcángel mira espanto:
Lleva muerte en el alma. De su llanto
Alma ninguna ó Dios se apiadará...
Le muestran las paredes extrañeza,
Las tumbas le repelen, en el cielo
Teme siempre encontrar nubes de duelo....
¡Alma mia! comprendo tu llorar!

Guillermo Prieto.

Nueva-Orleans, Marzo 20 de 1877.

DESAMPARO.

¡Ay! de mí! del bullicio que en torno
A mi sér turbulento se agita,
No penetra ni un eco en las sombras
Que cubren mi vida.

Pasa el gozo cual cruzan las olas
Argentinos los copos de espuma,
Mientra el mar en sus hondas entrañas
Tinieblas oculta.

Como el ave en su jaula contempla
Verdes campos y plácidos cielos,
Y si quiere volar le destrozan
Voraces sus hierros,

Así yo, si mis penas olvido,
Y mi copa levanto contento,
La envenenan con mísero llanto
Mis crueles tormentos.

Desamparo, tu escuálida mano
A mí tiendes de triste esqueleto;
Al dormir, tus heladas presiones
Comprimen mi pecho.

Al volar tras la fama anhelante:
Al ceñirme de lauro y de rosas:
Al cantar al amor y á la patria
Con férvidas notas,

Descendí á mi dolor y encontraba
En las sombras á mi alma gimiendo,
Siempre sola, en su pena circuida
De luto y silencio.

Una voz.... por los aires sonaba....
¿Qué me dice?.... y sus ecos morian:
¿Fué tal vez que me habló la esperanza
Brindándome dicha?....

Yo no sé; mas al triste silencio
Que dejó.... prefiriera la muerte:
Del dolor la amargura, mi labio
Bebió hasta las heces.

Fijo el ojo, mirando sin vista,
Como sorda mirada de muerto,
Me quedé contemplando el espacio
Que sube á los cielos,

Y en el éter.... miré cintilando
Un mirar de inefable ternura....
¿Un destello de dulce consuelo
Cruzó las alturas?

Yo no sé; mas el rastro adorado
De esa luz, era triste y sombrío,
Como en medio de inmenso desierto
La sima de abismo.

A la sombra del sauce que inclina
Su cabello de ramas al suelo,
Creí mirar hechicera hermosura
De dulce embeleso.

De cristal parecióme su frente:
Al través percibí con espanto
Como cráneo amarillo y desnudo,
De huesos los brazos.

¿Dí quién eres, fatal compañera,
A quien mueve la voz de mis ansias?
¿Dí quién eres, mi bien?.... Soy la muerte
Que lleva á la nada....

GUILLERMO PRIETO.

Nueva-Orleans, Marzo 21 de 1877.

¡¡AYES!!

¡Oh y qué tristes de mi vida,
Qué tristes pasan las horas!
Como corren aguas turbias
Despeñándose en las sombras!

Como atraviesan los aires
Aves negras gemidoras!

Como que se queja el viento,
Como que triste el sol llora;
Las casas como sepulcros,
Como muertas las personas!
Qué triste va el extranjero
En soledad espantosa!
Qué triste recuerda el suelo
Que le sabe hablar su idioma!

Es uno sepulcro que anda
Y lleva bajo su losa,
Enterrada viva el alma,
Pero inerte y silenciosa:
O como en la catalepsia
Dicen que corren las horas,
Oyendo de los que pasan
Las voces.... ó que razonan
Diciendo á la conveniencia
Que nos sepulte en las sombras,
Porque reclama la muerte
En sus fueros engañosa,
El asilo del cadáver
Para el que en su sueño se ahoga!

¡Oh qué tristes van mis dias
Rodando cual secas hojas
Sobre desiertos de nieve
En soledad silenciosa,
O como en fondo de abismo
Gime abandonada tórtola,
Perdiéndose en lo profundo
Los ayes de sus congojas,
Porque el huracan que cruza
Lleva las sentidas notas
Que exhala y piden socorro

Y se extinguen y se borran!
¿Qué es de lo que amo? ¿dó existen
Las prendas que el alma adora?
Es como muerte la ausencia,
Mas que muerte es horrorosa!
Porque en el sepulcro inmenso
En que trascurren las horas,
Nos muestra nuestro cadáver
Como espejo la memoria.

GUILLERMO PRIETO.

Viérnes Santo.—Nueva-Orleans, Marzo 30 de 1877.

RECUERDOS DE MI HOGAR.

¡Qué frescas cuelgan las sombras
De los chopos y las lilas!
Qué verdes están los campos!
Las fuentes, ¡qué cristalinas!
Qué hermosas las hebras de oro
Del sol poniente se filtran
Por las hojas del arbusto
Que con las auras oscilan!
En el verjel delicioso
Placer y amor se dan cita
Y van dóciles, apuestos,
En pos de jóvenes lindas;
Ellos de entusiasmo ardiendo,
Y ellas vertiendo sonrisas.
De trecho en trecho sus grupos
Aislan contentas familias:
El anciano gravedoso,
La anciana fresca y festiva,

Los esposos satisfechos,
Regañona la nodriza,
El faldero alborotando
Con sus idas y venidas,
Y los niños al conjunto
Dando luz, aliento y vida;
Remolinándose en grupos,
Destendiéndose en cuadrillas,
Dando al viento en sus carreras
Gasas, cabellos y cintas,
Vagan como libres aves,
Como corderillos brincan.
Los grupos dejan buscando
De las madres las rodillas,
Y tornan do sus amigos
En insurreccion se apiñan,
Y cuchichean alegres
Como alegres golondrinas.

Embriagada estaba el alma
Casi olvidó sus desdichas,
Y soñaba de mis hijos
Recreándome con la vista,
En los risueños verjeles
En donde pasé mi vida,
Cuando mis tres serafines
Nietos del pecho delicia,
Con sus tambores marchando
Pretensiosos me seguian,
Marcando el compás la madre
Que es como los cielos linda.

Y ébrio así con mis recuerdos,
Me dirigí á una familia
Donde tres niños jugaban
Con retozona nodriza.....
Contento me acerco al grupo,

Voy á repartir caricias,
Y los niños. . . . . asombrados,
Enmudecen y me miran.
Me acerco. . . . . digo palabras
Para ellos desconocidas,
Y el gozo se torna en llanto,
Me empujan sus manecitas,
Y torno en espanto y duelo
Los cantos y la alegría.
El alma gimió, rompiendo
De mi corazon las fibras. . . .
Oh desdichado extranjero!
Oh mi patria! oh mi familia!. . . .

Silencioso torné el paso,
Tomé solitaria vía,
Que yo era la nube negra,
El agua turbia, la espina,
La gota de hiel del cáliz
De la inocencia y la dicha;
Y léjos. . . . léjos, muy léjos
De aquel cuadro de delicias,
Ví en el llanto de mis ojos
Expirar la luz del dia.

GUILLERMO PRIETO.

Nueva-Orleans, Abril 9 de 1877.

LAMENTOS.

La luz llegó: quedaron en la noche
Como tristes resíduos mis delirios
Y el llanto de mis ojos.

Como lleva implacable la corriente
Del árbol los inútiles despojos.
Fué mi agitado sueño como un antro
Poblado de fantasmas, y despierto
Como la luz del dia
Al circundar la llama amarillenta
Del triste cirio que acompaña á un muerto.

Va el infortunio asido de mi brazo.
Cual si fuese invisible un esqueleto,
Que en perpétuo quejido
En mí extinguiese de la vida el ruido.
Soy como mi prision, como mi sombra;
Como mi propia tumba y mi quebranto
Es la pesada losa que esa tumba
Me cierra con espanto.

¿A quién volverme? El tallo de la yerba
Suele ostentar sus gotas de rocío;
Suele la brisa acariciar la arena
Que huérfana en su curso dejó el rio,
Y solo yo en mi pena
La soledad encuentro y el vacío.
Una por una vuelan mis auroras
Cual los rubios cabellos que en el cráneo
Quedaron de una hermosa, mi esperanza
Es como rama espúria que en la grieta
Del muro su esqueleto balancea,
Y que se pudre con la blanda lluvia,
Y se hace polvo con la luz febea.

Y no arranca los ayes de mi labio
El injusto desden de la fortuna;
No la mano de hierro del destino
Abate de mi pecho la fiereza,
Ni me hace vacilar en mi camino
Con su exígua linterna la pobreza.

No: si tremenda maldicion estalla;

Si airado el sino con terror vibrante
Circunda cual serpiente mi cabeza,
Más quisiera sufrir, mi sér proscrito
Del dolor ambiciona el infinito,
Porque siempre consuela la grandeza.
  Pero dejar que el fango pestilente,
Hez de gusanos, de infeccion abrigo,
Derruya de la torre los cimientos:
  Dejar que triste se hunda, ser testigo
Del reluchar de abandonada nave
A la que ingrato puerto negó abrigo....
  ¡Qué horror! ¡qué horror! y la existencia mia
Así relucha en ignorados mares
En eterna agonía....
  Una mano, una voz, esa mirada
Con que la luz recrea
Al gusano escondido en la hoja leve,
Al sutil hilo que tendió la araña
Y con el sol naciente centellea....
Una voz, una mano que derrame
Una gota, una sola, de ternura,
En mi honda desventura,
Sin que piedad.... ni compasion se llame,
Y agradecido adoraré mi suerte.
  Mirad.... los que pasais, que está al llenarse
En mis manos la copa de la muerte....
Una gota de amor, solo una quiero....
Vereis.... cómo se alivia mi quebranto....
Y la gente.... que pasa.... al ver mi llanto....
Me dicen que clamó: "¡Pobre extranjero!"

GUILLERMO PRIETO.

Nueva-Orleans, Abril 10 de 1877.

Las generosas atenciones de mis compañeros y las bondades de Quintero, atenciones y bondades que vivirán im-

perecederas en mi gratitud, alejaron de mi alma aquel terrible eclipse en que se produjeron mis dias negros. Desahogado el corazon, vendadas sus heridas, levantemos la frente y empuñemos la péñola parlanchina.... pero que sea despues de unos momentos de descanso. ¿No les parece á vdes., lectores queridos?

XI

Visitas.—Dias santos.—Los teatros.—Relaciones.—Colon.—Baranda Conti.—Recuerdos de Juarez.—Guadalajara.—Zamacona.

M. Trik, á quien habia perdido de vista, comenzó conmigo una série de excursiones, y visité varias familias distinguidas del barrio frances. No particularizo esas visitas, porque las familias en su trato íntimo no ofrecen diferencias marcadas con nuestras costumbres.

La absoluta independencia de la mujer no cuenta con ardientes partidarios, y el amor libre repugna altamente á la raza latina.

Buenas madres de familia, esposos encerrados en los goces domésticos y señoritas de excelente educacion: por lo mismo, estas costumbres son más difíciles de pintar.

Cuando se pinta una fisonomía vulgar, tanto trabajo es

para el pintor marcarla como para la generalidad reconocerla. Si se trata de un tuerto, de una frente deprimida, de un carrillo con un lunar como una avellana, entónces es otra cosa; parece que lo característico es la giba, ó la prolongacion de la nariz, ó la berruga; y la habilidad del pintor queda reconocida con poco esfuerzo.

Habia en una casa sesiones de magnetismo, que mucho entretenian á la gente y que traian medio enloquecidas á las ancianas y á los cavilosos.

M. Trik me presentó á una tertulia en que se jugaban juegos de prendas, dándoles aplicaciones instructivas, siendo algunos ejercicios históricos, geográficos y de biografía: mucho sentí no hacer una coleccion de esos juegos, que me parecen de fácil y deleitosa aplicacion en México.

Es muy notable la influencia clerical en las familias de la raza latina.

La educacion, esencialmente de las niñas, está encomendada á las hermanas de la caridad, las Ursulinas y otras corporaciones religiosas, que con sus cintas y amuletos, sus aguas milagrosas, sus estampas, medallas y novenas, sojuzgan á las jóvenes é intervienen en lo más íntimo de las familias.

La educacion masculina está en atraso, si se compara con el Norte y con lo que tenemos hablado en California; no obstante, el Sr. Dimitrith consultó sábias disposiciones é intervino en la formacion de leyes que habrian desarrollado las muy notables aptitudes de la gente del Sur.

Por aquellos dias, es decir, en Marzo, fué la Semana Santa. En la iglesia parroquial que ya conocemos, se hicieron los oficios con ménos pompa y en menor escala que en cualquiera de nuestras iglesias de segundo órden.

El Juéves Santo en la noche se dió un gran concierto en la iglesia parroquial, en que pagamos los *devotos*, á CUATRO REALES LA ENTRADA: nada más sacrílego que el latin pronunciado y cantado por un padre frances.

Los teatros, que como dice con chiste un crítico frances, son las *iglesias* del diablo, no tenian importancia: despues de los dias santos no habia ninguna compañía formal, y tuvimos que conformarnos con representaciones de aficionados, cuyos productos eran para establecimientos de beneficencia.

En esos teatros, no recuerdo cuál, en uno de los entreactos se presentó una reunion de negros y de negras, llenos de compostura; modestos, pero elegantemente vestidos, á cantar unos coros llenos de majestad y de dulzura.

No recuerdo bien á lo que se referia el canto; me parece, aunque no tengo certeza, que era una escena de la *Cabaña del Tio Tomás*, creo que referente á la muerte de una niña blanca.

La vibracion, húmeda de las lágrimas, del sollozo; el sentimentalismo sublime de la plegaria que tiende sus alas blancas bajo el cielo azul de la inocencia; todo lo más delicado, todo lo más voluptuoso de la melancolía íntima; aquellas lágrimas que como que resplandecian, como se dora la lluvia con los últimos destellos del sol poniente, al caer de la negra nube que se despliega sobre el Ocaso, todo me conmovió.

Y me conmovió, porque aquella raza proscrita, herida,

parecia reanudar por el sentimiento, los vínculos despedazados por la revolucion.

Quintero estaba á mi lado, me hacia notar con aquella su elocuencia vigorosa y sombría, las afecciones filiales de algunos negros, los rasgos admirables de amor de algunos dueños de esclavos y los vínculos subsistentes, á pesar del desencadenamiento de las pasiones.

En otro teatro vimos en caricatura el matrimonio de una francecita pizpereta, parlanchina y espiritual, con uno de esos yankees desgoznados, bebedores, que no vacilan entre una mirada y un buen trago de cerveza, ó una lonja de jamon.

Muy frecuentemente asistia al almacen de M. Colon, donde acudian muchos mexicanos á hacer sus compras para Tampico y los pueblos de la frontera.

El almacen es como una encrucijada de lienzos, con sus entradas, salidas y vericuetos. En el centro de dos extensísimas galeras, y en un recodo que forman, está el escritorio en febril actividad.

Hay muchos dependientes en aquella casa, que á veces presenta el aspecto de una feria: allí concurria yo por estudiar algo de nuestras relaciones mercantiles, y porque Mr. Colon es el hombre más fino y servicial que se puede imaginar.

Además, M. Colon es amigo de muchos comerciantes de Tampico y Matamoros, que acuden á su casa constantemente, y esta circunstancia me procuraba noticias de México.

Uno de los comerciantes más sesudos que allí asistia, me decia al oir mis observaciones sobre nuestro comercio en la frontera:

—No se canse vd., la guerra de las tarifas no solo minará

nuestro comercio y nuestras rentas, sino que producirá dificultades políticas de alta cuantía, sean las que fueren las protestas diplomáticas y los esfuerzos para mantener la paz entre los dos pueblos. Y lo peor es que los americanos pueden alegar, respecto de nosotros, razones que mucho debe pesar el gobierno mexicano.

Nuestras producciones principales, las constitutivas de nuestro comercio de exportacion, son aceptadas en los Estados-Unidos libres de derechos, ó con un derecho muy módico, y esto les da gran vuelo, al extremo de calcularse en doce millones de pesos.

Los artículos valiosos en esa gran suma, son : café, azúcar, zarzaparrilla, purga de Jalapa, henequen, ajos, petates, hamacas, arroz, vainilla, cueros, etc., etc., y todos esos artículos son libres en su importacion á los Estados-Unidos, ó pagan derechos muy bajos, con excepcion del tabaco, de que no hacemos grandes envíos á la República vecina.

En cambio, las tarifas mexicanas repelen y gravan extraordinariamente los artículos que produce el Norte, como las harinas, por ejemplo, y los tejidos de algodon; el resúltado será que ó se sisteme el contrabando para hacer efectivos los cambios, ó se establezca la reciprocidad, admitiendo nosotros efectos que ahora rechazamos; y por la propaganda del proteccionismo en el terreno práctico, cada concesion podria importar una revolucion . . . .

Lo mismo sucede respecto de la zona; si se tacha de privilegio, extiéndase á todas las fronteras y el privilegio se convertirá en beneficio; y si se suprime, piénsese en que despoblar nuestra frontera equivale á traer al corazon de la República la invasion americana.

Aseguro á vd., continuaba mi viejo amigo, que ninguna de las cuestiones que tiene pendientes México es de tan vital importancia, como esta que estamos abordando tan superficialmente.

—Pero, ¿en qué quedamos? me decia yo mismo. ¿Me pongo en tren de soplar al prójimo entre pecho y espalda una leccion de economía política?.... No, señor. Y daba distinto rumbo á mis pensamientos.

Mucho habia hablado á mis compañeros de mis recuerdos de Orleans.

El aspecto de la ciudad habia cambiado extraordinariamente, de 1858 á la fecha; los amigos que nos recibieron, y á quienes debimos favores y cariño, habian desaparecido. El entónces risueño barrio frances, jóven, animado, rico y alegre, ahora se nos presentaba pálido, enfermo, lleno de harapos y como un mendigo; no era siquiera el esqueleto, eran los restos humanos en repugnante descomposicion.

Allí nos ofreció sus servicios Reybaud, frances de orígen, alistado en nuestro ejército, fogoso, batallador y franco marino, amigo de nuestros calaveras de buen tono y entusiasta por México. Reybaud era nuestro cónsul en Orleans.

Traté con placer vivísimo á Domingo Goicuria, héroe de la independencia cubana.

Enjuto de carnes, de color cetrino, óvalo prolongado de semblante, nariz aguileña y unos ojos en que se aparecian las tempestades y relámpagos de su alma apasionada. Tenia la cabeza blanca Domingo, y hondas arrugas surcaban su frente: su barba profusa y blanquísima caia á la mitad de su pecho y ondeaba revuelta á su accionar expresivo.

Narciso López le contó entre sus filas, Hernandez le vió en la vanguardia con sus compañeros; á él, se puede decir, se debió la expedicion de Lillan.

A cada revés se erguía más aquella naturaleza poderosa y aquella alma sublime.

Fatigó los mares con sus viajes, agenciando auxilios para redimir á su patria, regó sus años y vió desaparecer su juventud en aquella obstinada lucha.

Refugiado en Nasau, isla inglesa del archipiélago de las Lucayas, no pudo soportar su inaccion y se aventuró á cruzar en un bote el Océano, para tocar á su amada Cuba y pasar despues á México.

En un islote próximo á Cuba fué sorprendido el héroe y conducido á la Habana; tenia, cuando esto aconteció, setenta años.

Se hizo que le escarneciera el populacho, se exprimió la hiel de la injuria en sus dias, y se llegó al refinamiento en la crueldad.

Embotados los tiros de la tiranía en aquel carácter verdaderamente heróico, se le hicieron propuestas de advenimiento. El contestó tranquilamente:

"He vivido lo bastante para preferir la honra á la vida."

El furor de los dominadores de Cuba no tuvo límites: se preparó el suplicio de Goicuria como un festin: se elevó un altísimo cadalso, condujeron á él al venerable mártir, quien al parecer extraño á cuanto le rodeaba, sencillo y apacible, fumaba tranquilo como si no esperase la muerte, sino á un amigo á quien muchas veces hubiera tratado de cerca.

Así expiró el héroe.... México le debió cariño inmenso y eminentes servicios. Su patria le debe una estatua: la mia,

por mi mano, derrama coronas de laurel y flores de gratitud sobre su tumba.....

Compañero inseparable de Goicuria, patriota esclarecido, escritor considerado, Pedro Santacilia fué para nosotros poderoso aliado; veia entónces á México como su segunda patria, y adquirió títulos preciosos para que le llamásemos nuestro los que militábamos en las banderas de la Reforma.

Las personas que acabo de mencionar fueron las únicas que se mostraron en Orleans afectuosas con *la familia enferma.*

Ya he dicho que nos hospedamos en Orleans en Baranda Conti; pero lo que no he indicado es que por más que preguntaba y por más que rastreaba é inquiria noticias, el desdichado hotelito se habia perdido para mí y parecia que porfiábamos, él para ocultarse y yo para encontrarle y pedirle cuenta de mis recuerdos.

En una de las noches más sombrías en que nos retirábamos de la *Leveé*, mústios y silenciosos, despues de esperar en vano la llegada del paquete, álguien torció por una callejuela que parecia en acecho de la calle, tan oscura, que nuestras sombras parecian comunicarle luz, y tan sesga y mal averiguada, que parecia esconderse bajo sus escombros y tejados, á las pesquisas de la policía.

La mayor parte de las que podian parecer habitaciones eran bodegas, y los que algun temerario hubiera sospechado tránsitos, eran caminos excusados de las ratas, dominadoras absolutas de aquel nauseabundo terreno.

Bajo aquellos tejados, entre aquellos cajones, arpilleras y barrilaje amontonado, vimos un farolillo colgado, pero colgado como para poner en un suplicio la luz....

Por un movimiento indeliberado, penetré á donde estaba ahorcándose de un cordel la luz, como queriendo suicidarse, y á su luz, en aquel patio extraño, descubrí medio borradas las letras que en otro tiempo eran el aviso triunfal de *Baranda-house*.

Nos sucede frecuentemente á los viejos, que encontramos un bulto en la calle.... esa no es una mujer, es una calamidad, es un personaje de pesadilla.... es corcovada.... entre un desmoronamiento de facciones torcidas, arrugadas, distinguimos una boca diagonal, desdentada, náufraga; pero nos fijamos en los ojos; ¡cómo! ¿es ella....? es la mujer que nos embelesó de hermosura y ante quien nos embriagamos de admiracion y voluptuosidad.... y la dueña saca un brazo de esqueleto y nos tiende la mano carnosa, y nosotros queremos pedir socorro para que se aleje la vision.

Tal fué la impresion que me produjeron el patio inmundo, las tablas arrancadas, el conjunto de ruinas del hotel, que despertaba de una manera enérgica mis recuerdos.

Retrocedí á donde estaban mis amigos, y como habian dudado de la existencia del hotel, al ver frustradas mis diligencias por encontrarlo, "vengan vdes., les gritaba, vengan aquí.... allí tienen vdes. la habitacion de Juarez; más adelante estaba Ocampo.... Leon Guzman, Cendejas y yo por aquel corredor.... en esa extremidad pasaba sus horas Manuel Ruiz...." y estos recuerdos iluminaban mi alma y como que exigia mi voz cariño y homenaje á los hombres eminentes que en primera línea figuraron en la grande epopeya de la Reforma.

Juarez, con toda su elevacion, se imponia en mi memoria; su frente despejada y serena, sus ojos negros llenos de dul-

zura, su impasibilidad de semblante, su cuerpo mediano, pero desembarazado y airoso, su cabello lacio y como de azabache, cayendo en abiertos hilos sobre su frente.... todo queria se apareciese á los demás.

Remedaba yo á Ocampo con su largo cabello cayendo hácia atrás, su faz redonda, su nariz chata, su boca grande, pero expresiva, su palabra dulcísima y sus manos elocuentes, porque accionaba de un modo, que las manos eran el complemento y la acentuacion de la palabra....

Juarez en el trato familiar era dulcísimo, cultivaba los afectos íntimos, su placer era servir á los demás, cuidando de borrar el descontento hasta en el último sirviente; reia oportuno, estaba cuidadoso de que se atendiese á todo el mundo, promovia conversaciones joviales, y despues de encender, callaba, disfrutando de la conversacion de los demás y siendo el primero en admirar á los otros. Jamás le oí difamar á nadie, y en cuanto á modestia, no he conocido á nadie que le fuera superior.

Se me ocurren, entre otras, tres anécdotas que pintan el carácter de Juarez, y me van á perdonar mis lectores que se las refiera:

Llegamos á Veracruz de noche: el Sr. Zamora tenia dispuesta una casa con lujo para las personas del Gobierno: la seccion correspondiente al Sr. Juarez, como era natural, era la mejor; pero la primera noche que nos quedamos allí hizo el mismo Sr. Juarez un cambio, ordenando que el Sr. Ocampo y yo quedásemos en sus habitaciones, y él pasó á las nuestras, que tenian inmediato el baño; porque lo mismo en Veracruz que en el Paso del Norte, se bañaba diariamente el Sr. Juarez, que era sumamente aseado.

La jarochita que gobernaba la casa no supo de este cambio; así es que al siguiente dia de nuestra llegada, pidió agua el Sr. Juarez y algo que necesitaba: la salida del hombre que pedia á la azotehuela, su traza, ó lo que se quiera, produjo enojo en la gobernadora de palacio, y le dijo: "Habrá impertinente! Sírvase vd. si quiere." Juarez se sirvió con la mayor humildad.

A la hora del almuerzo llegó Juarez á ocupar su asiento: la negrita lo vió, reconoció al que en la mañana habia creido un criado.... y haciendo aspavientos y persignándose, salió corriendo, diciendo la barbaridad que habia cometido. El Sr. Juarez rió mucho, y Dolores fué conservada como excelente servidora.

Recien llegado el Sr. Alvarez á México, el Sr. Juarez, que era ministro de Justicia, concurria conmigo al Teatro Nacional: nuestros asientos estaban juntos.

Una noche dilató el Sr. Juarez, y uno de estos foráneos cerreros, de primera silla (así llamaremos á su levita), se apoderó del asiento de Juarez, se colocó su sombrero ancho entre las piernas, y se entregó, con su gran promontorio de cabellos, á ver la ópera.

Juarez llegó á la mitad del acto, se acercó al ranchero pidiéndole el asiento....

—Pus qué no he pagado?.... váyase el roto á buscar madre....

Juarez se retiró á otro asiento: en el entreacto fué el acomodador á explicar su falta al ranchero, diciéndole que era del señor ministro de Justicia la luneta....

—¡Ave María Purísima! dijo el ranchero, poniéndose las manos en la cara.... ¡Ave María! pus buena la hice.

Dirigióse el ranchero á satisfacer al Sr. Juarez, quien no permitió que se le molestara, y le suplicó que siguiese en su asiento: aquel ranchero, cuyo nombre no recuerdo, nos prestó años despues, muy importantes servicios entre Guadalajara y Colima.

En la correspondencia que mantenia el Sr. Juarez con personas notables de Madrid, se hizo notar la correccion y facilidad con que manejaba el idioma español, sus giros castizos, la gala de diccion; y fué tan notable esto, que le escribieron felicitándole por ello, y no recuerdo bien si ofreciéndole que seria socio correspondiente de la Academia Española.

El secretario del Sr. Juarez contestó generalidades con exquisita cortesía.

Cuando el secretario dejó de estar presente, escribió el Sr. Juarez al pié de su firma una posdata que decia, poco más ó ménos, que la correccion de sus cartas y su buen estilo, se debian al Sr. D. Pedro Santacilia, su secretario, quien era acreedor á las favorables calificaciones que se le hacian; que él no tenia parte en la redaccion de la elogiada correspondencia.

Pero no tratamos de la biografía del benemérito de América. Volvamos al hotel de Baranda Conti.

Mis compañeros, y los amigos que con nosotros paseaban, se agolparon bajo el farolillo, y oian al parecer con marcado interes la relacion de las aventuras de *la familia enferma.*

Uno de aquellos señores, para mí de mucho respeto, me instó para que contase lo sucedido en Guadalajara cuando la revolucion de Landa. Yo quise excusarme, porque figuré

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 31.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez,
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

en aquella escena; jamás en veinte años habia desplegado sobre este particular mis labios, no obstante las mentiras que he visto estampadas en las biografías del Sr. Juarez.

—Ahora no se escapa vd.

—No, señores.... voy á darles gusto.... y como dice el poeta, á hacer que se escuche la voz de mis dolores.

"El año de 1858, fué para la historia de la Reforma el año novelesco por excelencia.

Comonfort, retrocediendo espantado de su obra, hundiendo su prestigio y su gloria en el lodo sangriento del golpe de Estado. Juarez, preso primero en el jardin de Palacio, en las mismas piezas en que el motin militar se desbordaba en corrientes de fanfarronería y de cinismo; despues organizando su fuga con Sabás Iturbide y Nicolás Pizarro Suarez; al último, frente á frente de Mejía, en San Juan del Rio, con Manuel Ruiz, debiendo su salvacion á su sangre fria inverosímil.

Ramirez, cayendo, en union de Morales Puente en Arroyozarco, en poder de Mejía, quien pretendió fusilarlo al momento, salvándose Joaquin Tellez, Bablot y Mateos milagrosamente de aquel trance, por el propio aturdimiento de los aprehensores.

Degollado, saliendo á caballo como demandero cuitado entre envoltorios, por la garita de San Cosme, mústio y despreciable, y apareciendo ante sus perseguidores al momento de aprehenderlo, temerario, arrollándolos y vitoreando á la Reforma á las puertas de México.

Y yo, favorecido primero por Martin Chavez, gobernador de Aguascalientes, despues precipitándome en un barranco en Omealca para escapar á la muerte, llegando á Querétaro

por el Cimatario, arreando unos burros disfrazado de arriero, y cayendo en los brazos de Doblado, quien me recibia con el nombramiento de ministro del Sr. Juarez, con asombro y contentamiento de mis compañeros los burreros.

Y á pesar de todas estas peripecias, la revolucion de tres años era alegre, ardiente.... se llevaba á los pueblos la buena nueva de su regeneracion.... las almas despertaban á la luz del progreso, se producia espontáneo lo épico y lo grande, y nos creiamos grandes, porque no media *nuestras tallas* el ministro tesorero, sino el verdugo.

Así, en medio de la conmocion universal, se instaló el Gobierno en Guanajuato, donde Doblado y D. Francisco de P. Rodriguez, fueron los colaboradores más eficaces de nuestros trabajos.

La proximidad de la batalla que terminó con la derrota de Salamanca, hizo precisa la salida del Gobierno General de Guanajuato, con direccion á Guadalajara.

La salida se verificó en la noche en los guayines que tenian por nombre *sillas de posta*, que yo establecí, é iban en esa vez con los lienzos negros echados, con criados que llevaban hachas encendidas á los lados del convoy, que tenia el aspecto de convoy fúnebre y que veian las gentes pasar en silencio, como si se tratara de las exequias á la libertad.

A mí me designó el Sr. Juarez para que quedase representando al Gobierno en Guanajuato, y para la conclusion de importantes arreglos que pude llevar á cabo en medio de una tremenda agitacion, con el auxilio de Ponciano Arriaga y de Francisco Cendejas, ambos patriotas eminentes y amigos muy queridos de mi corazon: de allí marché á Guadalajara.

La derrota de Salamanca aconteció el 10 de Marzo; el dia 12 se recibió la noticia en Guadalajara; al concluir de leerla Ocampo, el Sr. Juarez se volvió á mí chanceando, y me dijo: Guillermo, *ha perdido una pluma nuestro gallo.* Juarez era la personificacion de la fé en la Reforma, y por eso triunfó.

Citóse junta para las ocho de la mañana del 13.

Ahora está de todo punto cambiado el palacio de Guadalajara: procuraré reunir mis recuerdos para describir, aunque sea muy imperfectamente, cómo se encontraba entónces.

El edificio, como ahora está, es un gran cuadrilongo dividido en dos secciones ó patios, el exterior y el interior.

El exterior, que da en su frente con sus balconerías á la plaza y á las calles laterales de palacio, estaba ocupado en su mayor parte por el ministerio de Hacienda, que yo servia; la ala derecha, comenzada por un pequeño despacho del Sr. Juarez y piezas corridas habitadas por los Sres. Juarez y Ocampo: en esa ala se hallaba el comedor y un angosto pasadizo que comunicaba ambos patios: formaban el fondo de ese corredor dos departamentos. El uno, que es hoy el salon de la Legislatura, servia para el Tribunal de Justicia; el otro estaba destinado á capilla: el ala izquierda tenia un cuarto pequeño en que yo dormia, y adelante estaba el ministerio de Gobernacion, que desempeñaba Cendejas en calidad de oficial mayor, por ausencia del Sr. Degollado.

El salon del Tribunal de Justicia era bastante espacioso: tendria de veinte á veinticinco varas de largo, por diez ó doce de ancho. Lo dividian, como en tres naves, columnas robustas y elevadas.

Antes de llegar á su término el salon, se abria una plataforma con su balaustrada, gran dosel y vistosa sillería; á los lados de la plataforma habia dos cuartitos de cuatro varas de ancho por seis de largo, con ventanas que daban al segundo patio: en una de esas piezas despachaba y en la otra dormia el Sr. ministro D. Leon Guzman.

Poco despues de las ocho de la mañana estábamos en la junta, en el despachito del Sr. Juarez.

Al atravesar el corredor ví el patio, al que daba el sol en un lado; en el resto habia fresca sombra, barrian y regaban el patio unos soldados; dos caballos hermosos estaban atados á los pilares, sostén del corredor.

En la primera puerta que daba á la calle habia abocada una pieza de artillería, que relumbraba con el sol; sobre la cureña estaba sentado un soldado con la cabeza inclinada, y el escudo de su chaca tambien reverberaba con el sol. Yo no sé á qué vienen estos detalles; pero me caen de la pluma sin quererlo, y obedezco á ese impulso inmotivado.

Parece que veo á mis compañeros en el despacho del Sr. Juarez. Este se hallaba con su característico frac negro, atento y fino como siempre: junto de la mesa estaba Ocampo, Cendejas al frente, Leon junto al balcon y yo á la izquierda de Ocampo.

Acordáronse varias disposiciones para proveer á la seguridad de la plaza, pues se notaba alguna inquietud, y se consultó al general Núñez, valiente jefe, distinguido caballero, pulcro como nadie y de una fidelidad probada.

Era Núñez alto, delgado, moreno y ojos negros muy hermosos; su aliño era tal, que le valia sátiras de sus compañe-

ros de armas: ántes que cuidar de su comida, cuidaba de que no le faltase en campaña su tina para bañarse y sus útiles de aseo; siempre estaba elegante como para asistir á un baile, jamás contradecia; sus objeciones eran tímidas, su voz dulcísima; nunca se permitia palabra alguna descompuesta con sus subordinados.

En el combate era Núñez temerario: parecia increible su trasformacion; pero con el último tiro se disipaban sus iras, y era bueno y humano con los vencidos.

Núñez habia sido llamado á la junta para la consulta de algunas providencias militares.

Al terminarse la junta, el Sr. Juarez propuso se dirigiese un manifiesto á la Nacion, diciéndole que nada importaba el revés sufrido, y que el Gobierno continuaba con más fé y con mayor brío combatiendo, hasta lograr la consumacion de la Reforma.

Como era muy frecuente en aquellos dias, yo fuí designado para redactar el documento de que se trataba; y me disponia á obedecer, cuando se abrió una puertecita excusada que tenia el despacho, y apareció el Sr. Camarena, gobernador del Estado, diciendo que le habian venido á avisar que el coronel Landa se habia pronunciado en el cuartel del 5º y que la tropa se disponia á marchar para palacio.

El Sr. Juarez dió órden al Sr. Núñez de que fuese á ver lo que ocurria, y se volvió á nosotros continuando la discusion comenzada.

El Sr. Ocampo me dijo que no perdiera tiempo, y yo tomé unas plumas y papel para irme á escribir á la casa de mi querido amigo Jesus López Portillo, que veia como mia, donde me asistian y dispensaban mil atenciones, y donde

me podia aislar para trabajar, como lo hacia con mucha frecuencia.

Es sabido que el general Núñez se dirigió al cuartel de Landa; que allí encontró la guardia sobre las armas y rebelada; que vitoreó al Gobierno; que le rechazaron; que intentó coger por el cuello al oficial, y que un soldado que estaba detrás del corneta, le disparó un tiro sobre el pecho, que le hizo bambolear, y no le produjo mal porque la bala quedó engastada en el reloj que tenia sobre el corazon, en el bolsillo del chaleco. Esta escena se ignoraba en palacio.

Mis compañeros quedaron en el despacho del Sr. Juarez, y yo salia con mis útiles de escribir en la mano.

Estaba remudándose la guardia, habia soldados de uno y otro lado de la puerta: por la parte de la calle, al entrar yo en el zaguan para salir, se revolvian en tropel los soldados; á mí me pareció, no sé por qué, que eran arrollados por una partida de mulas ó ganado que solia pasar por allí: me embebí materialmente en la pared y me coloqué tras de la puerta; pero volví los ojos hácia el patio, y ví ensangrentado y en ademan espantoso, al soldado que custodiaba la pieza: gritos, *mueras*, tropel y confusion horrible, envolvieron aquel espacio.

El lugar en que yo estaba parado era entrada á una de las oficinas del Estado; allí fuí arrebatado, á la vez que se cerraban todas las ventanas y la puerta, quedando como en el fondo de un sepulcro.

Por la calle, por las puertas, por el patio, por todas partes, los ruidos eran horribles; oíanse tiros en todas direcciones, se derribaban muebles, haciendo estrépito al despedazarse, y las tinieblas en que estaba hundido exageraban á

mi mente lo que acontecia y me representaban escenas que felizmente no eran ciertas.

En la confusion horrible en que me hallaba, ví que algunos de los encerrados conmigo en aquel antro salian para la calle impunemente: yo no me atreví á hacerlo, pendiente de la suerte de mis amigos, á quienes creí inmolados al desenfreno de la soldadesca feroz.

Los gritos, los ruidos, los tiros, el rumor de la multitud, se oian en el interior del palacio. Como pude, y tentaleando, me acerqué á la puerta del salon en que me hallaba y daba al patio, apliqué el ojo á la cerradura de aquella puerta, y ví el tumulto, el caos más espantoso: los soldados y parte del populacho corrian en todas direcciones, disparando sus armas; de las azoteas de palacio á los corredores caian, ó mejor dicho, se descolgaban aislados, en racimos y grupos, los presos de la cárcel contigua, con los cabellos alborotados, los vestidos hechos pedazos, blandiendo sus puñales, revoleando como arma terrible sus mismos grillos.

En el centro del patio de palacio habia algunos que me parecieron jefes y un clérigo de aspecto feroz....

Algunos me instaron á huir; á mí me dió vergüenza abandonar á mis amigos. Luché por abrir la puerta.... la cerraba una aldaba que despues de algun esfuerzo cedió: la puerta se abrió y yo me dirigí al grupo en que estaban los jefes del motin.

A uno de ellos le dije que yo era Guillermo Prieto, ministro de Hacienda, y que queria seguir la suerte del Sr. Juarez.

Apénas pronuncié aquellas palabras, cuando me sentí atropellado, herido en la cabeza y en el rostro, empujado y convertido en objeto de la ira de aquellas furias....

Desgarrado el vestido, lastimado, en situacion la más deplorable, llegué á la presencia de los Sres. Juarez y Ocampo. Juarez se conmovió profundamente; Ocampo me reconvino por no haberme escapado, pero tambien hondamente impresionado, porque me honraba con tierno cariño.

Apénas recuerdo, despues de los muchos años que han trascurrido, las personas que me rodeaban.

Tengo muy presente el salon del Tribunal de Justicia, sus columnas, su dosel en el fondo. Estoy viendo en el cuartito de la izquierda del dosel, á Leon Guzman, á Ocampo; á Cendejas, junto á Fermin Gomez Farías; á Gregorio Medina y su hijo, frente á la puertecita del cuarto; á Suarez Pizarro, aislado y tranquilo; al general Refugio Gonzalez, siguiendo al Sr. Juarez.

Se habia anunciado que nos fusilarian dentro de una hora. Algunos, como Ocampo, escribian sus disposiciones. El Sr. Juarez se paseaba silencioso, con inverosímil tranquilidad: yo salia á la puerta á ver lo que ocurria.

En el patio la gritería era espantosa.

En las calles, el Sr. Degollado, el general Diaz, de Oaxaca, Cruz Ahedo y otras personas que no recuerdo, entre ellas un médico Molina, verdaderamente heróico, se organizaban en San Francisco, de donde se desprendió al fin una columna para recobrar palacio y libertarnos.

A ese amago, aullaban materialmente nuestros aprehensores: los gritos, las carreras, el cerrar las puertas, lo nutrido del fuego de fusilería y artillería, eran indescribibles.

El jefe del motin, al ver la columna en las puertas de palacio, dió órden para que fusilaran á los prisioneros. Éramos ochenta por todos.

Una compañía del 5º se encargó de aquella órden bárbara.

Una voz tremenda salida de una cara que desapareció como una vision, dijo á la puerta del salon: "Vienen á fusilarlos."

Los presos se refugiaron al cuarto en que estaba el Sr. Juarez; unos se arrimaron á las paredes; los otros como que pretendian parapetarse con las puertas y con las mesas.

El Sr. Juarez se avanzó á la puerta: yo estaba á su espalda.

Los soldados entraron al salon.... arrollándolo todo: á su frente venia un jóven moreno, de ojos negros como relámpagos: era Peraza. Corria de uno á otro extremo, con pistola en mano, un jóven de cabellos rubios: era Moret.... Y formaba en aquella vanguardia D. Filomeno Bravo, gobernador de Colima despues.

Aquella terrible columna, con sus armas cargadas, hizo alto frente á la puerta del cuarto.... y sin más espera, y sin saber quién daba las voces de mando, oimos distintamente: "¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Preparen! ¡Apunten!"....

Como tengo dicho, el Sr. Juarez estaba en la puerta del cuarto: á la voz de "apunten," se asió del pestillo de la puerta, hizo hácia atrás su cabeza y esperó....

Los rostros feroces de los soldados, su ademan, la conmocion misma, lo que yo amaba á Juarez.... yo no sé.... se apoderó de mí algo de vértigo ó de cosa de que no me puedo dar cuenta.... rápido como el pensamiento, tomé al Sr. Juarez de la ropa, lo puse á mi espalda, lo cubrí con mi cuerpo.... abrí mis brazos.... y ahogando la voz de "fuego" que tronaba en aquel instante, grité: "¡Levanten

esas armas! ¡levanten esas armas! los valientes no asesinan....!" y hablé, hablé yo no sé qué: yo no sé qué hablaba en mí que me ponia alto y poderoso, y veia, entre una nube de sangre, pequeño todo lo que me rodeaba; sentia que lo subyugaba, que desbarataba el peligro, que lo tenia á mis piés.... Repito que yo hablaba, y no puedo darme cuenta de lo que dije.... á medida que mi voz sonaba, la actitud de los soldados cambiaba.... un viejo de barbas canas que tenia enfrente, y con quien me encaré diciéndole: "¿quieren sangre? ¡bébanse la mia....!" alzó el fusil.... los otros hicieron lo mismo.... Entónces vitorée á Jalisco!

Los soldados lloraban, protestando que no nos matarian, y así se retiraron como por encanto.... Bravo se puso de nuestro lado.

Juarez se abrazó de mí.... mis compañeros me rodeaban, llamándome su salvador y salvador de la Reforma.... mi corazon estalló en una tempestad de lágrimas......"

Ya supieron vdes., dije despues de unos momentos de silencio, la historia de Guadalajara.... poco tiempo despues, recordamos aquellos sucesos en este hotel, que vdes. creian encantado.

A mi regreso de la expedicion que he descrito, encontré en mi cuarto á Manuel María de Zamacona, quien lleno de finura y atenciones, recordaba nuestra amistad de veinte años.

XII

Visitas á la Sra. Townsed.—Situacion política descrita por Lancaster Jhones.—Dos incendios.—Viaje de Alcalde.—Despedidas.—Salida de Orleans.

NUESTRA partida de Orleans se anunció al fin, á pesar de que, aunque avanzada la estacion, no se alteraba, como nos habian dicho, el estado sanitario.

Sobre salubridad quisiera tener presentes las conversaciones todas del Dr. Havá, quien conociendo México, hacia observaciones llenas de exactitud, y extraordinariamente benéficas.

—Orleans, me decia, está en condiciones mucho más desfavorables que México, y la prevision de las autoridades y su cuidado han disminuido en mucho los horrores del vómito y otras enfermedades.

Me hablaba, y me llevó á la fábrica de unos carros de los

que pendia una trompa de *gutta perca*, la que aplicada á un depósito cualquiera de fango ó inmundicia, produce la absorcion muy violentamente, sin que se perciba mal olor ninguno.

Este sistema aplicado á nuestras atarjeas, produciria el ahorro anual de millares de vidas, que mueren envenenadas año por año por la limpia.

Mostróme unos cilindros con una grilla, que colocados en caños subterráneos y encendiéndose en ellos astillas ú otros combustibles, producen la purificacion de la atmósfera.

Las letrinas de codo, las rejillas colocadas en el interior de éstas y la aplicacion de desinfectantes, han sido objeto de su estudio especial, y cada una de esas mejoras la presenta, barata, practicable y adecuada á las necesidades de México. A mí me parece increible que no se hagan tentativas para plantear cualquiera de los sistemas del Dr. Havá.

En México hay personas que conocen esas máquinas y que encarecen sus excelencias, como Roa Bárcena, Mancera y otros: hay sabios dedicados á estudios higiénicos como el Dr. José Maria Reyes, Gumesindo Mendoza, Liceaga, Galan, Romero y otros muchos, porque en México los estudios médicos son concienzudos y brillantes, como en ningun otro punto de América.

¿Por qué el Consejo de Salubridad no ha emprendido un estudio sério sobre esta materia? ¿por qué la mejora de la salud y las garantías de la vida no ocupan el primer lugar entre todas las mejoras? ¿por qué presenciamos impasibles la muerte de cinco ó seis mil personas anualmente, sacrificadas á la apatía, al abandono y á la ignorancia?

¿Por qué no hacemos que se juzguen como reos á esos

funcionarios, rastreros y aduladores en las elecciones y las fiestas cívicas, y á los que no se debe un puño de cal en una cloaca que propaga el tifo y derrama la muerte y el espanto por todas partes?

Mis frecuentes visitas á la Sra. Townsed fueron para mí motivos de solaz y de instruccion.

Si la eminente poetisa brilla por la excelencia de su númen y por una feliz alianza de grandeza, de concepciones y de sensibilidad exquisita, en el interior doméstico es la noble matrona, la tierna madre de familia y la mujer modesta y sencilla, encanto de cuantos somos sus amigos.

Xarifa, que es el nombre de la Sra. Townsed en la república de las letras, se distingue por su flexibilidad de entonacion y por un tinte de melancolía con que reviste sus obras, que mucho agradan.

Es vasta, sólida y variada la instruccion de Xarifa, y su modestia es tal, que muchas personas que la tratan de cerca, la estiman ante todo como excelente madre de familia.

Tiene Xarifa tres hijas hermosísimas, y que balancean la flor de sus años tempranos en las auras de las gracias.

Cora es alegre y tierna como una mexicana; otra de las jóvenes se desprende gozosa de los brazos de la niñez, y no dora de lleno el sol de la juventud la frente de la niña; y otra, jóven, tímida, delicada como una sensitiva, que deshoja con sus labios de carmin palabras españolas, y hacen contraste su seriedad y su voz que ahueca cuando habla español, con la belleza ingénua de su fisonomía y con sus grandes ojos negros.

La familia Townsed era especialmente afecta á Gomez del Palacio, que es cumplido caballero en su trato con señoras, y cuya conversasion fácil y oportuna es verdaderamente encantadora.

Es la casa de Xarifa centro de reunion escogida de personas de alto mérito, y ella sola bastaria para dar muy alta idea de la buena sociedad de Nueva-Orleans.

Los jóvenes se rodean del piano, cantan y conversan alegres; la señora mantiene en todas partes el buen humor, y los amigos de Mr. Townsed charlan de negocios y de lo que les ocurre, aislándose ó tomando parte en la conversacion general.

Hace pocos años fué nombrado Mr. Townsed, en union de Mr. Colon y otros caballeros de parte del comercio de Orleans, para estudiar nuestras relaciones mercantiles y procurar su fomento. Yo he leido varios de esos informes que me parecen de alto mérito, y de los que un hombre como el Sr. Romero, ministro de Hacienda, podria sacar mucho partido.

Además de los excelentes amigos que he mencionado, debo curiosas noticias á mi amado M. Palmer, inglés lleno de nobleza y de saber, director de uno de los bancos más acreditados.

Todas esas noticias, todos esos datos que yo recogia como al vuelo, y por decirlo así, desde la ventanilla de mi wagon viajero, merecen sérias reflexiones, estudios constantes; convertir en armónicos nuestros intereses con todo el mundo, utilizar nuestros cónsules, economizar chismes diplomáticos, abrir competencia de garantías y goces en nuestro suelo al emigrante y hacer de las tarifas pactos de alianza,

como lo supieron hacer en 1860 la Francia y la Inglaterra, teniendo intereses más encontrados y preocupaciones más arraigadas que nosotros y los Estados-Unidos.

Me solazaba de estas visitas, que eran para mí sérias ocupaciones, con mis correrías por el mercado, las *Matinés*, que convierten la calle del Canal en un Olimpo de deidades, y en donde se exponen con trages domingueros, el tipo frances, airoso y seductor; la cuarterona esbelta y subversiva; la americana, régia y soberbia, y la negrilla zandunguera, con su gorro lleno de flores, su sombrilla y sus guantes como cualquiera catrina.

Otras veces, con la adorable familia de Julia, emprendia el viaje á uno de esos *pic-nic* de extramuros que realmente me deleitaban.

Un campo raso cubierto de césped, donde juegan y saltan parvadas de preciosos niños, un gran tablado con su barandal y en uno de sus extremos una buena orquesta, en que menudean pistones y trompetas de todas hechuras, una cantina en que se sirve nieve, aguas frescas, cerveza y licores: hé ahí todo el aparato escénico para los bailes al aire libre, más alegres y más animados del mundo.

El estudiante, el artesano, el tendero, el elegante, el juez y el calesero, se confunden y se revuelven con multitud de viajeros á quienes da nacionalidad el placer, y tienden sus brazos las bellas para embarcarlos en un wals vertiginoso, ó en una cuadrilla circunspecta; y como existe el hábito del respeto mútuo, no se conocen las riñas, y se verifican milagros de confraternidad, superiores á los que podrian ordenar las leyes más sábias y meditadas.

¡Qué desgarbo y *sans façon* de aquel yankee! qué zandun-

ga de aquel habanero maldito! qué aire de perdonavidas de aquel tendero de la tierra de María Santísima! qué tenacidad, y qué furia, y qué aguante de aquella pareja de alemanes!

Los chicos aturden con sus gritos; el clamoreo de la orquesta envía sus ecos á gran distancia; de los montes van descendiendo las sombras; en el confin del cuadro se balancean mil buques como meciéndose en las caudalosas aguas del Mississippí.

Mis horas de permanencia en el *Bording*, las empleaba con mis compañeros, ya obligando al condescendiente Jorge Hameken á que me buscase libros y tocase el piano, que como ya he dicho, lo pulsa con maestría, quitándole de su tresillo y de su ajedrez, para el que tiene constancia inverosímil; á Rocha le forzaba á que me hablase de sus viajes y me contara cuentos, porque lo hace muy bien, arrebatándole de las manos sus mapas y sus libros militares, que estudiaba constantemente; ya, por fin, poniendo á discusion mis dudas sobre las instituciones americanas y las cuestiones sociales, abandonando Iglesias sus lecturas filosóficas que duraban ocho y nueve horas diarias, Gomez del Palacio sus estudios de los clásicos griegos y latinos, y Lancaster y Alcalde sus apuntaciones políticas.

En una de las veces que entraba al cuarto de Lancaster, siempre en mucho arreglo y recibiendo como de cumplimiento á sus amigos, siendo el más dulce y el más tierno, en medio de una sequedad y concentracion que parecen afectadas, le encontré, contra su costumbre, hecho un predicador, imponiendo á un mexicano amigo, de la cuestion americana; y aunque ya se ha tocado esta materia, creo que



LIT. H IRIARTE, MEXICO

Correo y Aduana.

N. Orleans.

la corrobora la conversacion de mi querido Alfonso, que yo copié con cuanta exactitud me fué posible.

Aunque sea de prestado, déjenme poner bonito este capítulo. Algo se me ha de perdonar. Habla Lancaster:

"Desde que concluyó la guerra de separacion, el Norte no ha cesado de hacer sentir sobre el Sur todo el peso de la derrota, no habiendo ejemplo alguno de guerra civil, en que haya sido mayor el abuso de la victoria.

"Algun tiempo despues de la caida de Richmond, los campos talados habian cubiértose otra vez de sementeras, y las ciudades y aldeas destruidas, estaban reemplazadas con nuevas construcciones. Pero las libertades políticas y mercantiles de los Estados rebeldes no alcanzaron amnistía como los prisioneros hechos en el combate. Estos volvieron pronto á sus hogares, aquellas tardaron mucho en volver.

"El gobierno de Washington, despues de su triunfo y del restablecimiento de la Union Americana, puso los destinos de esos Estados en manos de los enemigos más tremendos de la causa separatista, á los cuales se permitia, ó por lo ménos se disimulaba todo abuso de poder que tuviese por objeto abatir más á los vencidos. Los gobernadores que les eran impuestos, á semejanza de los que la república romana enviaba á las provincias sojuzgadas, solicitaban y obtenian estos empleos como una recompensa de sus servicios prestados durante la guerra, como la parte del botin á que se creian con derecho indisputable, y como un medio *lícito* de enriquecerse.

"Los surianos llamaban *sacos de viaje* á estos gobernadores, á los jefes de los acantonamientos militares y á los de-

más agentes federales, de cuya tiranía y codicia fueron víctimas indefensas. Hé aquí la significacion maliciosa de ese apodo: Esos empleados eran generalmente hombres sin moralidad, sin fortuna, ni medio honesto de adquirirla, y se ponian en camino para tomar posesion de su encargo, sin llevar consigo mas que lo encapillado, una *segunda* camisa y un *descabalado* calcetin en su maleta, cuando ésta no estaba enteramente vacía; y siempre volvian al Norte con el saco *lleno*. A propósito de esto, en Orleans se refieren varias anécdotas de un general *yankee*, que fué, á la terminacion de la guerra, uno de los primeros procónsules de la Luisiana.

"Este general, al dejar el hotel en que se alojó, se llevó todas las cucharas de plata que habia para el servicio de los pasajeros; y tanto se habló de esta ocurrencia en los periódicos, y tantos epígramas se hicieron sobre este tema, que el *yankee* llegó á ponerse de un humor negro é intratable, el cual solo se disipaba un poco el dia en que él podia robarse alguna otra cosa. Nadie se atrevia á pronunciar la palabra *cuchara* en su presencia, porque era como mentar la soga en casa del ahorcado.

"A un médico que le prescribió *cucharadas* de qué sé yo qué específico, trató de darle de bastonazos, sospechando que el *récipe* era una *pulla*, y el facultativo tuvo que cambiar esta fórmula por la de píldoras.

"Un dia el general invitó á almorzar á varios amigos suyos en una fonda, y á la hora de los postres quiso hablar reservadamente con ellos sobre negocios políticos. En consecuencia, ordenó al criado que les servia, que les dejase solos; pero el criado no obedeció, permaneciendo cerca de la mesa.

—"¿No ha oido vd. la órden de retirarse? le preguntó el general con enojo.

—"Sí, señor; pero no puedo hacerlo.

—"¿Por qué?

—"Porque soy responsable de la vajilla. Los hombres encargados de reorganizar y conservar la administracion de los Estados separatistas, fueron—aunque con varias y honrosas excepciones—dignos ejecutores de los designios de depresion y nulificacion que han dominado en la política del Norte respecto del Sur. Se atacó al comercio y la produccion de esos Estados, en sus principales fuentes, por medio de medidas administrativas que les han hecho de mucho peor condicion que las del resto de la poderosa y floreciente república americana; y una decadencia lenta y progresiva de todos los elementos de la riqueza pública, vino profundizando más cada dia las huellas de los vencedores, á la vez que el encono y resentimiento de los vencidos.

"Esa política abre campo á consideraciones importantes. ¿Cuáles eran las ideas que les inspiraba y el objeto á que se dirigia?

"Debe advertirse, ante todo, que el término que tuvo la guerra civil, implicó no solo el triunfo de los altos principios nacionales y humanitarios de la conservacion de la unidad americana y de la emancipacion de los esclavos, sino tambien el triunfo y la preponderancia definitiva de los intereses del partido republicano, sobre los del partido demócrata, que se habian estado disputando entre sí con vária suerte los destinos del país. El segundo ha tenido siempre en el Sur hondas raíces y sus mejores elementos, y la afirmacion del primero en el poder, consistia en impedir que los Esta-

dos rebeldes recobrasen su antigua prosperidad. A este propósito se asociaba el temor, que aun no desaparece, de que se levante de nuevo la terrible idea separatista, robustecida por el espíritu de la venganza.

"Examinada la cuestion bajo este punto de vista, se comprende y se puede políticamente justificar el sistema depresor que el Norte adoptó en sus relaciones de todo género con el Sur. Pero la reaccion era natural é inevitable, y se vino operando de un modo incesante, hasta llegar al extremo de amenazar hoy al partido republicano con una próxima é indefectible derrota en el campo electoral, derrota que ya se habria consumado en las últimas elecciones presidenciales, á no haber intervenido el fraude, para evitar que se computasen todos los votos que obtuvo el candidato demócrata. El fraude produjo en esta vez la usurpacion *legal* y *consentida por el país*, del poder ejecutivo; pero fué impotente para hacer preponderar en la cámara de representantes los intereses del partido republicano, que se encuentra en ellos en minoría.

"El actual presidente, Mr. Hayes, se ha visto por esto en la necesidad de apelar á las transacciones con sus adversarios, para mantener la armonía entre los poderes, y librarse de una acusacion que le haria descender de su puesto ántes de tiempo; mas, inclusive él mismo, apénas hay ahora en aquella república quien no esté cierto de que el futuro presidente será demócrata.

"Los Estados del Sur se han ido emancipando uno tras otro de la tutela del Norte; y en Orleans, principal poblacion de la Luisiana, vimos nosotros romperse el último eslabon de esa cadena política. Verificáronse allí, al propio

tiempo, las elecciones federales y las locales, bajo los auspicios de un gobernador republicano, que recibia y ejecutaba las instrucciones de la convencion de su partido, las cuales no eran otras, que hacer triunfar la candidatura de Mr. Hayes para la presidencia, y la de Mr. Packard para el gobierno del Estado.

"Difícil era la empresa, pues siendo demócratas un 75 por ciento de los habitantes, y hallándose alentados por el ejemplo de otras localidades, resueltos á acabar con la preponderancia *oficial* de los hombres del Norte, se iba á dar el espectáculo más escandaloso de una lucha abierta entre el poder y la opinion pública. El poder, apoyado por la fuerza federal, aceptó y sostuvo esta lucha, empleando todos los recursos de que disponia y todos los artificios maliciosos que la *chicana* electoral podia sugerir; y como todos sus esfuerzos se estrellasen contra la voluntad popular, enérgica y casi unánimente expresada en favor de Mr. Tilden y de Mr. Nicholls, candidatos demócratas, el primero para la presidencia de la república, y el segundo para el gobierno de la Luisiana, se apeló entónces al medio de suplantar votos, y falsificar expedientes electorales.

"De allí resultó una eleccion doble, tanto federal como local. Dobles expedientes se mandaron al escritorio de Washington, uno por el pueblo y otro por el gobierno de la Luisiana, conteniendo uno los sufragios verdaderos favorables á Tilden, y el otro los sufragios supuestos en favor de Hayes. A la vez, ambos partidos declararon legítimamente electo gobernador á su respectivo candidato. Instaláronse, pues, en Orleans dos administraciones, la de Nicholls y la de Packard; pero era tal la debilidad de este último, que tu-

vo que mantenerse encerrado en su casa oficial, custodiada á todas horas por centenares de policías que la cercaban, y por un regimiento de tropas federales, guardando las puertas y las azoteas, para impedir que el pueblo, en un arranque de mal humor, colgase de los balcones al último vástago de la dinastía de los *carpet–vags* (sacos de viaje).

"Era espectáculo digno de verse la multitud desarrapada y hambrienta, compuesta de empleados y de pretendientes de empleos, que como abejas en derredor del panal, circulaban por las calles adyacentes al *palacio* de Packard. En su mayor parte, los amigos de éste eran negros, en cuyo semblante se veia el sello de la estupidez, de la miseria, de la tristeza y de algo como la conciencia de que la causa de su jefe estaba perdida.

"Lo contrario acontecia respecto de Nicholls: lo más florido y granado de la sociedad neorlina formaba su apoyo; y una guardia nacional de más de 30,000 hombres, enteramente voluntarios, se organizó para sostenerle, costeando ellos de su peculio sus armas, equipo, etc.

"Todas las contribuciones eran enteradas en la tesorería establecida por Nicholls; y para que funcionase su gobierno con perfecta regularidad, solo le faltaba en un principio la mayoría de la legislatura, que como resto de la administracion anterior, reconocia la *legalidad* de Packard; pero al último, varios miembros de ese cuerpo abandonaron sus filas, pasándose con todo y bagajes al enemigo, en medio de la rechifla de unos y otros.

"Tan solamente el habitual amor á la paz, que en los Estados–Unidos se estima como la base primera é indispensable del bienestar de todos y cada uno de los individuos,

inclusive los *politicians* (políticos ó *politicastros*); y tan solamente la esperanza de que, llegando á preponderar en Washington los demócratas, se reconocieran y respetarán, al fin, los derechos del pueblo de la Luisiana, pudieron salvar entónces á Orleans de un sangriento choque, en el cual, á no dudarlo, la tropa federal habria sido aniquilada en unas cuantas horas.

"Los discursos pronunciados en los *meetings* que se reunian al aire libre, los razonamientos de la prensa y los medios de representacion legítima, fueron las únicas armas esgrimidas contra el poder usurpador. Ni un solo *muera*, ni un insulto, ni el más pequeño desórden se mezclaban á aquellas imponentes manifestaciones, que concluian, casi siempre, por la adopcion de medidas pacíficas en pró de los ultrajados fueros de la libertad y de la justicia.

"Los artesanos, los banqueros y los comerciantes se reunian por gremios, para formular protestas contra la suplantacion del sufragio popular, elevadas á los poderes de la Union, en términos enérgicos al par que decorosos. Y en todos esos documentos, una cosa nada más se solicitaba del Ejecutivo federal: que hiciera salir su fuerza de Orleans; que dejara al pueblo en libertad para resolver la cuestion por sus propios medios.

"Veamos, entretanto, lo que ocurria en Washington. Se hace el escrutinio de votos para presidente de la república; y en los expedientes electorales forjados por las autoridades de la Luisiana y de la Carolina del Sur, aparece la candidatura de Hayes favorecida por un gran número de sufragios, miéntras que los expedientes verdaderos de los mismos Estados, arrojan una gran mayoría en favor de Tilden. No es

posible computar unos y otros en el escrutinio: hay que decidir préviamente cuáles son los legítimos; y siendo este el primer caso de esa naturaleza, y no estando prevista la dificultad ni por la constitucion ni por los estatutos electorales, la cámara se resuelve á crear un recurso *ad hoc*, un recurso extraño á las leyes y prácticas de la república: una comision de arbitraje, compuesta de quince individuos, siete de ellos caracterizados como pertenecientes al partido demócrata, y los otros siete como republicanos, y el décimoquinto como merecedor de la confianza de ambos partidos. Este último fué llamado por la prensa festiva, *el fabricante de presidentes (Presidents-macker)*.

"Con solo desechar los votos que suplantó Packard en favor de Hayes, la eleccion de éste naufraga; triunfa Tilden, y con él los demócratas, y con los demócratas el Sur. Pero por el voto del décimoquinto miembro de la comision árbitra, se declaran legítimos esos votos y los que remitió el círculo republicano de la Carolina. Un hombre decide así de los destinos de los Estados-Unidos, sin que tenga para ello facultades constitucionales; y sin embargo, los vencidos se someten, y el pueblo americano entero reconoce la autoridad del electo, sin perjuicio de que algunos oradores de club se enfurezcan y se desgañiten, y de que algunos periódicos graben el retrato de Hayes á la cabeza de su primer columna, con la palabra *fraude* escrita sobre la frente.

"¿Puede darse mejor bandera para una revolucion? Sin duda que no; y á pesar de esto, el derecho, la conciencia de la mayoría de los votantes y las instituciones mismas, son sacrificadas temporalmente en aras de la paz. Se ha preferido que este paréntesis en la tradicion constitucional, lo lle-

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

ERRATAS.

En la entrega anterior, en la série de composiciones titulada: DIAS NEGROS, se deslizaron las siguientes:

En la que lleva el rubro: *Desencanto*, en la segunda octava, verso 3º, donde dice:

"Abismos de dolor por bienes, daño,"

debe leerse:

Abismos de DOLOR, *por bienes, daño,*

En la titulada *Soledad*, en la tercera octava, verso 3º, dice: "Al levantarlo," debe leerse: *Al levantarla.*

En la misma poesía, cuarta octava, verso 6º, dice: "De púrpuras," debe leerse: *De púrpura.*

En la que se titula *Mi alma*, octava cuarta, verso 5º, dice:

"Es como tumba en lóbrego vacío,"

debe leerse:

Es como tumba EL *lóbrego vacío,*

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 32.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez,
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

ne el fraude y no la sangre. Pero el partido demócrata llegó ya hasta las gradas del Capitolio, y allí se sienta tranquilo á esperar por cuatro años la hora de subir á la cúspide, y clavar en ella su enseña victoriosa. . . .

"En último análisis, Packard ha hecho presidente á Hayes. ¿Qué debe esperarse? Una proteccion decidida é ilimitada de éste para aquel, puesto que los une el doble lazo de la comunion política y de la igualdad de *títulos legales.* Es el contrato *aleatorio* que con frecuencia hemos visto celebrarse y cumplirse entre los gobernadores de nuestros Estados y el presidente: "*te enviaremos todos* los sufragios que necesites, y enviaremos tambien á las cámaras una recua de diputados *mansos;* pero en cambio préstanos tus bayonetas para sostenernos."

"Y no obstante, el pueblo de la Luisiana continúa esperando é insistiendo en que se retire la fuerza federal, hasta que un dia lo logra; y tras del último soldado de la Federacion que sale de Orleans, marcha Packard, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y con su *saco de viaje* vacio...... aquella poblacion tan circunspecta durante la lucha como despues del triunfo, aguarda generosa hasta que deje de oirse el ruido de los tambores y pífanos de los regimientos que se alejan, para entregarse en brazos de la libertad, á todas las expansiones de un noble orgullo y de un inmenso júbilo!

"Tal fué el término de aquel conflicto. Los republicanos, en su despecho, acusaron á Hayes de ingrato. No sé hasta dónde pueda ser justo este cargo; pero debe decirse en obsequio de la verdad, que la situacion era ya insostenible, y que el presidente no podia, sin exponerse á perder su puesto,

continuar manteniendo á Packard en el suyo. Más aún; á aquel le ha sido preciso, para ganarse la mayoría parlamentaria, ó neutralizar por lo ménos su hostilidad, adoptar un sistema de transacciones con el partido demócrata, segun lo he dicho ya, y el cual no se reduce solo á abrir camino en la administracion federal á algunas de las aspiraciones de ese partido, y á modificar sus relaciones entre los poderes generales y los Estados del Sur, sino que afecta tambien á la política exterior."

Solia interrumpir la monotonía de nuestra vida en la casa de Mad. Belloc, la llegada de viajeros, algunos de ellos mexicanos, y las visitas de nuestros amigos.

Entre los primeros, nos fué muy agradable la permanencia en nuestra morada de Enrique Mejía, caballeroso y servicial como todos le conocen, y su señora, americana, hija de una distinguida familia, y que tiene por México verdadera pasion.

Dos de las Sritas. Juarez y Benito, se alojaron en nuestro *Bording*, y yo tuve las satisfacciones consiguientes al trato de personas cuyas virtudes y finura he admirado siempre, y á quienes amo tiernamente por verlas dignas de su heróico padre.

Entre las visitas nos favoreció Jorge la Serna, hombre á quien sus padecimientos tenian en grande extremo de postracion; pero conservando entre las ruinas de su salud el tipo generoso, simpático é inteligentísimo, á quien habia visto en mis tempranos años como gala y ornamento de la buena sociedad veracruzana.

Una noche me presentó Joaquin Alcalde, que era incan-

sable en bondades para conmigo, á un caballero jóven y garrido, pero taciturno y de palabra breve y apasionada.

El Sr. G***, rico negociante español establecido en las cercanías de Orleans, habia presenciado el terrible incendio de Southern-Hotel, en San Luis Missouri, acaecido el 11 de Abril, y que tenia consternada á toda la Luisiana.

El Southern-Hotel es el mismo en que estuvimos á nuestro paso por Missouri, y ya recordarán nuestros lectores sus seis pisos, sus salones régios, el pavimiento de mármol, la techumbre y cúpula de cristales de su patio, y el conjunto que justificaba su costo de un millon quinientos mil pesos, inclusives doscientos mil pesos, precio de los muebles.

Alcalde quiso que un testigo presencial me refiriese aquella catástrofe, por ser algo de característicos los grandes incendios en los Estados-Unidos.

Endilgando Alcalde con la mayor habilidad la conversacion, logró que M. G*** nos refiriese el incendio del hotel, en los siguientes términos:

"Serian las dos de la mañana cuando el incendio estalló: hizo una erupcion en los pisos interiores y bodegas, y subió en columna irresistible al techo, desprendiéndose de ella corrientes de llama que invadieron corredores y escaleras, envolviéndolo todo en humo espesísimo que nos asfixiaba.

"La poblacion del hotel podria llegar á mil personas, y como si todas no hubieran tenido más que un solo acento, se elevó un espantoso alarido, que fué como el grito de lucha con la muerte.

"La densidad del humo apagó el gas, no partiéndose aquella tiniebla sino por una que otra ráfaga de llama que

atravesaba zumbando y arrollando cuanto encontraba á su paso, descubriendo hombres, mujeres, niños y ancianos, corriendo sin objeto y cayendo y levantándose de nuevo entre las llamas, en espantosa confusion.

"Muchos de los habitantes de los pisos primero y segundo, se salvaron sin dificultad, saltando medio desnudos en el fuego. Pero desde el tercer piso, las hileras de cuartos estaban totalmente interceptadas, y no quedaba más medio de salvacion que las ventanas que daban á la calle.

"Aunque la llegada de los bomberos fué instantes despues que estalló el incendio, éste hizo rapidísimos progresos; las corrientes de fuego se precipitaban de uno en otro piso, como cataratas inmensas; corrian, trepaban á las alturas, enlazaban artesones y cornisas, y como que se despeñaban con ellas al abismo, envolviendo siempre algunas víctimas.

"Entónces, al espanto sucedió la demencia: muchos se lanzaban á la ventura en aquel mar inmenso de revueltas llamas, y sus cuerpos, achicharrados, quedaban balanceándose de alguna barra de fierro, en actitudes diabólicas.

"Los otros, para abreviar su agonía, se arrojaban de los pisos superiores á matarse: algunos quedaron con restos de vida, pero despedazándose y nadando en lagos de sangre.

"Pero la generalidad se precipitó á las ventanas, esperando auxilio de fuera, envueltos en humo, entre ráfagas de llama: se presentaban escenas horribles.

"Dos esposos jóvenes, estrechándose y pidiendo socorro.... una madre cubriendo á sus hijos con su cuerpo.... un anciano con las manos levantadas al cielo......

"El caer fracciones de muro, los gritos, los ayes de los moribundos, los alaridos de las madres, el llorar de los niños,

la súplica, la blasfemia, todo lo que tiene el dolor de más desgarrador, imperaba allí.

"Los bomberos ponian sus escalas, pero eran insuficientes; unos se colgaban y se estrellaban el cráneo; los otros arrojaban cordeles, que no llegaban, ó si llegaban, se emprendian descensos riesgosísimos de los que sin embargo salvaron algunos.

"La distinguida actriz Katty-Clarton, que ya habia salvado de otros atroces incendios, tuvo bastante sangre fria, ántes que se hubieran destruido las escaleras, para empapar en agua varias toallas y sábanas, envolverse en ellas, precipitarse en las llamas, correr, rodar y llegar á la calle ardiendo y maltratada, pero sin lesion alguna.

"Otro individuo desgarró las sábanas, hizo con ellas fuertísimas cuerdas; se descolgó por aquellas alturas de cuarenta varas; pero tocó la extremidad de sus cuerdas.... y aun estaba como á sesenta piés sobre el abismo.... hizo esfuerzos inauditos, no habia modo de ascender, el hilo que le sostenia comenzaba á quemarse, sus brazos se rendian; convulso y retorciéndose al cabo de la cuerda, se persuadió sin duda de su muerte inevitable.... hizo un esfuerzo supremo, despues echó hácia atrás la cabeza con gesto horrible.... y se soltó, despedazándose sobre las piedras....

"El dia que lucia en los cielos no se atrevió á penetrar en aquel teatro de horrores, donde, de entre montones de escombros y cenizas, estuvieron extrayendo varios dias multitud de cadáveres."

Formalizóse al fin la partida de Alcalde, de mi compañero, de uno de los que habia tenido para conmigo las finezas de amigo, la ternura de hijo y la abnegacion de favorecedor. Una comision nuestra, que para él era costoso sacrificio, le urgió á tocar en la Habana pasando despues á México.

Lancaster, como siempre que lo asalta el *spleen*, se encerró en su cuarto; Gomez del Palacio y yo acompañamos á nuestro amigo al vapor, que salia á las ocho de la noche.

Nosotros tres íbamos con frecuencia á la *Levée*, es decir, á aquel mismo lugar á recibir ó despedirnos de nuestros amigos de México.

Esa noche el muelle estaba silencioso, los navíos parecian dormidos sobre las aguas; del lado opuesto del rio se veian los farolillos de algunas embarcaciones y se oian los cantos lejanos de los marineros despiertos.

Al principio, la conversacion era animada; despues, habia grandes ratos de silencio; los marineros acomodaban los equipajes; en las sombras habia grupos de viajeros, de cuyos grupos salian sollozos y palabras entrecortadas.

Al fin se dió el primer toque de marcha: subimos sobre cubierta con Alcalde y le dejámos instalado.....

A poco, el vapor comenzó á andar y nosotros le vimos perderse, volviéndonos en silencio profundo á nuestra habitacion.

A los pocos dias de la partida de Alcalde, se anunció nuestra marcha para Nueva-York; pero dando un ligero rodeo para ver el Niágara.

De contadas personas tuve que despedirme en Orleans;

pero esas personas son inolvidables para mí, y tienen lugar privilegiado en mi cariño.

La familia Townsed me dió cartas expresivas para Nueva-York y mostró profundo sentimiento por mi partida.

A Quintero le sorprendí acabado de levantar. Estaban sus roperos abiertos, sus útiles de aseo de fatiga, el libro acabado de cerrar sobre del *buró,* y él escurriendo agua.

—Chico.... quédate conmigo, fueron sus primeras palabras: adivinaba el triste objeto de mi visita.

—Ya sabes que no es posible.

—Mira: te dejo para tí solo estas dos piezas. Ahora, ven por aquí:—abrió uno de los cajones de su ropero.—Este pico que ves aquí (mostrándome dinero), no me sirve para maldita la cosa; yo te formaré una mesadilla para que no necesites de nadie: te paseas, escribes, y cuando quieras, me llamas y paseamos, y de cuando en cuando me lees esos tus versos, que ya ves cómo me encantan....

Ya se supondrá cuánto me habian conmovido aquellas palabras tan llenas de generosidad y de ternura.

En la casa de Federico Miranda se hizo el duelo de familia, se suspendieron los trabajos en cuanto se formalizó mi partida; Julia, adorable de bondad y señorío, llevaba á sus niños á la iglesia á que rogasen á Dios por su amigo *Fidel.*

Las señoras hablaban á sus conocimientos de mi ausencia, como de la pérdida de un hermano querido: querian que todos participaran de su duelo.

La niña enferma mostró deseos vivísimos de que le leyera algunos de mis versos; yo la complací: reuniéronse en su casa varios habaneros amigos, y en plena tertulia, dí lec-

tura á la siguiente leyenda, que vió la luz en casa de Mad. Belloc, y que he elegido para que cierre mis recuerdos de Orleans:

A JULIA IGLESIAS.

LAS DOS VIRGENES.

¿Qué son esos acentos que atraviesan
Sombras de fresnos, toldos de ramajes
Que al aire dan las orlas que columpian
Al ténue aliento de las brisas suaves?

¿Por qué en torrentes brota la armonía
Y se tiende en dulcísimos cantares,
Entre los bosques de arrayan y rosas
Que perfuman las alas de los aires....?

Es el festin: con débiles reflejos
El sol baña la frente de la tarde,
Y en el verjel que en competencia adornan
Rica naturaleza y hábil arte,

Opulento banquero, le da suelta
A sus instintos de amoroso padre,
Y celebra de su hija el natalicio,
La flor de la beldad y los magnates.

Era Lilia una niña, muy más bella
Que de Murillo y de Rafael los ángeles,
Pálido el rostro, de ébano el cabello;
Y el mirar tierno de sus ojos grandes,

Amor inmenso al alma revelaban
De su luz deslumbrados al cerrarse:
En su inocencia el corazon dormia,
Sin temor al vaiven de los pesares,

Como en espejo de apacible lago
De esbelta palma la gentil imágen;
Y algo de melancólico velaba
Con vuelo incierto el mágico semblante,

Como el sol cuando filtra sus destellos
En las ramas profusas de los sauces,
O como oculta tórtola á la luna
Alza en los bosques sus dolientes ayes......

Niña inocente, que en los cielos sueña
Y que de amor su corazon no sabe;
Como fuente que pinta las estrellas
Al correr limpia en el tendido cauce.

Y nació bella del banquero avaro,
Como flor de marfil del fango nace,
O cual llama fosfórica que brota
De los restos humanos en la cárcel....

Era el festin: en ráfagas la llama
Inundaba la estancia, y en los árboles
Resbalaba profusa, convirtiendo
En fantásticos grupos sus ramajes.

Del amplio cenador, seda y armiño
Suspendieron pomposos cortinajes;
Y era de un solo espejo el ancho muro,
Y sembrados de soles sus cristales,

Entre claveles que su labio abrian,
Entre acacias y nardo y tulipanes,
Que como ébrios de luz se reclinaban
De estatuas en los blancos pedestales.

De trecho en trecho, en medio de la estancia
Se levantaban fuentes deslumbrantes,
Sacudiendo entre plúmbagos y almendros
Y enredaderas bellas, sus diamantes.

Las fuentes el carril interrumpian,
Donde brindaba el arte los manjares
En grupos caprichosos, do en tumulto
Se elevaban columnas y pirámides,
Sobre dorados cestos de las frutas
Asomaban sonriendo entre el follaje.

Era una insurreccion de luz, de aromas,
De música, de amor y de beldades,
En que el íris, rompiendo sus matices,
A todo daba luminoso realce.

¡Oh! cómo se miraba la luz pura
A los hombros de nieve abalanzarse,
Iluminando pechos que temblaban
En sus nidos de perlas y de encajes!

¡Oh! cómo triunfadora la hermosura
De pasion inundaba los galanes!
¡Oh! y cómo del placer la intensa fiebre
Se abrigaba en los senos palpitantes!

Y la óptica falaz reproduciendo
En salones sin fin, cómo en los aires,
Como nadando en llama, los encantos
Del contento tornaba en celestiales.

Los acentos de amor entre las notas,
Brotaban esparciéndose irritantes;
El mirar que acaricia entre las flores
Cintilaba tiernísimo y brillante.

Del Jerez el topacio se brindaba
Al través de su muro de cristales,
Y del Champaña trémula la espuma,
Sobre el diáfano cáliz rebosante....

Hubo un momento en que imperó el silencio,
Como queriendo el gozo renovarse,
Y en ese instante.... percibió el concurso
De canto lastimero eco distante....

Y como el alma humana se enamora
Y le seduce el viso del contraste,
Que se indagara del extraño canto
Ordenaron mil voces á los pajes.

"Es el viejo cantor," dicen volviendo,
Ese que da sus coplas á las calles,
Que quiere se le escuche una leyenda
Que á la deidad de nuestra fiesta trae....

Unos dicen: "limosna;" otros censuran
Aquella aparicion como un ultraje,
Y Lilia ordena que al coplero anciano
Con respeto y cariño se le llame.

Apareció el cantor: su triste frente,
Ni se mostró humillada, ni arrogante;
Mudo é inmóvil se quedó el concurso,
Y él prorumpió despues de serenarse....

"Recuerda fiel la memoria
"El tiempo de los torneos,
"De amorosos devaneos
"De altas empresas de gloria,

"En que la mística dama
"Y el entusiasta guerrero,
"Y hasta el humilde escudero
"Cortejaban á la fama.

"En que opulento señor,
"En medio al fastuoso brillo,
"Daba albergue en su castillo
"Al humilde trovador.

"En que á su grata presencia,
"Todo, sumiso, callaba,
"Porque sin rival cantaba
"Entónces la gaya ciencia.

"Y hoy el astuto dolor,
"A mi pecho vacilante
"Le pide por un instante
"Mi disfraz de trovador.

"Y vengo á contar un cuento,
"Si el concurso me perdona,
"Que sirva como corona
"Al legítimo contento."

El trovador calló, como mirando
Si le era la licencia concedida:
Tiene llanto en sus ojos, de su frente
Las gruesas gotas de sudor corrian.

Alguien mira de reojo al importuno
Quidam insustancial: "¡música!" grita,
Y que hable el trovador, con breve acento
Viendo al viejo amorosa, exclamó Lilia.

Apoyó en su baston la izquierda mano,
Limpió su frente, serenó su vista:
Y á un desierto poblado por estatuas
El soberbio salon se parecia.

CANTO DEL TROVADOR.

"Eranse dos artistas, dos tiernos trovadores
"Sembrando en su miseria sublime inspiracion:
"El uno sus hechizos pidiendo á los colores;
"El otro á la escultura, con férvida pasion.

"Entre ambos compartiendo con fraternal cariño
"Del infortunio el llanto, de la pobreza el pan:
"Soñando con sus almas del blanco del armiño,
"En ricas recompensas del entusiasta afan.

"El pintor los matices del íris sorprendia;
"Parece que en las hebras del mágico pincel,
"Estaba como oculta la luz del claro dia,
"Los cantos de la fuente, la pompa del clavel.

"En orfandad de niños, cruzando de la vida
"En hondo desamparo por el revuelto mar,
"El arte fué la playa que les tendió sus brazos,
"El arte fué á sus almas consolador altar.

"Al pintor diera el cielo la fuerza y la osadía,
"Al escultor ternura le concediera Dios:
"En una sola llama de santidad ardia
"Lo más radiante y puro del alma de los dos.

"Pablo, el pintor, calcaba en obediente lienzo
"De su inspirada mente magnífica creacion,
"Para abrir á su hermano las puertas de la Europa,
"Y que emprendiera el vuelo su génio de escultor.

"Y un dia en que las sombras pedia á su paleta
"Para envolver los cielos en lúgubre capuz,
"Sintió que de sus ojos la luz desparecia....
"Y que en la eterna sombra se sepultó su luz.

"El último destello que en su interior quedaba,
"Se vió cuando se vieron sus lágrimas rodar,
"Quedándose en las sombras aislado y silencioso,
"De la muerte los pasos inmóvil á esperar.

"¡Oh juventud hermosa, que en el dolor naufraga!
"¡Oh pintor desdichado sin flores y sin sol!
"¡Oh eternidad de espera sin rumbo y sin arrimo!
"¡Oh mísera existencia sin luz y sin amor!

"En Alfonso su hermano la sombra proyectaba
"Despedazando fiera su triste corazon,
"Y á su cincel divino remedio demandaba,
"Y un rayo, un solo rayo de ardiente inspiracion.

"Remedio de su Pablo la ciencia predecia,
"El oro de su noche le puede restituir
"Al mundo y sus placeres, al arte y sus encantos,
"Al alma de la vida que alumbra en el zenit.

"Y acariciando el mármol como rendido amante,
"De su cincel de acero mirábase nacer
"Algo de ideal y puro, de vago y de divino,
"Con rostro de querube, con formas de mujer.

"Temblaba como carne del mármol la tersura,
"Los labios de la estatua parecen respirar,
"Y su cincel retira del mármol, porque siente
"Que el levantado seno comienza á palpitar.

"En celestial consorcio sobre la frente agrupa
"De su creacion la gracia y el tinte virginal;
"A su cuello de cisne pegó su labio ardiente,
"Cual rendido viajero sus labios al cristal.

"¡Oh Vírgen de los cielos! tu imágen se encarnaba
"En el sumiso mármol premiando la virtud,
"Y en el beso postrero de su cincel triunfante,
"Dijo, pensando en Pablo: *la Vírgen de la Luz.*

"Fué de Pablo la Vírgen la tierna compañera,
"Amor de sus amores, sus brisas y su sol;
"La madre idolatrada, la niña, la flor pura,
"El aroma de vida de un triste corazon. . . .

"Su corazon ardiente, de la insensible estatua
"Produjo en sus delirios como animado sér:
"Contóle sus dolores, lloró sobre su seno,
"Tuvo alivio y consuelo su inmenso padecer.

"Los ojos de sus dedos palpaban su hermosura,
"Vivia de su aliento, oyendo en su interior
"Al colocarse al frente de sus helados labios,
"Las notas melodiosas de su celeste voz.

"Así, cuando pensaba que á venta inexorable
"Al alma de su vida se pudo destinar,
"Dudaba entre el encanto de restituirse al dia,
"O encontrar sin su Vírgen desierto y orfandad.

"Y pasaban las horas en vuelo infatigable,
"Envueltas en tristeza y en lúgubre crespon,
"Como cruza las sombras el cárabo nocturno,
"Lanzando como cantos gemidos de dolor.

"Y yo, triste coplero, bastardo del acaso,
"Que sazono con cantos el pan del infeliz,
"A la Reina del ángel, en medio á los artistas,
"Cual madre entre sus hijos enamorado ví.

"Lloré con los dolores, dí aliento á los ensueños
"De un porvenir alegre de goces y de luz,
"Y derramé mis cantos cual gotas de consuelo,
"En el sagrado cáliz de amor y juventud.

"Yo tornaré riqueza la angélica hermosura,
"Dije: y á los magnates sumiso buscaré;
"Le pediré á mi lira sus cantos más sentidos,
"Y luz para tus ojos, ¡oh Pablo! encontraré.

"¿Qué importa que me digan, el soñador risible,
"El corredor de cuentos, el bardo insustancial,
"Si llevo entre los labios la luz del claro dia
"Y si llevo en mi pecho de la ternura el mar?

"Así en acecho astuto de la piedad divina,
"Alcázares de grandes y templos recorrí,
"Y no encontré un resquicio de amor y de consuelo,
"Para el que en las tinieblas consúmese infeliz.

"Bellas á quienes ciñen la luz y los encantos,
"Los que ostentais donceles, la dicha y el amor,
"Verted de vuestras copas, cual lágrima una gota
"Para mi pobre ciego, de tierna compasion.

"Un óbolo que caiga de cada blanca mano,
"En gozo tiernas almas y en bien inundará:
"Tendrá como recuerdo en su suntuosa estancia,
"Y augurio de ventura, la Vírgen celestial.

"Pensad en los que lloran, magnates de la tierra;
"Pensad en que es contento que goce el infeliz;
"Pensad ¡ay! en que á muchos la vida les daria
"Los míseros desechos de opíparo festin."

Y creyendo que á punto la ternura
Iba á estallar, consuelo de sus ansias,
Mandó acercar con imperioso acento
Al medio del salon la hermosa estatua.

Ya Lilia estaba en pié.... ya le tendia
Con noble afan la mano enamorada.....
Cuando gritó el banquero: "¡Impertinente!
"No nos entristezcais.... vedme mañana!"

Y cual negra corriente los despojos
Y los gusanos de la tierra arrastra,
Así siguió la turba al avariento,
Haciendo renaciese la algazara.

Pueblan ardientes de Offembach las notas,
Oyense risas, truenan las palmadas,
Y del cantor las voces doloridas
En el tumulto del placer se apagan,

Como tropel de ardientes cazadores
Que á herido ciervo con placer alcanza,
Y estalla en gritos de feroz contento
Cuando contempla sus mortales ansias.

Corrido el trovador, dejó aquel sitio,
Dando corriente á sus amargas lágrimas;
Pero al dejarlo. . . . al esconder su rostro
Huyendo del desprecio á las miradas,

Creyó mirar á Lilia, y en sus ojos
Tesoros de bondad, nidos de gracias:
Creyó ver en relámpago divino,
Un mundo de ternura y esperanzas. . . .

Así, cuando entoldado el horizonte
El terror y la muerte nos amagan,
Rauda corriente de propicio viento
Las negras nubes poderoso rasga.

Y allí rayos del sol se precipitan,
Derramando en los montes sus cascadas,
Dando realce al magnífico paisaje
Las tristes sombras que en los cielos vagan. . . .

¿A dónde va en su carroza
A dónde la tierna niña,
La que huella alfombras turcas,
La que duerme entre cortinas?
¿Por qué en extraviados barrios
Su régio coche camina?
¿Qué busca la jóven bella,
Qué busca la jóven rica,
Donde los dolores moran,
Donde viven las desdichas?
Al pisar de sus caballos,
Las pobres chozas se cimbran;
Sobresalen sus sirvientes,
Con su lujo y con sus cintas,
Del techo de los *jacales*
En que los pobres habitan.....

Va por donde mora Pablo,
Que el desdichado vivia
Donde hacen paso las casas
A los llanos que principian.
Entre unos árboles grandes
La mansion está escondida,
Con descarnadas paredes,
Con rejas que parecian
De desnuda calavera
La maltratada mandíbula.
A distancia quedó el coche,
Y fuése sola la niña,
Hasta que el punto deseado
Encontró sagaz su vista....

Era un sepulcro sin losa
La casa..... triste y vacía;
El lecho de dura tabla,
Una mesa y una silla;
Pegados á las paredes

Grandes lienzos se veian,
Con tan celestes pinturas,
Con imágenes tan lindas,
Que entusiasmados pensaban,
Los que los lienzos veian,
Que los ángeles del cielo
Perfeccionaban sus tintas.
En un rincon, empolvado
Estaba en espectativa
Como marco sin su cuadro
El caballete de artista,
Como sin lámpara faro,
Como descordada lira,
Como casco de una barca,
Cadáver de la bahía....

La luz del sol penetraba
Silenciosa.... y se limita
A calcar en los ladrillos
Su entrada á la estancia exígua.

Y á la luz aquella, al frente
De la imágen de María,
Veneranda por lo augusta,
Por sus perfecciones linda,
Estaba el pintor de hinojos,
En adoracion tan íntima,
Que parece que los cielos
A la oracion asistian....

Ancha la frente, moreno
El color de sus mejillas,
La nariz proporcionada,
La boca breve, expresiva,
Y la barba, del que sufre
Resignado su desdicha,
Al cuello erguido y esbelto
Como raudal descendia

El ébano en negras hebras,
Que en sus profusas sortijas
Remedaban la obsidiana
Y á su piel hacen caricias,
Como del sauce las ramas
Besan la onda cristalina.
Pero donde se concentran
Luz, amor, ensueños, vida,
Es en sus hermosos ojos
Que ven el alma sin vista,
Abismos de triste sombra
Y en triste sombra perdida,
Como en naufragio espantoso
La luz brillante del dia....

La niña al pintor mirando,
La niña en el pintor fija,
Sintió llanto de sus ojos,
Dobló humilde sus rodillas,
Y habló con la voz del alma
Tierna á la Vírgen María....

Manteniéndose á distancia,
Reverente y escondida.
¿Se encontraron las dos almas
En esa plegaria mística?
¿Se amaron, se prodigaron
En el éter sus caricias?....
¿La estatua desde aquel punto
Tuvo la dulce sonrisa
Con que al felice creyente
En los altares cautiva?....

Yo no sé; pero volvióse
A su palacio la niña,
Sin alma, porque ya su alma
Con el pintor se vivia.
¿Sedujo la niña al padre,

Corrió hácia Pablo furtiva
Y le hizó, siempre distante,
Sus generosas visitas? . . . .
¿Se volvió asombrado Pablo
Alguna vez con delicia . . . .
Percibiendo que la estatua
Como que dulce respira,
O con ahogado sollozo
Cree que la estatua palpita . . . . ?
Eso calla la leyenda,
Ni espereis que yo lo diga;
Que no quiero que aquí deje
Negras huellas la mentira.

*
*   *

Una vez al besar Pablo
La mano de su madona,
Papel leve como seda
Y de perfume de rosas
Halló . . . . y esperó que Alfonso
Le descifrase en persona.
Y oyó, casi con espanto,
Una carta que aquí anota
Fiel y oficiosa la pluma,
Tomada de mi memoria:

"Felice tú, noble artista,
"Porque te confiaste á mí:
"La noche de tus desdichas
"Está tocando su fin,
"Y los rayos de la aurora
"Mirarás brillando en mí.

"Sigue del bardo los pasos,
"Sin más querer inquirir,
"Que una vida de venturas
"Amanece para tí."

¡Pobre mujer! cuando su pecho se abre
Del amor puro al viento, el sacrificio
Es su placer, y en su entusiasmo corre
Con vuelo temerario á lo infinito.

¡Pobre niña! que mira sus amores
Nacer entre las zarzas del martirio,
Como la luz del alba que alumbrara
Al viajero fatales precipicios.

Y pobre Lilia, que regó con llanto
Su linda alcoba y sus salones ricos,
Desesperada de encontrar de Pablo
De sus cegados ojos el alivio.

La noche estaba en su alma; en desamparo,
Exhalaba quejosa sus suspiros,
Como ave herida que á los anchos mares
Tuerce inexperta del materno nido.

En vano quiso del feroz banquero
Consuelo hallar, que sus ardientes mimos
Despertaron las víboras del celo,
Voraces en su pecho empedernido.

Y torvo y suspicaz, siguió los pasos,
Sintiendo el garfio de rencor maldito,
Y esperando le dieran sus pesquisas,
A sus fieras venganzas un resquicio.

Rompió los diques el amor un dia,
Y tierno, astuto, inmenso y atrevido,
Tomando por el cuello á la fortuna,
Le dictó leyes con poder altivo.

Lilia fingió perdidos sus diamantes,
Pidió, vendió, y en medio del sigilo,
En su complot de amor, á un sacerdote
Logró sagaz mirar comprometido.

El coplero se torna en instrumento,
Sabiendo que hay un pecho compasivo
Que oculto quiere redimir á Pablo
De la honda sombra en que se encuentra hundido.

¿Quién sino una mujer comprender puede
La sutil prevision, el tierno mimo
Conque procura la mujer amante
El consuelo y el bien del sér querido?

En el cojin que sostendrá sus sienes,
En la seda, en el vaso cristalino,
Y en la gota del agua de sus labios,
Vierte la esencia de su amor divino.

Así se preparó la oculta estancia
Del noble Pablo en apartado sitio,
Y en ella se instaló, como del vate
Y de Alfonso teniendo los auxilios.

¡ Paso á la ciencia ! al cabo se prepara
A operar en el ciego sus prodigios....
Alcemos la cortina de ese cuadro :
Felice yo si exacto lo describo.

Es del enfermo la cuidada estancia,
Más bien de colibrí precioso nido :
En follaje de encajes y de sedas
El lecho del doncel esconde el brillo.

Donde no halla la vista candelabros,
Lámparas de cristal y espejos ricos,
Es porque invaden los lujosos muebles
En nombre del placer el breve sitio.

Bajo de amplio dosel, sobre una peana
Que formaron el oro y el armiño,
La Virgen de la Luz alza la frente
Derramando amorosa sus hechizos,
Vertiendo los aromas á sus plantas
Blancas camelias y morados lirios.

Símbolo de alguna alma, al frente ardia
De la Madre de Dios robusto cirio,
Que compitiendo con la luz opaca,
Daba á la estancia sus dorados visos.

En cómodo sillon estaba Pablo,
Pálida la color, negro el vestido,
Cayendo en el Olimpo de su frente
De su cabello de ébano los rizos.

Los augustos ministros de la ciencia
Se hallaban á su frente, y absorbidos
En ansiedad intensa, estaba Alfonso
Y aquel viejo cantor que conocimos.

Tras el lecho, perdido en sus cortinas
Del sacerdote veíase el vestido,
Y tambien se miraba en negro velo
Semblante misterioso oscurecido

De incógnita matrona, que piadosa
Condujo al sacerdote á aquel recinto,
Creyendo su presencia conveniente
En aquella ocasion y en aquel sitio.

Es el fatal momento, solo se oye
Frente á la Vírgen el chispear del cirio,
El aliento suspenso entre los labios
Y presos en los pechos los gemidos.

"Vírgen Madre de Dios, bebe en tus ojos
"Su blanca luz el astro matutino:
"Piedad para el que gime en negras sombras,
"A sus ojos devuelve el bien perdido."

"El es la luz de mi alma, en sus tinieblas
"Me siento fallecer, muriendo vivo:
"Para él, el sol, los lauros de la gloria;
"Para mí, del tormento el infinito...."

"Piedad de mi amargura!.... tú á las sombras
"Tambien miraste circundar á tu Hijo,
"Cuando cual negros buitres se posaron
"En la cruz á que estaba suspendido...."

"Piedad del noble jóven! te lo piden
"A tus piés, de mis lágrimas los rios:
"Ve que de angustia se derrite el pecho
"Que ardiente te invocó como su alivio...."

Dijo Lilia, que á incógnita matrona
Pidió el disfraz.... ahogando sus gemidos,
Así exclamó su amor sin esperanza,
De los cielos tan solo conocido....

Vuelto Pablo á la Vírgen, en silencio
Los circunstantes de la estancia hundidos,
Alzó la mano el médico.... de su obra
Con firme pulso para dar principio...

Algun gusano vil de cuyo nombre
Fuera el canto sacrílego bautismo,
De lo que pasa, al suspicaz banquero
Por mísera pitanza lleva aviso.

Y furioso, seguido de sus criados,
En la frente el furor, la espada al cinto,
Llegó á la alcoba donde Pablo estaba
Y va tocando de la puerta el quicio....

Cuando escucha de asombro exclamaciones,
De gozo acentos, de contento gritos:
Es la luz con su pompa y sus encantos,
Radiando y difundiendo el regocijo.

Es la luz la que plácida revuela,
Es Dios que inunda con su inmenso brillo,
Las pupilas de Pablo, y resucita
Risueño, ardiente, vencedor y lindo.

Y un solo pensamiento le preocupa,
Y solo uno le embarga su albedrío:
Arrojarse á las plantas de su Vírgen,
Su alma verter sobre sus piés divinos.

Lánzase.... y espantoso le detiene
Un caballero.... que entra de improviso
Y de allí arrastra á la ignorada dama
Con rudo brazo y ademan altivo.

Trémula.... incierta, vacilante el paso,
La doncella se aleja de aquel sitio;
Mas levantando el velo de su rostro,
"No importa, Pablo.... porque el triunfo es mio....

Dijo la jóven, se borró cual sueño
La aparicion.... y en el silencio frio
Se escuchaba el rumor de las pisadas....
Y el rumor sordo del robusto cirio.

*
* *

Niña que llora el tormento
Del imposible de amor,
No invoques en tu convento
La imágen de tu pintor.

Mira que á tu pena asisto
Y que lamento tu mal,
Aunque vistas el sayal,
De esposa de Jesucristo.

Y no le queda á tu historia
Tan sentida y tan doliente,
Que te conserve en su mente
Quien fué tu amor.... y tu gloria,

Ni un recuerdo..... ni una luz
De quien tú fuiste luz pura,
Ni en tu pobre sepultura
Una flor junto á la cruz.....

El á su Vírgen queria;
El su amor le consagraba:
De Lilia nada sabia,
Y su Vírgen le extasiaba....

Pero una vez el cantor,
Le dijo: "que pintes quiero
"Con tu pincel hechicero
"Una Vírgen del Dolor

"Que enajene su hermosura,
"Que de la noche entre el velo,
"Mire un claro azul de cielo
"Como fin de su amargura."

Y pidió á la inspiracion
Pablo su santa asistencia,
Y pintó en reminiscencia
De tiniebla y de afliccion,

Una Vírgen de Dolores
Con tintas tan verdaderas,
Con sombras tan hechiceras
Y con tan vivos colores,

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 33.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1876.

Que el infelice pintor
Muy más que pintor, poeta,
Le dió vida á su paleta
Con su llanto de dolor.

La Vírgen cabe la cruz
De agonía sollozando,
Y en esa cruz resbalando
Vívido rayo de luz

Que caia dulce y grato
En un rostro con amor,
Y era de Pablo el retrato....
Un capricho de pintor....

Y en el altar en que oraba
Lilia.... y á Dios le pedia....
Con el alma que lloraba
Diera fin á su agonía,

Astuto puso el cantor,
Cual promesa de consuelo,
Entre crespones de duelo
A la Vírgen del Dolor.

Lilia entónces, del altar
Ni un punto se desprendia;
Llorando la hallaba el dia,
La noche la vió llorar.

Y. . . . . sin arrimo ni amores,
Entre las vírgenes santas. . . . .
Espiró Lilia á las plantas
De la Vírgen de Dolores. . . . . . .

GUILLERMO PRIETO.

Nueva-Orleans.—Marzo 25 de 1877.

XIII

Salida de Orleans.—Cincinatti.—Claveland.—Búffalo. Llegada á Niágara.—El Niágara.

NUESTRA salida de Orleans fué poco más ó ménos á las cinco de la tarde. Las pocas, pero generosas y amadas relaciones que allí dejamos, hicieron sombría nuestra despedida; sobre todo, aquella marcha al acaso, como sin rumbo, como perseguidos por nosotros mismos, me entristecia lo que no es decible.

Viajeros un tanto aguerridos, nos colocamos lo mejor posible, pusimos en regla nuestros *triquis*, y merced á las inagotables bondades de Gomez del Palacio, no teniamos que apurarnos en materia de trasportes y formalidades para los equipajes.

El servicio de los ferrocarriles en el Sur, es muy inferior al del Norte en cuanto á exactitud, limpieza y comodidades.

Nuestro objeto era visitar el Niágara, y esto me tenia inquieto como á un chicuelo, gozando en mi mente con un espectáculo que era como todo un mundo desconocido para mi imaginacion.

Mil veces, al salir de mi niñez, y cuando un caos de estrellas y ráfagas de soles, cruzan por el cerebro de un muchacho, habia oido al inmortal Heredia describir con su voz grandilocuente aquella maravilla, y yo me estremecia y le echaba los brazos, como para que no me arrebatase el torrente en que parecia corria yo aturdido escuchándolo.

Mil veces tambien, como quien desea saborear una preciosa leyenda, rogaba á Manuel Payno me contase sus impresiones de viaje al Niágara, que siempre eran distintas en los labios de ese narrador fácil y entretenido, para mí uno de los hombres que poseen en más alto grado ese delicioso talento de la amena conversacion familiar.

Y muchas veces en los cuentos de Hadas con que solia conciliar el sueño á mis nietecitos, les pintaba un Niágara con sus peñascos de trasparente caramelo, sus corrientes de almíbar y sus caidas entre árboles que producen espontáneos, cochecitos con puertas que se abren, ratones con cuerda, tambores y primorosos maromeros.

Y ¿quién lo creerá? estas sandeces y estas fantasías, me consolaban á mí mismo, como que me fingian un mundo encantado, y olvidaba lo real de mis penas y lo incierto de mi destino.

Por otra parte, las quiebras del camino, la continuidad de sembrados, chozas y fincas, los idilios que la vida del campo improvisa y presenta sin ostentacion ni pretensiones, me tenian encantado, y más encantado con Gomez del Palacio

que, conociendo mi lado flaco, me citaba los poetas bucólicos con admirable oportunidad, y con un lujo de memoria que me dejaba absorto. Este Pancho, tiene muchísimo talento.

En el cuarto de fumar, hallé á Lancaster en conversacion empeñadísima con un M. Frank, ingeniero de caminos de fierro, jóven inteligentísimo, de muy buena sociedad y de muy variados conocimientos en muchas materias.

Al estimable ingeniero habia simpatizado Lancaster como un hermano, con todo y su seriedad y sus pocas palabras; le obsequiaba, le prodigaba atenciones; en una palabra, como dicen en mi tierra, le nacia ser su amigo, y cuando yo los sorprendí, estaban alegres y parlanchines como dos viejos camaradas de colegio.

Tratábase de ferrocarriles.

M. Frank decia en muy buen frances:

—Nosotros no hemos dado jamás esa grande importancia que vdes. á la discusion sobre vía ancha y sobre vía angosta: eso lo hemos dejado para las gentes que tienen pocas ocupaciones y mucho afan de hablar y de escribir. Para nosotros la cuestion esencial es crear la necesidad de la vía de comunicacion que inicia el guayin y le sigue la diligencia, allanando los obstáculos, perniquebrando cocheros y haciendo tortilla á los caminantes; de la diligencia sigue el palo-carril, ferrocarril, ó lo que se puede. Se viaja en plataforma pelona, con pésimos terraplenes, durmientes inseguros y todos los defectos imaginables.

En esto han quebrado diez arbitristas, se han hundido algunos capitalistas; pero se han visto los beneficios del camino, se han creado sólidas especulaciones, la vía no se detiene,

entran á la Compañía accionistas pudientes, hombres científicos, los rendimientos son reales, la charla cesa y se creó al fin un gran elemento de riqueza.

—Nosotros tenemos leyes muy liberales y bien pensadas en esa materia, dije yo, apelando á mis recuerdos y aun citando la generosidad de las concesiones de nuestros gobiernos.

—Oh! los gobiernos de vdes. son otra cosa, nos dijo otro compañero de viaje. Oiga vd. lo que me decia hace muy poco un amigo, sobre aquel sistema de negocios. Habla M. Torckey, á quien se cree muy entendido en las especulaciones de México:

"Vd. lo primero que tiene que hacer es decir que va representando una Compañía de trescientos ó quinientos mil millones: al llegar al país, busque vd. aunque sea á un carretero que tutée señoritos de gran tono que sepan inglés, y tome vd. cuarto en un gran hotel, diciendo que no sabe palabra de español.

"En su cuarto del hotel procure vd. tener, como al descuido, unas chucherías chinas, unos camafeos de Nápoles, unos anillos Ejipcios, schales de cachemira ó pajaritos autómatas.

"Despues de deslumbrar á unos cuantos imbéciles, confíe vd. su grande proyecto en mucho secreto á los amigos de los escritores, de los diputados, y á parientes pobres de las queridas del presidente y los ministros, diciendo que allí hay para que se enriquezca todo el mundo. Por supuesto que en todo lo dicho no se deben quitar los ojos de la brújula política, estando en bien con el partido preponderante, sin dejar por esto de conservar relaciones ocultas con los

hombres del porvenir, que en la revuelta que vendrá muy próximamente tendrán el poder en sus manos, y no solo afirmarán lo hecho sino que ampliarán las concesiones.

"Por supuesto en esas correspondencias secretas, se pinta á un pueblo salvaje hundido en la prostitucion; pero en lo exterior, tratando el último bandido de aparecer con reputacion inmaculada.

"Se dice en esas notas que el presidente es un presidiario que se disfraza de noche para quitar capotes; que las grandes señoras comen su tortilla enchilada á la orilla de las banquetas, y que el padre dice la misa con su reata en los *tientos*, y consagra con *cleimap* (Tlamapa), que es el vino de la tierra, llamado *piulk.*

"Para todos los gastos *no comprobados* se piden grandes sumas; y miéntras trae el correo noticias fabulosas, de minas de oro y de diamantes, allá se forma la Compañía con director, subdirector, agentes, vocales, corredores, abogados, ingenieros, músicos y danzantes.

"El negocio pasó por el ministerio, llegó á la Cámara, y esa es la hora del combate, de la polémica, de las grandes comidas, de las diestras seducciones y de los cohechos sigilosos.

"Los negociantes de estos mundos hacen su *humbog* á su modo, la concesion triunfa, el ferrocarril es del lago de Texcoco á la luna; se han colmado los deseos de los hombres del progreso.... y no se tiene un centavo para nada..... el grande agente queda con bola en mano, el camino en imposibilidad de hacerse, y el nombre de México por los suelos, y una concesion que rueda y pide prórogas, que es una gloria."

Lancaster, con su genial finura, pero con energía extrema, replicaba á M. Frank, y yo terciaba calmando los ánimos, porque solo se trataba de una conversacion.

La actividad del tráfico, los terrenos esmeradamente cultivados, las chozas más cuidadas, algunas estancias anunciando riqueza, nos advirtieron de la proximidad de Cincinatti, capital del Ohio.

Distínguese á lo léjos esta ciudad rodeada de colinas de grande elevacion, como en el centro de un valle verde y risueño, que corta culebreando el rio Ohio, fuente del progreso y bienestar de aquellas florecientes comarcas.

Mr. Frank se mostraba complacido de mi admiracion sincera por aquel espectáculo, que me recordaba panoramas muy semejantes del interior de nuestra patria.

—La ciudad, como puede vd. percibir, está sobre dos planos, uno de sesenta y otro de ciento doce piés sobre el rio.

Este comienzo de *zig-zag* que siguen caprichosas calles y tupidas arboledas, hacen muy interesante la ciudad y muy bella la parte destinada á los negocios, que tiene bellos edificios, en su mayor parte de piedra azul de cal.

—Lee aquí, me dijo Lancaster, que tenia en sus manos una guía de viajero: puede que te sirvan algunas de estas noticias. Leí en efecto:

"Cincinatti fué fundado en 1788; pero por algunos años las guerras con los indios detuvieron los progresos de la poblacion.

"Era ésta en 1800, de 750 habitantes. En 1814 fué declarada ciudad.

"Por los años de 1830, el canal de Mianiz quedó cons-



Gran Fuente de Cincinnati.

truido, y en los primeros diez años aumentó la poblacion un 85%

"En 1840, el pequeño Main, que es ahora el primero de los muchos caminos de fierro que se unen en Cincinatti, quedó concluido, y en 1850, la poblacion habia aumentado á 115,436 habitantes.

"En 1860—á 161,044 habitantes.

"En 1870—á 216,239 habitantes."

La estacion de Cincinatti, aunque extensa y bien compartida, no fijó mi atencion por ninguna particularidad.

Se habló, como de costumbre, de los hoteles, y se señalaron el Gran Hotel, Gibson-House, Saint-James, Birnet-Hotel y otros.

Alojámonos en uno de esos hoteles, el más central, y nos proveimos de una lista de los mejores *restaurants*, cuyos nombres son: Keppler, Schmidt, San Nicolás, Becker, etc., etc., en que se sirven excelentes comidas á señoras y caballeros.

No obstante que llovia muchísimo, iba armado de un capote de hule capaz de burlarse del mismo diluvio, y de unas botazas, que dejaban agarrotada é inmóvil la mitad de mi cuerpo, pero excelentes para aquel trance.

Muy inmediato al hotel que ocupábamos, está el Correo y la Aduana, en un mismo edificio y en la misma buena armonía que en Orleans.

Quise visitar ese edificio de preferencia por ver si encontraba á algun conocido.

Ve á la calle cuarta el edificio de que hablo, tiene un gran pórtico adornado con seis columnas de nueve á diez varas, amplia escalinata y cornisas del órden corintio.

Se construye á las inmediaciones un verdadero palacio que debe servir para la Aduana.

Las calles de Cincinatti son amplias y bien compartidas; algunas con tupidas arboledas y todas casi con una regularidad de que carece Orleans.

La calle de la Perla (Pearle Street), se compone de almacenes gigantescos de botas y zapatos: los hay por millones y parecen ser de las primeras industrias del lugar.

Las calles en que el comercio es más activo, son: *Vine, Derace* y *Thirol;* allí se ostentan tiendas de modas, cajones de ropa, joyerías, sombrererías, almacenes de ropa hecha, etc. Entre Main y Vine se ven los grandes Bancos, las Casas de Corredores y Compañías de seguros.

La calle cuarta y el Parque de Lincoln, constituyen el paseo de moda, distinguiéndose la calle de Pipe, en que está el *paseo de los amantes* (Lovers Walk), que es una área abierta con excelente pavimiento y tiene 1,000 piés de largo por 495 de ancho. Hay muchas calzadas hermosas á su alrededor.

Como he dicho, el cielo estaba de un humor de perros, y las calles parecian tapizadas de cáscaras de plátano, segun lo resbalosas é incapaces.

Yo andaba como á tientas: veia edificios, plazas y parques, como tonto en vísperas; toda la gente iba á sus negocios sin cuidarse de la lluvia, que no la dejaba poner pié en postura. Pero para un yankee, el percance de la agua es *pecata minuta;* se envuelve en un pañuelo el sombrero; si á mano viene, se voltea al revés la levita, se remanga el pantalon, y Cristo con todos.

Muy frecuentemente el yankee usa levita impermeable ó

capote de hule, y entónces le pega cada gregorito al cielo, que da gusto.

Volvíme al hotel, y con el chico del mostrador, aleman muy avisado y servicial, entablé mi demanda de un *cicerone* que me condujese en aquella ciudad de máscaras, mediante una gratificacion.

Procuróme el alemancito del hotel á un jovenzuelo americano, con dos piernas como de grulla, un hueso de mango chupado por cabeza, y dos brazos como dos largos cables pendientes de dos perillas.

Pero es de advertir que en lo que tengo de vida, que no es mal pico, no habia conocido entidad más movediza y más inquieta que la que me servia de guía. Se metia adrede en los charcos, saltaba sobre todos los postes, tenia picos pendientes con cantineros, verduleras y chicas ambulantes; de todas partes le llamaban, y con los más desastrados muchachos mantenia bulliciosas relaciones.

Pee ó Pii era el nombre de mi conductor.

—¿Qué edificio es este, amiguito?

—Espere vd.: Katy (á una muchacha), esta tarde, ¿no es cierto?—Qué edificio? (á mí).

—Ese

—Ah! la Cámara de Comercio; aquí es el hervidero de los *bisnes*, (negocios), puede contener 25,000 personas.—Déme vd. un puro.—Adios, amigo! ahora voy muy ocupado con el caballero.—Torzamos por aquí.

—Esto sí es magnífico! clamaba yo. A este estilo creo le llaman Elizabeth.

—Con razon: es el Gran Teatro de la Opera, con espacio para dos mil personas. ¿Vd. quiere un *coptail?*

—Despues lo tomaremos.

—Hay otros teatros muy hermosos: *Wood Robinson*, el *Nacional*, *Mussic Hall*, *Melodeon*, etc.—Vea vd.! linda muchacha! va en pos de un amigo mio, está apasionada: el maldito no le hace caso.—¿Quiere vd. un buen tabaco?—Espéreme vd. un poco.

Y saltó aquel maldito por en medio de la calle, trayendo á remolque un viejo alto de gran leviton y sorbete blanco.

—Aquí tiene vd. un sabio: tomaremos con él una copa. El señor es mexicano: sean vdes. amigos.

Y el truhan aquel era tan servicial y tan fino, que el caballero lo seguia sonriendo, y nos instaló en un *bar-room*.

—Vamos, hable vd. al señor, con ese garbo y esa gracia que le ha dado Dios, de nuestras bibliotecas y de todo lo que sepa, porque quiero que el señor quede contento.

—Pii, te buscan, dijo una voz, y Pii salió á una averiguacion con unas muchachas preciosísimas.

El sabio mi conocido, dando sorbos de su *brandy coptail*, me dijo:

—El edificio de la Biblioteca pública, donde llevará á vd. Pii, es de los más espaciosos de la ciudad. Está fabricado de piedra y ladrillo, de estilo romanesco, á prueba de fuego, y puede contener 300,000 volúmenes: ahora solo cuenta 72,000. Las otras bibliotecas son en el órden que sigue:

Mercantil de los jóvenes.	37,000
La ley.	7,600
Instituto mecánico.	6,500
Sociedad filosófica é histórica	4,500

Esta Sociedad tiene ademas 12,000 volúmenes de folletos.

No hay galería pública de artes en Cincinatti, continuó el caballero; pero las colecciones privadas son muy numerosas y de valor, especialmente las de Henry Probasco y José Longworth á quienes tendré el gusto de presentar á vd. Vd. verá con cuántas atenciones reciben á sus visitantes.

Hablaba el caballero con suma complacencia, cuando volvió Pii con las bolsas llenas de excelentes peras, de las que traia una en la mano, á la que habia aplicado sendos mordiscos.

—*Allons*, me dijo Pii.... hizo tres cariños al sabio, que quedó muy contento, y seguimos caminando, no obstante que, aunque aplacada la lluvia, escurrian agua todos los pliegues de mi ropa.

Dando vueltas y revueltas, mi *cicerone*, que al fin me cayó en gracia, dejándome á cada paso con la palabra en la boca por seguir á una muchacha ó decir cuatro palabritas á un amigo, me paró frente á un templo magnífico de piedra azul y de purísimo estilo griego.

—Esta es la Catedral de San Pedro, me dijo Pii: esas diez columnas que sostienen el pórtico son de mármol.

Penetramos al interior del templo.

El altar mayor es de mármol de Carrara.

Fijéme en una pintura de San Pedro.... Pii, con un libro en la mano, me probó que aquella obra admirable es de Murillo y una de las joyas artísticas que posee la América.

—Hay otras iglesias, me dijo Pii, como San Javier y San Pablo; pero yo no entiendo mucho de ese *fandanga*, y es tiempo que vea vd. lo más grande y hermoso que para mí tiene Cincinatti: la fuente y el rio.

Esta es la calle quinta: está cercana á Walnut. Ahí tiene vd. la fuente.

Figúrese el lector una explanada de cerca de ciento cincuenta varas de largo por veinte de ancho.

En el centro hay una taza de pórfido de doce varas de diámetro, y de ella arranca un grandioso monumento de bronce, de incomparable hermosura.

Adornando la base de la columna se destacan figuras de niños primorosos que juegan con el agua, algunos montados en delfines. Hay además bajos relieves de exquisito primor.

A una altura como de cinco varas, en sus pedestales anexos á la columna céntrica, se admiran cuatro estatuas colosales alegóricas, de la agricultura, lós placeres de la caza y no recuerdo qué otras.

Corona el monumento la estatua gigantesca de la Caridad, llena de infinita dulzura, el semblante sonriendo, como complacida de derramar en el pueblo la vida y el frescor.

Su manto vuela, la aérea figura se ha precipitado á la tierra, y al percibir al pueblo sediento á sus piés, ha extendido en toda su amplitud sus brazos y puesto sus manos sobre la frente abrasada de la poblacion, derramando sobre ella la lluvia que traia entre sus dedos amorosos.

De las manos, de los dedos, de los poros de la estatua brota en hilos delgados luminosos la agua cristalina que ondea con el aire, revistiéndose de los colores del íris y dando al conjunto una belleza realmente arrebatadora.

De las bocas de los monstruos marinos, de los grupos de estatuas, saltan, se enlazan, se abren en plumeros y abani-

cos, las caidas del agua, formando un laberinto de cristales, de perlas, diamantes y rubíes.

La altura del monumento será de quince varas; pero su esplendor y grandeza es superior á cuanto he visto en su género. La fuente se llama de Tiler Davison, y el arquitecto parece que fué Prebosco.

Regresé á comer al hotel, donde uno de los amigos me habia recogido unas apuntaciones sobre educacion y caridad, que copio íntegras á continuacion:

"Figura con esplendor entre los establecimientos de beneficencia, la Universidad, fundada por Charles Mc. Mickin; están unidas á la institucion, la escuela de leyes y la de dibujo.

"El colegio de San Javier cuenta con una biblioteca de 12,000 volúmenes, valiosos aparatos para los estudios de química y física, un Museo y una vasta coleccion mineralógica y geológica.

"Hay en Cincinatti una excelente escuela para mujeres.

"La librería del colegio Teológico, pasa de doce mil volúmenes.

"El colegio Médico de Ohio es el primero de los Estados del Oeste, y compite con el colegio Médico de Miami.

"Para la niñez hay un instituto clásico.

"La alta escuela de Hughes es un gran edificio de torres octágonas en las esquinas, y tiene gran celebridad.

"Por último, el instituto mecánico ha hecho grandes beneficios á los pueblos.

"En cuanto á los establecimientos de beneficencia, el primero sin duda alguna, es el Hospital de Cincinatti, que consta de ocho edificios conexos, con amplísimos corredores que

parten de un gran patio central, cubierto por una inmensa cúpula y una aguja de ciento diez piés de alto.

"Mencionaremos por último la casa de dementes, el hospital de la Samaritana, casa de refugio y orfanatorio de Cincinatti...."

Serian las cuatro de la tarde cuando estaba Pii triunfal en la puerta del hotel, con un *bogue* como una araña, tirado por dos frisones como dos torres.

—A paseo, Mister D. Guillermo, me dijo Pii contentísimo, subido en el pescante y empuñando el látigo como un cetro.

Nó sin graves temores me puse á discrecion de mi alegre conductor, y partimos como exhalacion, haciendo el carruaje violentos y peligrosos equilibrios.

Fuimos á los alrededores de Burnet Wood, que los forma un frondosísimo bosque.

Me encantó *Lincoln Park*, paseo que aunque no muy extenso, se encuentra admirablemente sombreado y cultivado.

Washington Park, que ántes habia sido un cementerio, apénas lo ví, lo mismo que *Hopkins Park*, porque Pii quiso pasarme por toda la ciudad, para que no hubiese modista, ni florera, ni cantinero, ni limpiabotas, que no le viese en el desempeño de su importante mision.

Por no tener espectadores, Pii sin duda no me condujo á visitar el cementerio, que dicen es bello y contiene hermosos monumentos, entre otros el mausoleo de Dexter, que es realmente una capilla gótica, y una estatua de bronce fundida en Munich, que representa un soldado atlético, y se colocó allí en memoria de los voluntarios del Ohio que murieron en la guerra.

Aquellos caprichos y aquellos chicoleos de Pii me dejaron sin ver lo que se llama el Rhin, que es propiamente una seccion de la ciudad, situada del otro lado del rio y muy notable por su originalidad.

Es de advertir que más de una tercera parte de la poblacion de Cincinatti es de alemanes, y alemanes ubicados en aquella parte de la ciudad.

Fachadas de las casas, rótulos, muebles, trages y fisonomías, son alemanes.

Los teatros y los templos recuerdan á las ciudades y á las aldeas alemanas; sobre todo, los *beer gardens* (jardines de cerveza), despliegan desusado lujo, y los nietos de Goeth y de Schiller están allí como en sus glorias.

Pii, donde me tuvo más tiempo, fué en *Eden Park*, situado sobre una colina desde donde se descubren sombrías arboledas, risueñas sementeras, el rio espléndido lleno de embarcaciones, y las montañas cerrando el horizonte á lo léjos. En el centro del *park* hay dos grandes estanques que semejan hermosísimos lagos.

Aunque á mi entrada en la ciudad habia visto el gran puente colgante suspendido sobre el Ohio, con mucha razon orgullo de Cincinatti.

De torre á torre de las que sustentan el puente, hay 1,057 piés (poco más de 335 varas), y la longitud total es de setenta y cinco varas; tendrá sobre el nivel del agua treinta y cuatro varas de altura.

El puente es de madera y fierro, y su vigámen robustísimo forma tres calzadas, dos laterales como de cinco varas de ancho para la gente de á pié, y una amplia calzada central por donde atraviesa el ferrocarril y transitan carruajes y ca-

ballos, miéntras los buques y embarcaciones pequeñas pasan por debajo del puente.

La vista que desde el puente se disfruta es sorprendente: en primer término, á los dos lados del rio, se ven chozas miserables, *bar-rooms* para marineros, cabañas de pescadores, barrilaje, tercios, arpilleras y tablas á las puertas de los almacenes; pero á medida que la vista se retira de las orillas del rio, se perciben por un extremo grandes edificios, torres, cúpulas y monumentos gigantescos, dominando las apiñadas arboledas, y del otro lado se ven casas de campo, miradores, chimeneas de las fábricas, entre jardines, fuentes y sementeras, que esmaltan y bordan deliciosamente los alegres valles.

Pii, á quien realmente merecí mucha atencion, habia dejado el carruaje á un amigo á la subida del puente, y no sé dónde me procuró un caballero que me dijo habia estado en México y que tenia un establecimiento de curtiduría, que se llamaba: "Los hijos de México," porque, en efecto, sus hijos eran mexicanos.

En efecto, á la izquierda del puente, en una pared blanca, campeaba el letrero de "Los hijos de México," lo cual me dió muchísimo gusto.

El caballero, que se llama D. Manuel, y cuyo apellido no puedo recordar, parece de una instruccion poco comun, y me dijo algunas cosas curiosas sobre el comercio de Cincinatti, que apunté en mi cartera; pero lo hice con tal incuria y con un lápiz tan malo, que apénas por inferencia puedo sacar en limpio lo que van á saber mis lectores.

Ya hemos dado idea de las líneas férreas, que comunican á Cincinatti con todos los grandes centros de actividad mer-

cantil de la Union: ahora no es exagerado asegurar que más de cinco mil embarcaciones frecuentan anualmente su puerto.

La importancia de la industria y comercio de Cincinatti, le ha colocado en el rango de la segunda ciudad comercial de los Estados del Oeste.

La industria manufacturera tiene gran importancia en Cincinatti: se calcula en más de dos millones de pesos. Se fabrican con profusion muebles, puertas y ventanas, y habitaciones enteras que se exportan.

Las fábricas de *wiskey* producen ochocientos mil pesos.

Pero el grueso de los productos de la industria son fábricas de fundicion de fierro y de cobre, ropa hecha, que rinde dos y medio millones de pesos.

Molinos de aceite, harina, salazon, tabaco y otros artículos, alimentados por muchos bancos de particulares y seis bancos autorizados por el gobierno.

Entre los establecimientos industriales de que no hemos hecho mencion, se cuentan 134 fábricas de aceite y estearina, 8 grandes establecimientos de láminas metálicas, 9 fábricas de papel, 38 de jabon y 7 muelles para construccion de buques de vapor.

—Bueno, me decia yo, y esos hombres ¿son de otra madera distinta de la nuestra, tienen algun secreto para que no los aletargue la holganza, ni los embriague la envidia, ni los entuma la pereza, ni busquen como industria la revolucion y el presupuesto?

¡Oh! si yo fuera gobernante, solo ponia el siguiente artículo en nuestra Constitucion, y me parece que algo se conseguia:

"No ocupará empleo público ninguno, ni podrá en ninguna categoría tener representacion del pueblo, el que no hubiere probado que ha vivido tres años de su trabajo personal é independiente del gobierno."

Con recetitas por este estilo, vdes. verian cómo la cosa marchaba.

Cuando volví al hotel, supe que en el núm. 37 estaba alojada una persona de San Francisco, llegada aquella misma tarde, que habia preguntado por mí.

Era, en efecto, un amigo del Sr. Andrade, que me traia cartas de mis favorecedores de San Francisco: entre esas cartas venia una de mi querido David Guerin, en que me incluia copia de unos versos que le dediqué en San Francisco, y de los que no conservaba ni recuerdo.

Para que no se me pierdan en el barullo de papeles que hay por mis baúles y maletas, aquí los trascribo. Acaso con ellos concilien el sueño mis lectores, como á mí me sucedió.

PATRIA.

A MI QUERIDO AMIGO J. DAVID GUERIN,

(POETA COLOMBIANO).

¡Patria! ¡oh patria! tu nombre adorado
Me parece que escucho en los vientos,
Me parece que dicen los astros,
Que alumbran los cielos.

Quedo fijo mirando las sombras,
Y en el sordo rugir de los mares,
Hay acentos que lánguidos suenan
Cual quejas distantes.

Hay gemir de esperanzas perdidas;
Hay sollozos de angustia y de duelo;
Hay de huérfanas almas que me aman
Dolientes acentos.

Cuando brilla del sol de la vida
En un sér la vivífica llama,
Es la ausencia celaje flotante
De pálida gasa.

Trasparenta las ráfagas de oro
En sus pliegues el padre del dia,
Que matiza sus ondas de armiño,
Con mágicas tintas.

Si la ausencia desciende entre el hielo
De la aislada vejez, es tiniebla
Que sepulta en un golfo de muerte
La triste existencia.

Yo te lloro en tus frescos pensiles:
Yo te extraño en tu límpido cielo;
Y me hiere no ver ni las tumbas
Que guardan mis muertos.

En la casa que tiene una historia,
En la piedra que oyó nuestras ansias,
Queda siempre viviendo la vida,
Se siente la patria.

Hay mirar de infinita ternura
En el triste mirar de los valles:
Tienen vida las frentes severas
De montes gigantes.

Cuando viste la luz á los lagos;
Cuando riela en sus ondas la luna;
Cuando pasan cantando las auras
Que flores perfuman,

Es la patria, la madre y la esposa,
La sonrisa del plácido niño,
Las caricias del padre caduco,
Los besos del hijo.

Dulce patria, mi aliento, mi niña,
Mi arrullar de paloma amorosa,
Mi regazo de blancos jazmines,
Mi lecho de rosas.

La esperanza del huérfano oscuro
Que tu nombre recuerda con llanto,
Es morir á tu frente adorada
Pegando los labios!

Guillermo Prieto.

San Francisco, Febrero 2 de 1877.

Continuamos nuestra marcha el dia 3, sin novedad alguna. Un español de todo punto *cruo* se encargó á su manera de darnos idea de las campañas del Sur, trastornando nombres y sembrando cadáveres con temeridad.

A poca distancia del camino distinguimos Claveland, segunda ciudad del Ohio; la poblacion se extiende por un llano arenoso que atraviesa el rio, formando un cómodo puerto. En el muelle del Este hay un fanal y otro en una elevada roca.

Muchos puentes sobre el rio Cuyahoga unen las diferentes porciones de la ciudad que están á sus orillas, facilitando el tránsito de siete líneas de wagones que hacen perfectamente su servicio.

Uno de los viajeros que ha vivido mucho tiempo en Claveland, me dió los siguientes detalles:

"Claveland fué fundado en 1796, pero en 1830 tenia más de mil habitantes; cobró cierta importancia con la conclusion del Canal del Ohio en 1834, aumentó con el sistema de ferrocarriles adoptado en el Sur en 1850, y por último, en 1870, contaba 160,000 habitantes.

"Claveland hace su principal comercio con el Canadá y con las regiones mineras del Lago Superior.

"Los artículos principales de su comercio, son: fierro, petróleo, ácido sulfúrico, artefactos de madera, wagones, cueros, mármoles y piedra.

"La ciudad es amplia, las calles tiradas á cordel y sombreadas por hermosas arboledas.

"Celebran los viajeros el Parque Monumental y en él la estatua del comodoro Perry, héroe de la batalla del Lago Erie, que tuvo de costo ocho mil pesos.

"El pedestal es de granito de Rhode Island, de 12 piés de alto, y la estatua, de mármol italiano, de 8 piés y 2 pulgadas.

"En el frente del pedestal hay un medallon de mármol en que está representado el paso del comodoro Perry, del rio de San Lorenzo al Niágara, en un pequeño bote, durante el calor de la batalla.

"Otro de los parques muy bellos es el Circo, que tiene una fuente en medio, de rara hermosura.

"Las personas que habian visitado Claveland, se deshacian en elogios de sus teatros, entre los que se mencionan el de la Opera, el Aleman y el Cómico, de sus salones de lectura y de la estacion del ferrocarril."

Nuestro amigo el ingeniero nos habló de las obras hidráulicas (Watter Works), que se hallan al Oeste del rio.

"Por medio de un túnel de seis mil piés bajo el lago, se obtiene agua para que se lleve á un gran estanque, con dos poderosas máquinas de vapor, para distribuirla en la ciudad: ese estanque constituye un paseo delicioso."

El español nos habló con calor de las iglesias, de los establecimientos de caridad y especialmente del hospital de marina.

Este individualismo que se echa tan en cara al americano, que nos hace decir que no existen vínculos sociales y que hacen temer á los que hemos tenido otra educacion, que cualquier estremecimiento profundo romperá los vínculos de la union, despedazando la nacionalidad americana; en la práctica, robustece la vida del hogar, desarrolla los elementos locales, emancipa y convierte en mayores de edad á los pueblos más insignificantes.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 34.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

Entre nosotros, el pueblo vive del mineral ó de la hacienda; ésta se comunica con la ciudad de un modo enfermizo y como incompleto, y la plenitud de la vida civilizada está en México. El hacendado, el político de aldea, el literato, quieren vivir y radicarse en México, y la vida de la corte arranca inteligencias y capitales de los pueblos que presentan aspecto de barbarie, donde el comercio y las minas no le comunican esa robustez individual.

En el sistema federativo se ve más patentemente esa aberracion: hace tiempo pidió un diputado subvencion para un pozo artesiano; á poco pidió otro libertad de derechos para la introduccion de unos faroles; luego para la lámpara de un teatro, y por último, para el barandal de un balcon. Y qué dignidad, y qué independencia, y qué soberanía pueden reclamar pueblos que ni pueden beber, ni alumbrarse, ni caminar, si no les da la mano esta especie de papá *Bodó*, que se llama gobierno general?....

En la tarde del 3 de Mayo tocábamos en Búffalo, tercera ciudad, por su tamaño, del Estado de Nueva-York, y cabecera del rio Niágara. La ciudad, dice la guía que llevaba en la mano, tiene un frente que puede calcularse en cerca de cinco millas, la mitad del cual da sobre el lago y la otra sobre el rio Niágara. Su comercio es muy vasto; así como su posicion, al pié de la magnífica cadena de lagos, la hace el depósito de una gran parte del tráfico entre el Este y el gran Noroeste. Durante el año de 1873, el número de buques que entraron y se despacharon, fué el de 10,303 con 4.678,058 toneladas. La cervecería es uno de los primeros ramos de riqueza.

Búffalo se estableció en 1801: en 1812 era un puesto

militar importante: los ingleses lo incendiaron en 1814: en 1832 se declaró ciudad: hoy cuenta 134,573 habitantes.

Búffalo, á la simple vista, parece construida dentro de un bosque, tantas y tan frondosas son sus arboledas, entre las que se distinguen las fachadas de las casas, torres y cúpulas, los chorros de agua de las fuentes de los parques, y clarean calles de suntuosos edificios, como el Correo, la Penitenciaría y la Catedral de San Pablo.

Serian las nueve de la mañana cuando llegamos á la estacion del Niágara: yo no cabia en mí de inquietud.

La estacion tiene un aspecto comun: una de sus puertas laterales da á un alegre hotel que se llama *Spencer*. Los criados del hotel se apoderaron de nuestras maletas, nosotros les seguimos: yo, con el rabo del ojo, ví una larga calle que me dijeron que conducia á la catarata.

El hotel tiene únicamente dos pisos: es cuadrado, con un aspecto de decencia y alegría que mucho simpatizan.

A la derecha de la entrada se encuentra el despacho, con su amplio mostrador y su gran libro para que se inscriban los viajeros.

Las paredes están tapizadas con vistas del Niágara de todos tamaños, y hay una mesita en que se expenden guías, descripciones, medidas, consejos y todo lo que se quiera para conocer la catarata.

A la izquierda de la entrada está el *parlor* ó salon de tertulia, con su gran chimenea, que ardia en esos momentos, alfombras, piano, candil y todo el aspecto de exquisita elegancia.

A dos pasos del *parlor* se ve el comedor, de techo bajo, pero con luz bastante, un laberinto de columnillas blancas y

esbeltas, y multitud de mesas con servicio blanco y cristal finísimo: en cada mesa habia, moviéndose con cuerda, un aparato muy curioso para espantar las moscas.

En la parte alta del hotel admiré el saloncito de recepcion, con una gran ventana cuyo marco está revestido de preciosas enredaderas llenas de flores.

Los compañeros y yo nos acomodamos perfectamente, dejándome todos por deferencia un cuarto desde donde se ven los pinos que se avecinan á la catarata y se escucha su rumor imponente.

Gomez del Palacio me compraba guías y me tenia listo lápiz, porque yo tengo por costumbre inveterada perder uno cada cinco minutos.

Cuando estaba almorzando, contraje conocimiento con unos italianos, entre los cuales habia uno afectísimo á México, que me agobió á preguntas.

Llamábase Toretti, y es de tan pristina inocencia, de candor tan columbino, que realmente fué para mí su encuentro una novedad.

Toretti es pintor, y pintor en mi juicio de sobresalientes dotes; hizo su primera educacion en un colegio de Jesuitas en su país, y fué á los Estados-Unidos con la leche en los labios.

Gallardo de presencia y culto de maneras, pero lleno de encogimiento; apasionado, pero tímido; entusiasta, pero susceptible y retraido; enamorado, pero cobarde delante de una mujer, cada paso suyo era una aventura y cada uno de sus arranques de ternura le habia costado un viaje peligroso, un naufragio, y andar á cuchilladas con los hijos de Guillermo Penn.

Miéntras en pláticas sabrosas habia pasado el tiempo con mi amiguito Toretti, mis compañeros se proveyeron de coches para ir á la catarata, y nos pusimos en marcha.

La ancha calle que recorriamos es de amplísimas banquetas, en las que estaban expuestos, géneros, comestibles, juguetes y artículos de comercio de todas clases.

Muy frecuentemente íbamos percibiendo en los aparadores de cristales gigantescos, objetos característicos de la localidad, como sombreros, bastones, aderezos de cuentas relucientes, mancuernas, pulseras y chucherías, de las que hay grandes almacenes y de las que hacen cuantioso consumo los viajeros.

A medida que avanzábamos, y á pesar del ruido de los coches, sentiamos estremecido el viento por el rumor sordo y estupendo de la caida de las aguas, en aquella espectativa silenciosa y grave de cuando nos creemos en la proximidad de algo maravilloso.

Detuviéronse los carruajes á poca distancia de una grande abra de la tierra, desde donde se percibian del opuesto lado hoteles y quintas entre arboledas, señalando el lado del Canadá, como se sabe, perteneciente á los ingleses.

"Todas esas márgenes del Niágara hasta el Lago Ontario, dice Zavala, han sido el teatro de una guerra mortal en los años de 1812, 1813 y 1814, entre los americanos y los ingleses. En el lado izquierdo del rio, diez millas de la catarata abajo, hay una columna de granito de más de cien piés, elevada sobre una colina, en memoria del general inglés Brok, muerto en una accion contra las milicias americanas, en Octubre de 1812. Es de notar que las tropas inglesas eran todas de línea, mandadas por generales aguer-

" ridos, educados en las campañas de Europa: tales eran los
" generales Treeddale, herido mortalmente en la batalla de
" Chippewa; Drumond, herido igualmente, y Riall, hecho
" prisionero. Los generales americanos Brown, Scott y Ri-
" pley se manifestaron dignos de tales enemigos, aunque
" nunca habian estado en accion alguna de guerra. El gene-
" ral Scott, que dió bastantes pruebas de valor é inteligencia
" en las acciones de Chippewa y Bridgewater, era poco án-
" tes un abogado de fama en el Estado de Virginia. La pri-
" mera accion en que se vió fué en la de Queentown, en que
" murió el general Brok."

Me sacaron de mis reflexiones los amigos que me excitaron á asomarme á una especie de pretil semicircular, desde donde se ve la barranca profundísima abierta en una extension como de trescientas varas, con sus paredes tortuosas, abigarradas, con rocas inmensas como al desprenderse de los muros arcillosos, con sus aguas verdiosas en el fondo, llevando en su superficie ampollas blancas de los hervores de la corriente.

A mi frente se veian las risueñas casitas, los hoteles y edificios del lado del Canadá, con sus paredes blancas, sus persianas verdes y sus corredores y jardines alegres.

A mi derecha se distinguian dos altísimas torres en la extremidad del puente, que parecia suspendido como para una excursion en el espacio, corriendo como en vecindad de los cielos los carruajes y la locomotora, arrastrando su cauda de edificios de madera, como si fuesen á colonizar sobre las nubes.

A la izquierda, se hundia en recodo una de las cataratas, que se adivina, que se escucha y que la cria fantástica la

mente, como cuando por la voz queremos adivinar la fisonomía de una persona: alzando la vista se perciben las puntas de los pinos, y ese ramaje que semeja al candelabro, que remeda el brazo y que tiene algo de severo y humano visto de léjos.

Se angosta el terreno como que se cierra en un punto, y allí clarea, se reviste de oro una imponderable masa como de plata fundida, que parece que no corre sino que está suspendida como la seccion despedazada de un arco. Esto se percibe entre un remolino de polvo de agua, que brilla y reverbera, se une en combinaciones luminosas, se desparce en ráfagas de cristal, de perlas y diamantes de maravillosa belleza.... Pero como todo es incompleto, todo por indicaciones, la sensacion se semeja á la duda de la realizacion del presentimiento, embriaga el anhelo, se teme que la mente supere á la realidad del espectáculo, que nos hemos prometido y que nos han prometido nuestros recuerdos.

Quitéme de aquel lugar, porque por una angosta puertecilla habian entrado mis compañeros á un cañon oscuro, y estaban como en la amplia cornisa de un declive rapidísimo, formando tubo y dejando percibir á lo léjos una claraboya desde donde se veian aquellas aguas verdes y espumosas.

Acostumbrados mis ojos á la oscuridad, distinguí dos ferrocarriles que descendian paralelos. En éstos hay unas como cajas de carretela abierta en que se acomodan los viajeros, haciendo una compensacion mecánica de movimientos, que miéntras los unos bajen, los otros asciendan con la mayor comodidad.

No obstante; lo desconocido del modo de viajar, la oscuridad, la presencia del rio hirviente como fin del viaje y la

rapidez con que se desciende, algo afectan; tiene un no sé qué de descenso á los infiernos, que de fijo habria aprovechado Orfeo, cuando tuvo la estúpida ocurrencia de buscar tan léjos á su mujer.

Los muchachos de la comitiva bajaron cantando, y unas señoritas viajeras poetizaron el viaje con sus cuchicheos y su alegría. Llegamos á Table Rocke.

Aún permanecia el hielo en los grandes trozos de roca saliente, que en atrevido semicírculo se avanzan sobre el rio en derrumbamiento espantoso, y dejando dispersos peñascos de inmensa grandeza, que forman, medio sepultados en las aguas, un espectáculo magnífico y salvaje.

No obstante que el hielo medio se desmoronaba; aprovechando las sinuosidades de la piedra; embarrándonos en el muro, ascendiamos á buscar el punto de vista más adecuado.

Susto, asombro, curiosidad invencible me arrastraban: el estruendo de las aguas, las corrientes, los árboles como suspendidos en las alturas, algunas flores meciéndose en las crestas de las rocas.

Mis piernas flaqueaban, mis amigos acudieron á mí y me llevaban como en peso; estábamos en las ruinas de madera de un elegante *kiosko*, en un recodo desde donde se percibe el aplastamiento de tersa roca, desde donde verifican su salto inmenso las aguas.

Enganché mi brazo á un pilar de fierro que estaba en pié; casi suspendí mi cuerpo en el aire, y ví....

Era un piélago inmenso que se tendia y colgaba en una extension que me pareció inconmensurable; sus gruesos pliegues como columnas de alabastro; sus derramados lienzos como cristal; sus encrespados tumbos como plata fundi-

da; el polvo de las aguas como llama disuelta, como ráfagas de rubí, como partículas de oro; y la luz errante, enamorada, enloquecida, saltando, perdiéndose, rielando, riendo, cantando, sobre la insurreccion tremebunda del ruido, de los colores, de los vientos y de los cielos, y á los piés el abismo como apoyándose en las rocas y alzándose para devorar tanta grandeza.

Dios, patria, humanidad, todo querian invocar ó ensayaban maquinalmente mis labios; pero me llenaba el infinito.... Dios hablaba.... ¿á qué el átomo?.... ¿qué tiene que ver con esa sublimidad la voz de la materia?.... ¡Mortal, mortal!.... siente á Dios.... y adóralo!......

No sé por qué mi cuerpo se sentia estremecido en todas sus fibras.... me estaba ahogando el llanto.... ¿qué sucedió de mí? ¿qué sentí? ¿cuánto tiempo duró mi entrevista con Dios?.... yo no lo sé....

Condujéronme mis compañeros á otro punto, desde donde se percibe la gran catarata llamada "Herradura de caballo."

El muro de roca se retira y se hunde, formando una imperfecta herradura en lo alto, como de un banco enorme de toda la anchura del rio; la masa imponente de las aguas se derriba majestuosa y cae compacta, dejando surcos y canales que reverberan como si se derritiera el alabastro; pero la mole es tan estupenda, tan *sólida*, por usar algo de análogo á mi sensacion, que no es el torrente que salta, se precipita y se estrella en el abismo; es un mar que sucumbe, que desfallece y muere.

La caida se percibe en extension corta, relativamente hablando, porque hay sembrados en aquel abismo peñascos

gigantescos, secciones de montañas, ruinas estupendas del cauce, y en esos laberintos de rocas, y en esos despojos de granito, la caida poderosa se despedaza, ruge, como que quiere levantarse de nuevo, desgarrándose, desmenuzándose y envolviendo el conjunto en una inmensa polvareda de agua, que se plega y se desplega como gasa leve, y sobre la cual brillan despedazados y como en girones, los fragmentos del íris.

Y no es el trueno, no es la voz de Dios de que habla Heredia: es un estertor de muerte; es el suplicio de la grandeza terrena, proclamando á Dios al perderse en el caos; es una grandeza que se desvanece en la nada ó el misterio, como las grandezas humanas.

La catarata de Table Rocke es el himno; ésta grave y sombría; es canto solemne que tiene vibraciones de muerte.

En medio aquel espectáculo de aniquilamiento, cuando el horizonte lo cierran las aguas que perecen; en un rincon apartado bajo el azul del cielo, los pinos, los castaños y la pompa de una vegetacion fantástica, como que se asoma al abismo á contemplar la catástrofe de las aguas, prometiendo al espectador la resurreccion de la naturaleza apacible y risueña....

Esos árboles pertenecen á la Isla de Goat, que bifurca la corriente del gran rio que veremos despues.

Los compañeros y yo, costeando los bordes del abismo y atravesando por entre hermosas casitas blancas con sus jardines esmeradamente cultivados, llegamos al gran puente colgante, citado con justicia como una de las maravillas del Niágara.

El *puente nuevo* estriba en cuatro gigantescos pilares ó

torres cuadradas: dos están en la tierra firme de un lado del barranco, y dos del extremo opuesto.

El ancho de pilar á pilar en uno y otro extremo, es de más de diez varas. El largo del puente, ó sea la distancia de borde á borde del abismo sobre que el puente se suspende, es de cerca de trescientas varas, es decir, más largo que la calle de Tacuba ó la de Zuleta.

De lo alto de los pilares se entretejen cables de alambre de fierro, formando de aumento á disminucion, tupidas redes ó hamacas en que cuelga y descansa con robustísimos afiances, la tremenda canoa ó jaula que forma el puente.

Esta canoa tiene dos pisos, con sus enverjados de fierro y madera y la forma de una dilatada galera; por ella, con la mayor seguridad, atraviesa la gente de á pié.

La parte superior ó azotea del edificio, está defendida en sus lados por robustos y bien labrados barandales, como en amplísimo corredor. El centro es la vía férrea, y por allí, estremeciendo el puente, repicando su campana triunfal, con su cimera de humo y de llama suspendida sobre el abismo, en cuyo fondo muge el torrente, cruza la locomotora llevando como cauda los pueblos y los gérmenes de la confraternidad universal. ¡Vaya vd. ahora á copiar numeritos de alturas y dimensiones! ¡pues no faltaba más!

Desde el centro de ese puente se perciben las dos cataratas, las islas de Goat y las Hermanas, con sus hileras de árboles gigantes, las poblaciones americana é inglesa, y el rio que turbulento, encrespado y terrible, corre, despedazando sus entrañas, al cataclismo, como arrebatado por la fatalidad.

En aquel conjunto, entre aquella imponderable grandeza,

el Niágara mismo es un episodio desnudo de la imponente majestad de cuando se le contempla en su tremebundo aislamiento.

A la entrada y la salida del puente, los buitres aduanales hacen de las suyas, porque siempre el contraste es más saliente cuanto mayor es el teatro en que se establece.

El lado del Canadá es alegre y florido: la poblacion está como en el descenso ó arruga de una loma.

En la parte que da al camino, están situados los grandes hoteles, casas de comercio y oficinas de fotografía.

A la llegada cercan al viajero, le instan é importunan los repartidores de anuncios, vendedores de fotografías, mozos de fondas y *restaurants*, y todos esos enjambres escándalosos que imponen un contingente de paciencia á todo el que arriba á una poblacion de por aquellos mundos.

A la izquierda nos acompañaba el torrente; á la derecha los blancos edificios, entre árboles y flores.

Llegamos por el borde del rio á una especie de garita, que nos dijeron llamarse la *Cueva de los vientos*, aunque de estas cuevas hay varias del lado americano.

En la garita nos instruyeron que en aquel punto se descendia por una escalera de palo, se atravesaba una plataforma saliente muy resbaladiza y peligrosa, aunque defendida por barras y barandales de fierro, y se disfrutaba, bajo la caida de la "Herradura," de un espectáculo terrífico y sublime.

En aquel lugar se provee á los viajeros del descenso arriesgado, de calzado y vestido de hule con su capucha, quedando cada prójimo como un dominó.

Iglesias, Gomez del Palacio, Lancaster y otros compañe-

ros, adoptaron el disfraz; lo mismo hicieron dos señoritas mexicanas, en medio de los generales aplausos.

Yo renuncié al descenso, y miéntras la comitiva desapareció debajo de la tierra, seguí el borde del rio, y hallé, ántes de un magnífico hotel que se llama "Prospects," y del que todas las ventanas dan á la catarata, una empinada escalerita escurriéndose al pié de la gran caida.

El piso superior de la escalera se vuela sobre lo que se llama la "Herradura."

Vese allí en toda su extension el rio sembrado de rocas enormes, entre las que llega chocándose y despedazándose la corriente, alzando plumeros de espuma y polvo: es como media legua la extension. Entre las olas hirvientes crecen el encino, los robles y los pinos de las islas, y la soledad llena de estrépito, remeda una poblacion de espíritus que nos aturden y subyugan.

Llegan las olas hervidoras, como que se enfrenan y comprimen en un semicírculo inmenso de peñascos gigantes, y allí se ahogan y espiran, cayendo verdiosas como vidrio fundido, y rindiéndose al precipitarse en aquel derrumbamiento sublime.

El mar espirante se doblega, se aterra, cae á plomo, no se abalanza rugiente al espacio, no se arroja impetuoso, sucumbe exánime como un gladiador hercúleo que inclina la cabeza sobre su pecho para espirar; y así como el humo es el esqueleto de la llama, el polvo de agua es el espectro de la catarata que se eleva ceñido del íris, como un fantasma de la inmortalidad.

En aquel punto no percibí, como todos dicen, circular la caida: á mí me pareció como una escuadra formada por las

rocas.... A pocos pasos de mí, un niño, sonriendo, tiraba piedrecillas y se divertia viéndolas desparecer en el raudal caudaloso de las aguas que caian....

Los chorros blancos parecian colgar de lo alto del abismo, la boca del abismo derramaba luz sobre la espuma, las puntas de las rocas eran como cabezas humanas que salian del abismo.

Con miles de trabajos, arrastrándome, sintiéndome inseguro, y en posturas que no eran para exhibidas, razon por la cual no me uní á mis compañeros, descendí hasta un punto en que la escalera se estremecia, y estaba como colgando sobre el abismo, bañándome las chispas de agua que se desprendian de la catarata......

Alcé los ojos, y los volví á cerrar con terror: aquel derrumbamiento, aquella caida, es superior á lo que el delirio mismo puede fingir ni la mente humana alcanzar; era como el desbaratamiento del universo, como si se asistiera al quebrantamiento de la tierra, al desplome de los astros. El trueno, el huracan, la tiniebla, la luz moribunda, la vida en su desquiciamiento estupendo.

¡Sublime Dios! aquellos mares no alzan con su revolucion tremenda una burbuja en el océano de tu eternidad! El espíritu planea sobre estos prodigios, como el águila en los vientos, y en la aspiracion á lo eterno, desparece, como la película de la hoja, este conjunto de maravillas!.... ¡Sublime Dios! alza á tí mi sér; suspéndelo contigo en el infinito, revélame los horizontes de tu grandeza; y esta emocion que se derrama de mi alma como ese inmenso raudal, me identifique contigo, mi fuente, mi raíz, mi padre!....

¿Qué templos, ni qué fórmulas, ni qué palabras pueden

contener lo que tú proclamas con esa majestad sagrada?....

Regresé de mi excursion, y mis compañeros duraban en la suya. Entréme entónces en un establecimiento cuyo primer piso lo forman un Museo y un almacen.

Se asciende por una escalera pequeña y se encuentra uno en un precioso mirador de cristales, circular y rodeado exteriormente por un corredor ó faja estrecha, con su balaustrada de cantería.

La vista que se disfruta desde allí, es magnífica: por una parte, el rio y las cascadas; al opuesto, edificios, tendidas sementeras con arboledas en sus confines; por aquel extremo, la poblacion americana; por el otro, el primero y segundo puentes, columpiándose sobre el abismo y dejando ver como en las nubes la locomotora y los elegantes carruajes abiertos que conducen á los sitios de placer.

Paredes, columnas, marcos y vidrios, están materialmente cuajados de millones de nombres, de inscripciones, firmas y recuerdos de los viajeros: el mirador es como un álbum inmenso en que parecen registrados los nombres de todos los mortales. ¡Impotente esfuerzo del renombre! delirio infantil de la vanidad! protesta contra lo efímero y perecedero de la existencia humana!

Me entretenia en recorrer el álbum singular de que acabo de dar idea, cuando fueron brotando de la cueva los viajeros del otro mundo, que me refirieron, cuando subieron á la torrecilla, sus impresiones.

Al descender de la torrecilla, vimos á los dos lados del pasadizo que da á la calle, dos departamentos: el de la izquierda, que es una especie de Museo, con curiosidades geológicas; y el otro, un almacen en que se expenden esas

mil chucherías que son la ambicion de los viajeros y el encanto de las ciudades.

Aderezos deliciosos de piedras blancas y trasparentes, pulseras, cruces, aretes, estrellas, bastones de las ramas de los árboles que circundan la catarata, y todo un repertorio de objetos de gamuza bordados de piedrecillas y cuentas nácares, azules, blancas y verdes.

Gorrillas caprichosas, *theuàs*, pecheras y yo no sé cuántas fruslerías dispuestas con admirable coquetería.

Pero la parte sustancial del riquísimo almacen son las vendedoras, porque de luego á luego se ve que su sin par hermosura y sus gracias, entran como parte muy principal en la especulacion.

Cada una de aquellas sirenas del Niágara, lujosamente vestida, con voz angélica y mirada amorosa, se apodera de un viajero, y le sonríe, le conduce, le mima, mostrándole primores.

Aunque el comprador tenga de granito las entrañas, aquellas sonrisas le conmueven, afloja los cordones de su bolsillo, y se hunde; por supuesto que el dengue, y la sonrisa, y la mirada, se incluyen en las facturas, y son fabulosas las exhibiciones.

Mis lectores, que poco más ó ménos conocen la calidad de sus compatriotas, se harán cargo, por esta indicacion, de lo que serian en aquella estancia, al medirse las proponentes las sogas, dejando al descubierto el seno de alabastro; al pugnar por ajustar una pulsera al hijo de Moctezuma; en una palabra, al entretenerse en trato íntimo con aquellas *mercadelas* tan provocativas y seductoras.

Los jóvenes que hicieron allí sus compras, se desmore-

cieron, se despilfarraron y salieron con cargamentos de soguillas, cuentas y abalorios.

A poca distancia del Museo, un saltimbanqui nos invitó, *por cuanto vos*, á que pasásemos á un cuartito circular completamente á cubierto de la luz.

El cuartito es una muy curiosa cámara oscura, en que sobre una mesa cubierta con un lienzo blanco, se disfrutan en miniatura y en movimiento, los paisajes ya descritos.

La oscuridad completa, las exclamaciones de viajeros y viajeras, y la novedad de aquel cuartito contingente, no dejan de tener su atractivo.

Tomamos unos carruajes y dijimos á los aurigas nos llevasen al puente colgante antiguo, que está como á dos millas de la catarata: fué construido bajo la superintendencia de M. Roebling, y tuvo de costo quinientos mil pesos.

Los wagones del ferrocarril Great Western, pasan por el puente á unirse con el ferrocarril central de Nueva-York.

Ahora sí que no se escapan mis lectores de que les copie las dimensiones de este gigantesco puente:

Extension de los palmos de centro á centro de las torres................	822	piés.
Altura de las torres del lado americano.	88	
Idem en la parte del Canadá.........	78	
Idem de los rastrillos sobre el agua...	258	
Número de cables de alambre..........	4	
Diâmetro de cada uno..............	10¼	pulg.
Número de alambres en cada cable....	3,659	
Fuerza agregada á los cables.........	12,400	ton.
Peso de la superestructura	800	
Cargas màximas.....................	1,250	
Peso máximo que pueden soportar cables y extendederas................	7,309	

Nota.—Los primeros alambres fueron echados al través del rio por medio de un papelote. (*Cop.*)

Poco más abajo del puente, del lado americano, nos apeamos para ver, como á media milla, lo que se llama Whiripol, el Vórtice ó la Olla.

El rio se inclina á la derecha entre derrumbamientos de roca y forma como un arco; las aguas, al estrellarse en la inmensa curva y retachar en el muro frontero, forman un tremendo remolino, desgarrándose y levantando altísimos plumeros de agua en proceloso tumulto.

No obstante los peligros inminentes que en semejante punto se perciben, el vapor *Maid of the Mist* ha hecho por allí sus viajes, siendo para los pasajeros un atractivo desafiar riesgo tan espantoso.

Cerca de las tres de la tarde regresamos al hotel, donde me esperaba para comer mi querido pintor italiano.

El pintor habia recogido todas las anécdotas que se cuentan sobre el Niágara, excursiones peligrosas, caidas tremendas, episodios trágicos y suicidios horripilantes.

Con su fisonomía animadísima y su semblante expresivo, me hablaba de cuadros que tenia en su mente, y deseaba con el ardor del artista trasladar al lienzo.

—Ya conoce vd. el rio ántes de la gran caida, con sus aguas en que se quiebran los rayos del sol: figúrese vd. una jóven de angélica hermosura, con el cabello desordenado por el viento, el velo flotante sobre los bucles de oro de su espalda. Está en una barca pegada á una roca; se ha levantado y se inclina á coger una flor que temblaba sobre su delgado tallo al borde de la caida: de repente una ráfaga de viento la barre y la precipita en el abismo.... ¿qué le parece á vd. ese cuadro?

—Perfectamente.

—Esa señorita es Marta K. Rugg, de Lancaster, cerca de Boston: la desgracia ocurrió en 19 de Agosto de 1844.

Vea vd. otro cuadro:

Es una barca que lleva irresistible la corriente por ese rio impetuoso: en la barca, que estaba atada á la orilla, jugaban dos niños á la vista de la madre.... el cable se rompe, la barca se desprende, la niña ha salvado moribundo á uno de sus hijos.... el otro sigue en la barca y le tiende alegre sus bracitos, corriendo al precipicio en que perece, cruzando sobre la mole de la cascada....

—Eso es magnífico!

—Esa se llama la escena de los hijos de Mr. White.

Tambien creo, continuó el artista, que se podria sacar partido de esta otra tradicion:

—Ya escucho á vd.

—Hace años llegó á visitar la catarata una familia, compuesta del padre de ella, la mamá y una jóven verdaderamente hechicera: parece que el viaje se habia proyectado para divagar á la niña de unos amores que reprobaban sus padres.

No contaban los médicos del amor con que el contrabandista piensa más que el guarda.

A excusas, con cuidadoso disfraz y rodeado de precauciones, seguia el galan perseguido á su adorado tormento.

Llegó al Niágara, se alojó en hotel diferente de los objetos de sus cuidados, y tuvo frecuentes entrevistas con la niña.

Esta le dijo que la esperase en una barca, en punto seguro que marcaron, y que allí se reunirian.

El dia dispuesto para la fuga, ántes de amanecer, la ena-

morada jóven fuése sola á la isla de Goat; allí desgarró en las ramas de unos árboles su *schal*, arrojó al torrente su gorro, su sombrilla, sus enaguas interiores y su corsé, y á la hora citada se reunió al amante.

Los padres de la jóven, despiertan, la buscan, inquieren, siguen sus huellas y retroceden espantados cuando ven los girones del *schal* y señales evidentes del suicidio espantoso.

Los novios, entre tanto, seguian su camino en el colmo de la felicidad, llevando el amante vencedor á la señora de sus pensamientos, casi desnuda, en medio de la corriente impetuosa.....

—En efecto, podria un hombre como vd. hacer un bello cuadro de esa leyenda.

—Por último, me dijo mi pintor satisfecho, creo que está ya hecho el siguiente cuadro y que solo falta trasladarlo al lienzo. Es muy sabido de todo el mundo y se encuentra en todas las guías de viajeros.

Un indio que bogaba en lo más hondo y rápido del rio, fué arrebatado por la corriente; luchó, se esforzó, ¡pero todo trabajo fué inútil! Entónces, grave y altanero, dejó de combatir, se asentó con majestad en el centro de su canoa, se envolvió tranquilo en su manta, y grande, sereno, imponente é impasible, se abandonó á la corriente, y se le vió erguido, cuando su canoa saltaba sobre el abismo y desaparecia en la eternidad....

—Realmente es sublime ese desden: es de lo más épico ese triunfo del espíritu sobre la muerte....

Los compañeros habian salido á paseo; mi artista tenia quehaceres que desempeñar, y yo aproveché la ocasion para abandonarme á mis sueños, visitando las islas.

Tomé solitario mi camino para la isla de Goat: salió como á mi paso ese torrente formado por la furia y el desencadenamiento de un mar.

A la entrada de la isla hay un puente de fierro, formado de un largo y amplio carril de gruesos vigones, y á los lados, tendidos arcos de cerca de tres varas de altura, con sus enverjados de fierro, pero los arcos desunidos, que dan al puente bellísimo aspecto.

La isla tendrá media legua de extension; la rodea amplia calzada por donde transitan caballos y carruajes. El conjunto tiene semejanza con la parte del bosque de Chapultepec que da al Molino del Rey: de trecho en trecho hay bancos de césped, asientos y glorietas, ocultándose cuidadosa la mano del arte para que resalte el aspecto grandioso y salvaje de aquel sitio delicioso.

Cuando llegué á la isla, habia varios paseantes; en uno de los puentes de madera se hallaba un jóven de rubia y ensortijada cabellera, escribiendo con su lápiz en uno de los pasamanos del puente.

Yo no sé por qué, del modo más inopinado, á la vista de aquel gallardo jóven, en cuyo semblante creia distinguir el reflejo de la inspiracion, me preocupó aquel episodio del Castillo de Chillon que refiere Dumas en sus "Impresiones de Viaje."

"Contemplaba el castillo en ruinas, dice poco más ó ménos, cuando un desconocido se adelantó á mí, penetró en uno de los calabozos, permaneció allí algunos minutos y salió con el emboce á los ojos; yo le seguí curioso con la vista, y me pareció que su andar era desigual; penetré al punto en que habia estado el desconocido.... busqué, inquirí si ha-

bia dejado alguna huella.... y ví recientemente grabado en la piedra, de una manera tosca é imperfecta, este nombre: BYRON."

Yo, sin ser Dumas por supuesto, me esperaba un desenlace semejante con aquel jóven desconocido.

Esperé á que concluyera de escribir.... concluyó en efecto.... apénas se alejó, cuando me acerqué á devorar con los ojos lo escrito.... Es de advertir que el puente es un punto de vista magnífico, desde donde se percibe parte del rio y la gran caida del Niágara.... Acerquéme: lo que habia escrito el yankee, porque yankee era mi ideal poético, era una cuenta de cueros de res, harina y sebo.... Dios me tuvo de su mano para no darme de bofetadas por mi desengaño!

Costeando entónces la isla por toda la calzada que da al rio, y cercano á otro descenso que tiene el nombre de *Cueva de los vientos*, nombre comun á varios puntos, encontré á un hombre que venia hácia mí fumando, y á quien pedí la lumbre: contestóme en correcto frances, y no faltó motivo para emprender conversacion.

Díjome mi nuevo conocido que los primeros visitadores de aquella isla fueron unos oficiales franceses, que en 1785 fueron conducidos allí por unos indios; que la isla la compró despues Mr. Noah, quien habia soñado hacer de aquel punto el refugio de todos los judíos del globo.

Con voz lúgubre é imponente me relató la historia de Francisco Abbot, llamado el Ermitaño:

"Apareció el misterioso personaje al Oeste de la isla de Goat, sin antecedente que diera á conocer su procedencia; formó una cabaña de ramas de árbol, y no se tenia conoci-

miento exacto de cómo proveia á su subsistencia, porque vivia en rigurosa incomunicacion.

"Durante el dia, y en general en el buen tiempo, no salia de su choza. Pero cuando las tempestades se desencadenaban, al brillo de los relámpagos y á los estampidos del trueno, salia de su cabaña, corria, levantando los brazos y lanzando gritos, á las orillas de los abismos, dando muestras de infinito placer.

"Esto era á mediados de 1830: en 1831, en medio de una de esas escenas de terror, se lanzó á la corriente de la catarata, y su cuerpo, aunque muy mutilado, se encontró catorce millas más abajo de la caida, cerca del fuerte del Niágara."

Seguí en mi paseo: á mi derecha como que se recortaba el borde, presentando varias hundiciones ó claros en que se distinguian espantosas profundidades. Al inclinarme en una de ellas, contemplé agarrándome de las rocas, una escalerilla de palo con escalones débiles y volados, á una gran altura. Temiendo desvanecerme, me senté en el primero de los escalones, y así fuí descendiendo, sintiendo estremecerse de un modo alarmante la escalera; llegué á un descanso, de él se desprende en la roca viva un corredor con su fuerte barandal de madera: es un balcon suspendido sobre el rio ántes de bifurcarse y de caer, y desde donde se percibe en toda su grandiosa, su espléndida, su magnífica extension. Es más de una legua su anchura: desde aquel punto no se perciben con exactitud sus límites.

Arranca el tropel tempestuoso de las aguas desde el confin del distante horizonte, de donde parece saltar del cielo, que en aquel punto parece unido á la tierra: despues, en de-

clive rapidísimo, aquel vacío que se torna mar; aquel éter que se liquida, centuplicando en reverberaciones la luz que se funde; aquella claridad que se hace corpórea, hija del desquiciamiento del mar, parece precipitarse como una columna compacta, entrando por entre lejanas arboledas, corriendo como si á su espalda se agitase el huracan.

A cierta distancia, el lecho del inmenso rio ya no es un cauce; es un océano de peñascos como montañas, de trozos de ruinas, de fragmentos de mundo, que han salvado de trecho en trecho del naufragio la tierra, y donde quedan como guerreando en pié, convulsos y terribles, gigantes árboles que abaten sus ramas como si pretendieran ahogar á sus piés la corriente procelosa.

Aquel esparcimiento de piedras y peñascos, disperso muro, inútil resistencia de las aguas, impotente conato de su detencion y aquietamiento, rompe en millares de olas la corriente, las aisla, las individualiza, y en su vertiginosa impetuosidad, aullan, gimen, prorumpen en alaridos intensísimos, se desgarran, vuelan en fracciones y producen una gritería de articulaciones, como una insurreccion, un tropel, un tumulto, una locura imposible de describirse ni alcanzarse con la imaginacion.

La luz en cambiantes infinitas, vuela sobre las olas desencadenadas, en que se perfila, se dora y se quiebra en desmoronamientos imposibles, estalla en chispas, se recoge y destiende en ráfagas deslumbradoras, miéntras el movimiento remeda la cabellera, el ojo, el brazo, la espalda de cuerpos hundiéndose, desarticulándose y esparciéndose en pedazos, que se trasforman en figuras fantásticas y espantables.

Parece que el mundo todo corre en fracciones en el tor-

rente, y su ímpetu y su empuje son tales, que todo tiembla y se humilla en su alrededor. Parece que presienten su caida las aguas, y como que protestan, como que aullan, corriendo á su suplicio.

En la corriente de los siglos, en el impetuoso torrente del tiempo, ¿qué son las generaciones? ¿qué más da unas cuantas olas más ó ménos de esos que se llaman los dias y los años? ¡Miserable humanidad! ¡Risibles ensueños de inmortalidad mundana!

¿Qué es lo que impera en medio de este cataclismo? El infinito. . . . el infinito. . . .! Dios. . . . Dios. . . .!

Grande, profundísima impresion hizo en mí el Niágara; pero no sé por qué la vista de este torrente me sobrecogió más y me sentí grande cuando me llenaba de ella, la podia abarcar con mi alma y la superaba en mis aspiraciones á identificarme con la Eternidad y Dios . . . . . .

Atravesé el corredor de madera y salté á una roca que está coronando la caida de la catarata: allí hay unos fierros en ángulo perfecto, estribando en fuertísimos pilares tambien de fierro: el balcon permite inclinarse sobre las aguas, recogiendo los últimos instantes del torrente al precipitarse en el abismo de la sombra pálida de la caida.

En aquel lugar, y no obstante que el viento me importunaba y los últimos rayos del sol caian sobre mí, revistiendo las olas en hirvientes corrientes de púrpura y de llama, trabé mi brazo á uno de los pilares, saqué mi cartera y escribí con mi lápiz los siguientes versos, que no tienen otro mérito que ser un desahogo de mi corazon:

EN EL NIÁGARA.

¡Silencio! el infinito! el infinito!
Te miro al fin aquí, y átomo débil
Ante este golfo hirviente,
Donde mil ecos con tu voz resuenan,
Do tu mirada omnipotente brilla,
Reverente se dobla mi rodilla
Y al polvo pego mi altanera frente!
¡Gran Dios! gran Dios! desprende de mi seno
Un cántico sublime,
No con la voz del mísero que gime:
Con la pompa magnífica del trueno.
¿Ondas, de dó venís? De otras regiones
Correis como en tumulto despeñadas,
Os revolveis en contorsiones locas,
Y gemís al chocar despedazadas
En los pechos gigantes de las rocas?
Del Océano en vehemente descarrío,
Prófugas ondas, ¿con feroz bravura
Escalar pretendísteis el vacío,
Ebrias por el despecho y la locura?
¿O vibraciones de himno al infinito
Que el mundo alzara en entusiasmo intenso,
"Dios!" vais clamando en sempiterno grito
Hasta perderos en el mar inmenso?
Esas voces sin labios que se escuchan:
Esos cuerpos informes que se agitan:
Esos grupos que llegan, que reluchan,
Y al abismo en tropel se precipitan
Envueltos en la bruma,
Alzando montes de revuelta espuma!....
Esas furias de luengas cabelleras

Que visten ropas de ópalo y de gualda,
Que al morir nos contemplan hechiceras
Con sus ojos divinos de esmeralda!
Esas rocas de frente enaltecida
En trono de granito presidiendo,
Como mirando en sempiterna vida
Siglos y siglos á sus piés corriendo!....
¡Augusta Majestad! la tierra en vano
Tiende los brazos y te sigue amante;
Parece que á desviarte del destino
A tí se acerca temerario el pino,
Y al verte despeñar, su voz que gime
Se une al acento de tu voz sublime.
¡Ay! este es el espanto, es el suicidio
De la corriente, el delirar tremendo
Que se agita entre aullidos y terrores;
Que lucha, sus tendones retorciendo,
Y que esperanzas, ilusion, fulgores,
Pasan fugaces cual la vida pasa,
Como esa leve y delicada gasa
En que el íris derrama sus colores.
Cuánto más dulce, caudoloso rio,
En tu existencia sosegada fueras,
Música dando al blanco caserío
Y regando las verdes sementeras.
Acaso no escucharas de la gloria
Los mil acentos que tu pompa inspira;
Pero acaso no hallara tu memoria,
Ecos de vanidad y de mentira.
Silencio! y hable Dios: él es tu canto,
Y son tus aguas su sublime coro:
Los mil recuerdos en que tierno adoro,
Niágara, te consagro con mi llanto!

Mayo 4 de 1877. GUILLERMO PRIETO.

Eran las últimas horas del dia: con la luz del crepúsculo muriendo en los claros del distante horizonte, cobró el paisaje una majestad melancólica y sublime que embriagaba el alma con el infinito del amor y el ensueño.

Recorrí al paso, mejor dicho, ví las otras islas que llevan el nombre de "Las tres Hermanas" y otras, y regresé al hotel, rendido de sentir.

Recogido en mi cuarto, abrí mi cartera, y yo mismo me reí de las apuntaciones que hice frente á la "Herradura;" apuntaciones que son la prosa más pedestre que pude hallarme, á fuerza de buscar exactitud. Tiene la palabra mi prosaica cartera:

"Como si brotaran de un mundo desconocido, así se ven á lo léjos las aguas. Parece que se ha desquiciado el Océano.

"Abre sus brazos el agua y sorprende á las islas, que como que forcejean por huir de la corriente, dejando despedazados encajes á sus piés.

"Es deliciosa la vista de la espuma trémula y brillante sobre el verde oscuro de las aguas, que se redondean como cilindros de esmeralda en la parte superior de las rocas.

"El íris no lo ví como lo pintan, es decir, como un arco inmenso ciñendo la frente de la catarata; vuela en fragmentos, como si entre las aguas se hubiese despedazado el prisma.

"El abismo como que nos magnetiza y encadena, nos estira, da miedo, como que aprisiona.

"El estruendo es la voz del Niágara y como la revelacion de su grandeza.

"Al verse la catarata, se ve despeñar una inmensa cortina blanca y caer lentamente á plomo.

"El agua pierde su carácter: es como una inmensa y gruesa sábana con hondos pliegues.

"El torrente invade, batalla, se despedaza. La catarata sucumbe.... El agua verdiosa que corre á sus piés es cenagosa, vulgar, es la prosa; más aún, el bostezo.

"La gran catarata tiene realmente la figura de una escuadra: sobre ella se dobla el agua, se guillotina el rio. La corriente cae como en copos, en vellones formando canales, y cae con un rumor sordo que pone espanto en el alma."

Así como la intensidad de la impresion que produce la catarata no permite su prolongacion, así despues de haberse visto quiere volverse á ver de nuevo, como para iniciarse en sus intimidades, como sucede con el mar.

Yo queria que aquel espectáculo grandioso fuera para mí solo, hacerlo mio, absolutamente mio, como si se tratase de una querida.

Preocupado con este pensamiento, me puse de acuerdo con el portero del hotel, y á las dos de la mañana me ha llaba en el pretil de ladrillo saliente que ya conocemos al comenzar nuestra excursion.

Allí ví un guardia con su farolillo, que me examinó con marcada desconfianza y me siguió constante.

La luna brillaba entre nubes, el grande estrépito retumbaba en las tinieblas, y las casas cerradas, y los caminos solitarios, y las copas de los árboles dominando sobre el abismo, ofrecian un cuadro de encanto indefinible. Volví al hotel, y allí escribí los versos que siguen y dediqué á mi excelente amigo Néstor Ponce de Leon:

AL NIÁGARA.

En la noche me despierto
Por ver si la noche puede,
Hacer sombra que remede
La majestad del desierto.
Porque á contemplar no acierto
Tu grandeza soberana,
Entre la rutina humana
Que ruin en tu torno gira,
Y que miéntras más te admira
Parece que te profana.

Monstruo de horror que del cielo
Sublime te precipitas,
Y que tumultuoso gritas
Haciendo temblar el suelo.
Loco afan, eterno anhelo
De pasar para perderte;
Que en tu congojosa suerte
Agitada y combatida,
Vas como huyendo á la vida
Sin descansar en la muerte.

Llegas en marcha altanera
Por entre hondas soledades,
Y vienen las tempestades
Persiguiendo tu carrera.

Y cuando tu pompa impera
Rasgas el hirviente seno;
De horror y soberbia lleno
Te lanzas en el abismo,
Espantado de tí mismo,
Entre gemidos de trueno.

En tu ciego descarrío,
Hecho el corazon pedazos,
Tiendes al campo los brazos
Y lo aprisionas impío.
Al estrecharlo bravío
En tu avidez impaciente,
Se contempló en tu corriente;
Y en sus deliquios divinos,
Coronó de excelsos pinos
La majestad de tu frente.

¿Qué quiere el tropel errante
Envuelto en la blanca bruma,
Entre montañas de espuma,
Entre el tumulto irritante?
Es un mar agonizante
En terrible batallar,
Es de la onda el delirar,
El retorcerse, el sufrir....
Es que me siento morir
Mirando morir al mar.

Llega rio cristalino,
Raudo, tempestuoso, hirviente;
Despues inclina la frente
Entregándose al destino.

Grande el Hacedor divino
Tras velo sutil desata
Como un sudario de plata,
En que el íris sus colores
Rompe entre los resplandores
De la hirviente catarata.

A su pié la míré atento
Creyendo, sobrecogido,
Que caia ante mí fundido
Y en tumbos el firmamento.
En el discurrir violento
De aquel raudal infinito,
Como de un mundo maldito
Creyó ver mi mente loca,
Los cartílagos de roca
Y los huesos de granito.

¿ Qué es el hombre ? qué la suerte ?
¿ Qué es el ciego devaneo?
¿ Qué los sueños del deseo ?
¿ Qué es la vida, qué es la muerte ?
Dios poderoso, Dios fuerte !
Aquí te encontró mi amor :
Guarde este abismo, Señor,
Como signo de victoria,
En esos ecos tu gloria
Y en las aguas tu esplendor.

Tú morirás : habrá un dia
Que alumbre la luz serena,
Sobre tu lecho de arena
Tu congojosa agonía.

La frenética osadía
De ese tu girar incierto
Se extinguirá en el desierto,
Çontemplándote la gente
En tu esqueleto doliente,
Como se contempla un muerto.

¿A qué nuestra vanidad,
Mirando en tí al íris bello,
Lo interpreta como el sello
De la augusta eternidad?
Morirá tu majestad
Del tiempo al fatal vaiven,
Y te hundirá su desden
En los abismos profundos,
Con el polvo de otros mundos
Y con mi polvo tambien!

GUILLERMO PRIETO.

Mayo 5 de 1877.—Son las tres de la mañana.

A la salida de la luz, saludé reverente al 5 de Mayo, con mi pintor entusiasta, que amaba la memoria de Juarez y que lo mencionaba unido siempre á Garibaldi, en ese idioma de cielo que hablaron el gran Dante y mi querido Ludovico Ariosto.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 35.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

XIV

Camino de Albany.—Fábrica de Remington.—Albany.

A las nueve de la mañana se anunció el lujosísimo tren de Albany, y hétenos en marcha, confundiéndose el rumor de los wagones y el estruendo del Niágara, con los gritos de la locomotora que parecian vitorear la gran maravilla de Dios.

Corriendo iba nuestro tren, cuando Gomez del Palacio y Lancaster le alcanzaron, no sin grave riesgo, dando muestras de rara agilidad.

Yo, en circunstancia tan crítica, me habria quedado sembrado en el suelo como una papa.

Aunque me dijeron que íbamos á pasar por Rochester, Siracusa y Palmira, que son poblaciones interesantes, yo me

instalé en el cuarto de fumar, que estaba solitario, subí los piés en el asiento, hice atril de mis muslos, coloqué mi cartera, requerí la punta de mi lápiz y escribí lo que voy á copiar literalmente:

PATRIA.—5 DE MAYO.

¡Patria! ¡oh mi patria! al invocar tu nombre,
Llena la mente con tu luz de gloria,
Mi pecho de patriota, mi alma de hombre
Se inundan en la luz de tu victoria;
Enjugo el triste llanto,
Y dispersas las nubes del quebranto,
Brilla en los cielos, como sol, tu historia.
De orgullo y pompa, y de esplendor vestida,
Bella y convulsa con tu aureola de oro,
En medio de tus hijos insepultos,
En la tierra teñida
Con sangre, vindicando tu decoro,
La luz divina de tu excelso asiento
En tu infame verdugo reflejaba,
Augurio de baldon y de escarmiento.
¡Grande es la guerra! grande la matanza
Cuando encendidos de furor los pechos,
Los pueblos sin cuidar de su pujanza
Se levantan vengando sus derechos.
¡Grande es la guerra! entre el fragor tremendo
Se columbra un arco-íris de esperanza,
Se miran sus horrores con delicia,
Cuando descuella en medio de los héroes
Llevando su estandarte la Justicia.
Y así te ví, mi México querido:
A tí se lanza el Galo enfurecido:

Con las calumnias escupió tu frente:
Tu hermoso cuello amenazó su planta;
Fué escarnio el llanto de tus ojos bellos,
Y pegar quiso al suelo tu garganta
Para su alfombra hacer de tus cabellos.
"—Yo fuí tu amiga, te tendí mis brazos
"Y te senté en mi hogar.—Baldon y muerte!
"Mírame herida.—Tu dolor me alienta!
"Mírame desdichada.—Yo soy fuerte,
"Tengo sed de tu sangre y de tu afrenta...."
Clamó así el invasor..... sus estandartes
En alto van, relinchan sus bridones,
La faz erguida, undívagas las crines,
El sol irradia en vivos reverberos,
En el cuello que tienden sus cañones,
En las olas que forman sus aceros.
"Guerra!" gritan agudos los clarines,
Y marcando soberbio su camino,
En ese mar de horror alegre ondea
La bandera triunfal de Solferino,
Ceñida con los lauros de Crimea.
¿Dónde va ese torrente
A desfogar su saña omnipotente?....
Negra traicion le guía,
Descollando á su frente.
"¡Pueblos, en pié! que de la patria se oye
"El doliente gemir: en pié, valientes!
"Oidme montañas, escuchadme mares!
"¡Venganza y muerte! ¡Independencia y guerra!"
Y conmovida palpitó la tierra
Vibrando el trueno de la voz de Juares.
—Horrenda fué la lid! el extranjero
Escaló como furia las montañas,
Dejó como reguero,

Palpitando en la tierra sus entrañas.
El rayo, el trueno, el raudo torbellino,
Desatan en la tierra sus horrores;
Aturdida vacila la Victoria,
La luz en luto envuelve sus fulgores,
Y al fin estalla en ráfagas de gloria
El sol de Mayo que alumbró en Dolores.
A esa luz vimos tu divina frente,
Zaragoza inmortal, tu inmensa aureola
Ese sol fué, los cantos que á tus hechos
El renombre entonó, repercutieron
Cuando implacable el Dios de las batallas
A su justicia plugo
Poner en la picota á tu verdugo
De la Francia humillada en las murallas.
¡Gloria, sí, gloria y timbres de grandeza,
Pero ventura no: duelo y quebranto
Tendrá ¡oh mi patria! tu sin par belleza;
Divinos ojos, pero eterno llanto;
Coronas de laurel sobre tus sienes
Y espinas taladrando tu cabeza;
Pisando siempre con tu planta herida
La alfombra que recama tu riqueza;
Rasgando del dolor en la maleza
Su velo de oro tu preciosa vida.
¡Oh mi patria! ¡oh mi bien! tierno amor mio!
Yo siento como labios en mi frente
La tierra de tu suelo, de tus auras;
Mi pecho como tumba está vacío;
Tu sol falta á mi sér..... con no mirarte,
En mi alma siento de la muerte el frio:
Mendigo de la luz, hongo del suelo,
Llevo como cadena la existencia,
Y me insulta el sonreir de la hermosura

Y me hiere el placer de la inocencia.....
Ah! si fueras feliz, sobre mi llanto
Un rayo de consuelo luciria,
Como en el manto de la noche umbría
Tiemblan los resplandores de la estrella.
Si tú fueras feliz ¡oh patria bella!
Orgulloso la mano me pondria
Sobre mi abierta herida, y triunfal himno
A este sol de tu gloria entonaria;
Pero así desdichada, más te adoro,
Yo, el cantor de tu duelo y de tu luto,
Y á tu inmenso infortunio le tributo
En tu ara santa reverente lloro!

GUILLERMO PRIETO.

Al alzar mi lápiz de la cartera, desperté como de un sueño: mis amigos me hacian la guardia fuera del *smokin;* pero Pancho, prefirió que no almorzase á que dejara sin concluir los anteriores versitos: estábamos al frente de una poblacion, pregunté su nombre y me dijeron que no era un pueblo como me pareció por su aspecto, sino la famosa fábrica de armas del conocido Remington.....

Poco ántes habiamos pasado frente á *Siracusa*, famosa por sus fábricas de sal. Las operaciones de las salinas se hacen por medio del vapor y el comercio es muy considerable.

En Siracusa hay un excelente hotel, un buen teatro y un hospital, costeado por Remington, para cuya fundacion, que lleva su nombre, dió doscientos mil pesos.

Frente de Utica pasamos tambien: es un pueblo de tantos como hay en el camino, que tiene setenta mil habitantes, lindos edificios, frondosas arboledas y amplias calzadas.

La fábrica de armas de Remington, de universal reputacion, está situada en Ilion, condado de Herkirner, y gira bajo la razon social de "Remington é Hijos."

En medio de un terreno accidentado, lleno de árboles, sementeras y casitas pintorescas, se forma un círculo imperfecto de pequeñas y verdes colinas, y en su centro se encuentra la fábrica; mejor dicho, se encuentra la negociacion de catorce ó diez y seis edificios de diferentes dimensiones, formando cuadros con sus techos en desvan, sus chimeneas en alto arrojando humo, y la monótona uniformidad de ventanas con persianas perfectamente iguales.

Contigua á los edificios de la negociacion y unida á ella por amplísima y sombría calzada, está la poblacion, que cuenta de ocho á nueve mil habitantes.

La fábrica es no solo de grande y merecido renombre, por la excelencia de sus armas, por su riqueza y por las activas relaciones que mantiene con las principales naciones del mundo, sino por el sistema económico que sigue y puede servir de modelo para el mantenimiento de la buena armonía entre el capitalista y el trabajador.

El trabajo por participacion se sigue con grande escrupulosidad, y el resultado es que no hay un solo individuo que no tenga interes en la prosperidad creciente de la negociacion.

Los Sres. Remington é Hijos son propietarios de edificios y maquinaria; pero el trabajo se hace por contratos con los representantes de los grupos ó secciones en que se dividen.

Cada contratista, de los que hay más de treinta, asume la responsabilidad de su obra y busca operarios á propósito

para su desempeño, discutiendo el precio y en el precio entrando el cálculo del interes recíproco.

El sistema expuesto está ligado con el de la subdivision del trabajo.

Cada una de las piezas de que se compone una arma, se fabrica en oficina separada, dándose lugar á su celeridad y perfeccionamiento.

Se calcula que se invierten treinta y tres dias en las ochenta y tres distintas operaciones necesarias para concluir un fusil Remington, desde el cilindro de acero fundido, hasta que llega á manos del ensamblador, convertido en brillante tubo, calibre 50, para entregar á México por ejemplo.

El tren que nos conducia hizo parada, como todos los que por allí atraviesan, porque así lo exige el tráfico de la fábrica, y entró á nuestro carruaje un jóven á quien yo habia conocido y tratado en México en la casa de D. José María Sanchez.

Es José María Sanchez, hermano de D. Delfin, enlazado con la distinguidísima familia del Sr. Juarez.

Entró como dependiente en la casa de Remington, y á fuerza de inteligencia y trabajo logró un rango superior en la negociacion, viniendo á México en calidad de su apoderado y haciéndose en esta plaza, por su finura, formalidad y honradez, de generales simpatías.

El jóven transeunte á que me refiero es amantísimo de México, para mí la primera de todas las recomendaciones: agobiélo á preguntas, charlamos y remojamos la palabra como debe hacerlo la gente que se respeta.

Aprovechando el tiempo y el corto descanso del tren,

desde la plataforma le señalaba los edificios que más llamaban mi atencion, pidiéndole explicaciones.

—¿Y ese edificio, el más grande de todos, que tiene cinco pisos, y como que se aisla adelantándose á los otros?

—Esa es fábrica de instrumentos de agricultura, en que se fabrican máquinas baratísimas de las más recientes invenciones, y se expenden palas, picos, arados, hoces, rastrillos y cuanto puede necesitar la finca de campo mejor montada.

—Más acá estoy viendo otro edificio muy aislado, de tres pisos.

—En efecto: esa es la fábrica de cartuchos.

El primer piso está destinado á cortar el metal en ruedas como pesos, segun el calibre del cartucho.

El segundo piso contiene la maquinaria por donde se estira el metal, que pasa por seis operaciones ántes de poder recibir la bala.

El tercer piso es el de primor: es un paraíso que alberga á la coleccion de muchachas más lindas que puede vd. imaginar: trescientas de estas criaturas están exclusivamente destinadas á poner la pólvora en el tubito metálico y colocar el fulminante, operaciones curiosas que requieren, así como el engrase, mucha delicadeza.

Está aislado el edificio, porque es un gran depósito de pólvora rodeado de las más previsoras precauciones. En ese edificio ha llegado á construirse hasta un millon de cartuchos por dia.

Contiguo á ese edificio está el de esas maravillosas máquinas de escribir, de las que se han visto varias en México y de las que aquí se sirve todo el mundo con la mayor comodidad.

Escribe uno como quien toca un piano, y puede soltar pliegos y pliegos como por vapor, cuando está diestro, y sin experimentar cansancio; es como la máquina de coser para las mujeres: los hilvanadores de letras, harán tambien á centavo la vara de escritura, andando los tiempos.

—El grupo de edificios que se ve detrás, sí parece unido, observé á mi guía.

—Sí, señor; están unidos por puentes y se recorren todos sin tocar en tierra.

Al frente tiene vd. el despacho de Remington, viejo de fisonomía un tanto áspera, pero lleno de generosidad, sincero, franco y deseoso como pocos de hacer el bien.

La historia de los Remington es curiosa.

Hace algunos años, esto se encontraba muy poco poblado: en un rincon de esas llanuras, ahora cubiertas de fincas, arboledas y sembrados, entónces casi desiertas, habia un humilde rancho; en ese rancho trabajaba como oscuro campesino Eliphalet Remington, fundador de la actual casa.

Un dia el jóven Eliphalet, con la petulancia de un chico de ménos de quince años, pidió dinero á su padre para comprarse una escopeta.

¡Bonito el viejo para andar gastando en armamento! Por supuesto que el chico no vió un solo centavo del bolsillo paterno para cumplir su antojo.

Pero tratábase de un hijo del Norte, y si han puesto en su pabellon las estrellas, es para cogerlas con la mano. La negativa irritó al mancebo, á quien preocupó, sin descanso, la idea de la escopeta.

Entre los viejos enseres del rancho habia una fragua que en total abandono esperaba su ruina completa.

Eliphalet se dedicó á reparar la ruina; puso en corriente la hornilla, limpió el cañon de la chimenea, recorrió el fuelle, y la fragua quedó servible.

Con la misma diligencia de la reparacion, colectó fragmentos de fierro, los fundió, templó, pulió, y á poco tenia en sus manos un cañon que satisfizo su ambicion.

Faltaban la llave y la caja: emprendió, en cuanto pudo, un viajecillo á Utica, donde se conchavó con un armero, quien completó su obra, y cantó victoria el muchacho tenaz, fabricante de cañones.

El armero que proveyó de caja á Eliphalet, era hombre de conciencia; le elogió su trabajo, y el chico dijo: "Haré más cañones, puesto que me salen bien." Acreditóse la mercancía, la demanda de los cañones crecia y le dejaba utilidad.... *goahed*, adelante! y la fragua se acompañó de otra, y en dos edificios flamantes se construian llaves y cajas.

Tal fué la primitiva fábrica de Remington en la cabeza de la cañada, donde permaneció nueve años, extendiendo por todas partes su reputacion. (De 1816 á 1825.)

En 1825 compró Remington el terreno en que hoy está la fábrica y tiene el nombre de Ilion. En 1835, Eliphalet era rico fabricante y tomó parte en las contratas que la casa de Sprienfield y C.ª tenia con el gobierno de los Estados-Unidos.

Entónces la fábrica tomó mayores proporciones, y Eliphalet asoció á dos de sus hijos mayores de edad, á sus trabajos.

Con uno de los hijos de Remington se repitió la anécdota del pedido de una escopeta; pero Remington el capitalista, no era el labriego su abuelo; dióle el cañon de la es-

copeta al chico para que él fabricase la llave y la caja. El testarudo retoño del enérgico Eliphalet se dió tales trazas, que produjo al fin el fusil Remington, sin rival en el mundo, y fuente de la riqueza de la familia y del hermoso pueblecito de Ilion.

Vd. perdone mis divagaciones. Quedamos en la puerta del despacho. Entrese vd. de rondon y verá una gran sala tapizada de estantes, en donde hay armas de todos los tiempos y de todas las naciones, conservadas con delicado primor.

Pared de por medio del despacho, está la oficina del tesorero, que tiene en movimiento algunos millones de pesos.

A la vista del jefe de ese departamento, se ven como cuarenta tenedores de libros, de cada una de las secciones de las fábricas, y uno que los comprende á todos, como si dijéramos, encargado de la formacion, dia por dia, de la cuenta general.

Abandona vd. esa elegante oficina, pasa unos puentes, y el ruido, la llama y hombres como demonios, aturdiendo con sus martillazos en el yunque, le advierten que está bajo el dominio de Vulcano.

Cuarenta hornos despiden llamas y chispas en aquel lugar, que sorprende por su actividad y por su aspecto fantástico. Desde el tejo que envía Inglaterra, hasta el tubo reluciente que se coloca marcado en la caja, se ve en aquellas fraguas, pudiéndose seguir sus curiosas trasformaciones.

En otro edificio de tres pisos se trabajan percutores y martillos.

En otro, muelles reales; en el salon de junto se pulimenta.

En otro edificio se arman los fusiles.

Por último, la carpintería no es un taller, sino un palacio en que se ostentan los adelantos más recientes y costosos.

Por cientos de miles se cuentan las armas fabricadas para todas las naciones. Oiga vd. lo que recuerdo:

España.................	500,000
Egipto.................	250,000
Francia................	300,000

Muchos miles las repúblicas americanas, entre las que figura México con 40,000.

El capital invertido en edificios y maquinaria se calcula en cinco millones de pesos, sin que entre en esto el capital circulante, ni me sea fácil calcular el movimiento de caudales.

Siento que no pueda vd. ver el pueblo nacido de la fábrica, en que se gozan los beneficios de la civilizacion, y la casa del Sr. Remington, que á todo el mundo dispensa una hospitalidad generosa, y á quien mucho aman por sus relevantes virtudes.

Vdes. para sus instrumentos de agricultura podian haber aprovechado esas relaciones, tanto más, cuanto que Pepe Sanchez conoce á México y es el apoderado solícito de Remington.

—Pero como no tiene casa abierta....

—¿Cómo no? Calle de Plateros núm. 4....

—Yo creí que solo se trataba de máquinas de coser, y de que las despacha una jóven lindísima y muy apreciable.

—Eso le trabucó á vd. las ideas.

—Bien puede ser....

Poco despues de haber oscurecido, llegamos á la estacion de Albany, gran capital del Estado de Nueva-York.

Era sábado, es decír, dia de gran movimiento: los guías que nos secuestraron, apoderándose de nuestros equipajes, nos dijeron que eran innecesarios los carruajes, puesto que el hotel á que íbamos á parar, estaba á unos cuantos pasos de distancia. Pero esto lo dijeron haciendo líos, cargando maletas y penetrando como caballos desbocados entre un mar de gente que nos empujaba, nos hacia variar camino y nos amagaba con dejarnos á la ventura, flotando entre la multitud: tiendas, luces, carruajes, todo formaba torbellinos y nos envolvia, con especialidad á mí, bobo y distraido por demás.

El trayecto de la estacion al hotel me pareció interminable: empujones, magullones, codazos, rizas y extrañezas acompañaron aquella procesion de fardos, que cayeron al fin en el renombrado Hotel del Globo, cuya muestra es un farol esférico de vidrios encarnados.

A la entrada del hotel tuvimos la fortuna de encontrar á D. Andrés Cupia, muy conocido en México como empresario del extinguido Circo de Chiarini.

Este caballero, atento y servicial, facilitó los arreglos de instalacion, y hétenos descansando en nuestros aposentos.

Aunque el hambre me hacia insinuaciones urgentes, la quietud imperturbable del comedor me impuso respeto.

Busqué la cantina y el despacho: tenia más bien aspecto de sacristía, por lo mústio de la gente y la frialdad dominante en cuanto me rodeaba.

El Globo, si mal no recuerdo, está en la calle de la Perla, calle en ese momento invadida por un gran gentío; las da-

mas con sus túnicos largos y sus gorritos; los caballeros con el sorbete bajo de copa y ancho de ala, chalecos blancos, holgados sobretodos de alas volantes, grandes cadenas de acero y zapato bajo con hebilla, con cierto aire pretensioso y grotesco, que no habia visto en otra parte.

Entré en un *bar-room* mugroso y ahumado, con sus antepuertas de alambre, situado en el subterráneo ó *bassement* del hotel.

Crucé á la acera de enfrente, donde me vieron la pinta de extranjero en un *restaurant* de apariencia elegante, unos criados ceremoniosos y pedantes: me cobraron dos pesos por dos piltrafas perdidas en un bosque de perejil, unos truscos de mantequilla, y un café abominable.

Volvíme á la estancia, bien lóbrega por cierto, del Hotel del Globo.

Allí me encontré en la mesilla de noche una gran Biblia, y en la pared, en que se hace de un huésped un *kuakero*, un reglamento como para un fraile meditabundo y austero; advirtiéndose que en aquel hotel á nadie se servian, ni se permitia el uso de los licores, porque era un hotel de temperancia.

Fiebre tenia yo de verme sujeto á tanta gazmoñería y tanta regla conventual; jamás la tiesura y las pretensiones cortesanas me cayeron más en desgracia.

Estaba realmente desesperado.

Para ahuyentar en lo posible mi mal humor, abrí mi guía y copié:

"ALBANY.—Capital del Estado de Nueva-York, situada á la orilla occidental del rio Hudson, 80,000 habitantes.

"Fundaron la ciudad los alemanes en 1614, un poco más

abajo de donde se encuentra la ciudad actual, donde se construyó el Fuerte Orange en 1623. Este fué el primer establecimiento europeo, en los trece Estados originales que formaron la Union.

"La ciudad fué conocida con los nombres de Veaberwyk y de Williams Tadt, ántes que recibiese su nombre actual en honor del duque de York y Albany, despues Jacobo II.

"En 1664 cayó en poder de los ingleses: en 1798, se declaró capital del Estado."

Por otros datos que pude procurarme, vine en conocimiento que la importancia comercial de Albany es muy secundaria en el Estado de Nueva-York. Debe la importancia que tiene á su posicion sobre el Hudson y sobre los canales Erie y Champlain. Se comunica con el lago Ontario, y por consiguiente con el Mississippí, Missouri y San Lorenzo.

Líneas directas de ferrocarril ponen á Albany en comunicacion constante con Boston, Búffalo y Nueva-York, circunstancias que harán que acrezca su comercio. Los artículos principales de éste, son: maderas de construccion, harinas, lanas y varias manufacturas, entre las cuales la del tabaco tiene grande importancia.

Copiando, copiando, y entre si sigo, y si cierro los ojos, y entre si escribo ó si borro, me quedé dormido.

Al despertar, me sorprendió muy agradablemente el toque de las campanas: primero me pareció, y despues me persuadí, que tocaban sonatas con bastante perfeccion.

Asoméme á la ventana de mi cuarto; la ciudad estaba de todo punto desierta; el silencio dominaba desde los altos

edificios, uniformes, austeros y monótonos como todos los de los Estados-Unidos.

Las líneas de vapores y los trenes estaban suspendidos. Era mucho eso de comulgarse veinticuatro horas en la ciudad desierta y en un hotel obligado á claustro de temperancia.

Reinaba en el hotel un silencio sepulcral, entristecian sus angostos claustros y sus cuartitos como celdas.

Sonó la campana lúgubre del comedor. A la entrada de éste se nos presentó un maestro de ceremonias de peinado pretensioso, gran furia, abultados bucles, frac, y corbata blanca, con la servilleta blanca bajo el brazo, que nos señaló, conforme graduaba nuestra categoría, los asientos que debiamos ocupar, extendiendo el brazo con majestad impertinente y pedantesca.

Como movidos por un resorte, los de la pequeña colonia mexicana le hicimos una seña de renuencia, y nos instalamos todos reunidos, provocando el primer desazon al gendarme aquel tan ceremonioso.

Para el servicio de las mesas habia una excelente coleccion de muchachas de tinte devoto y timorato, pero por lo mismo de cierta atraccion no del todo despreciable en aquellas alturas monacales.

Una amiga de esas *ladies* servidoras, M. Emma, fué objeto de mi especial solicitud: era alta, desembarazada, atenta, sabia frances, y detractando al maestro de ceremonias, mi maledicencia abrió el camino de las simpatías á la colonia mexicana; pero á pesar de sus generosos esfuerzos, la comida americana en su último grado de perfeccion, tan insoportable para nuestros estómagos, en su degeneracion en aquella



LIT. H. IRIARTE, MEXICO

El Niágara.

casa era otra cosa; era la fantasmagoría, la impostura de los manjares, la suplantacion de las formas, la calumnia de la alimentacion.

Era la hoja de higuera cocida, llamada lechuga; las bolas de astillas de carpintero, apellidadas papas; la vaqueta remojada, designada con el nombre de *biftek;* el engrudo, desfigurado con el título de puré; la hacha de fierro pasada por la grasa, y dada á conocer como costilla.

Y todo esto servido en unos platos del peso de media arroba, de cantería barnizada, en tazas que hacian abrir los labios como un freno, con picheles en el medio de las mesas, como parvulitos en paños menores: nada de mantel.

Pedimos vino.... y se nos vió con desden, sin darnos respuesta....—Pues dénnos vdes. cerveza.—El maestro de ceremonias nos volvió la espalda.

—¿Pero qúién ha dicho á vdes. que nos hemos de alistar en la temperancia los que vamos pasando?

Esto dije como recado á Emma, para el maestro de ceremonias. Emma, yo no sé cómo tradujo, que el D. Fachenda de las ceremonias bramaba como toro: yo le preguntaba: —¿Qué es lo que dice?—Tonterías.—Y Emma le plantaba otra banderilla que bufaba, atribuyéndome no sé cuántas indignidades.

De todos modos, Emma fué mi protectora en Albany: era una flor de azahar caida, por una caprichosa inconsecuencia de la suerte, en un tazon de chapurrado añejo.

Albany está construido sobre colinas cuyo descenso es al rio, y desde su orilla, alzándose la vista, se distinguen en las alturas edificios magníficos, templos suntuosos, plazas y arboledas de delicioso aspecto.

Yo me dirigí solitario al muelle rodeado de almacenes cerrados, *restaurants* sin gente y tercios regados bajo los portales.

La calle del Estado sube un escalon escarpado desde el agua, limitando al fin de la calle la vista, la plaza del viejo Capitolio edificado en 1807.

El Nuevo Capitolio que se está construyendo será un edificio que solo tendrá rival en el gran Capitolio de Washington.

Construido el Nuevo Capitolio en la parte más alta de la ciudad, su torre tendrá 320 piés de altura.

La librería del Estado contenida en un edificio cuadrado, á prueba de fuego, tiene 86,000 volúmenes y varios objetos curiosos, entre ellos una espada y una pistola de Washington.

La casa de gobierno, edificada en 1843, es de mármol blanco, y tuvo de costo 350,000 pesos: en ella están las principales oficinas.

Siempre con mi guía en la mano, ví la parte exterior, porque todo estaba cerrado, de la casa del Ayuntamiento, que costó doscientos mil pesos.

Un viejecillo italiano que me encontré dormitando en un café, y que como yo, parecia rebelde á las sociedades de temperancia, me dijo que haria bien en procurar ver los varios bancos de la ciudad, que tienen en giro sobre dos millones de pesos: me elogió el Observatorio, fundado por Mr. Blandina, que tiene una buena librería y magníficos instrumentos.

Del Colegio de Medicina y de su valioso Museo, me habló tambien con mucho encarecimiento. La Escuela de Jurisprudencia de Albany, es de las mejores del país.

El viejecito italiano, de ojos pequeñísimos, cara joco-séria, nariz de alcatraz, boca desdentada, y gran tomador de rapé, es hombre á mi juicio entendido, y como me dijo, tenia hambre de hablar en su idioma.

—Lo que yo quisiera que vd. viese y examinase, me decia, era la Escuela normal de Profesores: aquí la educacion es una ciencia, el arte de enseñar está elevado á la categoría de los primeros conocimientos humanos.

Por otra parte, las asociaciones hacen prodigios.

La asociacion de los jóvenes tiene una biblioteca de doce mil volúmenes.

La de los aprendices, cinco mil.

La del instituto, nueve mil.

Vea vd., me dijo por último, el edificio en que están depositadas las colecciones públicas de historia natural, geología y agricultura. Es de los más interesantes edificios, y en ellos tiene entrada todo el mundo.

Despedíme del viejecito, despues de pedirle instrucciones para ir á la Catedral y á la iglesia de San José, los más famosos templos de que tenia yo noticia.

La Catedral es un vasto edificio con sus torres puntiagudas, bastiones, ojivas y una mezcla de estilos que la afean y complican, á fuerza de querer imitar las iglesias europeas de la edad média. El interior es espacioso y tiene capacidad para cuatro mil asientos.

Más que la iglesia de San José me agradó la de San Pedro, hermosísimo edificio de correcto estilo gótico. Dícese que posee un magnífico juego de plata para el servicio de la Comunion, regalo de la reina Ana para los indios Conondagas.

No me fué posible visitar la parte norte de la ciudad, que se dice es la que contiené más suntuosas habitaciones, en edificios que, como la Penitenciaría, gozan de renombre en todos los Estados-Unidos.

Literalmente producia pavor andar en las calles desiertas; el ruido de los pasos se oia á distancia, y el encuentro con otra persona producia extrañeza.

Las calles de la Perla, la llamada Hig-Street, la de Jay, ostentan grandes edificios, muros cubiertos de muestras y letreros: animadas, deben producir sorpresa y contento al viajero; pero en aquel momento de catalepsia dominical, me produjeron tristísima impresion.

Al volver al hotel, en su despacho, me presentaron á la familia de una niña Zárate, que con el carácter de liliputiense, se estuvo exponiendo en México en compañía de otro parvulillo en diminutivo.

Confieso que yo no soy afecto á esos espectáculos en que aparece envilecida y como descarriada la naturaleza; esos personajes de un cuerno en la frente, de tres ojos, de rabo, desmesuradamente grandes, ó exageradamente pequeños, me parecen ejemplares echados á perder, que léjos de darse á luz, deberian guardarse cuidadosamente.

La vista de la niña me hizo mal.

Tendrá poco más de tres cuartas; es morena, delgada, de voz chillona y su conjunto trae irresistiblemente la idea del monito, por sus saltitos, por la movilidad de sus ojos, por sus movimientos caprichosos.

Por otra parte, yo bien conocia que los padres de la niña, que son personas excelentes, hacian bien de sacar partido de aquella extraña produccion, en beneficio de la misma ni-

ña; pero me contrariaba que conocieran á las mexicanas en aquella abreviatura raquítica y enfermiza. Por fortuna, el angelito hacia su gimnasio y mostraba todas sus simpatías á Gomez del Palacio, quien muy grave, pero comedido y amable, celebró aquella monería de la naturaleza.

Yo descendí al despacho, donde nos reunimos para comer.

La comida fué tan mal servida, tan ceremoniosa y molesta para mí, como el almuerzo, no obstante las atenciones de Emma, único rayo de luz social en medio de aquella temperancia, de aquella tiesura y de aquella repelente gazmoñería.

Al concluir nuestra desabrida colacion, porque no puedo darle el nombre de cena, el Sr. Cupia me dió algunas cartas de recomendacion para Nueva-York.

La casa de Cupia en Nueva-York es casa de huéspedes, y como conocen sus directores nuestras costumbres, el servicio es el mejor y más cómodo que se puede apetecer en aquella gran ciudad.

En aquella casa vivió mucho tiempo la familia del Sr. Juarez; allí residió Berriozabal; allí se prodigaron cariñosos cuidados al Sr. Doblado, quien murió rodeado de aquella familia generosa; allí vive Felipe Mantilla, amigo nobilísimo de los mexicanos, honra de las letras por su saber, y de la humanidad por su levantado corazon.

Nuestra conversacion se animaba: Emma, que tenia cierto rango en la casa, se acercó y me hizo algunas preguntas sobre México, y yo, hambriento de charla, con unos ojos seductores al frente, comencé á hablar de mi tierra, sin exageraciones, sin una sola cosa fingida por mi mente, pero con la pasion que es de suponerse.

Llamaron á M. Cupia unos amigos, y yo quedé en el extenso despacho, sin cuidarme de entrantes ni salientes, describiendo á Emma un México tan risueño, tan encantador, que me saborea ahora mismo que estoy escribiendo en mi estancia sombría, con un velon al frente, mis cigarros á granel sobre la mesa y rodeado de la fria atmósfera de la soltería.

Brillaban los ojos verdes de la linda irlandesa, con la pintura de nuestros volcanes y nuestros lagos, nuestro paseo de la Viga y nuestro Chapultepec romancesco.

Por supuesto, que puse en relieve la libertad, las consideraciones de que gozan y el bienestar de muchos extranjeros.

A la media hora de conversacion, Emma estaba casi decidida á marchar á México: yo, al principio, le ofrecia toda clase de facilidades; pero confieso que su resolucion me alarmó, y hablé algo de vómito y de lo riesgoso de la navegacion.

Pero Emma era una amiga que no queria abandonarme y que á su vez me procuraba todo género de facilidades.

Confieso que no me divertia mucho eso de volver á México con la adquisicion americana. ¡Oh, qué holgorio para mis buenos amigos! ¡Oh, qué cosecha para la caricatura! ¡Oh, y qué despabilado viejecillo con la *lady* viajera llenando las calles!

¡Por vida del demonio! El flujo de lengua me tenia en un apuro. En los ademanes, en los arranques, en aquella expedicion de Emma, conocia, sin que me quedase ninguna duda, que aquella criatura me iba á manejar como un chiquillo.

¿Pero hay cosa más natural que hablar con cariño de nuestra tierra?

Nada de gazmoñerías, Sr. *Fidel.* Vd. habló de cierta manera, y ha llevado vd. su merecida.

¿Y los sesenta inviernos? y las arrugas? y esa exigüidad de fondos que lo tienen en un *¡ay!....?*

—¡Oh! lindo México!.... yo va, y tiene mucho *dollar* y está listo.... Vd. siñor rica y de guberne, dice á M. Cupia....

—¡Jesus me ampare!.... Vea vd., señora, yo tengo que ir primero á Rusia, á ver en lo que quedan las cosas de la guerra.

—*Ecsatly:* primero vamos Rusia, y despues te vas por mí Chapoltepeca.

Yo me estaba ahogando materialmente, y comencé una especie de retractacion, diciendo que los lagos producen fiebres, que hay víboras de cascabel en Chapultepec y que los bandoleros hacen horrores.... esencialmente con las irlandesas.

Yo no sé qué trastorno produjo en mi cerebro aquella resolucion de la irlandesa, que me dormí despues de mucho tiempo de dar vueltas en la cama, con extraña inquietud.

Soñé, por esas incomprensiblcs extravagancias de los sueños, que me encontraba en una de las llamadas *Rejas* en los conventos de monjas. Es decir, una gran sala dividida por una gruesa pared, en cuyo centro habia un cuadrado con una gran reja de palo que daba á la parte interior del convento, y una gran reja de fierro para la parte exterior de la pieza que daba á la calle.

Por el lado del convento se ponian las monjas, por fuera

las visitas, y los medios de comunicacion eran: un torno incrustado en la pared y una cuchara con luengo mango, donde se ponian cigarros, dulces, etc., para los recíprocos obsequios.

Yo estaba con mis padres y algunos amigos, muy entretenido en ver por entre las rejas el patio del convento, sus flores y arbustos, su limpia fuente de azulejos y sus altos arcos con cortinaje de yedra, bañados con la luz del sol.

De repente se oyó un estrépito en la calle, volví los ojos y me encontraba absolutamente solo; mis padres, las visitas, las monjas, todo habia desaparecido: en la puerta de la calle habia un toro lanzando mugidos feroces, y me heló el espanto hasta la médula de los huesos, pero no vacilé; me lancé á la reja y comencé á escalarla con ardor febril: por mi fortuna, la reja se estiraba hácia arriba y me ponia muy distante del terreno invadido por la fiera.... aquello me alivió como de un gran peso; pero en mi rapidísimo ascenso, creí oir algun ruido tras de mí sobre los hierros de la reja: volví los ojos.... y ví que el toro, como si corriese por una superficie plana, ó como si estuviera dotado de piés y manos como yo, escalaba la reja en mi seguimiento. Creí entónces morirme de terror, las fuerzas me faltaban, mi angustia era indecible sobre toda ponderacion. Pero la extrañeza del caso me hizo volver el rostro de nuevo, no obstante estar á una inmensa altura, y entónces, ¡oh espanto! ¡oh asombro! ví que la fiera, pero no sé cómo, circuida de extrañeza y expresion diabólica, tenia una fisonomía humana; era.... el rostro de la irlandesa del hotel, con aspecto de toro feroz.... y me perseguia encarnizado y espantable....

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegan te impresion en 4º, buen papel, con su forro de color conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Ca pital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Impren ta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Sant Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de est casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

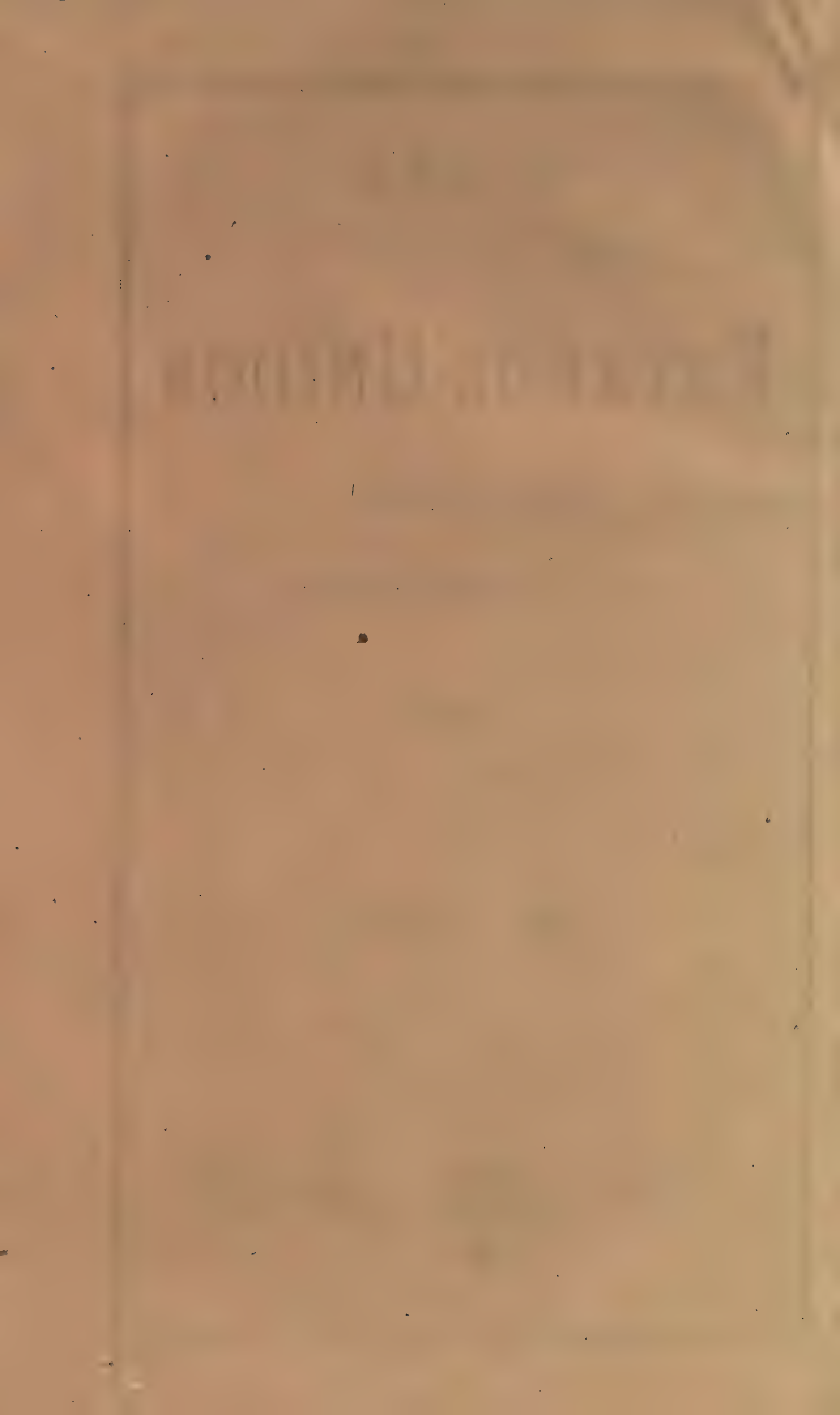
(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 36.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.



entónces me entró una convulsion horrible, crispáronse mis manos, me solté sobre el abismo y.... desperté!......

Desperté lleno de angustia, sudaba á mares..... la luz se insinuaba por las rendijas de la puerta: aquello me sirvió de infinito consuelo.

Sin ser visto, como un prófugo, como un ladron, abandoné el hotel, seguro de que Francisco arreglaria todo, y me refugié en la estacion, desde el alba hasta la hora de la salida de los trenes para Nueva-York, siempre temiendo á la irlandesa convertida en toro.

NUEVA-YORK

XV

El Parlor-Car.—El rio Hudson.—Los suburbios de Nueva-York.—La gran estacion del ferrocarril.—Entrada á Nueva-York.—Primeras impresiones.—Quinta avenida.—Plaza de Washington.—El hotel.—Primera excursion.—Brodway á prima noche.—De dia.—El cochero y los carreteros.—"Columbia Opera House."—Un entreacto.—La cantina.—A dormir.

FRUSTRADO el viaje por agua por falta de vapores, salimos de Albany en un *Parlor-Car*, con la mayor comodidad.—El *Parlor-Car*, ó Carro-salon, como suele llamarse, lo forman tres saloncitos que se unen ó separan por medio de sus elegantes puertas. En cada uno de los saloncitos hay ocho poltronas giratorias de terciopelo ó tafilete, y durante el viaje, puede caminarse en aislamiento completo, en íntima comunicacion con las personas de su familia, con total desahogo.

A poco de partir el tren, ó mejor dicho, ántes de partir, ya admirábamos el extenso rio Hudson, con sus aguas azuladas y relucientes, rizando la superficie un viento apacible que levantaba vellones de blanca espuma.

Alegres vapores atravesaban el rio, sonando sus agudos pitos y haciendo temblar los aires con sus alaridos de marcha; botes y barquichuelos, grandes y pequeños, se deslizaban en todas direcciones, activando el trabajo; y pomposa la embarcacion antigua, llevaba con majestad hinchadas sus velas, y se cantoneaba como una ave acuática, alzando sus palos entre el humo de las chimeneas de los vapores.

A lo léjos, parecian espiarnos entre los árboles las mil casitas blancas con sus cercados y sus flores, sus animales domésticos y sus chimeneas y palomares invadiendo el espacio.

Extiéndese el terreno en uno y otro lado del rio, en séries de empinadas y deprimidas lomas que forman pequeñas colinas, hondos valles, laderas caprichosas cubiertas de verde aterciopelado, que con los claros que dejan los árboles al separarse, ó con las sombras que forman cuando se apiñan, hacen el lujo de los hermosos caprichos de la luz.

El suelo y el rio entran en lucha abierta con el ferrocarril, y entónces nos absorben las mil peripecias de la carrera del monstruo titánico que nos conduce. Invade por una y más veces el camino el rio, y el reptil gigante lo salva sobre pequeños ó levantados puentes; obstínase el rio, parece detenernos en su carrera: entónces, como una ancha faja, desenvuelve la madera sus durmientes, lecho de los rieles, y cruza la poblacion errante sobre las aguas, equilibrándose trémula y viéndose azotar las olas bajo el puente inseguro.

Esos muelles y puentes parecen á lo léjos una fila de arañas acuáticas que sumergen sus patas en el agua: es el cientopiés que pone el lomo para que corra sobre él el vapor.

Empéñase el camino, y cierran las montañas y las lomas el paso á los viajeros; entónces se verifica la horadacion de la montaña, ya ligera, ya dilatada y laboriosa. En el primer caso, es un rápido eclipse que todo lo borra, que hace desaparecer instantáneo el paisaje, al ruido agudo de la máquina que pasa como sobre un teclado; en el segundo, es la noche, es la tiniebla asaltándonos y obligándonos á una excursion en lo desconocido y terrible: una hundicion por el estremecimiento, el choque por algun derrumbamiento no podido observar, una desviacion del riel, un clavo flojo, todo nos puede sepultar en la nada. Oyense como estertor las voces humanas; la luz de los cerillos alumbra cavernosa.... blanquean al fin las paredes desiguales del túnel, y relinchando triunfal con su penacho de llamas, al ruido de sus pasos, al clamoreo de su campana, se baña el tren de luz y jadea satisfecho, como un gladiador que quedó vencedor en la lucha.

Y la lucha del rio es tenaz, sesga, abierta, toma la curva ó se precipita recta, se alza ó se deprime, y al combatirlo ó evitarlo el tren, lo observa desde la opuesta orilla el bosquecillo de sombras apacibles, el caserío opulento y la tupida arboleda, por donde chimeneas y almenas, minaretes, cúpulas y miradores caprichosos, lo van siguiendo, ya dispersos en la falda de la loma, ya apiñados en las alturas.

El rio cobra las proporciones de un mar; se convierten las lomas en altas montañas; barcos soberbios y botes humildes cruzan las aguas; las chimeneas de las fábricas levan-

tan plumeros de humo; tiemblan en los aires los tendones del telégrafo, proclamando la superioridad sublime de la mente; un escándalo, una explosion de formas y matices nos embargan y producen emociones de delicias.

Apénas han contemplado los ojos el castillo feudal rodeado de árboles, cuando nos arrebata la atencion el sembrado curioso; vamos á detenernos en observarlo, y los pescadores nos distraen con sus tareas afanosas; queremos fijar el cuadro en nuestra imaginacion, y nos arroba el sepulcro solitario al pié de la loma, á las orillas de las aguas que parecen cantar una balada eterna al eterno sueño del polvo humano.

El camino más y más poblado, los paisajes más y más hermosos, no nos hicieron reflexionar que estábamos en Pickiskill, frente á su magnífico *restaurant* y junto á una opulenta fábrica de chimeneas.

Andando, andando, pareció como que el rio se habia perdido, y establos, maquinaria, madera amontonada y chozas humildes, nos cercaron.

Pero á poco, por entre las colinas, columbramos la reverberacion de las aguas que corrian caracoleando en la orilla, entre isletas cubiertas de árboles que se ven en su espejo, produciendo esas vistas inversas en que las copas de los árboles como que cuelgan y están mirando de cabeza la profundidad del vacío.

Pasó el tren bajo los arcos gigantescos de un puente cruzado por multitud de coches y carros, que parecian atravesar los aires, y al fin como vencedor, á su vez, empujando en semicírculo inmenso montañas gigantescas, apareció el rio, anunciando la inmensidad del mar.

El tren, como evitando la continuacion de la terrible lu-

cha, se refugió en los brazos de la ciudad, que le esperaba amorosa como para compensar con caricias y agasajos sus fatigas.

En el curso rápido que seguiamos, por las ventanillas del carruaje, como por los vidrios de un estereoscopio, íbamos distinguiendo cercas y hortalizas, casas de campo con su pórtico, sus amplios corredores de madera, sus canastillos de flores suspendidos en alambres sobre las puertas, y sus cortinajes en el interior de las habitaciones; y estos augurios de lujo y de cultura, son entre las peñas, sobre las rocas, aprovechando los más leves recursos del terreno, casas opulentas que dan al viento veletas y banderas, y casucas sucias y oscuras, ostentando en tendidos cordeles calzoncillos abiertos de piernas, camisas boca abajo y enaguas humildes, columpiándose con insolente desfachatez, como secciones del cuerpo humano en vacaciones.

Y en los claros que deja la roca, y en las latas que forman las cercas, y en los tablones, que no paredes de la casa, y en el suelo y en todas partes se ve, abriendo tanta boca, el aviso, que es en este país la langosta, el mosquito, el acreedor, el pariente pobre del infeliz viandante, tras una mata *Sozodout:* en un palo *Vinegar*, en una lata *Bitters*, una camisa pintada, un chino, una fila de galgos interminable, una tempestad de motes de negros que fuman, de turcos que gruñen, de suertistas, adivinos, funámbulos, sonámbulos y.... la mar....

A poco de entrar en la ciudad, y cuando desaparece su iniciativa de aldea, la calle se hunde como haciendo una plancha gimnástica, entre dos barandales que la sostienen.

Corre el tren, y hay una sucesion rapidísima de fajas de

luz y de sombra, que producen la alucinacion. Pide uno la explicacion del fenómeno, y es producido porque una calle se hundió en medio de las aceras de la que estaba construida, y quedaron las casas como filas de tropa á los lados de un canal. Entónces se avanzaron los tránsitos de las calles trasversales y se convirtieron en puentes, que suspendidos sobre la hundicion, producen aquellos efectos de luz.

Pero la locomotora se envuelve en perfecta tiniebla, y es porque el túnel la lleva dentro de su pecho; de vez en cuando la luz como que respira, saliendo á flor de tierra, y deja ver círculos luminosos.

Es que la calle, sobre el cielo de la bóveda del túnel, ha cobrado su continuidad, y en ella florece, entre los enverjados de fierro, un jardin pintoresco, figurando los respiraderos cestos de fiores, en que se entretejen las enredaderas y cuelgan sus campánulas con simétrica compostura.

Y cuando todo esto se explica; cuando la poblacion subterránea siente el estremecimiento de la poblacion que corre en la superficie, se busca involuntariamente en el suelo otra superposicion de séres que tambien vayan de viaje por regiones desconocidas.

Al dejar la locomotora su manto de sombras y aparecer en el tumulto de la estacion, se nos figura que un mundo de séres invisibles nos ha venido acompañando y han cobrado con la luz, en insurreccion de vida, las formas humanas.

Estábamos en la inmensa estacion: los trenes quedaban como un caballo jadeando, que se para al finalizar su carrera; otros trenes estaban descargando bajo la bóveda inmensa de fierro y cristales de la estacion.

De las escaleras de los trenes descendian raudales de viajeros, extendiéndose y corriendo en varias direcciones, como las olas de detenidas aguas cuando el dique se rompe en partes diferentes.

El viajero expedito, con su saco en la mano, cayendo y perdiéndose en la multitud; la familia formando plaza con maletas y gorros, paraguas y bastones, el botiquin de los señores grandes, la maceta y la jaula del canario.

Centenares de agentes de hoteles, carreros y cocheros, esperan en la puerta á las familias.

La familia española es la característica: las libertades de los nenes, el orgulloso continente de las damas, lo ladino de las criadas y la suficiencia del señor que tiene muchos pesos, todo cae por tierra; ellos imponen su idioma, recurren á las señas, buscan entre aquel tumulto un intérprete. Si hay un hábil en el círculo, ese es la víctima.—¿Qué es lo que dice?—Recomiéndele vd. mi perico.—Dígale que ese es mucho dinero ganado por mi marido con su sudor y su trabajo.—El yankee urge, el intérprete dice lo que se le antoja.—Las viejas claman: "Ordinariote, salvaje," y los señoritos infatuados traducen á su modo el *all right*, el *go ahead* y las palabras no muy cultas de la gente de látigo.

Teniamos decidido parar en el *Hotel de San Julian* (Sn. Julien Hotel): entramos en un ómnibus, dimos las señas, y adelante.

Ibamos viendo altísimas casas de opulencia suma, anchas banquetas como para contener diez personas en fila marchando con desahogo, diáfanas paredes de cristales, porque así puede llamarse á la sucesion no interrumpida de aparadores, y el tumulto de sombreros y sombrillas, castañas y gor-

ros en las banquetas, y de ómnibus, coches, *buggies*, diligencias y wagones en el medio de la calle.

La gente me parecia que iba como á una gran festividad, tanto así me deslumbró el lujo. Uno de los amigos que nos acompañaba nos decia:

"Esta es la famosa quinta avenida: la piedra de que están fabricadas esas casas es la de moda, *Brown Stone* (piedra morena).

"Las ventanas que sacan el ojo al ras de la banqueta son de los comedores; esos que remedan balcones son de las grandes salas de alfombras turcas, de candelabros gigantes, de ensueños de porcelana y cristal, de oro y de sedas.

"¡Qué escaleras! qué pórticos y qué profusion de magnificencia! Ese es el Hotel Everett, uno de los más opulentos: se puede calcular el precio por persona en diez pesos; pero es soberbio, y aun los hay mejores.... Fíjese vd. en esa estatua ecuestre: es la célebre estatua de Washington, con su sombrero en la mano; parece derramada el alma del héroe en la felicidad de su pueblo."

¡Hermosa plaza! los niños corren con sus aros y las nodrizas empujan las carretelitas de los bebes.—Ya sabrán vdes. la historia de aquella mano.—Parece brotar de aquella fuente polvo de cristal....

Instalados en el hotel, y descansando con los ojos cerrados en mi cuarto, me parecia el recuerdo de un delirio la memoria de mis primeras impresiones.

Dormia, en la más prosaica acepcion de la palabra, cuando de tropel entraron á mi cuarto unos chicos de buen humor y me arrebataron en medio del ruido tumultuoso, entre miles de carruajes que hacen peligroso el tránsito, á que

viese un teatrito de segundo órden, frecuentado por gente alegre.

Sabian mi propósito de verlo todo para todo contarlo, de escabullirme en encrucijadas y vericuetos, en régios salones y en *meettings* tempestuosos, de llevar mi daguerreotipo frente á la Aspacia y á la Lucrecia, lo mismo reproduciendo el palacio espléndido, mansion del opulento, que la oscura buhardilla, antro de la miseria.

Era de noche: la parte alta de la ciudad, con pocas excepciones, se percibia oscura y desierta; era una masa negra y maciza, como un muro inmenso; pero ese muro se rompia de trecho en trecho, en claros de luz deslumbradora, como una compuerta que por sus grietas dejasé salir las aguas.

Sobre el muro se iba alargando el horizonte sembrado de estrellas, ó se rompia expansiéndose en bocacalles y plazas.

El aspecto de la calle de Brodway (calle ancha), en que me encontraba, era deslumbrador: veíanse en alto bombillas de cristal, reverberando con la luz del gas y formando esplendorosa faja sobre las banquetas amplísimas, trazando en la sombra un carril que se prolongaba por más de dos leguas: sobre aquella faja estallaban los globos de cristal apagado, de gigantescos candelabros, arcos con globos tambien suspendidos á la entrada de cantinas y fondas, y surgian en promontorios y cascadas, grandes luces escarlatas, azules y rojas, reverberos de ráfajas de fuego, con todos los matices y todos los tintes de la luz, en aquel inmenso festin de perspectivas y primores.

Son como dos raudales de rayos de sol que chocan y se desbaratan en estrellas, en rieles de oro, en cascadas de esmeraldas, en rocas de ópalo y rubí.

La parte inferior de los edificios puede llamarse diáfana, tan gigantescos y limpios son los cristales que las constituyen, y de los que están hechos aparadores riquísimos iluminados en la parte interior; en los aparadores están agotando las mercancías la persuasion, las seducciones, la súplica, la sorpresa y el mandato.

Ya son sombreros de todas las formas, de todas las fisonomías imaginables, expuestos en gradas ó suspendidos en alambres: inmediatamente despues se divierte la vista con naranjas envueltas en sus papeles, plátanos á medio pelar y manzanas lustrosas con sus mejillas de escarlata: se separan los ojos de la fruta, y se despeña en cascadas que forman las alfombras, ó en montones de petacas, carteras y útiles de viaje, de vaqueta y cuero de Rusia: apénas vuela la mirada sobre esos útiles, cuando examina sobre negro terciopelo, collares de diamantes y de perlas, sortijas como chispas de fuego, mancuernas amorosas, prendedores lascivos, aretes acariciadores y adornos de peinado provocativos: un paso más y es un piélago de encajes y listones, entre cuyas ondas sobrenadan fallitas de niños, golas, baberos y mantillas: otro paso, y es un caos de zapatos, desde el botin de raso y oro de la *lady*, hasta la falúa inverosímil que calza la pata inconmensurable del hombre del Kentuky....

El cuadro, de dia especialmente, lo animan multitud de paseantes; los vendedores de bizcochos, dulces y frutas que se instalan á los lados de las banquetas; los pegadores de loza y vidrio; los carrillos con cacahuates, que aquí tienen rara preponderancia; los aparadorcillos de navajas, collares y anillos de *dublé*, y los canastos de preciosos ramilletes de las floristas.

En el centro de la calle son las encontradas corrientes de carruajes, con sus caballos arrogantísimos y sus cocheros, que á lo léjos muestran en la poblacion aérea, los diferentes grados de la fortuna.

El cochero del banquero, con sus guantes blancos, su frac de paño y su continente aristocrático, como desertado de una recepcion diplomática; el del ómnibus, con su gestudo sombrero como un retruécano, la tez aguardientosa y las manos como de corteza de árbol; el conductor del carro, con su cachucha y en mangas de camisa; y el negro carretero, con su sorbete estupendo, sus colosales botas y su leviton abierto como las dos alas de un ropero, cimbrándose y dando cada grito que tiembla el mundo.

Desde el rio de luz de la calle de Brodway se van viendo, al tocar en las bocacalles, travesías de ménos luz, ó sombras cruzadas por hileras silenciosas de farolas, en cuyas aceras se anuncia con mayor luz alguna diversion.

Llegamos al teatro llamado "Columbia Opera House," que se encuentra en la esquina de la calle 12.

El teatrito es reducido, más reducido aún que nuestro teatro de Corchero, con toscas bancas en el patio y una sola hilera de palcos, coronada por una desmantelada galería.

Como ya sabemos, no hay telones que desciendan; son tablones corredizos divididos en dos secciones, los que forman la decoracion.

El palco escénico es muy pequeño, cubierto por las dos alas de una cortina encarnada.

Nos posesionamos de un palco: á nuestra entrada, la orquesta, en que los palillos, el tambor, y sobre todo las trompetas, hacen gran papel, tocaba algo de sentimental y quejoso.

Eran los cuadros plásticos, es decir, personas que con camisetas y calzones de punto que remedan la carne humana, figuran grupos históricos con perfeccion. Es la enseñanza objetiva de la historia; para el libertino, funge de incentivo; para el artista, de estudio.

Representábase el Juicio de Paris; el teatro estaba medio oscuro; en el escenario se destacaba, entre un raudal de luz eléctrica que atravesaba sobre el cuadro, el grupo.

Hermoso el pastor mitológico, las deidades olímpicas en actitudes deliciosas.... cayó el velo, la música incitó el clamoreo del aplauso.

Abrióse la cortina, y se recreó la vista con un grupo de amazonas.

El grupo en que Frinea revela su hermosura con arrogancia triunfal, desarmando al areópago, me encantó, y me encantó porque cuando en esos grupos se observa el arte, se hace el culto de la estética, se glorifica la forma, como que revive y palpita la epopeya, como que se escucha suspirando la lira de Homero, en torno de esas hermosuras que han atravesado luminosas los siglos.

Y sin embargo, el pérfido albayalde de la diosa, la justipreciacion de sus formas, el nombre real de la chica de corta fortuna, escupido entre negra saliva de tabaco, aniquilan el ideal y nos sepultan en repugnantes realidades.

Apénas se indicó el entreacto, cuando pollos alentados, viajeros curiosos, zorros de entre bastidores y *cazadores de gangas*, dejaron sus asientos, atravesaron excusadas escaleras é invadieron un pequeño salon con sus mesas, su mostrador y su expendio de licores, cerveza, refrescos y tabacos.

Entre el humo en que se veian sorbetes y fieltros, rostros encendidos de bebedores, fisonomías de muchachos despiertos y canas de vejetes despabilados, fueron penetrando bulliciosas, saltadoras y con descoco inaudito, las deidades olímpicas, con sus lanzas de palo, sus cascos groseros de carton, sus collares y pulseras de cuentas de papelillo y vidrio, sus ropas de telas ordinarias, escudos, cetros y todo el descolorido atavío del teatro de la legua.

La jóven se sienta marcial, es invitada ó invita, se hace de confianza, toma el peso á la cadena del reloj, se extasía con los anillos, diciendo que son lindos, espléndidos, y que le vendrian bien.

Paletós y senos palpitantes, morriones y sorbetes, paraguas y escudos, mantos de púrpura y sacos rabones. Minerva con su cigarrillo, inclinando la frente bajo las alas del sombrero tendido de un labriego, Frinea componiéndose un zapato, otra divinidad con tantos bigotes de cerveza.... y no más, y nada más: por más que la malicia quiera protestar en contrario, toda aquella alegría artificial, todas aquellas miradas de pacotilla, toda esa mercería de *dublé*, compuesta de sonrisas, suspiros, celos y lágrimas, no es la lujuria, no la desenvoltura, no la orgía; es simple y friamente la especulacion del *bar-room*. Habrá sus ajustes exteriores, habrá lo que se quiera; pero allí solo se trata de la venta de licores, entre el humo, los gritos y el aparato calculado del placer.

De repente suena una campana, y como bandada de gorriones que entre los surcos pepenaban el grano cuando oyen el tiro, vuelan ninfas y pastoras, nos codean y rozan, descendiendo por los angostos pasillos, sílfides, náyades y ba-

yaderas, y el cortejo de bebedores sale como un convoy fúnebre del salon, que queda desierto.

Mis amigos estaban contentos, se aumentaba su gusto con la presencia de mis primeras impresiones: ellos eran soldados aguerridos.

Eran más de las doce de la noche: en el centro de la ciudad no cesaba el movimiento; las calles apartadas dormian profundamente, como los lacayos en las escaleras que conducen á un salon de baile.

XVI

Un Shadow.—El baile.—Elegancia de las damas.—El Tívoli. — Funámbulos. — Evoluciones militares. — Cuadros animados.—La rendicion de Lee á Grant—El Dr. Navarro.—El Sr. Lic. Ignacio Mariscal.—Brodway.—Descripcion de la ciudad.—Numeracion de las calles.—Diferencia entre calles y avenidas.—Casas y grandes edificios.—Rótulos y avisos.—Iglesia de la Trinidad.—Correos.—Casas consistoriales.—Los niños y los pájaros.—Caractéres de Brodway.—Perfiles del yankee.—Limpiabotas.—Vendedores de periódicos.

VA vd. á ver un *Shadow*, me dijo uno de los amigos; todavía no es hora de los eclipses, y diciendo y haciendo: atravesó un wagon, lo detuvimos, y á los quince minutos estábamos á media legua de distancia (calle 31).

Era un salon ovalado ceñido por un corredor estrecho en su medio, en que estaban colocadas sillas con damas y galanes. Bajo el corredor, y siguiendo su forma, habia tambien una hilera de sillas.

El tapiz del salon es de madera barnizada de amarillo jaldre, pero tan bruñida, que mas bien se patina que se baila.

En el corredor estaba la orquesta: á su pié, en grande tarja, decia: "Lanceros:" sonó un pito del todo igual á los pitos con que se anuncia en las esquinas la partida de un tren, y de todas partes acudieron parejas ya convenidas, que instalaron su baile, anunciando los cambios de figuras una especie de jefe de maniobra, con gritos desaforados, pero con la exactitud y formalidad con que se pueden dar las voces de mando en un escuadron de caballería.

La mujer se entregaba al baile con gorrillo y capota, con su portamonedas ó su rámo de flores en la mano, y si hubiera sido la hora, creo que con su canasto con verdura debajo del brazo. Pero el trage es esmeradamente elegante, los guantes irreprochables, fino el pañuelo; el abanico que cuelga á su cintura, pendiente de una cadenilla, casi lujoso; solo al levantar airosa de un lado la falda de su túnico, y no siempre, se suele ver la pata ilícita del grumete, del soldado omiso, del barrendero de calles: aquella pata es toda una inconsecuencia, una salida, no de pié de banco, sino de pié de yankee.

Las parejas no conversan durante el baile, ni en los intervalos: se entregan á su tarea preocupados de su negocio.

El hombre, pelon, de cuello tirante, de hundidos hombros y saliente pecho, guarda compostura, y está en general vestido de negro, salvo una que otra excepcion, que no es repugnante para ellos. Ese es el escéntrico, un original de chaleco y corbata blancos y descomunal zapato bajo, con plie-

gues en la pala, enormes moños de liston y hebillas de acero.

En el corredor hay cuchicheos y risotadas, viajes al salon en que está la cantina, confianzas, pero no altercados; y cuando el baile termina, se extiende el ruido, y la sed se despierta con furia, apagándose con limonadas, *coptails*, cerveza y Champaña.

Cuando el wals deja oir sus acentos vertiginosos, entónces la excitacion es estupenda: en el tablon bruñido, las parejas se arrastran como hojas secas que arrebata el torbellino, y hay caidas tremendas, entrando en la diversion el descoyuntamiento de uno de aquellos atletas de la danza.

Entre doce y una de la noche se anuncian las sombras (*Shadow*).

Apáganse las luces de gas aunque no totalmente: frente dos potentes reverberos colocados en lo alto del corredor, se ponen vidrios verdes, azules, colorados, amarillos y de color de violeta, y así se hace la *sombra* en el salon.

Pero la sombra no es, como se cree, una cerrada de párpados de la policía; podrá autorizar alguna licencia, le pondrá una máscara á la etiqueta; pero no es el dominó que cubra la decencia. Sin embargo, la extrañeza irrita el contento y se espera con ansia la hora de las sombras.

Los extranjeros pasan entre los concurrentes al *Shadow* inapercibidos, contraen relaciones fáciles sin más que algun empellon al paso, que se disculpa con un *excúseme* (dispense vd.), que es paliativo de un pisoton que hace ver las estrellas y lo seria de la sacada de un ojo. Pasa el extranjero, busca á sus paisanos, bebe y bromea pugnando por aprovechar el caudal de voces que les tiene suministrado

el Diccionario, alguna Guía de la conversacion ó el Ollendorf.

A otro teatro *bar-room* he asistido, que me pareció más aristocrático, y sobre todo sin sombras: El Tívoli.

El Tívoli es un salon con simétricas y apartadas bancas de madera. Entre sus filas están colocadas de trecho en trecho pequeñas mesitas, consistentes en un pié derecho de fierro y un círculo de palo de nogal.

Descansan en las mesitas copas y vasos con cerveza, *coptails*, ponches y limonadas.

A la espalda del espectador hay una especie de galería que cobija gente *más comunicativa*, pero que no caracteriza la concurrencia.

Habia aquella noche prodigios de sonambulismo, saltos desesperados de acróbatas y no sé cuántas cosas más.

Cantó y representó una niña que más bien inspiraba compasion.

Llegué cuando hacia hervir desenfrenada la alegría una escena de negros, que son favoritas de este público.

Es la tal escena una tempestad de gritazos, de patadazas, de caidas, de rodadas, puñetazos, bofetadas, empujones y gritos, que tiemblan las carnes.

El negro llega atarantado, la mujer riñe, los dos se golpean. El público se muestra en el éxtasis del contento.

Hay teatros de mala muerte, por supuesto destinados á estas diversiones, de que ya dimos idea hablando de California.

Formaron parte de la diversion lo que se llama evoluciones del 7º regimiento.

Estos son actores iguales, bien conformados, en mangas

de camisa y con calzones *ad hoc* de tela de plata, que hace visos deslumbradores.

Van marcando el paso los soldados con el zapateo característico de la punta del pié y el talon, llevando los sones y redoblando con agilidad extrema.

Las evoluciones son de exactitud perfecta: despues de los ejercicios militares, y siempre al són de la música, siguen los cuadros; ya es la guardia contra la caballería, ya el soldado herido, ya alusiones á hechos heróicos de la última guerra, es decir, de la guerra que cuenta aún recientes víctimas, que derramó sangre que humea, por decirlo así, al rededor de los circunstantes.

En el penúltimo cuadro, en primer término, aparece Lee entregando su espada á Grant; el primero flaco, majestuoso, vestido de gris, con su luenga barba cana y sus cabellos blancos; el segundo, chaparro, regordete, de barba negra y espesa, de vulgar fisonomía, con su inmenso puro en la boca, arrojando nubes de humo.

El pueblo aplaude con frenesí, y no se ofende por los testimonios de simpatía y los hurras! á Lee.

En el último cuadro, en medio de las armas y banderas, vencedor y vencido aparecen dándose la mano, coronando sus cabezas la aureola de la paz.

El entusiasmo no tiene límites; se golpean las bancas y se silba, que es el modo especial de aplaudir de la gente de trueno; suenan desaforados los clarines, el tambor parece hundir el techo, y al ondear el pabellon de las estrellas, se siente caliente el aire con el orgullo que se apodera de los hijos de Washington.

Miéntras se verifican las escenas descritas, ni un instante

dejan de circular los criados de las cantinas con sus uniformes encarnados y sus placas al pecho, distribuyendo licores y refrescos: atraviesan tambien las filas niñas vendedoras de bizcochos y dulces en sendas canastas, y vendedores de flores de exquisito gusto, que matizan sus ramos con rara habilidad.

Uno de mis primeros cuidados al llegar á Nueva-York, fué visitar al Dr. Navarro, amigo de mis primeros años, y bajo todos conceptos persona distinguida.

Es Navarro de tipo indígena, macizo y ancho; su frente larga y angosta deja percibir una cabeza realmente achiflonada y obtusa, largos y lacios cabellos blancos se fugan de su frente como para parapetarse en su cerebro: los ojos son grandes y revelan su alta inteligencia; su nariz afilada, su boca de par en par, ancha y bien poblada de blancos dientes.

Navarro en la ciencia es considerado como un ornamento; en su juventud, coronó la admiracion sus lindos versos y su sano criterio como literato; y un fondo de audaz filosofía y de honradez sin mancha, hacen de Navarro un hombre querido y respetable.

En su trato familiar es llano y chancero; como patriota cumplió con su deber ejerciendo su profesion en los campos de batalla, y á todas sus prendas da realce una firmeza grande de principios y una modestia que rayaria en desprecio de sí mismo, si no se tuviera la persuasion de su valía.

Con Juan Navarro me informé detenidamente, cuando le ví, de la salud y del punto en que habitaba mi querido amigo Ignacio Mariscal, nuestro ministro en los Estados-Unidos.

Navarro me dijo que Mariscal estaba bueno, y que habia salido de la ciudad á pasar en el campo la mala estacion.

Aunque la posicion oficial de mi amigo y mi situacion peculiar, hubieran podido ser para mí un retraente, al Sr. Mariscal lo he visto como persona de mi familia, y siempre me he honrado con su amistad.

Amigo muy íntimo de su excelente padre, tuve conocimiento con el jóven cuando salia del colegio y se recibia de abogado.

Su vasta instruccion y sus claros talentos, me hicieron solicitarlo para emplearlo en el Ministerio de Hacienda, donde confirmó la idea que tenia de su aptitud, y me lo hizo doblemente recomendable su probidad.

En el Congreso Constituyente se distinguió por la firmeza de sus principios, por su palabra fácil y elocuente, y por el tino con que tomaba parte en los debates.

Buen ciudadano, excelente amigo y ejemplar hijo, es fuerza querer á este Nacho, importándome una higa su posicion oficial. Por otra parte, en México otra posicion oficial le sirvió para colmarme de atenciones y dispensarme favores á mí y á mi familia, por lo que le profeso sincera gratitud,

Mariscal es de mediana estatura, fisonomía franca y alegre, ojos negros, con algo de inquietud en sus movimientos, y mímica expresiva en su conversacion.

Habla el inglés con propiedad y elocuencia, así calificado por los americanos entendidos.

Conoce Mariscal, como muy pocos, las costumbres americanas, y en cuanto á la cuestion política, puede jactarse de haber atendido con sagacidad y zelo los intereses de

México, siendo sus notas modelos de dignidad y de sabiduría.

Por último, Mariscal es universalmente querido y estimado de la gente encopetada de la *Casa Blanca*.

Yo queria que Nacho me instruyese sobre varios puntos, esencialmente sobre los literarios, porque Mariscal conoce bien la literatura americana, y además de hacer él por su cuenta y riesgo lindos versos, traduce, como ya verán mis lectores, con admirable propiedad. Aquella su mansion campestre me puso de mal humor.

Pero para llegar á Navarro era forzoso andar media ciudad, es decir, una gran parte de la calle de Brodway, ó como diria uno más pedante que yo, el gran simpático del gigante.

Yo, que como vdes. saben, extravío rumbo en mi misma cama, no me consideré capaz de atravesar el inmenso mar cuyo ruido estaba y estoy escuchando desde mi cuarto, como oia yo desde el Hotel Spencer la voz de la catarata del Niágara.

Pedí amparo á un tierno y generoso amigo, entendido en estas excursiones, á quien llamaré Francisco, para complacerme con el recuerdo del nombre de uno de mis hijos.

Francisco tiene una inteligencia como luz, y una paciencia para conmigo como alma de Job.

La puerta del Hotel Saint Julien está á pocos pasos de la calle de Brodway: llegamos á su esquina, y me quedé realmente estupefacto y aturdido de tanta grandeza y tanto y tan increible movimiento.

—Despierta, *Fidel*, no te aleles, que te veo como dormi-

do; oriéntate desde ahora, porque te vas á perder aun yendo de mi brazo.

Figúrate la ciudad, permitiendo que te hable con la mayor vulgaridad, como una inmensa lengua en la que estuviese trazado imperfectamente un tablero; las casillas de ese tablero corren de Norte á Sur y de Oriente á Poniente. Ahora, figúrate tendida en diagonal imperfecta de N. O. á S. E., una línea que culebrea y corta irregular las casillas en toda la extension de la lengua: esa línea es la calle de Brodway.

Figúrate ahora atravesada la lengua por otra línea central; esa es lo que se llama *Quinta avenida.*

De este centro parte la numeracion, desde el uno al Este, y desde el uno tambien al Oeste, de suerte que hay dos unos, dos doses, etc., pero correspondiendo cada uno á su viento, con total independencia; así, pues, la distincion de Este y Oeste es indispensable para no encontrarse sin saber realmente cuál es tu mano derecha.

Tambien ha sido necesario distinguir la diferencia entre avenida y calle. Avenida es la calle que corta la ciudad en toda su longitud de Norte á Sur, y calle la que atraviesa á lo ancho la ciudad de Oriente á Poniente.

De la antigua ciudad holandesa, llamada Wite–hall, te hablaré despues.

Por lo que te acabo de decir comprenderás, ante todo, la inmensa importancia de Brodway.

Brodway, abriendo sus fauces en el mar y corriendo fuera de la ciudad, forma el intestino inmenso del coloso, dis tribuye, en su *zig–zag* opulento, la vida á todas las extremidades del gran cuerpo, recibe los jugos nutritivos de lá

existencia de la sociedad de Nueva-York y la concentracion de su accion es de tal manera pujante, que á las dos ó tres calles de su contacto en todas direcciones, con excepcion de las avenidas, parece que uno habita en una ciudad abandonada, con una poblacion de puritanos; reina el silencio y por las desiertas banquetas atraviesan las gentes, como los delgados hilos que se han separado del cauce de un rio caudaloso.

No sé cuántas más reflexiones contiunó haciendo Francisco, porque yo, realmente, como despertando de mi aturdimiento, me daba cuenta confusamente de lo que tenia delante de los ojos.

Hasta donde alcanzaba mi vista, por uno y otro extremo y á mi espalda, se extendian y levantaban inmensos edificios cuya altura me era desconocida en esa tenaz continuidad, es decir, del doble ó triple alto de nuestras casas comunes, más altos que el Hotel de Iturbide ó la casa que llamamos de los Azulejos.

Vária es la conformacion de las casas: á veces un edificio compone una manzana entera. Elevadas, angostas en lo general, como superpuestos trozos que forman cuatro, cinco, seis y siete hileras de ventanas con sus vidrieras, que no se abren sino que alzan ó bajan sus cristales; es algo de la ventana del claustro, con sus persianas verdes hácia fuera, como una ave clavada en la pared con las alas extendidas.

Esta conformacion de ropero y de estuche, esta arquitectura de portavianda, da aspecto triste y solitario á la parte superior de la ciudad, que no tiene balcones, terrados ni azoteas, sino casquetes y tejavanas.

Pero en la calle de Brodway, las casas que describo ha-

cen paso constantemente á edificios inmensos de cantería y ladrillo, de fierro y mármol.

La hilera simétrica la interrumpen en las calles frecuentes escaleras con sus barandales de piedra; amplias fachadas con las secciones del piso divididas por airosas columnas, pórticos magníficos de bolsas, bancos, templos, balaustradas, estatuas, bastiones, cúpulas y torres.

Las torres son cónicas, acabando en delgadas puntas, y hay como tropeles en los aires, de agujas, veletas, columnas y banderas.

Hemos indicado que el primer piso es el característico de la calle de Brodway, cuyo centro está empedrado de adoquines de granito.

La calle es amplísima, y sus banquetas de grandes losas, de cuatro y seis varas, hacen carriles de uno y otro lado, de ocho ó diez varas de anchura.

La acera tiene un escalon pegado al edificio, escalon de cantería, pero lleno de bastidores de fierro, en los que hay incrustadas pequeñas ruedas de cristal de roca, porque sirven de respiradero y tragaluz á la ciudad subterránea que bulle bajo nuestros piés y asoma sus aparadores, sus muestras, y sus faroles y reverberos al ras de la banqueta. Ese corrido escalon es como un aparador de cinco millas, con barriles, alfombras, carritos para los niños, estatuas de indios, moros y guajiros de las tabaquerías, y hasta una mula enjaezada saliendo de un almacen, para anunciar una talabartería.

Hemos dicho que las paredes pueden llamarse diáfanas por la ostentacion de cristales de sus aparadores; la publicidad es el gran recurso de vida, y en ese anuncio material

se ha agotado el escándalo, si fuera lícito que nos expresáramos así. ¿Qué esfuerzo no hará cada uno para acentuar su personalidad en aquel tumulto?

Las mercancías gritan al marchante, las sastrerías exponen en fila sus manequíes vestidos de todo á todo, con sus ojos de esmalte inmóviles, con sus cabezas descubiertas; las modistas trasladan á sus aparadores *ladies* en efigie, que sonríen y tienen ataques de nervios, vestidas de encajes, y terciopelo y seda; los peluqueros exponen cabezas rizadas perfectamente; los vendedores de pieles tienen osos y tigres tras de sus vidrios; los disecadores de pájaros, tucanes y pavos reales; los vendedores de ídolos y mandarines chinos, ostentan piedras, turbantes y huesos; y el aparador del *restaurant* contiene pavos y pollos pelados, trozos de carne suculenta, encendidas fresas, robustos espárragos entre flores, caprichos de jaleas y bizcochos, fuentes artificiales, salsas, *pickles* y latas.

Y á pesar de tanta charla de joyas, de lienzos, de granos, vestidos y muñecos, los anuncios sobresalen y dominan, no obstante que no hay casa, ni ventana, ni quicio, que no tenga letrero.

La pared es como el periódico, es una pared parlante; están no solo los nombres de los comerciantes, sino listas de sus efectos, y esto, en un objeto cualquiera sobre la azotea, en diez banderas que cuelgan, en estandartes clavados en el suelo, en la cornisa, en la columna, en el árbol, flotando ó incrustado en relieve, ó pintado, de madera ó de piedra, de lienzo ó de espejo.

Ya son los anteojos colosales, ya la caja del daguerreotipo, ya un brutal sombrero, ya un zapato monstruoso, una

bomba, un almirez, un oso subiendo por un árbol; y el aviso se hace campana, bandera, acento humano, proclama, verso, pintura, capricho y ensueño.

Y como si nada de esto bastase, va un hombre en la calle con dos cajas colgadas al cuello, y camisas en el interior del aparador ambulante, otro enarbola una farola, y un carro que atraviesa está compuesto de puros avisos, y todo esto póngase en accion, anímese con un avalanche de carruajes y con doscientas ó trescientas mil personas constantemente en circulacion, en el extenso y serpeante trayecto, en su mayor parte vestidas con decencia, si no es que con lujo, y apénas se podrá formar ligera idea de la calle de Brodway.

En su conjunto, las impresiones se atropellan y confunden con los objetos que las despiertan.

La sola hilera de ocho millas, es decir, cerca de tres leguas, á los lados de las aceras, de astas con travesaños en que descansan los alambres telegráficos, son un espectáculo magnífico; y cuando se reflexiona en que esos delgados hilos que forman redes, y á veces como tela aérea que hace sombra en el suelo, llevan como en canales misteriosos las ideas y el progreso y la confraternidad al mundo, entónces se glorifica el hombre y siente en sí su grandeza inmortal.

—Estás engentado, me decia Francisco, no quieras apurar de un sorbo todas las emociones. Esa iglesia, ¿te gusta? mírala bien. Es la Trinidad.

—La veo: sus proporciones son de arquitectura gótica; pero es hermosa y descuella con cierta majestad dentro de su barandal de fierro.

—Tienen 5o piés de altura sus paredes, y desde esa ele-

vada torre de más de doscientos piés, se percibe perfectamente la ciudad.

Este edificio tiene su historia: data su orígen de los tiempos de Guillermo III y de María.

La devoró un incendio; se reedificó en 1778; el año de 1839 sufrió una trasformacion, y la construccion que ves es de 1846.

—Hermoso balaustrado le rodea; ¿y qué papel hace ese cajon pegado al barandal?

—Ese cajon pide limosna; pero no creas que de dinero: pide que los que desechen los periódicos que hayan leido, los dejen en ese cajon para beneficio de los hospitales.

—Así, los enfermos que pueden, leen grátis, dije yo.

—No es precisamente eso, sino que ese papel se vende y produce gruesas sumas.

—Son estos hombres originales. ¿No es este un cementerio?

—Sí lo es, me replicó Francisco; el monumento que estás mirando es de los que murieron aquí, en Nueva-York, prisioneros por la causa de la independencia.

—Allí está el sepulcro de Alejandro Hamilton, uno de los padres de la Constitucion Americana, y grande amigo de Washington.

—Tienes razon, me dijo Francisco. Hamilton sobresale entre los más elevados titanes que hicieron la independencia y constituyeron este pueblo.

Nació en las Indias en 1787: perteneció desde muy jóven al ejército americano, y estuvo al lado de Washington hasta la conclusion de la guerra.

Elegido diputado, se hizo muy notable en la tribuna; en

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm 37.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

union de Jay y Madison, redactó *El Federalista*, que es un cuerpo de doctrina admirable. Nombrado tesorero, desplegó raros talentos administrativos.

Al fin murió en un duelo á que fué provocado por Aaron Burr, cuando tenia cuarenta y siete años de edad. Allí está su sepulcro.

—Es lástima, seguí diciendo á mi paciente guía, que no me haya atrevido á pasar del lado opuesto de la calle, porque queria ver á mi sabor la Casa de Correos, que me pareció una inmensa catedral; pero era forzoso pasar á escape por aquel laberinto de caballos y ruedas . . . . es imposible, no sé como no hay á cada momento mil desgracias.

Hemos de venir por la otra calle para ver ese edificio que impera en esa linda plaza, con su musgo verde, sus arboledas, sus fuentes y sus cómodos asientos.

—Esa es la casa del Ayuntamiento: á sus lados se ven dos bastiones, y el ancho edificio se extiende entre ellos con su amplia y tendida escalera, sus arcos y su extensa balconería.

Fíjate bien en el edificio; tiene 250 piés de largo por 150 de ancho, y 97 piés desde la base al vértice superior del frontispicio.

La cúpula que corona el edificio tiene 250 piés de elevacion.

—Así dicen que es el Capitolio de Washington.

—Yo no le encuentro mucha semejanza. De todos modos, el pórtico es soberbio y la escalinata justamente celebrada.

—¡Qué alegría! Nueva-York es la metrópoli de los niños y de las mujeres.

—*Fidel, Fidel,* no me quieras hacer impresiones de viaje á la francesa; no quieras juzgar del hombre por la blanca pechera de su camisa que tiene diamantes.

—Francisco, yo no saco consecuencias; digo lo que veo y nada más: por ejemplo, ¿qué quieres? á mí me llaman la atencion hasta los pajaritos que andan descuidados entre la gente, como Pedro por su casa.

—Pues más te admirarias cuando supieras las severas prohibiciones para que se hostilice á esos músicos de la ciudad. ¿Ves esas jaulitas pegadas á los troncos de los árboles? pues son hoteles para que los pájaros se guarezcan del frio y aniden, y eso lo costea el Ayuntamiento ó los particulares.

Sabe más: hace años destruian esos hermosos árboles unos gusanos repugnantes á la vista. Entónces se importaron de Inglaterra más de tres mil pájaros que ingresaron á la ciudad con todos los honores de la policía, y naturalmente crecieron y se propagaron extraordinariamente.

En las calles, en los parques, al rededor de las fuentes y en las banquetas, los gorriones caminan y dan sus saltitos, sin que haya una sola vez que se les hiera, que se les persiga ni moleste.

Muchas veces interrumpen el paso y se les tiene que separar del tránsito agitando el sombrero; la templanza de costumbres que esto revela, el hábito de conservacion, parece ser característico en este pueblo, y acaso sea uno de sus elementos de poderoso desarrollo.

El yankee es altamente subordinado; un renglon en una pared, renglon que supone cierto derecho, es bastante para la conservacion del órden. *No se fuma,—Aquí no se pegan*

papeles,—Guardad silencio, etc., son preceptos que no se quebrantan, que tienen como vigilantes de su observancia á los ciudadanos todos; este hábito del pueblo, como tal, garantiza el respeto á la mujer, la bondad y dulzura con los niños, la veneracion con los viejos y el buen trato á los animales. Repito que el espectáculo de los pajaritos me habló muy alto en favor de la poblacion de Nueva-York.

—Me llama la atencion tambien que no atraviesen por aquí cocineros ni gente de escaleras abajo, carnes y vituallas.

—Eso es porque aunque todo lo que puedes vas considerando, observó Francisco, no te has detenido competentemente en calcar en tu magin la parte más característica de Broadway; es que ese pueblo encallejonado, esa arteria inmensa, ese canal por donde parece que corre el mundo, no tiene casas de habitacion.

Son tiendas, son almácenes, son muebles animados que completan el negocio: en Broadway no existe el hogar.

El letrado, el mercader, el banquero, viven fuera de esa calle en que se vende y se compra, se suma y se resta. El hombre se entrega allí á sus negocios, y cuando se retira á su casa, no gusta que nadie le interrumpa con lo perteneciente á sus ocupaciones.

Así es que, personas que tienen su oficina en Broadway, viven á ocho y diez leguas de distancia, que recorren en el ferrocarril diariamente; por esto no se percibe el tráfico del hogar.

En los claros de los escalones verás nombres, como anuncios, de personas que tienen en los pisos altos sus despachos, en oficinas várias contenidas en un mismo edificio.

Un abogado, un banquero, un comisionista, un impresor,

un librero, despachan en esas oficinas que quedan desiertas á cierta hora.

La manera de dividir las tareas y los goces domésticos, (que es entre paréntesis tradicion inglesa), hace decir muy generalmente que el americano no tiene familia, ó por lo ménos, que se relajan mucho esos vínculos; pero esa no es la verdad, si se toma la observacion en toda la extension que quieren darle. Por el contrario, el americano suele concentrarse en esos goces íntimos, respeta la independencia de la mujer, y es tierno á su modo y considerado con los niños.

Aun hay más: en lo general es receloso y poco comunicativo; no abre, como nosotros, las puertas de su casa y su confianza al advenedizo que captó en la primera entrevista sus simpatías; estudia y espera, y solo despues de algun tiempo, dispensa su amistad, que es de buena ley entre la gente decente.

Quedéme pensativo, no sabiendo si aprobar ó replicar á la plática de Francisco; pero algo que hablaba en el suelo y se habia apoderado de uno de mis piés, me hizo abandonar toda reflexion.

El chico que me hablaba de rodillas, con su cachucha y su paletó y sus calzones remangados, dejando ver sus blancas pantorrillas y sus desnudos piés, era simplemente un *limpiabotas* que se ofrecia á comunicar lustre á mis zapatos, por cinco centavos. En toda la calle de Broadway cruzan estos chicos y hombres más cumplidamente vestidos, que ejercen igual oficio.

Llevan en la mano un pedazo pequeño de alfombra, una cajita que guarda la bola y los cepillos, y en la tapa de madera, saliente, como la suela inversa de un zapato. En la calle,

sin ceremonia alguna, cuando más, arrimado á cualquier poste, tiende su pié el transeunte, se apoya en el otro y se procede á la restauracion del lustre.

Yo dejé que el muchacho hiciera lo que le pareciera. Se apoderó de mi pié, escupió sus cepillos, tomó uno en cada mano, fijé el pié víctima, en la inversa planta de madera, y aquel fué restregar.... Yo, que tengo los piés de vidrio, sudaba, soplaba, y al fin me desprendí de las manos de aquel caribe, en un pié, y ardiendo mi alma.

Pero en materia de profesiones de muchachos, nada me llamó más la atencion que el vendedor de periódicos.

En la organizacion de todo periódico hay marcadísima distincion entre la parte intelectual, y la de negocio ó administrativa.

Respecto del reparto en las ciudades como Orleans, hay los dependientes que sirven á los suscritores, y ejemplares que se expenden á esos vendedores ambulantes, con un tanto por ciento de ganancia. En Nueva-York no hay suscritores.

Antes de la salida del periódico, hormiguea el despacho ó puesto comisionista, con cientos de muchachos, que son como los tubos del gas intelectual.

Sale el periódico, lo recoge la turba y se dispersa corriendo y proclamando su papel, encareciendo las noticias y hasta atisbando y conociendo á los que le pueden interesar.

Se introducen en cafés y hoteles, trepan en los wagones, asaltan la testera del ómnibus, se escurren en los teatros, y saltan de una citarilla y de una rendija. En general son de buenas costumbres los tales chicos: socorren á sus padres, y se cuenta de hombres opulentos, que vendiendo periódicos, empezaron á edificar cuantiosas fortunas.

XVII

Repugnante escena de boxeadores.—Otra vez la calle de Broadway.—Los mendigos trapientos.—La mujer.—La "lady."—Lujo en el vestir.—Union Square.—Fábricas de pianos.—Hotel Delmónico.—Joyería de Tifany.—Observaciones arquitectónicas.—Estatuas.—Washington.

SERIAN las tres de la tarde cuando me tomó de la mano la curiosidad para presenciar una escena, mejor dicho, varias escenas, ó sea una corrida de boxeadores.

Era uno de los *bar-room-theatres*, á que ya habia asistido: las bancas del teatro estaban ahora á guisa de salon, y en la galería circulaban, como en la noche, entre damas y galanes, las provocativas sirvientes de licores, refrescos, ostras, piés de puerco y jamon.

Era aún la hora del canto y las representaciones; el público veia y escuchaba impaciente, porque lo llevaba el interes del *pugilato*.

En efecto, decian algunos sesudos personajes de gruesos bastones y luengas cabelleras canas, que se trataba del beneficio de un *boxeador* célebre, ornamento de la sociedad de ese nombre, cuyos principales miembros estaban retratados en un cuadro, precisamente en el salon inferior, en un departamento distinguido.

Continuaban las representaciones teatrales: en los intervalos, á los compases de la música, saltaban de sus asientos, intempestivamente, hombres y mujeres, convirtiendo en salon de baile el saloncito del espectáculo.

Llegó al fin el momento deseado: levantóse el telon, se retiraron los bastidores, colocáronse, circundando el escenario, robustos postes de madera que sustentaban los gruesos cables de que se improvisó el circo para las escenas salvajes.

Reinó profundo silencio, y apareció la primera pareja.

Eran dos hombres ya formados y de aspecto vulgar.

Cubierta la parte superior del cuerpo con sus ajustadas camisetas, sujetos sus pantalones negros de paño á su cintura por sus caidos tirantes, cuyo uso es aquí muy comun.

Entre los dos hombres habia un anciano de largo leviton, cariacontecido, con su sorbete hácia atrás y sus canos cabellos cayéndole á la espalda: abajo del tablado se veia otro personaje en pié, que segun dijeron, era el dueño del negocio, jefe de los boxeadores y como juez del palenque.

Hombres y mujeres mostraban atencion extrema.

Pusiéronse frente á frente los atletas: sus manos habian desaparecido bajo amplios y abultados guantes de gamuza amarilla, rellenos de lana y terminando en punta, de suerte que, al ménos, el guante no se contraia.

A un grito de mando, se dieron la mano cordialmente los combatientes, y comenzó la pelea.

Seguíase uno á otro como en la esgrima, espiando un instante en que disparar sus puños, perdian y ganaban terreno, braceando como dos nadadores: de repente uno embestia al otro, ó recíprocamente se acometian, descargando en ojos, en boca, en narices, sendos golpes que resonaban; repetíanse los encuentros, y en las vacilaciones y caidas, el público reia y aplaudia, como en un palenque de gallos.

Al ver á los boxeadares fatigados, se oia un grito; era del jefe: entónces se retiraban á los lados del teatro, jadeando; les suministraban traguitos de agua, los dejaban reposar y seguia el combate.

Pero aquellos golpes azotaban el rostro, se veia enrojecida la piel, se percibia pestañando el ojo lastimado, y el público queria catástrofe, con descontento brutal.

Así se sucedieron las parejas, hasta la última, que era de los más afamados.

Eranse un jóven delgado, chato, de mediana estatura, cabello y ojos negros, y un hombre amarillo de carnes, de pelo lacio, anchas espaldas, y mirada indolente. Ambos combatientes vestian carnes. Restregaron con sus piés una poca de brea en polvo derramada sobre las tablas, y se lanzaron á los porrazos.

Llovian y retumbaban sobre los cuellos y los rostros las guantadas, se evitaban los golpes escabullendo los cuerpos, y enderezándose para caer furiosos uno contra otro, menudeaban cachetadas y reaparecian como devorando el hombre al hombre, en el espectáculo más repugnante y salvaje.

Se retiraron los boxeadores á tomar aliento: el viejo del

leviton, que sobre el palenque habia seguido las peripecias, acudió con limones partidos, los exprimió en los labios de los embestidores, y les dió tragos de agua: despues, con una toalla, les hacia aire en los rostros, que despedian llamas.

Renováronse los encuentros feroces, con más brutales peripecias; entónces las mujeres y los niños aplaudian, oíanse furibundas carcajadas, estallaban estrepitosos palmoteos; y lo que á mí me tenia estupefacto, era que aquellos hombres que se embestian, que se azotaban los rostros y que mostraban los ojos amoratados, tenian la mirada impasible, solian sonreir despues de recibir un manazo que al espectador horripilaba; en los descansos se les veia como pensando en sus negocios, sin cuidarse ni del público, ni de la suerte que corrian su cuerpo y sus narices.

La descripcion es descolorida y fria: el espectáculo en sí no tiene comparacion.

Uno de los *amateurs* de la lucha, que los hay como los soltadores de gallos y los chalanes corredores de béstias, decia que aquello no era sino el gimnasio con interes dramático; pero el interes es demasiado vivo.

¿Qué espectáculo es ese en que el triunfo es humillar á un semejante con remedos de injurias y de muerte? ¿qué diversion puede presentar esa pantomima de la ira y llevar la explotacion hasta desnaturalizar á la mujer y al niño?

La lucha es la ostentacion de la fuerza, que al fin es como una distincion de la naturaleza: la carrera es como el triunfo de la organizacion sana y entera: la lucha con la fiera puede ensalzar el arrojo temerario; pero esto es el asco del alma, el cinismo de la degradacion, el escupitajo á la frente de la fraternidad y la civilizacion.

Acaso son exageradas estas consideraciones; acaso la sublevacion de mi razon y de mis nervios me hace injusto; pero yo, en mi vida, me habia sentido más sucio de alma y más despreciable, que en el espectáculo de boxeadores.

Acabó la funcion y los cables del circo se convirtieron en barandilla de tribuna en que se anunció la más cumplida diversion para la semana próxima, premios y recompensas á los vencedores, sin permitirse guante acolchado.

—¿Cómo tienen cara estos hombres de censurar las corridas de toros? decia uno de nuestros compañeros al salir de la diversion.

La preocupacion de los animales de figura humana á quienes ví combatiendo, me tenia taciturno, no obstante que el estrépito que habia en mi alrededor en la calle de Broadway era desusado, y más que nunca se ostentaba caudalosa la concurrencia.

Ya he dicho que la parte de banqueta pegada á los edificios en Broadway, es un escalon en que están expuestas las mercancías á granel, y expuestas en tripiés, en bastidores, en nichos, ya levantándose columnas de casimires de cuatro y cinco varas, ya descendiendo de los dinteles de las puertas, como chorros y cortinas de agua musolinas y percales.

Yo ví como anuncios dos colosales espejos formando caballete, y á un americano muy sério componiéndose el cabello y arreglándose la corbata, como en su casa.

Parte de la calle estaba como nunca: habia máquinas de coser moviéndose solas; aros con cadenas y medallones girando sin cesar, cabezas en las peluquerías, que daban vueltas, fuentes pequeñas que corrian tras los cristales de las

fondas, y cilindros y cajas de música enviando á los transeuntes las notas de Offembach y de Lecoq, como desesperadas de que nadie les hiciese caso: la concurrencia corria como para verse enamorada de sí misma.

Yo no sé propiamente por qué ni con qué fundamento me habia figurado en los Estados-Unidos un tipo único: el tipo del yankee; es decir, rubio, delgado, fornido, de largas piernas y colgantes brazos, con sus mejillas escarlatas, su sombrero como de trapo, y sus piés anunciando su personalidad, con cinco minutos de anticipacion, al cuerpo del individuo.

Ese tipo arbitrario que nos hemos formado con la vista de los carreteros y gente ordinaria que viaja por nuestro país, casi no existe en la parte central de la ciudad.

Por el contrario, muchos hombres de tez morena, de cuerpo mediano, de pobladas barbas negras y de tipo latino, destruyen aquella caprichosa creacion.

Pero el dominio del trage negro, su elegancia, el cuidado en el lustre de las botas y en el acicalamiento del sombrero, y el andar precipitado de todo el mundo, son caractéres con que no se contaba, y da cierto aire dominguero y de festin al concurso, muy agradable, pero no extraordinario en cuanto á su fisonomía personal.

Parece por lo dicho, y de un modo tan superficial como lo hago, que no existen los pobres. Los mendigos no ejercen su profesion mostrando llagas ni deformidades; tocan un órgano en el quicio de una puerta, rascan el violin en una plaza, llevan al pecho una tarja escrita, contando la vida de San Alejo, y ponen á su frente un cuartillo de hoja de lata para que allí deje sus centavos el que quiera.

Los tipos de la gente abandonada y viciosa, mas bien que pobre, resaltan por el mismo contraste que forman. Son rostros tostados y rajados por el *wiskey*, trapos que fueron paletós, sacos y chalecos musgos, llovidos, y de una mugre grasosa sobre la piel, fragmentos de calzado como costras de los piés, sombreros con vahidos, cuellos como de llama, con un aro de lienzo, que es cuello, segun el testimonio único del propietario: esos se suelen acercar pidiendo, pero disimulando, porque la policía tiene ojos de lince.

Donde se puede decir que reside lo característico de la concurrencia de esta ciudad, es en la mujer, que descuella libre y grandiosa, floreciendo como yo no habia visto jamás.

No se trata de prendas morales ni de comparaciones de belleza física; se trata de la elegancia del vestir y la hermosura considerada bajo el punto de vista artístico.

La mujer es alta, sus formas tan correctas y bien repartidas, que se adivina, al través del trage, la perfeccion de líneas y contornos.

El búcaro de alabastro interceptando la luz de la llama, apénas podria dar idea de su blancura, bajo cuya nieve, al deshacerse, sonríen los pétalos de la rosa. El óvalo perfecto del rostro, sobre cuya frente, en cascadas de oro, tiemblan espumas de delicados rizos, tiene cierta elevada fiereza, que subyuga; cae sombreada su mirada por pestañas como aureola de luz, y de sus frescos labios se desprende el reflejo de su dentadura de marfil, como iluminando sus sonrisas. Son grandes las manos, pero artísticas.... No hablo de los piés, porque esos piés no pertenecen al bello sexo.

El trage vulgar de la *lady* en el paseo que vamos dando, es negro ó de color, pero de seda. El talle es perfectísimo,

se pinta casi al frente el vestido, se recoge hácia atrás, cae en burbujas de lienzo y como chorro, extendiéndose en amplia cauda que arrastra en el suelo.

El cuello, envidia del cisne, surge como un tallo de marfil por sobre borbotones de blondas leves como espuma; aretes y cadenillas bajan entre los rizos á esconderse en el seno, y remata el adorno en un milagro de peinado, con sombrerillo ó gorro con encajes, plumas y flores deliciosas.

Los guantes, la sombrilla, el abanico, el portamonedas, son inseparables de la *lady*, y se necesita que sea muy infeliz la fortuna, para suprimir esos adminículos que son como partes componentes de su fisonomía.

La recamarera gasta sombrilla, la cuidadora de los niños lleva guantes, canasta con verdura, y sombrilla, y gorro, la cocinera.

Anda enérgica y altiva la *lady*, recoge como al desgaire con su izquierda mano, sembrada de anillos, y que van besando las pulseras, su trage que revela calados y descubre encajes, y si la ven, ve más audaz, hasta humillar la mirada del que la persigue.

Por supuesto los ejemplares que sirven de contraste á esas beldades, son disparates en dos piés, blasfemias con chanclas, faltas á la vergüenza con pañolones, con chaquetas burdas, colgajos, arambeles y nudos insultantes, piélagos de trapos de todos colores, entre los que naufraga una fisonomía llena de arrugas.

Pero en este país la vieja lucha, pide amparo al corsé, al tirabuzon y al moño, le auxilia el gorro, le sigue en su decadencia el abanico y la sombrilla, no se rinde al destino, no se cuelga de un rosario, ya que no de un lazo, ni se agar-

ra, como á una tabla, á un libro devoto, para sufrir el naufragio de las gracias....

Estamos al frente de la plaza de la Union *(Union-Square)*.

En efecto, las calles que han venido y marchan como en tropel en distintas direcciones, abren paso, forman como tendido espacio para dar lugar al campo que viene de improviso á visitar la ciudad, con su cortejo de árboles gigantes y su alfombra de verde césped.

Es un cuadrilongo la llamada plaza, adornada de bancas de fierro y cruceros que encarrilan y acuchillan la verdura y forman en el centro espaciosas glorietas.

Vense por entre las tendidas ramas y los bellos calados del follaje, la fuente vaporosa que alimenta en sus aguas peces de colores.

En los troncos de los árboles se ven más multiplicados que en otras partes los gorriones perseguidores de gusanos, y algunas casitas tienen figuras caprichosas y sus letreros, como si se tratara de una ciudad aérea. Los letreros dicen: —*Reten de policía.—Persecucion de bandidos.—El palacio de las aves.*

Domina la plaza la estatua ecuestre de Washington, muy inferior, bajo el punto de vista artístico, á nuestra estatua de Carlos IV; tiene 14 piés de altura la figura ecuestre, y todo el monumento 29: al extremo opuesto, y sin simetría, está la estatua de Lincoln y en medio la de Lafayette.

Como asistentes, ó haciendo los honores á la gran plaza, compiten arrogantes, levantándose, grandiosos edificios de ladrillo, piedra, mármol, fierro y cristales.

Por una parte, se descubre el edificio en que se venden los célebres pianos, tan apreciados en México, de Stenway

é hijos, y la gran sala de música construida bajo las mejores reglas acústicas.

Junto á una iglesia desairada, aunque de construccion reciente, está el Hipódromo, teatro de los ejercicios ecuestres, en otro tiempo de gimnásticos distinguidos.

Los grandes Hoteles de Everett y otros, están al Norte y como brindando á la plaza sus obsequios, en competencia con la célebre fonda de Delmónico; y por fin, al Oeste, en un extremo, se ve un edificio negro con filetes de oro en sus columnas, ventanas y cornisas del primer piso, que tiene cristales de cinco y seis varas, gruesos como paredes diáfanas.

Ese edificio es la célebre joyería de Tifany y Cª de Paris, que ocupa el lugar donde ántes estaba la iglesia Puritana del Dr. Cheever.

La joyería tiene cinco pisos, y en cada uno de ellos nos sorprende con nuevas invenciones el lujo, y con más inesperados caprichos la naturaleza y el arte. No seria exagerado decir, que lo que abarca la simple vista puede importar sobre cinco millones de pesos.

Sentéme con Francisco frente á los árboles.

—Ve, me decia, la falta de buen gusto que se echa en cara, exagerando á veces, á los americanos.

Esos edificios son altísimos, y no de palo sino de cantería, de mármol y de fierro; pero mira qué angostos y espichados; las ventanas, así colocadas, les dan aspecto de troje: esa es la arquitectura del palomar.

Mira esos dos edificios amarillos como dos dominós; uno, sin embargo, es el Hotel Everett.

—No despiertan ideas de casa, son como muebles, pare-



LIT. H. IRIARTE, MEXICO.

El Niágara.

ce que se van á trasportar, parecen roperos, son como un hombre forrado en un lienzo de cuadros; por eso los costados son impasables.

No hay proporciones de altura y anchura, no la balconería saliente, no la cornisa, no la azotea que la corona; no hay fachadas, hay forro; no se trata de edificios, sino de estuches colosales, de amontonamiento de piezas.

—Es cierto; pero esos otros edificios no están en el mismo caso, me decia Francisco con su imperturbable buen sentido: allí está la columna y el ancho espacio de la ventana, el balcon y el pórtico.

—Verdad, insistia yo; pero esas son excepciones: en esta calle, como en otras, y siempre la parte alta, es el palomar y el granero.

Muchos de esos balcones son como cenefas, como balaustradas, no tiene con ellos que ver la gente, y esos claros son el nicho. Ahora, niega que ese Lincoln parece un acólito; que ese caballo de Washington tiene un cuello como un contrabajo y que ese Lafayette parece un peluquero que va de prisa á su negocio.... y esa estatua es de Bartolli.

—No te apasiones; tienes razon en cuanto á que deberia haberse cuidado de la forma; pero estas estatuas contienen grandes enseñanzas y profundas miras, miéntras que, ¿qué es lo que representa como enseñanza nuestra magnífica estatua ecuestre? A Cárlos IV ménos digno de la estatua que su caballo, y más paciente que un buey.

Yo no me canso de admirar á Washington y olvido los defectos de su estatua.

Washington es de los pocos hombres que glorifican la

humanidad. Es la más grande y noble personificacion de la virtud patriótica; es la realizacion del ideal del ciudadano.

Honradez profunda, sentimiento íntimo de la libertad, olvidó de sí mismo por amor al pueblo: ¿qué más puede gloriar á la especie humana?

—Washington nació en Virginia, ¿no es cierto? interrumpí á Francisco.

—Nació en Virginia, siguió diciendo, en 22 de Febrero de 1732, en el condado de Westmoreland, y murió en medio del conflicto con la Francia en Mont Vernount, el 14 de Diciembre de 1799.

De oro deberia ser esa estatua, continuó Francisco, con pedestal de piedras preciosas.

No ciñe el génio con sus resplandores su frente; en él nada deslumbra, todo persuade y conmueve.

Idólatra del deber, su vida entera es una consagracion sublime; la verdad forma la base sólida de aquella conviccion del hombre honrado.

Concentra en la libertad individual, es decir, en el derecho por excelencia, sus más firmes creencias, y hace ciertos los que parecian ensueños para la exaltacion de la dignidad humana.

El hombre en la integridad de su conciencia; el hombre en la incolumidad de su razon y de su accion; la libertad sin otra cortapisa que el ajeno derecho para producir la armonía universal, esa es la mision de Washington y esa la tendencia augusta de la verdadera civilizacion.

Así, todos y cada uno saben que gobiernan y que asumen la responsabilidad de la suerte de la patria.

Las civilizaciones antiguas, acaso por reminiscencias de

la India y de la Grecia, pero caracterizándose en la romana, crearon dos entidades diferentes, mejor dicho, antagónicas de los pueblos y los gobiernos; hicieron incompatibles sus intereses, y no hubo sino pobres y ricos, nobles y plebeyos, oprimidos y opresores.

Para la creencia el sacerdote; para la accion el funcionario; para la defensa el soldado, que no son sino mutilaciones de la personalidad. Washington reintegró al hombre en sus derechos y engendró el sentimiento eterno de la libertad, que no es, en último resultado, mas que la glorificacion del derecho.

El Gobierno, segun ese redentor de las naciones, no es sino una fraccion del pueblo encargado del órden; no fabrica felicidad, no construye moldes para sabios, ni para directores de escena; pone sencillamente las condiciones para el desarrollo de los pueblos. Mata la explotacion del hombre, rompe los mostradores y las vendutas de falso patriotismo, y las drogas políticas y religiosas de todos los embaucadores.

Segun el sistema antiguo: la tutoría, el escarmiento, la lucha de vencedores y vencidos. No cabe medio: domina el elemento popular encendiendo la guerra en el Gobierno, se exalta éste á expensas de las libertades públicas. El motin, la guerra. El farsante que se llama héroe, el cómico que se atavía con los arreos de vengador de los pueblos. Sistema de Washington: el amor y la paz.

—Tienes razon, Francisco; pero eso está en la raza ó en la educacion: yo por eso no concibo un Washington frances, ni italiano, ni español.

—Cumple Washington un deber, como una funcion na-

tural, lo mismo victorioso en Boston, que retirándose entre las nieves del Delaware.

En medio de sus tropas, cuando más necesidad habria tenido otro hombre de prestigio, le pide el Congreso cuentas de los caudales públicos, y él descubre su cabeza, y obedece hasta hacer perceptible la inversion del último centavo. Rehusa toda recompensa; y el franqueo de su correspondencia, que no valdria un peso por semana, acepta como premio de sus servicios.

En cuanto al tipo del hombre: niño, le sorprenden en un juego en que rompe un arbusto y se confiesa culpable, desafiando la cólera paterna ántes que mentir.

Anciano, torna victorioso de sus campañas, aclamado padre del pueblo; deja á distancia las tropas para dirigirse á su santa madre, y en la larga conferencia, ni una sola palabra se habla, ni de las hazañas, ni de la posicion política del héroe.

Observa perfectamente Bastiat lo que tienen que influir en el mundo los recuerdos de la gloria romana y los caractéres de la idea democrática: á los unos pertenece la holganza de las clases, el estrépito de las conquistas, la ostentacion de la fuerza, el carácter épico de los héroes: á los otros conviene la paz, el trabajo, la desaparicion de las conveniencias personales para que la ley impere: el respeto al derecho en todo y para todo. Tal es Washington.

Washington fué grande, porque fué bueno, y fué héroe, porque supo olvidarse de sí mismo para pertenecer y servir al pueblo. Viendo así á la estatua, le disculparás sus defectos.

—Bajo ese punto de vista, Lincoln me parece un Mesías;

esa estatua es como un signo de redencion. Lafayette mismo simboliza el amor á la libertad.

—Para que rectifiques tu juicio sobre las *portaviandas* y *palomares*, como estás dando en llamar á los edificios, te llevaré por otras calles, y verás que hay de todo en la viña del Señor.

Ya verás: por ahora se puede decir que solo has saludado la calle de Broadway; ya verás los piés del gigante; ya tornarás los anteojos de teatro por los vidrios pequeños: tomaremos aquí un refrigerio....

XVIII

El "Bar-room."—Su genealogía y trasformaciones.—Voracidad femenina.—"Soda watter."—Dulcerías y sus trasformaciones.—Escenas de mi cuarto.—Un aviso en el "Herald."—Perfiles femeninos.—La Quinta Avenida.—Monumento al general Scott.—Academia de dibujo.—Teatro de Booth.—Iglesia de la Transfiguracion.—Casa de Stward.—Tradicion.—Varios edificios.

AQUI no se conoce el café á nuestra manera. El *bar-room* tiene su tipo especial.—Nosotros nos figuramos el café, ó de poca fortuna como *El Infiernito* ó *Manrique*, ó de cierta elegancia como *La Concordia, La Bella Union, La Gran Sociedad* y *Veroly*, hoy *El Progreso.*

Es decir, mesillas pequeñas, y á su frente, tomadores de chocolate y café con leche, ó jugadores de dominó ó ajedrez, ó politiqueros leyendo periódicos, ó chicos apurando copas, ó solterones haciéndose servir almuerzos ó cenas.

El *bar-room-pelon* es el expendio de cerveza en todas sus variedades, y por supuesto anunciada competentemente, ya por un monarca trepado sobre un tonel tirado por vigorosos chivos, ya por un pozo brotante de *lager bier*, que rebosa de espuma.

Un mostrador, unos cuantos vasos, un cajon lleno de trozos de hielo, porque aquí para todo lo que se bebe y se come se usa el hielo, es el componente de la taberna de baja ralea.

Pero ese aparato es pobrísimo; es, como si dijéramos, la infancia del arte.

A la cerveza acompaña el *whiskey*, al *whiskey* el *rom*, y á guisa de bello sexo, coloniza la bebeduría la soda y la limonada, y se ingiere el vino Jerez en la contienda, y jarabes, copas y *coptails* se miran al espejo, y provocan desde el mármol, entre limones, sus ramitos de yerbabuena.

Vean mis lectores el cuadro al natural de un *bar-room*, para que se formen exacta idea:

UN BAR-ROOM.

(ROMANCE.)

Miéntras devoro, esperando
Minutos y más minutos,
Para no dar á mi cara
El triste aspecto del bruto,
Pondré mi daguerreotipo
Para sacar un trasunto
De este despacho-cantina,
Porque como es este, hay muchos

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm 38.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.
1878.

Al *restaurant* adheridos
Y al hotel de órden segundo.

Es una pieza cuadrada
Con su alumbrado de lujo,
Papeles en las paredes,
Sin marcos sueltos dibujos,
O son marcos con figuras
Que representan absurdos;
Que á ser verdad esos mares
Y esos montes, y el conjunto,
Se moría de vergüenza
El arquitecto del mundo.
En dos grandes mostradores
Despegados de los muros,
El comercio tiene asiento:
Aquí hay cerveza, allá números;
Estos son para los huéspedes,
La otra provoca al consumo
De *lager bier* y *coptails*
Que desparecen por cubos;
En un mostrador se ostentan
Libros, cigarros y puros;
En otro, como en las gradas
De un altar, hay vasos muchos
Y Champaña entre la nieve
Y el *whiskey*, que me espeluzno
Al recordar que á la llama
Remeda su beso inmundo.
Limones y *yerbabuena*,
Pimienta y otros productos,
Sazonan unas bebidas
Que se toman por cañutos

Y se suerben, no se beben,
Que así es de la tierra el uso;
Pero en la tarde, son tristes
De esta vinata los grupos.
En la mañana es divino;
Es el combate, es el lujo
Del hombre-locomotora
Que está fatigando al mundo;
Es el infierno del *Lunche*,
Con sus comas y sus puntos.
Sobre el mostrador con mármol
Hay soperas, vasos, truscos
De pan, y sendas botellas
De menjurjes, que con uno
Puede hipar una ballena
Y un lobo sufrir insulto.
Ya es de la negra mostaza
La municion; ya los zumos
De limones agresivos;
Ya chiltipiquin en crudo;
Ya cayena que los labios
Dejan en forma de embudo;
Ya son discos de cebollas;
Ya tomates, ya un conjunto
De miel, de huevos y lardo
Que resucita difuntos.
  Al frente de aquel pesebre
Están al caer en un tumbo,
Tripiés en que se sostiene
Con el pié en el suelo el busto.
Llega el yankee sofocado,
Empuja, gruñe, y al punto
Pone en accion las botellas,
Llueve polvo, troza el unto,

Trincha, engulle, paga, corre,
Y desparece cual humo.
En la noche, más holgados
Y fumando luengos puros
O mascando de tabaco
Un asqueroso mendrugo,
El *whiskey* los acaricia,
Y graves como los turcos
Porque tienen una turca
Que todo lo ven oscuro,
Se retiran á sus casas
Pero con silencio sumo;
Que está probado que el *whiskey*
Es un *trinquis* taciturno.

FIDEL.

Julio 14 de 1877.

El horizonte de la especulacion se extiende, florecen sobre sus tallos de fierro las mesitas de mármol; el mostrador, para no ponerse en ridículo, se adorna con charolas y platones con carnes frias, lengua de cíbolo y jamones; llega tirante como un inglés el queso de Chester ó de Hamburgo, y se apiñan como familia infantil, soletas llamadas dedos de dama, pasteles con crema, bizcochos y *cakes*, que son como música de alegres.

Todavía se alargan los horizontes. El arca santa del refresco se instala en el mostrador.

Es una caja de mármol blanco con sendas llaves de plata alemana, y toda una maquinaria, un aparato como un órgano.

De las llaves brota la soda que alienta, y el *Vichy digestivo*, la agua de Saratoga y la de Seltz. Una escolta de bote-

llones, que ostentan los más vivos colores, suministra jarabes de limon y fresas, de guindas y durazno, y aquella es como la fuente de Juvencio, con la diferencia de que sin mojar refresca y vivifica.

En semejante estado de cosas ya, las alfombras y los espejos y sillones llegaron preguntando por las *ladies;* en efecto, las esperan el *Ice-cream*, es decir, los helados, en un gabinete privado en que no se fuma, sonríe el amor y tiembla el bolsillo.

Antes de llegar á la realizacion de ese ensueño, suele ocurrir al afortunado padre de los bebedores detenerlos en su marcha fugaz. Entónces la música, como una Sirena, canta sobre los escollos.

Ya es la orquesta en toda forma con músicos briosos, ya un órgano valioso hasta en treinta mil pesos, que llaman *orquestiva*, que toca sonatas como los de San Francisco y Orleans, y ya los bailes y las representaciones teatrales.

Varios de estos especuladores procuran el entretenimiento inocente, haciendo que sirvan despabiladas muchachas, que está probado que despiertan la sed, más que el queso y que las castañas.

Corren en todos sentidos descotadas chicas, vestidas de modo que parecen desnudas, con la pierna acariciada directamente por el viento, y el viajero ignorante tiene sus primeras nociones de inglés por una especie de Olendorff práctico con el que muchos aprenden, y jamás se ha podido imprimir.

Pero eso es como si dijéramos la desviacion y el torcer rumbo: mi amigo y yo penetramos al *bar-room* mixto de comer y beber.

Sirviónos el criado amantecado con soletas.

Apénas acabábamos de sentarnos, llegó una despierta *lady* con su túnico de percal claro, su sombrerillo con su pluma encarnada, su paraguas y su portamonedas de badana roja en la mano.

Pidió *ostras:* trajéronle una escudilla de sopa de ostiones, con cantidad sobrada para cuatro personas; salpicó con puñados de pimienta su escudilla, vertió aceite, hizo chorrear el vinagre, desbarató en aquel océano quince ó veinte galletitas, y aquello fué una gloria.

La beldad, impasible, vió el fondo de la escudilla y pidió una patita de puerco; trajeron una especie de bracito de niño, así son las patas de estos marranos: yo empecé á alarmarme: aquella criatura se queria suicidar.... nada de eso; mondó la osamenta y pidió una copa de cerveza, larga y de la hechura de un clarin.... ¡Jesus te ampare! dije, sin poderme contener. La bella apuró la copa, dejándome espantado. Yo la ví abrir su portamonedas, pagar y salir muy oronda.

A las dos horas de esta escena, contemplaba yo á la hermosa vestida de fantasía en un teatrito, cantando de la manera más ideal, como si la maldita no tuviese en el estómago el bastimento de un cuerpo de caballería.

Volviendo á las casas de refrigerio, la soda, con el mueble de mármol descrito, se presta á varias combinaciones.

Constituye un comercio aislado con su mostrador, sus banquillos de tres piés y sus vasos, no botes de jarabes, porque el armatoste los contiene.

Forman el artículo de fondo de la dulcería y la pastelería, golosinas que tienen increible consumo.

La dulcería es el lazo que une á la mujer y al niño. Los dulces son de imitacion francesa; pero imitacion en cristal de roca, en cuarzo, en granito y bronce.

Son pequeños dados de un caramelo que necesita un yunque para partirse; es la melcocha capaz de pegar una contra otra la quijada, sin que poder humano la pueda dividir; es la almendra forrada de vidrio, y hecho grumo el cacahuate; es la panela y el piloncillo; es la charamusca de guante blanco, que lo mismo provoca en un cesto ambulante que en un cajon callejero; bajo cristales y en diáfanos botes, que en un *restaurant* de alta importancia.

Erigido el *restaurant*, desplega frecuentemente lujo deslumbrador.

Suelos de mármol blanco y azul, espejos entre las puertas, en las paredes y en las columnas que cubren el espacio del pavimento al techo, profusos cortinajes de seda y más frecuentemente de punto, con trofeos divinos, estatuas, relojes, bronces y cuanto puede imaginarse de más espléndido.

El hielo se sirve en todo: en el agua, en el vino, en la cerveza, entre las fresas, en las tajadas del melon, en los tomates rebanados, que han dado estos en que es fruta, y el servicio de mesa no deja que desear en cuanto á riqueza y propiedad.

Muy frecuentemente, en el centro de esos salones hay fuentes de delgados chorros que en amplios tazones mantienen peces de colores; al rededor de ellas, ó cubriéndolas, desplegan sus ramajes las acacias, levantan los plúmbagos sus tallos, la enredadera tiende sus cortinas, y las rosas, violetas y pensamientos, matizan el grupo.

Hay quien observe que á ese ornato falta el soplo poético del buen gusto; que adolece de cierta tiesura desairada que lo desluce á nuestros ojos, educados á la francesa; que se ve, á la reverberacion del gas, á la aldeana tosca, cargada de encajes y joyas, ménos aérea y avasalladora del alma, que la jovencita vestida de blanco, con una sola flor durmiendo al casto vaiven del seno de alabastro.

Yo digo que la riqueza de algunos de estos salones es extraordinaria; que no pude formar cálculo siquiera del de Brunswick, con sus paredes barnizadas con pintura valiosa, con sus frescos de estilo pompeyano, representando á Héctor y á Andrómaca, y con sus ventanas de cristales que parecen comunicar mayor intensidad á la luz.

Al regresar una noche de una de mis excursiones, mi cuarto era una verdadera torre de Babel.

Al rededor de la mesita de mármol que se halla bajo la lámpara, que tenia todas las bombillas iluminadas, estaban agolpados chicos alegres y sedientos de aventuras; llevaba la palabra el único que sabia con perfeccion inglés, y que, por supuesto, se hace tan menesteroso y esquivo como todos los intérpretes grátis.

Es el caso que dos de estos jóvenes habian remitido con toda seriedad al *Herald*, periódico *ad hoc* para todo lo que es chisme y escándalo, dos avisos anónimos, solicitándose en uno una jóven profesora de inglés, y en el otro la mano de una jóven.

Merced á la puntualidad y baratura del correo, diez y

nueve contestaciones tuvo la primera invitacion, y veintidos ó veintitres la segunda.

Entre las contestaciones de las profesoras, las habia que enviaban sus certificados, proponian precios ínfimos, salpicando de delicadas coqueterías el programa de enseñanza.

Decia una carta:

"No solo inglés, sino las ciencias y las artes concurrirán á ilustrar por mi enseñanza la inteligencia de vd. Le advierto que mi enseñanza es cara, pero que no se olvida fácilmente.

"Me apodero del corazon y de la inteligencia de mi discípulo, haciéndole conjugar el verbo *amar* en todos sus tiempos, reduciendo á dos las personas; cursaremos la geografía por un método práctico, en deliciosos paseos en carruaje ó en barca, alumbrando el dia ó con la luz de la luna. Nos iniciarán en los misterios de la botánica los ramilletes con que vd. me obsequie, y respecto de la lógica, de vd. serán las consecuencias, aunque establezcamos de comun acuerdo las premisas."

No sé por qué en estas cartas de inglés se mencionaba la juventud, el desamparo y el corazon sensible de las maestras.

Lo curioso de esta aventura es, que miéntras Manuel leia, y Pablo, que era el interesado, se fingia un mundo de aventuras, Othon, al soslayo, me mostraba el borrador de una de las cartas, que se referia á misteriosa cita, y me decia que se la habia dictado una preciosa *lady*, para divertirse con el ocioso.

Las cartas conyugales tenian más pompa y majestad.

La mayor parte de las que escribian eran viudas: yo no atino á descifrar por qué las viudas pululan por aquí con

tanta abundancia. Sin duda hay epidemia peculiar de maridos muy frecuentemente; parece que todos los que murieron en la última guerra eran casados con muchachas buenas mozas.

A muchas de esas cartas acompañaban hermosos retratos, ó mejor dicho, retratos de hermosas.

Otras cartas, y eran las más, contenian retratos á la pluma curiosísimos.

Porque es de advertir que, generalmente hablando, entre las mil señoras, mujeres y niñas con quienes he hablado, la mujer en lo general tiene una educacion más esmerada que el hombre. Escribe con soltura y hace uso admirable de su lápiz para todo lo que se le ofrece: las citaciones históricas, las curiosidades geográficas, las críticas sobre autores notables, les son familiares, son acertadas, y hacen amena su conversacion.

En los retratos á la pluma se mencionaba la color, la tez y la mirada, el carácter y las propensiones, y carta habia con detalles de peso y medida, capaz de dejar satisfecho al más curioso. Una carta decia que tenia la interesada 165 libras. ¡Esa era una ballena!

Una señorita adjuntaba á su carta la fotografía de una manecita preciosa, con señales evidentes de querer asir una buena presa.

Como debe suponerse, la jácara, las alusiones, las exclamaciones y los comentarios sobre las costumbres, llovian, y solia recordarse lo hecho con Othon, disminuyendo mucho la importancia de la aventura.

Mi compañero vespertino cuando recorria la Quinta Avenida, era Manuel, nombre del otro de mis hijos.

Es Manuel nativo de Guadalajara, con lo que podria decirse, sin exagerar, que está hecha la apología de su entendimiento y su corazon.

Delgado y pequeño de cuerpo, de ojos negros y rasgados, ensortijado cabello, nariz roma. Su razon porfía por llevarlo á los buenos estudios y á las cosas de provecho; pero su sangre hierve, y por ahora la sed de los goces le subyuga, quedando en buen estado el áncora de la moralidad y la excelente educacion.

Manuel es muy apasionado patriota, y léjos de admirar exageradamente, suele ser injusto deprimiendo la patria de Washington.

Manuel habla con fuego, y como es chiquitin, en sus arrebatos casi me intercepta el paso, poniéndose á mi frente.

—Antes de que entremos en la Quinta Avenida, como si dijéramos, el barrio de la opulencia, vea vd. tenderse la ciudad de uno y otro lado, á su frente y su espalda, en amplísimas y regulares calles; vea vd. que las esquinas con picos y semicírculos, esto es, irregulares, forman plazas ó corrientes de seis y más calles, cruzadas en su mayor parte por ferrocarriles y transitadas por hileras de wagones; fíjese vd. en la profusion de árboles que formando calzadas hasta perderse de vista, bordan, sombrean y dan hermosura á las calles. Observe vd., por último, los muchos parques con frondosas arboledas, asientos y fuentes, lugares perpétuos de recreo que alegran la opulentísima ciudad.

Estamos al fin en la Quinta Avenida: al Sur la limitan una

plaza que es la de Washington y corre hácia el Norte al lado del Parque Central, más allá de la calle 59.

—No quiera vd. detenerse, me decia Manuel, en contemplar cada uno de esos gigantescos edificios que nos salen al encuentro en tropel, porque eso seria cuento de nunca acabar. Aquel es el Hotel Delmónico, ese otro edificio el Manatan-Club.... más allá está vd. viendo Union-Club.

—No quieras llevarme por ese lado, Manuel, yo no quiero ir por ese lado ni ver ese gran monumento frente á Hoffman-House, ni nada; me han dicho que ese monumento es levantado contra mi patria; y mira, quisiera morirme ántes que pisar esta tierra; me quema las plantas, me parece que esas barras que tiene la bandera americana están hechas con nuestra sangre, y que sus estrellas son la impresion de sus heridas abiertas, y entónces....

—Es un gran monumento al general Worth.

—¿Cómo en la patria de Washington se levantan monumentos al robo y á la brutal ostentacion de la fuerza? ¿Cómo se enseña la inviolabilidad del derecho y se construyen columnas de honor á la más villana de todas las violaciones?

—Pero, señor, el monumento no es á la conquista de México ni á su mutilacion, es á un general que cumplió con su deber.

—Pues mira, quédate en tu plaza y resígnate, y déjame á mí con mis pelados maldecir hasta la quinta generacion á todos los piratas y á todos los conquistadores....

Yo no sé cuántas cosas seguí diciendo, hasta tocar casi en la Academia de música.

La Quinta Avenida se extendia entónces á mis ojos en toda su hermosura.

La calle de ese nombre corta la ciudad en su más amplia extension. El pavimento corvo es de adoquines, y las banquetas de seis á siete varas de ancho, de losas tersas de color de pizarra, que parecen bruñidas, y algunas tienen de largo el ancho de la banqueta.

La banqueta no pega en la pared sino que deja trecho en ella al piso que corre debajo de la calle, con intersticios que guarnecen á veces pulidos barandales de hierro: vense al través de ellas las ventanas del *bassement* ó último piso, con sus cortinas blancas, sus macetas y muebles lujosos.

Las casas todas, uniformemente, sin una excepcion, por donde yo estaba, son de esa piedra morena, entre morado oscuro y carmesí, tersa como el fierro que llaman *brown-stone* (piedra morena).

La parte superior de la fachada la componen ventanas con cornisas y grandes cristales, ó arcos y columnas; pero el primero y segundo piso tienen balconería corrida, más bien citarilla ó cenefa de hierro ó de piedra con sus columnas, y en ellas macetones con flores.

De la banqueta asciende entre pasamanos calados de piedra, la escalera que da á la entrada, donde la recibe elegante pórtico de dos ó cuatro columnas estriadas, remedos del órden gótico ó corintio, y sobre el pórtico se alza un balcon de la propia figura.

Y esas escaleras son tan iguales, y tan uniformes ventanas y pórticos, que parece que un propio molde los hizo á todos, ó que todos se calcaron y tornearon en máquina especial.

Ese pavimento, esas casas, esos cristales, corren por una legua, sin más interrupcion que la de las iglesias de la mis-

ma piedra, cantería ó mármol, con sus grandes ventanas ojivas, sus arcos góticos y sus torres piramidales, rematando en delgadas agujas que penetran el horizonte, coronadas con veletas, cruces ó pararayos.

Es una calle opulenta y aristocrática; pero calle de frac negro y silenciosa, como para asistir á los honores fúnebres de la opulencia. A mí me pareció la gran penitenciaría de los millonarios. Es el banquero taciturno, bebiendo en copa de oro y al lado de una mujer indiferente, su Jerez delicioso.

Tiene de particular esta calle que no ha podido llevarse por ella ninguno de los ferrocarriles urbanos, porque el empeño de los especuladores no ha podido vencer la resistencia tenaz de los propietarios de fincas.

Ya hemos dicho que la Quinta Avenida está interrumpida por opulentos edificios, que son como excepciones de su monotonía. Salimos de la Quinta Avenida por Madisson, y vagamos al acaso. Me iba diciendo Manuel:

—Vea vd. la Academia de Dibujo, que costó 175,000 pesos, obra del arquitecto White: es un mal remedo de uno de los palacios venecianos de la plaza de San Márcos; tiene el edificio 175 piés de frente; contiene 25 salones espaciosos de piedra y ornamento de mármol amarillento del Ohio sobre la fachada.

—La arquitectura de ese teatro de Booth, me dijo mi compañero, entrando en la Sexta Avenida, es como conato de renacimiento; su altura se calcula en 70 piés: tres puertas al frente y varias á los costados, dan entrada al público y se utilizan en servicio del teatro. En los intercolumnios de la fachada se ven colosales estatuas representando las notabilidades del arte dramático.

Dejamos á un lado el Teatro de la Opera, en la Octava Avenida y calle 23, para fijarnos en la Iglesia de la Transfiguracion, que con sus accesorios presenta detrás de su enverjado de hierro, el aspecto de una aldea tapizada de verde césped bajo las altas copas de los árboles.

—Ya vd. lo ve, decia Manuel, aquí puede aplicarse lo que vd. decia sobre la total falta de idea, sobre la regularidad y la forma: esa iglesia está hecha á pedazos, por secciones; ya adicionando la iglesia, ya sembrando capillas á diestro y á siniestro, y sin embargo, es de construccion moderna.

—He leido, dije, que tendrá unos catorce años, que se construyó siendo rector el Reverendo Houghton, que dejó veneranda memoria.

—Unas veces parece en las calles, como decia Lancaster del Hotel de San Cárlos de Orleans, que las obras comienzan de arriba para abajo; otras, que ya se traen piezas hechas como cajones, y que amontonándose unas sobre otras, se sale del paso; y otras, que se empieza la obra con espacio y formalidad, bajo un órden severo de arquitectura, y despues se acaba como se puede, como esos elegantes que vemos pasar correctamente vestidos, y en materia de peinado y sombrero, son de lo más descuidado del mundo. Vea vd. si no, me hizo observar, volviendo por la Quinta Avenida, esa casa larga y angosta que tenemos al frente. Es de mármol blanco; el primer cuerpo conserva las mejores reglas arquitectónicas; esas columnas estriadas son de purísimo órden corintio; los chapiteles están primorosamente cincelados. Esa es la casa de T. Steward, el comerciante millonario: se llama la habitacion-palacio, tanto así eclipsa á

las demás su lujo; el edificio costó, segun dice el vulgo, más de dos millones de pesos.

Cuenta la tradicion que despues de concluida la casa de régios salones, de corredores espléndidos, de alcobas voluptuosas y de todo lo que la lisonja ó la riqueza puede imaginar, quedó la casa inhabitada porque una hechicera le habia dicho al dueño que moriria luego que se mudase á ella. Nadie creyó en la brujería, excepto el amor, que es supersticioso, y la casa estuvo sin habitarse. Al fin, mudáronse los dueños: murió Steward á poco tiempo, y tomó proporciones de profecía el cuento de la vieja, que en último resultado es una verdad de Pero Grullo.

—Manuel, Manuel! esas son invenciones de vd.

—Será mentira, yo no lo niego, pero invencion no; porque como me lo contaron os lo cuento.

No hubo forma de detener á Manuel en el Parque; no en la Catedral Católica Romana, á medio hacer, que es un ensueño europeo como la Catedral de Colonia, despertando los más poéticos romances de los siglos XIII y XIV; no me atendió cuando al frente de la Sinagoga y á su vista morisca, recitaba con entusiasmo trozos del *Moro Expósito;* no me dió aliento frente al Instituto de Señoritas (Rutger Female Colege), tan digno de estudio: quiso que nos detuviésemos frente al soberbio y levantado muro que forma el depósito de aguas que surte la ciudad, llamado *Depósito de Crottom*, porque en él desembocan los acueductos que parten desde el Parque Central, distante seis millas.

XIX

Depósito de Crottom.—El carruaje.—El carreton y el carrito de mano.—Su influencia.—Nuestros hombres de á caballo.—Un Carnaval intempestivo.—La gran Procesion.—Los grandes calores.—Emigraciones.—Fiasco del Carnaval.—Más calor.—Un ataque á las garantías individuales.

EL inmenso estanque capaz de contener 150 millones de galones de agua, es de mampostería, con robustísimos estribos de granito: sobre esas murallas, ó mejor dicho, de ellas se ha formado un paseo alzado sobre la ciudad, con sus árboles, jardines y calzadas: segun el cálculo de los peritos, lo que se llama el Lago de Crottom puede cubrir 400 acres de tierra, recibir quinientos millones de galones imperiales de agua, y descargar treinta y cinco millones.

—¡Esto es magnífico! Esto es estupendo, esto es digno de los mejores tiempos de Babilonia y Roma, decia yo á

Manuel, quien reia, y quien me decia con cierta zonga que no dejaba de arderme:

—Cuidado, señor, cuidado, que tal me parece que se va vd. ayankando.

El depósito de Crottom costó 15.000,000 de pesos.

Quisiera no escribir esto, porque envilece y humilla cómo se trata la cuestion de aguas en México!

Si yo fuera capaz, escribia una obra que se titulara: "Del carruaje y de su influencia en la sociedad americana."

La sustitucion de la máquina al hombre, es decir, el ahorro del esfuerzo material sustituyéndolo con la máquina, es instintivo aquí, al parecer, desde las clases más embrutecidas. Al presentarse un obstáculo cualquiera, no se lucha directamente, se recurre á la palanca, á la garrucha, á la tenaza, al cordel, muy al contrario de lo que hacemos nosotros, y no por pereza, no por debilidad, sino por amor al éxito; y así como á la navaja le llamo yo el sexto dedo del yankee, al carrito de mano le doy el nombre de su tercer brazo.

Corre con el carrito, palanquea y conduce bultos enormes, penetra al almacen, le arrima al buque, se hace camarada del taller, es como el animal doméstico en el hogar. Doblarse en competencia con la mula para caminar, agobiado bajo un tercio, no lo concibe el yankee, que jamás puede ver ni puede dejar que vea nadie las cosas bajo el punto de vista de la mula de carga.

Esta asociacion de la máquina al trabajo, y no solo al trabajo sino al placer y al lujo, comunica al carruaje importan-

cia vital y le da infinita variedad; es á la vez piés, manos y vehículo, en una sociedad en que la primera aspiracion es el movimiento.

Hay carros pequeños y grandes: constituyen la cuna del niño hecho carretelita, el caballo del muchacho como velocípedo, el esclavo del hombre para sus faenas, su mansion ambulante en el desierto, su palacio en las ciudades, su alcoba y su ataud.

El carro tiene todas las formas y las figuras más caprichosas, segun el objeto á que se destina.

Los hay como inmensos cascos de buques, con sus toldos abovedados cubiertos de lona, y son almacenes de semillas y géneros formidables, descansando en sus dos ruedas; los hay que apénas tienen figura, porque son vigas mal encuendadas, que con una ligera inclinacion tocan el suelo y reciben la carga; los hay como cajas descubiertas, para vituallas y carnes; como pipas para la conduccion de agua y cerveza; como carretelas para pan y leche, con toldo y sin él, con secciones para transeuntes y efectos.

En el campo y en el hogar, el primer signo de independencia y el primer elemento de accion, es un carro, y por consecuencia, un caballo.

El panadero, la lechera, el cervecero, la verdulera, el jardinero, hacen acopio y distribucion de sus frutos en el carro. En él se hace mostrador, se acoge al niño, y se vuelve ambulante la familia.

El modo de descargar un carro es curioso: si se trata del almacen que da á la calle, el carro se vacía inclinándolo; los tercios ruedan y los carritos de mano completan la obra. Si se trata de elevar grandes pesos, entónces, por la azotea ó

por una ventana, asoma el potente brazo de la garrucha, y ascienden, escalando los aires, baúles, espejos, tercios, muebles costosos y cajas de fierro.

Hay fisonomías de carros como figuras humanas; grandes como edificios, cuadrilongos, de figura de cabaña, y de barril, y de sombrero, que sirve á la vez de anuncio de una sombrereria. Así lo ví en Orleans, propiedad del sombrero Lee.

El carruaje se emancipa y se pone al servicio de la sociedad; entónces es la diligencia, el ómnibus. el *bugey*, el faeton, el cupé, la berlina, la calesa y el landó del millonario.

En su estado de diligencia, de ómnibus y aun de coche de servicio, se adiciona su parte superior con bancas, abanicos y toldos, hace el imperial, se traslada el salon al carro, y se ven en las alturas sorbetes, gorritos, sombrillas y paraguas, dando á los cuadros particular animacion.

Si despues de considerar al carro como útil de trabajo, se le mira como asociado á la vida íntima, el carro arraiga al hombre en la familia, le facilita gozar en conjunto, se traslada con ella, niños y grandes recorren juntos la distancia, y van al mercado ó á la fiesta.

Sin exageracion, puede decirse que hay en movimiento en la ciudad más de 18,000 carruajes, sin contarse con los wagones de ferrocarriles urbanos, que la recorren en todas direcciones y se ven á lo léjos como cordon de casas que andan, con excepcion de la calle de Broadway y la Quinta Avenida, que no tienen rieles en toda su extension y forman siempre estrepitoso rio de coches, ómnibus y carros.

Me he preocupado yo con los carros, al punto que me

parece que influyen en la seguridad y en la moral de la poblacion.

El transeunte, el vaquero, el hombre ambulante en nuestro país, andan á caballo; el caballo se escurre en la encrucijada y penetra en la sierra, desarrolla las naturalezas inquietas y las hace batalladoras, congrega á los amigos en la taberna en que se concierta el robo y se conspira.

No se puede concebir un asalto con carros. El carro es la fianza del trabajador; en cualquiera desman, empieza por arriesgar su capital.

El yankee tiene con el carro verdadera intimidad; se da como supuesto que el carrero es el hombre público más accesible y benéfico; andando andando el carro, se trepan los chicos á su grupa y siguen muy contentos su camino; varias veces se ven coronando el carro personas bien vestidas, que llevan negocio con el carrero, ó amigos que sin interrumpirlo le platican.

Omito decir que los carros que tienen paredes y toldos van cuajados de avisos, y que hay carros destinados á este solo objeto.

Ayer, 15 de Mayo, fué un dia de carros, y voy á contar á mis lectores con qué motivo, porque la cosa merece detenida descripcion, aunque digan que me divago, porque al fin estas notas no son sino un tejido de divagaciones.

Han de estar vdes. para bien saber, que estos señores del comercio, sin ton y sin són y porque voló la mosca, dispusieron Carnaval á su modo el dia de ayer, y dijeron "Carnaval," con el mismo desplante que pudieron haber dicho "Semana Santa" ó "Noche Buena."

Tratábase de la recepcion en Nueva-York del *Rey-Carnaval;* planteóse el proyecto, se invitaron á distintas sociedades, ramificóse, hiciéronse los aprestos y se fijó dia. El aparente Carnaval era el disfraz de una feria ó especulacion mercantil.

Omnibus y carros entraron en el negocio, abaratáronse los precios de conduccion y afluyó la gente, al punto que se calcula que más de trescientas mil almas engrosaron las ya muy nutridas arterias de la ciudad.

La procesion régia debia atravesar por la calle de Broadway, el centro de la ciudad; pero como la calle hace X en su marcha, como si hubiera tomado un trago de *whiskey*, la ciudad entera se interesó en la fiesta. Las calles estaban repletas de gente: en las alturas, en las puertas, en los coches y en las guarniciones de los caballos, flotaba la bandera americana, y en competencia las banderas de todas las naciones del globo, ya acomodadas á las azoteas y ventanas, ya en sartas caprichosas como en un buque, entre las muestras que representan botas, anteojos, zapatos, vasos con cerveza, cachuchas y almofrejes.

No solo la calle de Broadway formaba rios de gente, sino las contiguas, y todas tenian desusada animacion.

Esos conjuntos, esas avenidas caudalosas, esas corrientes de á miles de personas uniformemente vestidas de negro, salpicadas de velos, gorros, sombrillas y peinados de las damas, es por sí un espectáculo.

La multitud no es la gente, es un monstruo de miles de ojos, de brazos y de piernas, que impone, que infunde miedo con su más leve agitacion.

Caminábamos como en medio del estrépito de muchas

aguas, y no podian fijarse en nada los ojos, porque se desvanecian.

Las mil ventanas de la parte alta de los edificios, blanqueaban de rostros humanos, en los que reverberaban ojos ávidos.

Gradas, cortinas, antepechos, árboles y faroles cubria el gentío con rumor confuso, y la comitiva marchaba con paso uniforme, con cierta seriedad y tiesura, que casi entristecia.

Entre tanto el tráfico cotidiano no cesaba, y las corrientes encontradas de carros no desmayaban en su actividad febril, que constituye un peligro eminentísimo al pasar de una acera á la otra, rozando las ruedas y en contacto con las lanzas de los carruajes y los hocicos de los caballos.

Despues de horas de mortal espera, cuando caia á plomo un sol que derretia las piedras y sin hacer los curiosos señal alguna de impaciencia, se anunció la procesion.

Como heraldos de la fiesta, confundiéndose en el vulgo de los carruajes ocupados, marchaban tres carros-anuncios de los teatritos de baja ralea, con los que tenemos contraido conocimiento; iban pareados y como en tertulia con otros carros, que improvisaron un concurso ambulante y á la altura de la situacion.

Los carros ociosos, no queriendo perder su tiempo, improvisaron, al rayo del sol, tablados y salones ambulantes, y los curiosos, de pié y sentados, con sombrillas y sorbetes, formaron sobre esos carros estrados varios, estrambóticos y raros, pero al nivel de las circunstancias.

Anúnciase al fin la procesion.

Rompia la marcha, á guisa de batidores, una extensa fila de policías con su uniforme azul, montados en soberbios

caballos. El caballo en que iba el cabo que presidia, era finísimo, de raza inglesa, y elegantemente enjaezado.

A corta distancia se presentó el *Rey-Carnaval* en su carretela abierta; dos mites de gregüescos ocupaban la delantera del carruaje; en la testera marchaba solitario el rey, con un vestido como de *podestá*, ó sea bata con vueltas de armiño, y un fieltro de figura de quesadilla en la cabeza, de lo más desairado.

Como escoltando al rey, le seguia numerosísima música, en que los tambores, redoblando desaforadamente, hacian el principal papel.

Comenzó entónces el desfile de más de doscientos carros, uno tras otro, de todos tamaños, interrumpidos por bandas de música y batidores de á caballo.

Eran los carros verdaderas secciones de tiendas, cantinas y talleres; era como si al piso bajo de una de las aceras de la ciudad se le hubiesen puesto ruedas.

Carro de cerveza, con la pipa colosal, manojos de lúpulo, un dios Baco aburrido del sol y dando cada bostezo que se tragaba media calle. Carro con remos y máquina de pescar, como mudando de lugar; artículos de botica, camas, catres y colchones.

—¿Qué es eso? decia Pablo, que es un muchacho fanático por México y que les espía á los americanos todos sus defectos, sin concederles maldita la gracia, ¿adónde está la procesion? Eso es que están mudando los almacenes de la Battery á la calle 42?

—Esta es exposicion de industria, propiamente hablando.

—Pero qué novedades hay, qué perfecciones lucen?

—Es *bisnes* (negocio), decia Francisco.

—Carro con aguas minerales.

—Carro con bizcochos y pan.

—Pipas con vinos húngaros.

—Veamos, Pablo, interrumpia yo, contempla una cosa notable: esa que parece torre, que viene ahí, no es sino una inmensa botella de Champaña, un anuncio colosal de ese vino.

—Eso es una sandez de cuatro varas de altura.

—En lo que no se han fijado vdes., y es verdaderamente hermoso, es en los caballos que tiran de los carros y en sus arneses.

Todos los caballos eran muy corpulentos, y algunos de nobles razas; carros han visto vdes. de cinco y seis troncos, y cuatro y cinco caballos, unos tras otros, con sus chilillos de plumas entre las orejas, y sus redecillas de seda y oro forrando las mismas orejas, para que no les molesten las moscas. El que no pueda ser de un yankee su botella ó su portamoneda, debe aspirar á ser su caballo, porque es lo que cuida más en la vida.

—El yankee es amigo del caballo, dijo Manuel; nosotros sus explotadores, si no sus verdugos. No seamos parciales.

Llegó un carro, ó mejor dicho, desfiláron varios carros de vendedores de *thé*.

—Ahora no tendrás que decir.

Reclamaban, en efecto, nuestra atencion tres carros de la Compañía del *thé*, con mandarines y comerciantes chinos, vestidos perfectamente, con sus trages talares de riquísima seda; por supuesto, los hijos del Celeste Imperio, de ojos azules y patillas rubias, no chistaban palabra y tenian la gravedad de los asistentes á un entierro.

Carro de lavanderas, con *whiskey*, con panadería, con imprenta, con herrería, con máquinas, bombas, sastres, telégrafos, toros y borregos vivos, sin interrumpirse la monótona severidad, sino porque de la panadería se arrojaban de vez en cuando bizcochos á las ventanas; iba imprimiendo una prensita y trabajaban unos herreros.... y se acabó la procesion á la hora ménos pensada, siguiendo el tráfico como ántes.

—Esto no ha sido procesion; es que se han mudado varios comerciantes de uno á otro extremo de la ciudad.

—¿Pero no te cayó en gracia aquel que iba tendido boca arriba, recibiendo en la cara todo el sol?

—¡Qué cascos! qué América! qué figurones! esto es de revolver la bílis; esto es que buscan la utilidad en todo estos hombres.... Esta es una coleccion de avisos animados, casi una exposicion: nosotros somos frívolos, queremos divertirnos.

—Al ver esto, nos contó un españolito chiquitin y despabilado que se atraganta con los usos yankees, que en sus paseos por Europa regaló un indiano á un irlandés, su amigo, un perico primoroso, con todas las recomendaciones de un gran obsequio; el irlandés, luego que estuvo á solas con el pájaro, lo vió, revió por todos sus costados, y sin más ni más, procedió á torcerle el pescuezo y á que se guisase del modo más apetitoso.

A los dos ó tres dias volvió el indiano y preguntó: ¿qué tal ha parecido á vd. el periquito?....

—Perfectamente, amigo; pero haré á vd. observar que esas carnes siempre salen un poco duras.

—Hombre! si yo lo dí á vd. porque el perico hablaba.

—Ponga vd.; pero obras son amores: las palabras se las lleva el viento.

Estos chicos han hecho del Carnaval un guiso para comer.

La procesion de la noche, en medio del inmenso gentío y entre músicas y antorchas, dicen que tuvo mayor belleza y animacion.

A mí me tenia rendido el calor; trátase de un calor de ochenta y dos grados, que fatiga, que agobia, que descoyunta y embrutece.

—Esto no es nada; es el simple anuncio de lo que se tiene que pasar, me decia Francisco: hace algunos años, que en el mes de Julio perecieron ciento cincuenta y seis personas de insolacion en un dia. Hubo dia que subiese el termómetro á ciento seis grados, que ya ve vd. que hay para freirle los sesos á cualquiera.

En la temporada de los grandes calores, la ciudad disminuye un ciento por ciento en tráfico y animacion; muchos capitalistas hacen sus viajes por Europa; por poco acomodada que sea una familia, aspira á pasar dos ó tres meses en el campo, y entónces cobran vida las risueñas aldeas, las montañas, y sobre todo los baños; entónces son las aventuras de amor, los animados bailes y los paseos deliciosos.

Hasta en la última estancia campestre se instalan *restaurants* y se aderezan hoteles. En las noches, en las primeras horas, hay músicas para los niños, y más tarde se formalizan bailes encantadores.

Pero en la ciudad, se arde el mundo; los caballos perecen, no obstante que se les busca sombra; se les pone en la cabeza ramos de árbol y esponjas con agua helada: esto es

verdaderamente espantoso; quisiera uno sembrarse en el hielo para tener alivio.

Francisco me describió al siguiente dia la procesion de la noche, y el baile.

Verificóse la procesion con mayor pompa y tendencias de fiesta, que en la mañana.

Caricaturas poco felices en la gran comitiva y servidumbre real, nobles y duques convertidos en farsa realmente, sacados á la vergüenza en este pueblo de ilustres carreteros, menestrales y labradores, y luego una série de representaciones históricas en cuadros animados, como hemos visto en los teatros.

De esos cuadros, algunos fueron perfectos y todos elegidos con tino y buen gusto.

Colon dando cima á sus trabajos inmortales, plantando la bandera de la civilizacion y la gloria en el mundo que descubria.

El recuerdo animado de la naturaleza primitiva y la canoa exígua del indio en el país en que se convirtió en verdad trascendental la locura de Fulton.

La tierna escena de la india Pocahonta, bella, gentil, salvaje, que salva al capitan Smith lanzándose entre la víctima y el verdugo, cuando el vencido inglés fué sorprendido en un pantano.

Washington, sublime como nunca en sus dias de prueba, cruzando el Delaware para formar con sus nieves una muralla á la libertad.

La lucha del Sur, pero en su desenlace de reconciliacion y de paz.

Escenas y cuadros son estos, no de Carnaval ni para ex-

ponerse en medio de la farsa; pero bellos, grandiosos, fecundos en patrióticas lecciones y dignos de servir de pábulo al más puro entusiasmo.

En la noche, el Gilmores-Garden estuvo poco concurrido: en suma, al conjunto de la funcion se le dió el carácter de un verdadero fiasco.

"Este ha sido un fiasco," repiten: así será; pero me parece que ni como negocio frustrado lo han visto todos sus autores. Para la diversion habrá dejado que desear: no sabemos si en el terreno de los negocios será lo mismo.

Importaba que hubiese más gente que la que compra y vende por lo regular, y esto acaso se ha logrado. El nombre era de poca importancia.

Pero formalmente hablando y suponiendo la tentativa de una planteacion de Carnaval.

Las costumbres no se improvisan; los hábitos se trasportan con los hombres, no se trasplantan. La máscara es fruta que se sazona en los pueblos oprimidos: era un pretexto de libertad; se disfrazaba de liberal el pueblo esclavo; los hombres de iglesia, los cortesanos hipócritas, las mujeres esclavizadas, los siervos abyectos, cobraban bajo el disfraz los atributos que las leyes les negaban; y en ese fondo de verdad era un romance cada palabra, una série de dramas cada incidente, una pasion, una fiebre cada disfraz.

¿Pero á qué el disfraz en un pueblo en donde todo el mundo hace lo que quiere, en que la verdad misma quisiera tener sombras para comunicar interes, en que por más que se esfuerzan los prestidigitadores políticos, no alcanzan mayor rango que el de los suertistas y funámbulos?

Nada más triste y desairado que un yankee bajo su ca-

reta, paseándose taciturno y ardiendo su alma, por no poder fumar ni echar á su sabor sendos tragos.

Se concibe una tortuga en velocípedo, un gordo bailando como sílfide en un alambre, un elefante haciendo circo ó parándose en dos piés como un falderillo; pero un yankee máscara es más que el contrasentido, es el imposible.

Ayer he llenado mi cartera de apuntaciones, es decir, cuentas sueltas para hacer soguillas, y ahora que las quiero ensartar en el hilo de una narracion seguida, me estoy encontrando con dificultades insuperables.

Tal vez influya el calor en lo que me pasa: las calles, aunque amplísimas; las plazas, aunque pobladas de árboles; mi habitacion, aunque ménos estrecha que otras, no templan los ardores de este horno de carne humana. El calor es intenso, es abrumador é insoportable; toda la pompa del Paris de América se reduce á nada cuando se ve el lujo bajo el aspecto de adornos de un suplicio. Ni un instante la brisa se insinúa, ni un momento dulcifica el nublado el tueste sistemático de los hijos de Adam.

Suele cambiar el tiempo; pero entónces es una invasion de invierno, que produce cada pulmonía, y cada reumatismo, y cada catarro, y cada croup, que en los vivos aires alzan la estadística de la mortalidad.

Uno de los retraentes que van teniendo mis salidas, es la falta total, permanente y tiránica de lugares de desahogo transitorio, y cuenta con que se trata de una gran necesidad social.

El hecho es espantoso; ¿pero qué se hace con respecto al excedente de los líquidos en un país en que marcha dia á dia como embodegado y en secciones un océano de *lager beer*, y otro de soda? Se aguanta: ¿y si no se puede? Habrá acueductos subterrámeos, habrá lo que se quiera; pero no se da á luz el remedio de la necesidad. Sobre que ni hay zaguanes, ni recodos, ni parapetos, ni abrigos en el interior de la ciudad, si no es en una que otra plaza.

En el *restaurant*, en el *bar-room*, en el hotel, hay sus oficinas tributarias *(water closer)*; pero el recurso no está á la vista de todos; por otra parte, se necesita cierto desplante para irse un hombre introduciendo hasta los últimos interiores de la casa á instalar un desagüe; ¿y cómo se hace esto sin saberse el idioma? ¿los extranjeros no tienen derecho á salir de su cuidado? ¿y los pobres que pudieran hacerse sospechosos? Los pobres deben vivir en seco. Esto es espantoso.

Si la ausencia de consuelos nace de pulcritud, poco se logra; porque si es cierto que en las calles centrales no se advierten desmanes, en las calles apartadas es el asco y la inmundicia; no hay callejon, ni cerca, ni despoblado, que no tenga lagos, que no rastros, del contrabando espantoso de los líquidos.

Como el *bar-room* es el recurso más obvio, he tenido que adicionar mi presupuesto.

Entro al *bar-room*, pido cerveza porque llego acongoja-

do, dejo en el mostrador la copa y me lanzo á lo desconocido, regreso y dejo intacta la copa, y el *yankee*, á su frente, con tantos ojos, sin darse cuenta de lo que me pasa; así, como en otras cosas, me haré una reputacion de borracho, y no precisamente por lo que bebo, sino todo lo contrario.... Dicen que los dueños de *bar-room* son los que se oponen al establecimiento de oficinas mingitorias, porque así venden más. De todos modos, se trata de un grosero ataque á las garantías individuales.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 39.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez,
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

XX

Seguridad.—Limpieza.—Calles no centrales.—Suciedad y abandono.—Rectificaciones.—Omnibus y wagones.—Las damas.—La lady "pur sang."—Voceadores de las calles. —Ahorro de trabajo.—Elevadores.—Albañiles.—Botones de tornillo y carretilla.—Las comidas.—Nuestras comidas traducidas al inglés.—Listas de manjares.—El español pinta al yankee.

LEVANTEME muy temprano, al siguiente dia del Carnaval, es decir, á las cuatro, que allí comienza á amanecer.—Los establecimientos estaban sin gente, pero alumbrados con gas en el interior, porque la luz es el recurso de seguridad; y no me he atrevido á llamar cerrados á los almacenes, tiendas y oficinas, porque los aparadores, tiendas y almacenes quedan á la vista, teniendo por resguardo sus cristales: el cerrojo no se conoce, las llaves colosales no se fabrican, las chapas complicadas serian objetos de curiosidad.

De todos modos, esa fé en la autoridad, esa ostentacion

de confianza cuando se trata de millones, es imponente y habla muy alto en favor de la moralidad de un pueblo.

Las casas se cierran con cristales.

La limpia y aseo de las calles comienza por parte del municipio á las tres de la mañana, de suerte que el centro de la ciudad está en buen órden al salir la luz.

Unos carros que mueven grandes cilindros de cepillos, y barren perfectamente, carros regadores que desprenden en plumeros sus aguas, y criados con escobas, sacudidores y cepillos, dejan albeando pisos y paredes.

En las esquinas de las calles, y de trecho en trecho en las aceras, hay postes que contienen los tubos de las cañerías: al tubo se àplica una manga de *gutta perca*, y techos, paredes y aceras, se lavan la cara en dos por tres.

He dicho paredes, y se deja entender que no todas; pero hay muchas casas cuya pintura es de aceite, otras casas son de cantería, y éstas y las otras permiten esos chorros descomunales que en las banquetas forman rios.

No así en las orillas de la ciudad y la parte del N. O. que yo recorrí; allí la banqueta es el patio, el corral, el lavadero y el depósito de basura.

Casucas grandes y chicas, costras de suciedad empedernida y lustrosa, como de betun, mujeres como en camisa, muchachos medio desnudos, hombres en mangas de camisa, con los cabellos lacios alborotados y sus sendas pipas en la boca, y calzados que tienen del trapo y de la cáscara, de la escama y de la concha de tortuga.

Tendederos, canastos de basura, aros, recortes y trapos en la banqueta, donde se ha estacionado un caballo ó reposa un carro, arma sus sillas un carpintero y un pintor escribe

sus rótulos, miéntras descargan á su espalda harina, ó vacía su carreta de carbon el carbonero.

Y aquellos muladáres los atraviesan, sin embargo, señoritas ó mujeres de apariencia elegante, con gorrillos y guantes, sombrillas y abanicos.

Yo me ví tentado en cuanto á tráfico, á rectificar mi juicio respecto del movimiento: hay varias calles y avenidas que lo tienen poderoso, á más de Broadway.

La Tercera, la Sexta, la Octava Avenidas, las plazas de la Union, de Washington y otras, hormiguean de gente, y el rio de la Quinta Avenida, como raudal que corre entre lomas, se engrosa, se expanse y se dilata en innumerables calles y callejuelas.

Los carros y wagones, que pueden contarse por docenas, recorren la ciudad en todas direcciones, por una ó más leguas, siempre recogiendo y soltando gentes, y siempre ocupados, al extremo de ir rebosando por las plataformas los viandantes.

La colecta no se deposita, como en San Francisco y Orleans, sino en los ómnibus, que cuestan diez centavos. Cinco se pagan en los *wagones*, el colector lleva colgando al pecho unos cartones en que marca el número de los transeuntes, y el modo de marcar es una tijera que contiene una campana, con la cual se saca un bocado al carton, que es el justificante de la cuenta.

Llamóme la atencion en mi paseo matutino, la generalidad con que damas bien vestidas llevan envoltorios de papel en las manos. Trastos y canastos están relegados á la baja clase, aun cuando esa baja clase use sombrilla y gorro muchas veces.

Es que en la tienda mestiza ó *groceries*, en las fruterías y dulcerías ambulantes, en el cajon de ropa, en todas partes, no hay artículo que no se envuelva en papel á propósito: los frijoles, lo mismo que los pañuelos; los pañuelos con la propia diligencia que los zapatos, las naranjas ó los gorritos, y así se conducen: hay papel *ad hoc* para bolsas, carpetas y tubos, y lleva su adminículo de papel amarillo la dama, alternando con el portamoneda de badana, el pañuelo, el abanico y la sombrilla, sin que esto sirva de estorbo á la pequeña balija ó ridículo que pende de su brazo.

Por lo demás, la mujer es un sér realmente masculino é imponente: se ve venir á la *lady* con la falda del vestido remangada en su derecha: anda á trancos largos, con la cabeza levantada, en cuerpo gentil ó con burdo sobretodo de toscos botones, con un airoso albornoz que desciende en ondas, con flecos de bellotas, ó con sendos mantos como capisayos (*watter proof*).

La de tápalo y *schal*, y aun la de mantilla, no es la *lady*.

En las tiendas, en los hoteles, en las calles desiertas, en los paseos, en los barrios, en las bibliotecas, en todas partes está la *lady;* y brota sencilla, imponiéndose sin contradiccion; la niña con sus libros debajo, su pierna con restirada media al descubierto, su bote de hoja de lata ó canastillo en que va su *lunch*.

La *lady* no es el intruso, ni el advenedizo; constituye una poblacion que se ingiere en la otra como en su funda una escopeta. El hombre se siente forro de otro hombre más gracioso é insinuante, que es la *lady*.

El hermano mayor, el marido de la *lady*, por el hecho mismo de estar en su compañía, tiene cara de sordo.

Las calles de la parte Sur de la ciudad, que yo creia con escaso movimiento, me iban aturdiendo, con ménos lujo, con ménos joyerías y aparadores ricos, con la presencia de las *groceries*, zapatos en sartas, carne de tocino, jabon y semillas, lado á lado de las tiendas de modas, *restaurants* y salones de todas clases.

Notaba que los vendedores vocean sus artículos con voz monótona y tenaz; los distribuidores de periódicos, como en México, dicen las noticias y calunmian los rubros; los naranjeros, las lavanderas, todos pregonan sus oficios y mercancías; pero esto es siempre que no está á su alcance una campana, una trompeta, un órgano ó una música de viento; entónces el voceo se vuelve escándalo y se produce al placer: porque por lo visto, el ruido es para estas gentes un placer.

Los escalones de los hoteles están forrados de láminas de laton, que retumban con las patadas de los transeuntes.

Los criados no alzan, sino empujan, en los entarimados, las sillas, que van deslizándose y haciendo piruetas, hasta colocarlas en su lugar; vuelven ferrocarril el mármol de los mostradores, y lanzan vasos y charolas, y en el descargue de un carro ó de un buque, llueven tercios, se desgobiernan baúles y se despedazan muebles, que es una condenacion. A los hombres de los *Express* los llaman humorísticamente *baggege mackers* (machucadores de equipajes).

A la entrada de los hondos sótanos se suspenden varillas que forman carril ó rambla, haciendo ondas para disminuir la pendiente, y por allí se lanza, para que camine, todo lo que se tiene á la mano.

Esta propension al ahorro de trabajo, de costo y de tiempo, es casi una faccion de la fisonomía de estas gentes.

En el trasporte de grandes piedras, en la suspension de pesos enormes, en el ferrocarril, en la marina y en la finca, se hace sensible aquel que podriamos llamar principio.

Dentro del mar, detenidos por estacas de madera, reciben durmientes y rieles por donde pasan inmensos trenes.

El elevador tiene todas las formas; desde la repisa hasta el salon: en los grandes almacenes, en un cuadro de hierro afianzado á un cable por una argolla y en una tabla, suben y bajan efectos y hombres como volando; los elevadores, que no son sino una preciosa estancia alfombrada, con asientos de terciopelo, espejos y quinqués, suspendida á tres ó cuatro garruchas, hacen insensibles los viajes aéreos.

En el Correo estaba un elevador sin garruchas ni cables; el cuarto de madera descansa en un pilar de fierro que sube y baja por medio de un mecanismo que maneja un niño; sobre la tapa de un sótano se colocan cestos, tercios y cajas, y el cuadrado, que parece puerta, se hunde haciendo la conduccion subterránea del modo más seguro.

Los albañiles se valen frecuentemente de macizos tablones suspendidos en garruchas afianzadas á gruesas vigas horizontales recargadas en los techos. Los andamios á nuestra manera, son casi desconocidos.

Y para decirlo todo, si se trata de abrochar un guante una americana y no tiene su gancho *ad hoc*, no forcejea ni porfía, sino que se quita una horquilla del peinado, y con ella improvisa un gancho que la saca de apuros.

Esta es la causa, en mi juicio, de la boga que tienen los botones de carretilla que se usan en camisas, pantalones y

calzoncillos. El boton se traba y es obra de un instante; no se desprende, emancipa al hombre de la aguja, es toda una revolucion en la costura. No contentos con ese boton, hay unos ganchos aun más cómodos, y de ellos usan los bomberos para vestirse con celeridad prodigiosa.

Al regresar á mi cuarto, unos amigos que acababan de llegar de México me esperaban para que comiésemos juntos.

Entre ellos venia un español franco, abierto, apegado cerradamente á nuestras costumbres, intransigente, y con todos los defectos y virtudes de su raza, en pronunciado relieve.

Yo haré notar á mis lectores que el tipo realmente antagónico del yankee es el español; pero por ahora sigo mi cuento.

—Comeremos, decia D. Santiago, donde no haya *plan* americano, porque *el plan* me parece del fondista, de dejar á un cristiano sin comer.

—El sistema americano consiste, observaba otro, en que caiga ante una víctima, de un golpe, una lluvia con todos los platos guisables, y que el cliente, armado á veces de solo el tenedor y de un plato único, entre en campaña con todos los potajes, hacinando los restos y haciendo combinaciones en el plato único, lo cual es repugnante al último extremo: cáscaras, aceite, vinagre, melaza, todo se reune en el improvisado muladar, y á eso se llama comer.

—Yo llamo plan americano, observó Francisco, á las comidas frecuentes, y sobre todo, á los potajes que en ellos se sirven.

El cerdo, miéntras más grasoso y más al natural, mejor; los frijoles blancos, secarrones, los maíces en leche, los to-

mates servidos en crudo como frutas delicadas, la melaza mezclada á las grasas, el exceso en los condimentos, de pimienta, sal, *pikles* y todos los accesorios con que el americano se guisa su comida, porque el manjar suele ser un protesto, y el pan de maíz, que servido con esmero suele ser un bizcocho agradable, pero no como acompañante de todas las comidas.

—En eso de pan, nota otro, los hay enormes: son como bancos de madera con miga, como lana de almohada, y cortezas como de tabla.

—Y hay panes que son realmente trancas, decia D. Santiago, con los que se podia arrimar á cualquier tunante una paliza, con que no le quedase hueso sano.

—Comeremos donde vdes. quieran, decia yo; pero que no nos obsequien á la mexicana. De nadie quiero ocultar mi nacionalidad, que llevo con orgullo; de un cocinero sí. Han dado en que nuestra comida cotidiana es mole picoso y desabrido; nos presentan como albóndigas unas balas enormes hechas de una especie de *hash*, que es el plato americano; esto es, carne deshebrada, el pasado de las fondas, la resurreccion de los resíduos de los que fueron potajes, y frijoles, unos frijoles en agua sucia, cocidos nada más, frijoles que en nuestra tierra desdeñarian los perros.

—Busquemos, decia Francisco, una fonda netamente francesa, aunque tenga las pretensiones de poca lisonja á los americanos, como es natural.

—Comeremos á la *carte*, es decir, pidiendo lo que sea de nuestro agrado y bebiendo vino, cosa que no entra en el plan americano.

Nos presentarán en una especie de cuaderno una lista



LIT. DE H. IRIARTE.

Nuevo Capitolio de Albany

tremenda, en que parecerá agotada la nomenclatura culinaria.

Pero no hay que estremecerse; en eso, como en todo, entra el *humbug*.

Ve vd. una fila enorme de nombres: es á veces pan de distintas hechuras.

Otra seccion: es la lista de todas las verduras.

Otra: de nombres tremebundos. Son papas.

Y toda esta inmensidad de nombres está sujeta á que se acaba todo lo que vd. desea y á que come una comida corriente, pero costosa.

—Ni más ni ménos, dijo D. Santiago, sucedió á mi sobrino Paco: la primera vez que pasó por estas tierras (él es de buen diente, ¡canasto!) y apénas puso el pié en tierra, aunque sin saber ni sílaba de inglés, se metió en una de esas fondas, y le pusieron el infolio en las manos.

El, que es testarudo y se moria de hambre, recorrió la lista aquella y se prometió el oro y el moro.

Para complacer el apetito, dijo para sus adentros, veamos lo que tiene más letras, porque allí debe estar la sustancia; y diciendo y haciendo, puso el dedo en uno de aquellos letreros.... á poco, caten vdes. que le van trayendo unos rabanitos muy monos; pero aquello era una temeridad.

Puso el dedo en otro renglon: entónces fueron unas hojas de lechuga y los útiles para la ensalada.

Renegando su alma, y queriendo irse al extremo opuesto, puso el dedo donde vió ménos letras, y dijo: "Esta, de fijo, es carne...." y el criado fué llegando con un gran trozo de hielo.... Entónces tomó una seccion de aquellas por su cuenta, y comenzaron á llover sopas que fué una gloria,

hasta salir amostazado, en medio de las risas de los sirvientes, despues de desembolsar diez ó doce pesos.

—En las estaciones tambien, dijo D. Santiago, mucho *cofi* y mucha hoja de lata, y nos morimos de hambre.

—¿Qué es eso de mucha hoja de lata? replicó alguno.

—Es una inmensa rueda de hoja de lata, (*) continuó D. Santiago, pegada á ciertas horas á la mano de un negrazo desalmado, que con un bolillo le sacude el polvo, formando una ruidera de cien mil diablos, y esto es para avisar que va la gente á comer, como si dijéramos, para abrir el apetito.

—De todo ha de haber, compadre, ya vd. ve que la escala es inmensa; aquí hay desde lugares en que se come grátis.

—Las casas de *lunch*, es cierto: cuando no es hora, se ven unos palos arrumbados, unos platos y algunos adminículos de mesa.

Llega la hora, y se arma la mesa, como aquí se arma todo, hasta las estatuas: hay estatuas en fracciones, que se atornillan.... y dicen que el arte no adelanta!

Se arma la mesa, se tiende el mantel, se colocan en platones trozos de carnes frias, *beefteck*, galletas, queso y pan: se esparcen á granel el pan y los tenedores, dominando el *convoy* y los botes de *pikles*.

La mesa está á la altura del pecho de los clientes: es casi el pesèbre.

No se paga lo que se come, sino solo lo que se bebe.

Llega desaforado un marchante, suelta una dentellada al toro, se llena la boca de galletas, coge un trozo de queso en

(*) Congo.

la mano y se marcha al mostrador, á habérselas, de paga, con la cerveza y el *whiskey*.

Fuimos, pues, á un *restaurant* frances y quedamos contentos, tomando *dessert*, esto es, postres y golosinas, que segun la expresion de otro compañero, en el plan americana están encomendados á las *tlapalerías* y *boticas*. El pastel americano es delicioso: el relleno es ruibarbo, calabaza, duraznos podridos, y el dia ménos pensado meten en el pastel una cachucha ó un zapato.

XXI

Excursion temeraria á la Iglesia de la Trinidad.—Campanas armónicas.—Panoramas.—Bowling Green.—Green Castel.—Jersy City.—Movimiento industrial.—Telégrafo.—Vapor.—Descenso.

ESTOY rendido: ayer emprendí una excursion realmente temeraria para mis años. Me resolví á ascender, y ascendí, á las alturas de la magnífica Iglesia de la Trinidad.

Hemos dicho que la iglesia está ubicada en la calle de Broadway, sin interrumpirla, ni aislarse de un modo notable: se encierra dentro de un magnífico barandal de fierro, se rodea de sepulcros, y el lugar es tan venerando, porque le consagran preciosos restos y grandes recuerdos, que pudiéndolo vender el municipio en cientos de miles, se conserva como un lugar sagrado.

La iglesia es de órden gótico; sobre su grande arco, y á

los lados de su clave, se ven dos colosales ventanas coronadas por una tendida cornisa; en los extremos del muro, y sobre el primero, en cuadrado robusto y despues en labrada pirámide, se destacan cuatro delgadas torrecillas y una elevadísima torre en su centro.

El edificio, en su mayor altura, tiene doscientos ochenta y cuatro piés de elevacion.

La iglesia estaba en obra: uno de estos rasposos tipos de portero me salió al encuentro; díjele que queria subir á la torre, pidióme diez centavos, se los puse en la mano, me tomó de los hombros, me empujó á la entrada de un callejon oscuro, y cerró la puerta tras de mí.

Mi primer movimiento fué quedarme inmóvil como Pipelet, raspé un fósforo, descubrí un caracol, y subí, subí extraordinariamente.

Algo interrumpia mi paso: tendí adelante las manos, y palpé tablas; acudí al fósforo: era una escalera perpendicular casi, que tenia por pasamano un cable con ayuda del cual se escalaba la altura. Emprendí la ascension, campaneándome y titubeando á cada esfuerzo; tornó el caracol á salirme al encuentro y la escalera á empinarme á los cielos.

La oscuridad era completa y el silencio absoluto.

Creí percibir alguna claridad; tenia sobre mi cabeza un bosque de vigones robustísimos, que se cruzaban, se extendian y se agarraban á las paredes, colgándose sobre el abismo como para sacar de él campanas monstruosas.

Dí un paso para ver aquello, y me pareció que se venia abajo la torre, tan estupendo así fué el ruido: todas las campanas sonaban á la vez, aturdiéndome, anonadándome. Aquello era espantoso.

Han de saber mis lectores que las campanas de la Trinidad están templadas con ciencia musical, como hay otras campanas aquí, en Nueva-York, y en otras ciudades de los Estados-Unidos.

Los campaneros, en los dias festivos, tocan sonatas y cantos patrióticos, y el de la Trinidad suele repartir programas de los trozos de ópera que se propone ejecutar con sus campanas. Todo esto es muy gracioso: yo creí que el registro músico era el derrumbamiento de la torre.

Llegué al fin al término del muro, de cuya plataforma arranca, para imperar sobre otras cuatro torres, la torre central.

La base es un sexágono imperfecto, presentando anchas fases á los puntos cardinales, pero sin dejar percibir conjuntos.

Antes de alzar la cortina de mi panorama, traté de recoger mis ideas y recuerdos, teniendo presente, para mis rectificaciones, la preciosa Guía de mi querido amigo Antonio Bachiller y Morales, que es, como todo lo que sale de su pluma, rica de erudicion y de talento.

La isla de Manhatlan (hoy Nueva-York); en indio, lugar de embriaguez, aunque vista en 1814 por Verrazani, navegante florentino, fué descubierta ó se atribuye su descubrimiento á Hudson, que dejó su nombre al rio que corteja y engalana la Ciudad-Imperio.

En 1614, una expedicion holandesa edificó sus primeras casas en Bowling Green, con el nombre de Nueva Amsterdan, y entre ingleses y holandeses hubo campañas atroces, hasta que el duque de York fué agraciado por Cárlos II con esta posesion y marcharon las cosas más en órden.

Protestantes y católicos convirtieron varias veces la isla en campo de Agramante.

Llamóse al principio la ciudad *Citty of hills* (ciudad de lomas), y las aguas invadian hasta donde es ahora Pearlt Street y Chatham.

Nueva-York antiguo fué teatro de grandes hechos históricos, hasta 1783 que se evacuó por los ingleses y quedó triunfante la patria de Washington.

La Guía á que me refiero recuerda la casa de Kenedy, habitada en una época por Tayllerand y despues por Washington.

El lugar en que estuvo la estatua de Jorge III convertida en balas para atacar á los ingleses.

El sitio en que estaba la picota, hoy jardin espléndido, frente á la Casa Municipal.

En Wal Street se nos muestra la casa en que en 1789 fué proclamado Washington primer presidente de los Estados-Unidos.

Los nombres de Canal y Cliff derivan de que eran canales que cruzaban lanchas y botes.

Donde ahora está edificado el Correo estuvo la Iglesia Holandesa en que Franklin hizo sus primeros ensayos para dominar el rayo.

La isla en que está edificada Nueva-York se encuentra limitada al Norte por el rio Harlem; al Este por el rio de ese nombre, y une á la bahía con la Sonda de Long Island, separando Nueva-York de Broklyn, que le pertenece como un distrito.

La isla tiene trece y media millas de longitud, con anchura de cerca de tres millas.

La ciudad, propiamente tal, está edificada en una faja que corre desde el Sur (*Battery*) al Norte, Central Park, en una extension de cinco millas, corriendo hasta tocar el Harlem, cuatro millas más.

Divídese el terreno mencionado en 141,486 lotes para casas, de las que están edificadas una mitad.

La poblacion se puede calcular en 1.200,000 habitantes.

Levantemos ya la cortina de nuestro panorama que nos cubre el Oriente.

A mis piés estoy percibiendo, como unas veces en *zic-zac*, otras en remolino confuso, altos techos, chimeneas y agujas, triángulos de pórticos y columnas, y más adelante casucas decadentes, con la triste vejez de las casas de madera, hasta tocar, culebreando, la orilla del *Rio Este*, que va extendiéndose como un aligador, por todo el Oriente de la ciudad.

Guía mis ojos como de debajo de mis plantas, una estrecha calle que ondea un poco, llevando caudalosa concurrencia. Esa calle es *Woll Street*, calle de la muralla donde están situados los bancos, como quien dice, los pulmones que comunican vida al gigante. Distínguese entre muros, chimeneas y veletas, la Tesorería, que encierra caudales cuantiosos.

En la onda con que termina esta parte de la tierra, se ven salir como los dientes de una sierra, como calzadas ó corredores que parecen flotar en las aguas: esos son los innumerables muelles salientes de la extremidad de esa lengua imperfectísima con que hemos comparado á Nueva-York, que acaso podria decirse que tiene la figura de una bigornia de herrero.

Alzándose la vista, reverbera en toda su amplitud el rio; vense cruzando sus aguas, en agitacion febril, lanchas y barcas alzando á flor de agua y sumergiendo sus remos; barquichuelos con su vela, como un caballero andante con su pluma blanca, y navíos con sus lonas hinchadas como las plumas de un cisne, y atravesando rápidas como el sorbete de un corredor yankee, las chimeneas de los vapores, que gritando y lanzando al aire plumeros de humo blanco que brota y se tiende en rastros de nube, recorren en tropel las aguas, cruzándose y apartándose á grandes distancias.

Limitan ese horizonte al Sur Este, fuertes militares é islotes risueños, artificiales y naturales, y entre árboles, blanqueando, y sobre sus copas sobresaliendo los edificios de Broklyn, que parece haber aprovechado una altura para ver lo que ocurre á la orilla de sus aguas, ó más bien, ninfa saliendo de los bosques, á la que hicieran honores, y cuya presencia celebraran regocijados los génios acuáticos.

Volví mi vista á la parte Sur.

El fondo de este cuadro divino es la inmensidad del mar; su horizonte, remedo del infinito; su vaguedad, imágen de lo desconocido.

Varios fuertes cuyos nombres no tengo presente, armados de punta en blanco y severos, guardan la entrada del inmenso puerto, uno de los primeros del mundo.

Allí como que flota circular una fortaleza que nos mira con sus cien ojos, estupefactos de la grandeza que le ha rodeado en pocos años; la bahía, como una bacante, danza entre esos guerreros, vestida de luz.

La Battery está lela, como un amante viejo, mirando la juventud ardiente de la bahía.

En esa parte de las aguas el bullicio se trasforma en estrépito, se semeja al trasporte de la ciudad que se incendiara y se fuese á pique, las aguas pierden su extension, y se hacen canales, veredas, plazas, encrucijadas y grupos que en tumulto revolean sus velas, extienden sus banderas, agitan sus brazos y sus piés, y lanzan agua y humo, y en la noche explosiones de chispas y relámpagos.

Los muelles se multiplican como fingiendo á la tierra mil patas que están agarrándose á la orilla de las aguas.

El horizonte, primero como que se parte en tramos; esas son las islas y los fuertes: despues se va tendiendo, en imperfecto y tendido semicírculo, una faja entre árboles y flores, de chozas, de miradores y palacios; otra de las aguas; otra de la orilla de la ciudad.

Allí están los fuertes. Aquel hervir de árboles y casitas blancas, es Bowling Green; aquel gran edificio como engastado en una esmeralda, es Garden Castle; este conjunto de árboles con sus fuentes, sus sombras, sus calles amplias, sus niños y su aspecto de fiesta, es el Parque.

De debajo de las copas de esos árboles parece emprender la marcha la procesion de gigantescos edificios de Broadway, que parece van saliendo del mar.

Aquel semicírculo inmenso que al principio me llamó la atencion, es Jersey City, aldeana encantadora que espía entre los árboles al atleta que viene á reposar su frente y á dormirse en el seno de la bahía, teniendo bajo sus ojos como á un leon, al rio Hudson, que llega triunfal al mar, arrastrando sus inmensas aguas como una cauda.

Al Poniente, es el consorcio de las habitaciones y de las aguas, la tierra ha saltado á las aguas, casucas como barcos,

miradores, corredores, muelles y veletas, todo como flotando. Allí se distingue el Hudson en toda su magnificencia; y como nadando en sus cristales, Staten, Island, Longbranch, y praderas y campiñas como pudiera soñar el deseo para embeleso de los sentidos. Al Norte, el hirviente mar humano de Broadway.

Pero ¡ay! todas estas descripciones son como la máscara de yeso en que se calcan las facciones del cadáver, y más aún, de la hermosura que hechiza con su mirar, alegra con su risa, embriaga con su voz.

¿Cómo pintar el soplo de la industria, el espíritu de vida volando de las aguas á la tierra? ¿cómo dar idea de esas bodas suntuosas de la luz y las aguas, de la pompa del suelo y de los encantos poéticos del mar?

¿Cómo traer la admiracion á que encarezca este jubileo sublime de la toma de posesion del hombre de todo lo creado?

Hércules dominando los monstruos; Prometeo robando el fuego al cielo; los argonautas lanzándose á la conquista del vellocino de oro, no valen lo que el alambre de Morse, lo que el vaho de Fulton infundiendo la vida en el pecho de la caldera que palpita en el cuello de la locomotora y en las entrañas del navío.

Las pirámides para los grandes, los monumentos para los héroes, cuando se encomienda la inmortalidad al espacio, al rayo y á los mares. Entónces se dice: "Franklin, Morse, Fulton."

A propósito de Fulton, ¿quién habria de decir que el pintor de retratos de Filadelfia, el loco que queria despues navegar bajo las aguas, fuera el autor de la tremenda revolucion del vapor?

En el rio Este, en 1807, hizo Fulton sus primeras tentativas: este Hudson presenció regocijado la primera excursion del "Clermont" á Albany. Antes la navegacion se hacia en diez y seis dias: Fulton la redujo á treinta y seis horas.

Completemos el paseo: estamos al frente de este mar inmenso de edificios gigantescos que componen la ciudad; que siguen las arboledas, cortejan los parques y hace desaparecer su corriente tras el inmenso cortinaje del Parque Central, que se ve en la bruma dando fondo á una poblacion de torres, pirámides, pórticos, templos y no sé qué de tùmulto fantástico, en que hay reverberaciones de cristal, copas de árboles, y como cuerpos y cabezas de gigantes, titanes de extendidos brazos sustentando el telégrafo, fauces de ventiladores y fantásticas formas de molinos.

Descendí de la torre con mil trabajos, y quedé inmóvil para todo el dia.

XXII

El Correo.—Los muelles.—South Street.—Varias calles. Viajes aéreos.

UNO de los monumentos que disputan ventajosamente la atencion del viajero, es el Correo *(Post Office)*.—El edificio ocupa una manzana entera, acomodándonos á la manera mexicana de hablar, formando un ángulo imperfecto de 130 piés de altura, 200 la base y de 320–340 los lados.

En los frentes hay portadas caprichosas, cornisas, ventanas y columnas, rematando en bóvedas de cristales y en rotondas como colinas. Especial arquitectura americana.

Es una mole inmensa como una espaciosa catedral, cuyo costo puede calcularse, segun los datos que personalmente solicité, sobre seis millones de pesos.

Entrase al Correo por multitud de arcos formados como

caprichosa portalería en el primer piso del edificio colosal, convirtiendo en corridos salones el interior, con pavimento de cuadros de mármol blancos y azules.

La pared que cierra esos salones ó calles interiores, es como una hoja de laton labrado y como subdividido en pequeños cuadros, que todos tienen su número hasta el siete mil. Cada uno de esos pequeños cuadros es un cajon que tiene su chapa especial, pertenece á un apartado hasta el número dicho, aproximadamente.

Interrumpen la monotonía de la pared de metal, cuadros ó frentes de nicho embutidos en caoba, con letreros que indican—*venta de estampas*, despachos para el *interior y el exterior* de los Estados-Unidos, para el *interior de la ciudad*, *reclamos*, *advertencias*, entrada y salida de balijas y todo lo conducente al despacho.

En el mismo órden hay buzones inscrustados en aquella pared de laton, que cierran por sí mismos su tapa fija, con sus rubros para que el propio interesado dé á sus cartas direccion.

El conjunto del despacho forma un muro por donde no se percibe nada absolutamente del interior de la oficina, ni un dependiente, ni nada.

Los que han alquilado un *Box* ó cajita de apartado reciben una llave, y á la hora que les parece abren ó cierran su caja y recogen su correspondencia. El apartado vale para una ó muchas personas, de seis á doce pesos anuales.

Por supuesto cada llave es distinta, y el herrero que las forja tiene contrata especial, para no hacerlas sino por órden expresa del administrador.

El dia de mi visita al Correo, ascendí al primer piso en

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. Mª. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm 40.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

busca del administrador, que tiene dos lugares de residencia: el despacho y el gabinete de trabajo.

Mr. Jaques me recibió afablemente, tocó un resorte y vino un dependiente que conoce perfectamente el español, para que me paseara por los departamentos de aquella escondida poblacion.

El Correo, en la seccion primera que ví, funge como banco, recibiendo y situando dinero en todas las ciudades del mundo: la actividad de esa seccion es grande, tanto que para obvio de mandaderos y trámites, hay una maquinita movida por vapor, de la que corre una banda, á los distintos departamentos y mesas que tienen que ver con la seccion, que conduce los papeles, para que se hagan las anotaciones respectivas.

Contigua á ese departamento está la caja ó expendio por mayor de sellos.

Los sellos se imprimen por contrata especial en Masachutes y se reciben de la administracion general situada en Washington.

Las séries de sellos son de uno á noventa centavos, y en cada una de las divisiones de uno, de cinco, seis, diez centavos, etc., etc., hay una estampa distinta de un hombre ilustre: Washington, Clay, Webster, Lincoln, Jefferson, etc., etc.

Hay cubiertas y fajas para circulares y periódicos, que pagan dos centavos por cada cuatro onzas, para cualquier punto del país. Las cartas comunes cuestan tres centavos para el interior de los Estados-Unidos.

La contabilidad es perfecta, y este departamento, como los otros, tiene poca diferencia en sus reglas de lo que tuve

la honra de establecer en México cuando plantée el franqueo prévio.

Hay un departamento especial para certificados; con los asientos y constancia al interesado como en México, con la diferencia de que cada carta ó paquete certificado va en una cubierta especial de pergamino, sobre cuya cubierta se anotan los accidentes del tránsito para que quede viva la responsabilidad del que falte. En la bolsa se devuelve el recibo ó vuelve la propia carta, caso de que no pueda llegar á su título.

Tambien en las cubiertas que se expenden para cartas no certificadas, hay impresa una advertencia para que si dentro de diez dias no se ocurre por ellas, se devuelvan al punto de partida: medida de fácil ejecucion muy útil para el público.

En general, las cartas sobrantes vuelven de tiempo en tiempo á las oficinas centrales, donde se inutilizan con las formalidades que en México. En esa operacion lucra mucho el Correo, porque siendo la moneda papel, se incluyen en las cartas valores que quedan á beneficio del Correo.

Las diversas secciones que manejan caudales llevan su contabilidad separada; pero esa contabilidad se concentra y recibe una especie de glosa, mes por mes, en una oficina que preside un *auditor* ó sobrevigilante de la legalidad de todos los actos de la oficina.

Descendimos del primer piso y nos hallamos bajo una inmensa techumbre de fierro y cristales, que comunica luz al edificio y le da una extraordinaria grandiosidad.

Desde los corredores intermedios se ve aquella ciudad en miniatura, formada de mesas larguísimas coronadas de elevados estantes, todos con sus divisiones alfabéticas.

Colocados en un buen punto de vista, me dijo mi *cicerone:*

—Vea vd. aquel timbre colosal y bajo de él un cuadro de cristales.

Luego que llega una balija, sea de dia ó de noche, suena ese timbre y aparece un número en el tablero. El timbre es la voz de alerta, el tablero indica la procedencia del correo que llega.

Se recibe la correspondencia y se distribuye en aquellas grandes mesas y aquellos estantes destinados con separacion al público, á las cajas del apartado, á los carteros y á las carreras foráneas.

Ya está vd. viendo desde aquí, de trecho en trecho, unos estantes hechos de cajoncitos que giran como una gran devanadera: ahí se colocan las cartas del público. Las cartas del apartado se conducen á sus cajas desde aquellas mesas.

En cuanto á esas otras grandes mesas con estantes, son de los carteros que por sí hacen su distribucion, y entran y salen á su departamento dos y tres veces al dia.

Las cartas foráneas tienen aquel departamento separado.

La correspondencia que sale está sujeta á las siguientes operaciones.

Detrás de cada uno de los buzones marcados en el exterior, hay una cajita portátil en que se reciben las cartas distribuidas por los interesados.

Al recogerse para inutilizar la estampa con el sello negro, se revisan y vacían sus balijas, recogiéndolas el que les da direccion.

Las balijas están suspendidas con ganchos á las paredes de alambre que rodean cada seccion.

Bajamos de nuestro corredor, anduvimos por aquellas calles formadas de mesas y estantes, en que no se ve una carta que no esté encarrilada á su destino, y nos detuvimos frente á un pozo que da á un departamento subterráneo.

Ese departamento tiene grandes paredes en semicírculo, con cajones con grandes letras.

Por delante, el cajon tiene su marca; por la espalda, es un chiflon que da á una balija.

Ese es el departamento de los periódicos. Se reciben en la parte superior, se desbarrancan por el pozo y allí se apoderan de ellos los distribuidores, con tal tino, con tal destreza, que lanzándolos á grande altura y en todas direcciones hasta anublar el espacio y perturbar la vista, no hay una equivocacion ni falta en correr á la balija el paquete.

Sentí que se me hundia el suelo: es, me dijo mi *cicerone*, que vamos á ver las máquinas.

Hicimos en este último piso una excursion entre grandes pilares y paredes de cinco y seis varas, en medio de las sombras y oyendo la respiracion de las máquinas, como si estuviéramos en un antro de fieras.

Aquellas grandes máquinas son los esclavos del servicio, y tienen por principal tarea estar unidas á esos ómnibus aéreos que se llaman elevadores.

Ese tránsito de arriba abajo y de abajo arriba, esas calles verticales en el espacio, solo á un yankee ocurren.

—Oiga vd., por más que veo esos robustos cables, decia yo á mi amigo, á mí siempre se me escarapela el cuerpo. Un sopapo desde las inmensas alturas que recorre el ómnibus, es tremendo.

—Por supuesto, me decia mi amigo; hace años cayeron

tres criados de un hotel, con todo y elevador, y se hicieron añicos; pero no volverá á suceder.

—¿Cómo?

—Porque ahora los cordeles están adheridos á unos resortes; caso que los cables se rompieran, los resortes se abren y dejan suspendido el elevador; de suerte que el mayor mal que le puede suceder, es repetir el milagro del albañil de San Vicente Ferrer, es decir, quedarse en el aire; y ni eso, porque se queda vd. en un buen asiento de terciopelo, con su alfombra, y si gusta, viéndose al espejo.

El hombre que acompaña á vd. en el elevador, lleva la mano en el cordel que gobierna la válvula, y detiene ó acelera el paso segun conviene.

Con esas seguridades, volvimos al mundo despues del paseo subterráneo.

La oficina de correos tiene en todo 1,600 empleados, inclusives 300 carteros.

Se reparten al dia, por término medio, 300,000 cartas del país y 30,000 del extranjero; solo de la ciudad se reparten 120,000 cartas.

El despacho de correos está abierto desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche.

En todas las calles, y de trecho en trecho, hay cajitas de fierro adheridas á las columnas de los faroles, en que se puede echar la correspondencia y de donde la recogen tres veces al dia los carteros.

Los empleados de correspondencia y contabilidad no tienen que ver ni rolan con los empleados del despacho. Estos se dividen en tandas para el trabajo, fungiendo las tandas de seis de la mañana á cuatro de la tarde; de esa

hora á las doce de la noche, y de ella á las seis de la mañana.

El precio comun de la correspondencia, como ya dijimos, es tres centavos por carta sencilla de media onza, para cualquier punto de los Estados-Unidos, diez centavos para el exterior, ménos los que entraron en la convencion postal internacional, como Alemania, y al fin Francia y España, para cuyos países se cobran cinco centavos y dos centavos para el interior de la ciudad. Los periódicos sueltos pagan un centavo.

Un centavo vale tambien una tarjeta portátil, que es un cuadro de papel vitela en que se escribe lo que se quiere, con pluma ó lápiz, sin poner cubierta; el porte de un centavo es el precio de la estampa allí grabada. Esta carta abierta puede ir así á todos los pueblos de los Estados-Unidos.

El gran fomento á las relaciones y á las ideas, está dignamente comprendido en este servicio.

Además del Correo hay comisionados y *Express*, de que hablaré en otra ocasion.

Por ahora, terminaré mis apuntaciones haciendo público mi reconocimiento al Sr. Jaques por su finura, y al Sr. Jardines, que tan bondadosamente me acompañó, habiendo recibido de los dos los datos de que he hecho mérito.

Desde mi ascension á la Iglesia de la Trinidad me propuse hacer una visita especial á los muelles, esto es, á esos mil brazos que reciben de los buques todos los productos del globo y devuelven productos de la gigantesca ciudad.

Desde la eminencia percibia yo la corriente del tráfico, que se resumia, que como que desparecia bajo aquellas inmensas tortugas de madera, para brotar de nuevo en un rio de carros que despedazaba su corriente como en un muro hecho criba, como entre peñascales, y se perdia con estrépito en las encrucijadas, vericuetos y profundidades de la ciudad.

Los muelles, por la parte que da al mar, son vías ó grandes bancos de madera que entran en las aguas, y á su frente y costados atracan los buques para hacer su descarga, estableciendo puentes, corredores y ramblas para verificar la desocupacion de los buques y carros.

Tienen los muelles techumbre de madera, ó de fierro y cristales, y á su pié baten las aguas, en que suelen estacionarse los buques como caballos en un inmenso establo, ó como enfermos en grandes salones, porque suele á veces verificarse allí la reparacion de los buques.

La parte exterior forma calle, con sus grandes portadas, atrevidos arcos, corredores y balcones, con sus entradas en las que se ven desde el quicio, interminables galeras que parecen flotar sobre el mar.

Los tramos que dividen un muelle de otro, los llena el agua, ocupada por los buques, maderos, escombros, palizada, fragmentos de barriles y basura; al frente de los muelles corre la acera de la calle South Street, mal empedrada, peor embanquetada á trechos y con ese mosaico de edificios en que parece se han querido poner en hilera grandes y chicos, gigantes y niños, damas y ganapanes, mendigos llenos de harapos y gente opulenta, bajo toldos y tendederos de trapos, rubros, faroles, sartas de zapatos, banderas, jamones y sombreros.

Gran parte de los bajos de esa acera los llenan almacenes, figones, tabernas ó sean *bar-rooms;* pero sobre todo, los almacenes en tremendo tráfico y tragaderos de verdaderos antros, que son bodegas subterráneas alumbradas con gas, y en donde desaparecen como por tramoya rios de tercios, barriles y cajones.

Esta circunstancia hace que la acera sea como el patio corrido de los almacenes, en que se carga, se descarga, se abren y cierran tercios, se riegan cajones, y á cuya orilla los carros se detienen para cargar y descargar, en medio de una zambra y de una gritería, que se hunde el mundo.

Todos los obstáculos que tiene la banqueta no son bastantes para detener el raudal de gente que va saltando por entre tercios y barriles, confundiéndose el carretero y los cargadores, sucios, aguardientosos, desmelenados y groseros, con *ladies* con sus velos de gasa y sus sombrillas, y caballeros que acaban de dejar alfombrados salones.

El medio de la calle está cruzado por una doble vía de wagones que se suceden sin la interrupcion de un solo minuto, cargados de pasajeros.

Los wagones van cortando una opuesta corriente de carros de todos tamaños, que entretejen sus ruedas, se arremolinan y se chocan, formando laberinto los bultos que conducen, los cuellos de los caballos, y los pescantes de los cocheros. En medio de esto es rarísimo un accidente.

Todos los colores, todos los matices, todos los trages y todas las basuras y las mugres, se dan cita en ese cañon de la calle de South Street, que corrobora sin embargo la idea de la inmensa riqueza y del movimiento mercantil de la ciudad.

Sobre las portadas de los edificios de los muelles, están anunciadas las líneas de vapores y los puntos que ponen en contacto, como si fueran entradas de esos distintos pueblos que dejan á la puerta sus tarjetas en esta gran tertulia de la humanidad.

El Este, el Oeste, California, China, Australia, Alemania, Europa, el Perú, el Brasil, la Habana, Mexico, la India y líneas pequeñas de Filadelfia, Albany, Boston y una gran parte de los Estados de la Union.

Los carros tienen acceso hasta los costados de los buques, y la descarga y la carga se hacen allí tambien, de suerte que es comun pasar entre cajones y barriles que se embarcan, y costales de lona, cajones y barrriles que llegan á tierra. Todo los medios de trasporte, ménos el hombre haciéndose béstia de carga.

Para hacer la carga, se fija una garrucha á uno de los más robustos palos del buque, se engancha el tercio en uno de los extremos de un cable y el extremo opuesto se fija en el arnés de uno ó dos caballos uncidos, que verifican la ascension de moles pesadísimas, avanzando ó retrocediendo con suma destreza.

Debajo de aquellos bultos, pipas, fierros y planchas, corre el gentío á los muelles.

Luego que el buque arriba y suelta sus anclas, desahoga su vapor con estrépito espantoso, afianza su puente y saltan los pasajeros, perseguidos por aquellas partidas ó jaurías tumultuosas de comisionados de los hoteles, que tienen ómnibus, coches y carros, rodeando los muelles como aves de presa. Allí hay grupos de concurrencia selecta, en espera de amigos y deudos; allí los *reporters* de los periódicos; allí

los tiernos saludos y los trasportes de placer. Pero á la espalda se ve la concurrencia del buque que parte con la locomotora, que jadea impaciente; los amigos que se arrancan de los brazos de los que aman; los ojos con lágrimas, y el *adios* que tiene siempre acento de muerte, y que cae siempre como sombra en las profundidades del alma.

Los vendedores de fruta, los voceadores de papeles, los carros que venden nieve y soda, acuden á esos lugares en que ingleses, franceses, chinos y españoles, parecen llegar al Valle de Josafat, en que todos tenemos de revolvernos.

El limeño con su sombrero de jipijapa; los criados del mexicano con sus jaranos tendidos, y sus gruesas toquillas; el inglés con su imperturbable sorbete; el chino con su solideo, ingresan al conjunto de mujeres desgobernadas, hombres al desnudarse, *ladies* espléndidas y gente de levita *comme il faut.*

Separéme de South Street para escurrirme por otras calles y completar mi paseo.

¿Pero dónde están los cristales y los pórticos de Broadway? ¿dónde las hermosas arboledas y las claras fuentes? ¿Dónde esas boticas en que hay pomadas y cepillos, jabones y libros, agua de soda y toallas?

Era un mundo distinto; lodazal ó terrado el tránsito, caños mal cubiertos con tablones desquiciados, puertas irregulares, celosías desvencijadas en las paredes; como colgando de uno á otro piso, escaleras de fierro pegadas al exterior de las casas, como víboras, por donde ascienden y descien-

den séres humanos, y en las alturas y los intersticios ventanas y balcones; de trecho en trecho, tendederos de ropa, compuestos de dos lazos paralelos y sus carretillas, para que desde un punto fijo se pueda tender la ropa, recorriéndose todo el cordel.

Unas mujeres cosiendo, otras lavando, los herreros dando martillazos, el zapatero en su obra, todos ocupan las banquetas, que recorren carretelitas pequeñas conduciendo á niños de pecho dormidos apaciblemente, porque es de advertir que los niños no cabalgan en brazos, expuestos á un eterno peligro y sujetando á la situacion más servil á la *pilmeme:* no, señor; empujan la calesita de tres ruedas, que las hay para todas las fortunas, y ahí tienen vdes. á la mujer emancipada y al niño como un príncipe.

En las principales calles, en las plazas, en los paseos más concurridos, atraviesan niñeras y nodrizas perfectamente vestidas, conduciendo á los niños sentados ó dormidos, resguardados del sol con sus toldos, rodeados del respeto y la consideracion universal.

Todo el desórden, toda la irregularidad que hemos notado apénas al hablar del centro de la ciudad, se veian en aquellos vericuetos que recorria yo.

Los *bar-rooms*, que al través de alambrados ó como vergonzantes aparecen en el interior de la ciudad, en este barrio se presentan repugnantes, así como los talleres de los curanderos de la ropa ó reparadores de piezas inválidas de vestidos, casas de empeño que se anuncian con tres globos dorados, y bazares de objetos de segunda mano, como si dijéramos, panteones de vestidos disparatados, plumas ajadas, velos que han pasado á la categoría de redaños, levitas

escuálidas y sombreros en actitudes cómicas: el desecho, la osamenta....

Unas calles acaban en punta, otras culebrean caprichosas, otras se interrumpen con una arboleda, otras comienzan en tumulto carnavalesco y acaban en casas uniformes y graves, como una procesion de frailes, y al frente de estas casas, hay hileras de carros en compostura, caballetes de pintor, y caldereteros que aturden repicando con sus martillos, sobre una sarten que chilla y arma un sanquintin de ruidos espantosos.

Hay calles sin salida que dan á una acera corrida de casas; á esas calles se les llama *Places*, y nosotros traducimos plazas, con la misma propiedad con que yo puedo llamar trompeta á la pluma con que estoy escribiendo.

Pero lo característico, lo estupendo, lo inconmensurable en estos lugares, que no me atrevo á llamar casas ni calles porque se supondria que trato de gentes, es la vieja, es la mujer en su metamórfosis de vejiga, de almofrej ó de bodrio de trapos, arrugas y canas.

No es la desnudez, es la apostasía del trage; es la defeccion del vestido; es la traicion al forro de la especie humana.

La vieja de esta region de la ciudad es un sér que crece á lo ancho en sentido masculino: exagera la blusa de lana al volverla tápalo, el túnico participa de la pipa, y el calzado es la rabia del botin, la tortura de la chinela, el infierno de la babucha, la degradacion de la bota del negro. Ese endriago no se contenta con beber *whiskey*, fuma puro; descontenta del puro, masca tabaco, y para apurar todas las iniquidades, huele á manteca rancia.

El aire que se respira entre esas basuras, esos trapos y esas viejas, se conviene fácilmente en que es un aire mortal.

Embebecido iba en mis reflexiones, cuando oí sobre mi cabeza un ruido como de estrepitosa corriente. Alcé los ojos, y me pareció ver como secciones de la calle que iban atravesando los aires.

XXIII

Ferrocarril elevado.—Gilmore's.—Las modas.—El domingo.—Templos y religiones.—El templo de San Estéban.—Sinagoga Emmanuel.—El Parque Central.—Jardines.—Estatuas.—Salones de refresco.—Los lagos.—Los niños.—Palacio de las aves.—Casa de fieras.—Regreso al hotel.

Lo que veia era el ferrocarril elevado en la calle de Greenwich, que corre desde la Batería hasta la calle 30, es decir, como la mitad de la gran ciudad.

La vía es una arquería de fierro que tiene el aspecto de una larguísima portada que corre cerca de una legua; sobre la arquería están tendidos los rieles, que forman una faja á la calle, á siete varas de altura; de trecho á trecho hay estaciones y escaleras para descender á varios puntos de la ciudad.

Los wagones llevando su poblacion transeunte, corren en la altura silbando y arrojando humo la locomotora, miéntras por debajo de los rieles, carros, caballos y viandantes, cami-

nan como si tuvieran entendido que hay una vecindad en las nubes, ocupada de sus negocios particulares.

El carril en que corren los wagones, es tan estrictamente limitado á su objeto, que la cara exterior de la rueda va completamente en el aire, y cuando algo se desvía del camino, tiembla uno por un derrumbamiento espantoso.

Por lo demás, el aspecto de la calle, al través de los arcos y calados de la fachada de fierro, es encantador: tiendas, arboledas, bocacalles, plazas, cruzan como al través de un velo, y los que transitan en los wagones deberán ir como si taladraran las habitaciones, sorprendiendo la vida íntima donde no hay persianas, y asistiendo, ó mejor dicho, siendo actores en espectáculos de linterna mágica, tan variados como caprichosos, y como no esperados. El viaje es sorprendente y magnífico, por esa invasion atrevida, inesperada, en el viento.

Entre los jóvenes que me han distinguido en estos viajes, que han empeñado muy especialmente mi gratitud, cuento sobresaliendo á Alfonso, con quien no hemos hecho aún conocimiento; Manuel, á quien ya hemos escuchado, y Pablo, que es quien tocó anoche á mi puerta para llevarme á Gilmore's.

Es Pablo de mediana estatura; delgado, pero de constitucion nervuda y poderosa, negro cabello y barba espesa, ojos pequeños hundidos, y una dentadura, vergüenza de la nieve y el marfil bruñido.

Pablo exagera, si cabe en eso exageracion, el sentimiento de la patria hasta la intolerancia; del mundo americano, la

lady es la que lo descompone y alucina: es reservado y poco comunicativo; cortés, pero quisquilloso y resuelto, y saltan de la nube de su humor tétrico, rayos de caridad y de nobleza de sentimientos, que le hacen muy estimable. Conmigo es especialmente bondadoso.

A su primera indicacion estaba listo; tomamos un carruaje, y hétenos en Gilmore's Garden, que por fuera solo presenta el aspecto de una inmensa troje con ventanas circulares.

A la entrada del edificio nos volvimos para contemplar una colosal estatua de rostro humano, con barba de gastador y el cuerpo monstruoso de un animal desconocido: habria figurado con aplauso en cualquiera de nuestras coheterías.

La luz, las mujeres, las plantas y la música, como soplo de vida y como irradiacion del espíritu, forman los encantos de este lugar. El conjunto sorprende, los detalles desencantan.

No le podemos llamar hipódromo, porque de ello no queda sino la reminiscencia; no jardin, porque el césped, las flores, las estatuas, están como sobrepuestas, accidentales como la decoracion de un teatro; no salon, porque la gradería lo desnaturaliza y los departamentos aislados tienen del cenador y fungen de palco.

Gilmore's-Garden es una área que sigue la figura elíptica de cien varas de largo por setenta de ancho, y que ofrece á las miradas cuatro grandes divisiones.

La perspectiva desciende en una série de amplios escalones desde el techo hasta tocar una especie de alta valla. Cada uno de esos escalones tiene mesas y asientos que los convierten en salones corridos, separados por la gradacion, pre-

sentando ascendiente á la concurrencia inmensa y al tráfico, como aéreo, como si asistiera una poblacion, descendiendo de las nubes, al espectáculo, ó como si levantado un velo se apareciese un cuadro olímpico.

Es como una catarata de sorbetes, gorritos, rostros de arcángeles, velos y plumas, cortada por diligentes vehículos que van fomentando el placer.

De la valla á los primeros pilares, en una seccion como de ocho varas, corre otra galería cuyos asientos, mesas y canapés rústicos, se recargan en la valla misma, y está cortada de trecho en trecho por arcos gigantescos de vasos de colores, ó mejor dicho, globos de cristal en que se modifica la luz del gas.

La profusion y la intensidad de la luz, producen efecto indecible: son sartas de rubíes, de zafiros, de topacios y esmeraldas, interrumpidas por círculos de llama que reverberan en candiles suspendidos como un firmamento de soles realzándose en las regiones de la luz.

El centro lo forma un gran espacio como de cien varas, amplio salon, régia nave guarnecida de asientos, bancas rústicas, mesas y enrejados de alambre, y de trecho en trecho fuentes con preciosas estatuas y sus juegos hidráulicos, consistentes en delgados hilos de agua que ascienden al techo, se convierten en arcos y nubes como la gasa, como la niebla, como polvo de plata, á cuyo través se contempla el olimpo luminoso.

Entre los arcos, en las alturas y en esa insurreccion de burbujas colosales de cristal y piedras preciosas, caen ondas, se descuelgan bandillas, flotan lazos con la bandera americana en doseles y cintas, y se perciben los estandartes de

todas las naciones del globo, en manojos banderas, que como que se apiñan y despliegan en el festin de las nacionalidades y en la confraternidad universal.

Los arcos de la galería central, vuelan en tendidas curvas de grande altura, y se cruzan, dejando colgar racimos de globos de luz intensa.

El pavimento es de blanca arena de lecho de rio, cortados senderos y camellones por verde césped, entre calados de alambre, césped que forma prados poblados de estatuas, de grandes macetones con plantas y flores, y arbustos, enredaderas y tesoros de vegetacion.

Colosales agaves, pinos, lirios, laurel-rosa, alcatraces y multitud de flores, caen y como que danzan y se columpian ó se inclinan desfallecidas.

En medio de esa sucesion central de glorietas está un tablado circular en que se coloca la numerosa orquesta, en que abundan los instrumentos metálicos.

Este es el teatro: toda aquella luz y aquella pompa, como que muere en el confin, es decir, en el fondo de aquel laberinto de salones. Es una gruta sombría, en que las peñas están como precipitándose, y forman catarata las aguas en tumbos majestuosos que caen sobre el mármol.

Comunica vida á este laberinto de mansiones, á estas galerías féericas, á esos arcos, á esa llama y á esas flores, una concurrencia que es en sí un pueblo y un encanto por su fertilidad, una pompa por su número, un espectáculo por su variedad y elegancia.

La noche que asistí era escasa la concurrencia, y habria cuatro mil personas. Gilmore's puede y suele contener diez mil almas.

La multitud á que hemos aludido, se ve en cascadas que bajan de la gradería, se sigue en orlas en los asientos de la valla, se arremolina en las glorietas y circula en corrientes deslumbradoras, lujosa, alegre, enamorada, y hasta pudiéramos decir, feliz.

Y esta vida y este lujo de expansion y de belleza, como que hierve entre las plantas que descuellan, las estatuas que sobresalen, las banderas que flotan, la luz que irradia formando chorros y despedazándose en reflejos, y la música que gime y suspira, y ruega, y vibra, como congregando los espíritus á un invisible y sublime trasporte.

Ese es el conjunto, esa la impresion que domina y avasalla: en cuanto la primera ilusion nos abandona, palpamos una especie de *humbug* que nos divierte tambien.

Los pilares en que descansan los arcos de luz son vigones de madera toscos y mal pintados.

Los pinos y ramajes de la entrada parecen dejados á guardar en la guardaropía de un teatro; sobre todo, la gruta, es un prodigio de mal gusto y fealdad.

Quiso ser la gruta de colosales rocas como suspendidas en los aires, mostrando las entrañas desgarradas de una montaña despedazada por un torrente subterráneo que precipitara en cascada sus aguas, salpicando las estalactitas y estalacmitas y cayendo á morir en un lago.

La ejecucion es divina: se palpa toda especie de bodoques, protuberancias y frunzones, cubiertos con un cotense color de cera de Campeche ó de condumio de cacahuate, formando bolsas, talegos, costales y monteras boca abajo; las gotas dispersas sobre la roca las figura polvo de plata derramado como sal sobre aquel capricho realmente salvaje.

Las caidas de la catarata tienen la figura de una armazon de tienda de abarrotes tirada en el suelo; los cajones de la armazon los recorren las aguas, espantadas de lo horrible de su camino.

Hay planchas de mármol en algunos lugares, por donde caen caudalosas aguas.

Las estalactitas y las estalacmitas son como mamelucos y gabanes llenos de pliegues, colgados de unos palos. Era una bodega el conjunto de la gruta, que olia á *melaza* y sabia á lardo indigno.

De trecho en trecho, hay en el jardin–salon unas cabañas graciosas, á las que se asciende por puertas y corredores, y que son realmente palcos donde bebian Champaña jóvenes como arcángeles y caballeros elegantes.

Insistiendo en la concurrencia, asombra realmente la vulgarizacion del casimir, del paño, de la seda, de las plumas, los encajes y las joyas finas y falsas.

La señorita de mediana fortuna, esa viuda *de diez y ocho años* que ya conocemos, que encanta, carga con inconcebible facilidad y soltura un cuantioso equipaje, capota, paraguas, portamonedas, cinco ó seis pulseras de plata con campanitas; al costado, en su bolsillo, el pañuelo; pendiente de una cadena, colgando sobre la falda, el abanico, y así marcha y baila, sube y desciende á los ómnibus.

Alfonso, que es persona que concentra y no aventura sus juicios y trata de imponerse la imparcialidad por criterio, me deciá:

—La mujer es realmente elegante y airosa, no hay motivo para tachársele de desairada y sin vida; por el contrario, su porte altivo, su soltura, su mirada dominado-

ra, revelán su alta posicion, la dignidad de que se siente investida, la conciencia del amparo del hombre, la emancipacion.

El porte del hombre es ménos elegante; aquel pretendido *dandy* tiene un sombrero como un uñero; el que le sigue lleva de corbata una toalla; ese leviton que se cae, esos pantalones que hacen olas y esas actitudes, no pueden ser de buena sociedad; ni las disimula el guante, ni las encubren esas grandes cadenas y esas mancuernas como ruedas de molino.

Ese sentarse cogiéndose los piés.... ese morderse las uñas.... ese sonarse de algunos haciendo el cohete, aplicando el dedo á un costado de la nariz; esa salivacion de negro tabaco y esos alientos que se soportan cuando *el no smokin* parece exigir la más escrupulosa pulcritud, todo eso que existe y que *no ví en Gilmore's* hacen que el sexo feo suela tener mucho de feo, por más que nos queramos hacer imparciales.

—A mí me caen en gracia, me decia uno de los amigos, las trasformaciones del jardin. Allí donde acaba de cantar la Galimberti, se hacian hace poco exhibiciones ecuestres, y donde está la gruta se encontraban las jaulas de las fieras. Hace pocas noches, perfectamente entablonado este suelo, nos daba el triste espectáculo del Carnaval extemporáneo, y ahora le ve vd. con praditos, plantas, arbustos y macetas, convertido en jardin.

Esas cuadras que parecen subterráneos, convertidas en *bar-rooms* ahora, las atravesaban los caballos, y la caballeriza es en este momento *restaurant;* mañana será club por la noche, y por la mañana, templo.

La orquesta, que al decir de los inteligentes es bastante buena, enmudeció á las once de la noche.

Ni un ruido en la calle, ni en las banquetas transeuntes, ni en los aires gritos. Es el famoso dia consagrado al silencio religioso. La prensa enmudece, el tráfico descansa, las ventanas duermen: se ve á lo léjos un *dandy* rezagado, una *lady* apresurada, como que se ha escapado de una prision. La autoridad del domingo puritano se impone, y se siente en el aire la resurreccion de los tiempos del Dios de Savahot.

El placer no es simplemente escándalo, sino escándalo sacrílego.

Y no obstante, esta es una ciudad en que brotan los alemanes como hongos, en que los franceses arman gresca, y en que españoles, hispano–americanos, rusos, húngaros, japoneses y chinos, ven con soberano desden la familia de Abraham y la escala de Jacob.

Anteriormente el domingo era como un ataque de catalepsia á la gran ciudad; todo comercio se paralizaba, los paseos permanecian desiertos, las oficinas públicas como abandonadas; en las bocacalles se echaban cadenas, se apagaba todo ruido y se solia llevar á la cárcel al que despues de las doce de la noche del sábado, se le encontraba á salto de mata.

Las cosas han cambiado: en algunas calles se nota movimiento; los templos católicos son asilo de buenos cristianos y de cristianas encantadoras; la Quinta Avenida se convier-

te en paseo, aunque con pretexto de ir á la iglesia, y en el Parque Central tiene desahogo la ciudad regocijada y sedienta de placer.

Los especuladores de los teatros suelen calarse la capucha de penitentes y dar conciertos religiosos, con tan raro disimulo, que figuran entre las plegarias el coro de los conspiradores de Lecoq y los cancanes desvergonzados de Offembach; pero, así como así, se necesita, por los esclavos de la fortuna, transitar el camino del cielo, sea que se afecte la rigidez protestante, que se encallejone el neófito en los laberintos católicos, ó que siga las tradiciones de la Sinagoga.

El beneficio de la tolerancia pudiera llamarse económico-político, porque la concurrencia se perfecciona, y cada secta quiere ser más ilustrada, dedicarse á más fructuosas obras de beneficencia y que la moral resplandezca con mayor pureza, y esto tiene resultados prácticos, aun cuando cada religion tenga sus jesuitas y sus siervos, que vivan regaladamente en honra y gloria de Dios.

La misa de los católicos, la misa más en boga, es la de San Estéban, templo situado en la calle 28, al Este.

El templo es de tres naves, el piso de mármol, el altar con cierta grandeza. Oscurecen el templo vidrios de colores, ménos los de la bóveda del altar, que presentan al sacerdote en un círculo luminoso de buen efecto.

La iglesia está llena de bancas con sus respaldos, que con las puertecillas de cada hilera forman angostos cajones divididos en asientos con su rodapié, en que se arrodilla el creyente, formando la moldura de la banca de su frente, atril en que descansan sus brazos y coloca su libro.

Corre bajo cada una de las naves y á cinco ó seis varas

de altura, un tapanco con su balaustrada que se llena de sillas, y convierte en espectáculo teatral el sacrificio santo.

Sobre las puertas están la orquesta y los cantores. A las entradas del templo hay piletas de agua bendita con sus rejillas de alambre para que solo quepa el dedo, temiendo sin duda que se lavaran allí las manos los siervos del Señor.

La orquesta está muy acreditada, los cantores son excelentes, y á ellos se debe la numerosa concurrencia,

Oimos la misa, y vimos salir á los devotos entre vallas y grupos de curiosos. Allí se ve lo que hay de más escogido y aristocrático de los católicos, no solo en la Quinta Avenida, sino en puntos bien remotos de la ciudad.

A propósito: hé aquí la estadística de los templos, tomada de la Guía de Bachiller y Morales:

Africanos metodistas	4
Baptistas	30
Congregacionalistas	5
Friends (amigos)	3
Judíos	26
Luteranos	14
Metodistas	40
Presbiterianos	4
Episcopales	71
Reformistas holandeses	18
Católicos romanos	39
Unitarios	3
Universalistas	5
Diversos	18
TOTAL	280

Francisco me acompañaba y tomamos el rumbo del Parque, entre aquella corriente lujosísima en que las *ladies* so-

bresalen dominadoras. No así los hombres, cuyos vestidos abusando de la holgura, cuyos sombreros abovedados de ala pequeña, cuyos zapatos desgobernados y cuyas corbatas blancas, intempestivas, les dan aspecto grotesco, aunque sendas cadenas, sorbetes audaces, sobretodos y bastones, quieran reclamar los favores de la moda.

Al pasar las bocacalles íbamos notando las calles laterales entre arboles elevadísimos, los marcos de las ventanas con enredaderas que trepan por las paredes á grandes alturas, sobre la oscura piedra y en los huecos de la banqueta al muro, sembrados de césped, jarrones de flores y adornos de buen gusto.

Detuvímonos frente á una iglesia que ve al Oeste, y está al medio de la Quinta Avenida: llámase Emmanuel.

Es de órden bizantino; el roseton de la puerta, en metal, no habria sido cincelado con mayor primor.

Tiene el templo dos altas y delgadas torres; de su primer cuerpo arrancan cuatro columnas esbeltas y leves, sosteniendo una pequeña cúpula, que es la derrota de la filigrana y del calado.

Corona el frontispicio entre las dos torres, un cuadrilongo sobre que descansan cuatro minaretes que son como la florescencia de la piedra, verdaderamente bellos. . . . .

—Es de desesperarse esto, me decia Francisco; mira deslucida esa linda fachada con ese tejavan puesto sobre los cuatro minaretes: es como si un caballero elegante se obstinara en completar su trage con el fieltro ordinario de un carretero, ó con una gorra de aguador . . . .

—Y luego se quejan de que se les eche en cara su mal gusto.

—Oh! si lo tuvieran bueno, serian los hombres más enamorados del mundo, y nos dejarian poca cosa á los extranjeros. No te canses, chico, más vale así....

Ya estamos en el gran Parque central; límpiate los ojos, que éste es, con justo título, llamado el mejor ornamento de Nueva-York.

Figurémonos una extension como desde el paseo de Bucareli á Tacubaya; pero en un terreno quebrado como el de las depresiones y eminencias que ofrecen, ó el camino de Toluca, ó lo que llamamos la Cruz del Marqués, yendo á Cuernavaca.

Sobre esos valles, colinas y hondonadas cubiertas de aterciopelado césped, culebrean bajo los arbustos y los árboles, y entre flores, los senderos de la gente de á pié, y más al centro, anchas y bien terraplenadas calzadas de arena y piedrezuela de lecho de rio, por donde se deslizan los carruajes....

El terreno es en extremo desigual, y ya se percibe como una montaña coronada de árboles gigantes, ya se abren éstos para formar praderas y glorietas, ya se hunde la tierra y se salva por un puente en la altura y un camino por debajo para los pedestres.

En una ladera, siempre entre árboles, están los salones de un café magnífico; en una elevacion descuella un *kiosko;* bajo un tendido emparrado hay asientos y mesas; grandes fuentes en abiertas plazas; lagos cruzados por botes y barcas, donde el terreno se deprime, y escaleras atrevidas entre las rocas vivas, que conducen á cenadores voluptuosos, á sombrías estancias en que bajo doseles de sombra, hay estatuas que inmortalizan las glorias del talento y la virtud.

Hay momentos en que por donde quiera que se vuelven los ojos, tiene nuevas seducciones el ánimo.

El arte ha seguido cuidadoso á la naturaleza, y sobre su hermosura salvaje ha derramado sus tesoros.

A la vez que giran los carruajes en las calzadas, parvadas de niños corren en los verdes prados, con algazara festiva, conduciendo sus carretelitas, volando sobre sus velocípedos y sus carritos.

Gira uno en opuesto sentido, y son los columpios, los cochecitos tirados por chivos, los burros perfectamente enjaezados conduciendo niños y niñas.

Inclínase la vista, y descubre las barcas llenas de gente que se regocija; la aparta y la dirige á los oteros umbríos, y son mujeres hechiceras y parejas felices. . . . los descansa en los tránsitos, y son estrados con caballeros entregados á la lectura, miéntras los acaricia el viento, los aduermen las sombras y les dan música las aguas.

El Parque, al decir de las varias guías y datos que consulto, tiene de costo diez y seis millones de pesos, le sombrean 200,000 árboles y arbustos, y contiene museo de historia natural, casas de fieras, lagos, *restaurants*, salones de refresco, salones de música, subterráneos y cascadas.

Es un espléndido jardin con sus estatuas y sus fuentes, encerrados en uno de nuestros bosques deliciosos de la tierra fria.

Francisco temia las protestas de mi pereza, y con la inagotable bondad que le distingue, me decia:

—Reposa, que este camino que da á la calle 59, es sombrío. . . . y tenemos que andar: mira ese busto que parece representar á un propietario de ganado; es nada ménos que

el baron de Humboldt, á quien tanto amamos los mexicanos: salúdale, y vamos adelante.

Ibamos por un laberinto de arrayanes, de mimosas, de flores conocidas en México con el nombre de aretes, de pionías y enredaderas mil.

—¿Conoces esa estatua? Es la de Shakespeare; á lo ménos así lo dice el letrero, el parecido no; porque Shakespeare tiene más majestuosa la frente y se le representa de mayor edad, es decir, en toda la plenitud de su génio.

La estatua que ves más acá es la de Halleck, la que vino el presidente Hayes á descubrir.

—Aguarda, que esta es más bien una espaciosa plaza.... gigantesca fuente, árboles en círculo, dejando colgar con profusion sus sombras; parece un gran salon por la multitud de asientos y lo selecto de la concurrencia.

El pavimento es de tersas losas; del círculo de la glorieta parten caminos y escaleras; en varias columnas se ven como jaulas de alambre para asilo de los pájaros.

—¿A dónde me llevas? por esta escalera se desciende mucho; tomaremos por ese gran puente que está frente á nosotros.

Descendimos la escalera: el puente formaba techo á espaciosos salones, con altos espejos, mesas de mármol y elegantes columnas.

Atravesamos los salones de refresco y nos hallamos en otra plaza, al borde de una fuente llena de estatuas.

Ya que tantas veces hemos hablado de las fuentes en parques y paseos, diré que muchas de esas fuentes fueron mi encanto; las hay que constituyen verdaderos monumentos, como la llamada del *Angel de las aguas*, en este Parque. La

figura del ángel gigantesco es correcta y airosa; tiene vueltas hácia afuera las palmas de las manos, y por ellas corren impetuosas las aguas, como anudándose, desplegándose y desparramándose en hirvientes chorros.

Otras fuentes de plazas, las más sencillas, me agradaban extraordinariamente; en la boca del tubo horizontal se percibia una especie de piña formada de delgados cañutitos, haciendo su conjunto una espiral; las aguas, al salir, se convierten en polvo y forman un inmenso plumero, una nube, una niebla de plata que oscila con el viento, dándole la luz vivísimos reflejos y revistiéndose frecuentemente de los colores del íris. Aunque á muchas personas he hablado de esto, no ha encontrado favor en México este juego tan sencillo como hermoso y barato.

En algunas fuentes he visto juegos más complicados é igualmente bellos; por ejemplo, ví en Gilmore's un chorro que sustentaba un limon; al desequilibrarse caia, pero caia en una taza dispuesta de manera que hacia subir ese ú otro limon, halagándose la vista con el juego.

Al extremo de la glorieta está el muelle y el tragin del embarque y desembarque para los paseos acuáticos.

—Estos lagos, me decia Francisco, se hielan en el invierno, y aquí y en los otros lucen su habilidad caballeros y *ladies*, patinando con suma destreza: entónces es el contraste de las risas, los juegos y el contento, entre los esqueletos de los árboles y la mortaja de bruma que oscurece el sol.

Yo no podia moverme, estaba rendido; me sembré bajo un árbol á ver pasar los mil carruajes que atraviesan fantásticos y se pierden rápidos entre los árboles, precipitándose

en las hondonadas para reaparecer en las alturas, como arrebatados por el viento sobre las rocas.

Es indescribible el encanto que comunican al cuadro esos torbellinos de niños con sus cabellos de oro flotantes, sus listones volando en pos de ellos, sus carreras, sus risas, sus enojos y monerías. Es la vida naciendo y derramándose en ondas puras á los besos de la aurora; es la espuma de nieve y el celaje de oro resbalando sobre el limpio azul de la inocencia.... pero entre aquellos niños y en aquellos juegos no distinguia á mi Guillermito, á mi Manuel, á mis hijos de mi alma: entónces.... veia oscuro ese cuadro de felicidad.

—Vámonos, me dijo Francisco; estás cansado, volveremos otro dia.

Pero de las doce puertas que dan salida al Parque, no atinábamos con ninguna.

De trecho en trecho, unas tablas indican en aquel laberinto las calles con que tienen conexion los senderos, con una mano pintada que señala la direccion; pero ni por esas: estaba al sembrarme otra vez como una mata en cualquiera de aquellos prados.

—Tomaremos sombra bajo de aquel puente.

Así lo hicimos: bajo el puente estaba el alquiler de los burros para niños.

Yo habia visto muy pocos burros; siempre me ha parecido incompatible el burro y el yankee: pues bien, aquí veia lo contrario.

Están los burros muy bien ensillados con albardones con su horquilla para que monten las niñas, y la demanda es extraordinaria, siendo la salida de cada burro motivo de

procesiones de placer en que, sobre todo el americano, hace prueba de su bondad con los niños, y esto es universal.

El padre de familia es quien generalmente carga al niño y brega con él.

Jamás he visto un acto de impaciencia de un americano con un niño: asalta el carro, trepa al wagon voceando su periódico, juega á la pelota en las banquetas, vuela su papelote en la calle, codea á uno que lee, haciendo algazara, y nadie se atreve á lastimar de palabra ni de obra á un niño. Así es que andan solos á grandes distancias, concurren á sus escuelas, toman asiento en los wagones, y las niñas, sobre todo, tienen la conciencia del amparo público en alto grado.

—Vámonos, le dije á Francisco.

—Por aquí, replicó, y de manos á boca me encontré con un edificio de alambre ó jaula gigantesca con curiosas aves.

—¡Qué lindos cacatúas! me hizo observar mi sagaz guía, que con inocente engaño me hizo dar una vuelta enorme para que viese lo que allí se llama el Museo.

La seccion del Parque en que nos hallábamos contiene varias jaulas con aves preciosas. Hay una destinada á las águilas y buitres, frente á la que no me quise detener, porque no me encuentro bien frente al poder militar.

Cerca de los grandes tiranos del aire se encuentran jaulas para ardillas y animalejos, que se entregan á la guerra intestina.

A poca distancia se ve un pozo enorme con su barandal de fierro, en que nada una foca terrible, como si dijéramos, el poder marítimo, inútil y costoso como nuestra marina.

En los prados que rodean el foso ví una llama, varios

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 41.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez,
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

camellos destartalados y cariacontecidos, como doncellonas viejas.

De estos preciosos animales hicieron acopio en Tejas, y se ensayaron con buèn éxito para pasar los desiertos, salvando mil inconvenientes de esa travesía peligrosa.

Bisontes, cíbolos y otros animales estaban en los prados, circuidos de curiosos.

Nosotros penetramos á la casa de las fieras.

Es un espacioso galeron de madera con grandes jaulas aseguradas con fuertísimas barras de fierro.

Allí contemplé al leopardo, al tigre de varias especies, á las panteras. Seguí el movimiento perpétuo, y como el remordimiento de la hiena, hocico agudo, cuello tendido, mirada alevosa. Preocupado de horror seguia en sus movimientos á la fiera, cuando repentinamente sonó á mi espalda un ruido tan lleno, tan terrible, tan animado, que mi primero é indeliberado impulso fué huir. Aquello era estupendo, yo no habia oido nada semejante; retembló el suelo y crugieron los tablones de la espaciosa galera. Muy al contrario de Pipelet, sin entrar en averiguaciones, mi primer movimiento fué huir.

Francisco me detuvo riendo.

—Vuélvete, me dijo, deja á esas hienas que son imágen del asesino cobarde, vuélvete á mirar al rey de las selvas.

El propietario de aquellos ruidos que apagarian la tempestàd y tendrian eco aun estallando el trueno, era el leon; ¡qué grandeza, qué luenga melena, qué garra formidable! Nada hay exagerado en las pinturas épicas del Titan de Africa; impone como un monumento, se hace acatar como una majestad.

Hay varios leones en triste soltería. Este está acompañado de su consorte, y ofrece á veces espectáculos de la vida íntima.

Otro leon rugió de nuevo, y no obstante la quietud de la concurrencia y el regocijo de los niños, y á pesar de que era para mí evidente la seguridad en que me encontraba, yo y algunos otros retrocediamos de las jaulas, porque se teme realmente que tablones y barras vuelen en fragmentos, en un rugido de la fiera imponente.

—Queria que vieses el acuario, aunque hay uno de una empresa particular, que es el que quiero enseñarte.

—No, vámonos Francisco, vámonos, porque estoy hecho pedazos.

Francisco posee la ciencia de caminar por Nueva-York, ciencia que consiste en conocer la direccion de todos los carros que recorren el tejido de rieles que atraviesan las calles.

Sabe los giros, vueltas y curvas de los wagones que van á City Hall y á Fulton Ferry, los que visitan los muelles, los que se detienen frente al Correo y los que en varias calles, como en la núm. 34, tuercen para las orillas de los rios laterales.

Ya hemos hecho observar que estamos en domingo; ya sabemos que el número de carros y de otros vehículos es fabuloso, y no obstante, los carros van y vienen rebosando gente.

El carro está declarado insondable como el mar, de llenura imposible como la tinaja de las Danaides; el carro para el conductor y para los pasajeros, es de elasticidad infinita; en el que pudieran á lo más caber veinte, van cuarenta ó

cincuenta, condensados, en prensa, colgados á los palos laterales.

Y andando, andando, á veces suben y bajan gentes, como si una seccion de la calle estuviese en movimiento.

—Nota, me decia Francisco, que no solo la calle de Broadway tiene lujo y grande tráfico.

Todas las avenidas son amplias, con árboles y plazas, y su parte baja da cabida á tiendas, *restaurants* y lugares de recreo.

Las avenidas ó grandes canales que corren de Sur á Norte, todas son aun más anchas; en sus tiendas se ostentan grandes cristales, su alumbrado es igualmente espléndido.

Ya te enseñé la Avenida llamada Bowery ó Broadway de los pobres; á todas horas la atraviesa gentío inmenso. Tú mismo me has dicho que la Sexta Avenida es hermosísima. Me hablaste tambien de la tercera y octava.

La falta del tráfico, las habitaciones silenciosas, los horizontes de soledad y tinieblas en las noches, los forman las calles; pero en cuanto á las avenidas, de cada una de ellas se podria hacer una gran ciudad.

—Ahora no te puedes hacer cómodamente cargo, porque es domingo; pero aun en eso hay exageracion: nadie más persuadidos que los americanos ilustrados, de lo absurdo de su ley del domingo; pero ésta, aunque con suma hipocresía, la relajan. Ya te he hablado de los conciertos sagrados. Sucede con la venta de cerveza algo semejante.

El policía persigue la primera venta y conduce á la cárcel á los criados del establecimiento. Pero hecho esto, el *barroom* sigue vendiendo sin que le molesten.

Así es que, los dueños de esas tabernas, tienen hombres

ad hoc para que pasen el dia en la cárcel, y con esto rompen las trabas puestas á su comercio.

Al volver á mi casa me encontré con una invitacion del H. William C. Bryant, para pasar con él uno ó dos dias en el campo.

Dará idea de mi mansion en la casa del Sr. Bryant, la carta que como enamorado novel puse á mi regreso en mano propia de mi querido compañero Gomez del Palacio, para quién fué escrita.

XXIV

Viaje á Roslin.—Mr. William C. Bryant.

Roslin, Mayo 29 de 1877.

PANCHO QUERIDO:

"TE estoy viendo frente de mí, con tu cachucha cubriendo tus ojos indagadores y penetrantes, tu gran saco traicionando tu camiseta, y tus pantuflas holgadas denunciando tu pereza, miéntras yo, tendido en el sofá, descanso del ruido y de la celeridad del vapor.

"Ya voy á empezar la relacion del viaje; no te impacientes, déjame encender un cigarro.

"Pues, como iba yo diciendo, salí del hotel con mi sombrero con más arrugas que de ordinario, mi sobretodo al brazo, mi paraguas en mi mano, cubierta del indispensable

guante, á obsequiar la invitacion del gran poeta y del caballeroso amigo.

"En dos trancos me trasportó el wagon frente al Correo, y en tres pasos me tienes en el despacho del *Evening Post*, calle de Broadway; pregunté por Mr. Bryant, le subieron el aviso al quinto cielo y vino un jovencito á conducirme.

"Penetré entónces en el despacho, que es una oficina en toda forma, con sus cajeros, tenedores de libros y los dependientes varios de la parte mercantil del periódico.

"Cada seccion, como en todas partes, está marcada con una ventanilla de cristales, y la parte de contacto con el público es tambien un grueso cristal aislado ó incrustado en la tabla.

"Mi pequeño guía se introdujo conmigo en el elevador, y aquello fué subir hasta sentir hambre en el camino.

"Ascendimos ocho pisos, teniendo cuidado el conductor de anunciar:—*primero*, *segundo*, *tercer piso*, etc.,—recogiendo en ellos ó dejando pasajeros.

"Llegamos al octavo piso, y desembarcamos en un laberinto de pequeños cuartitos, que son destinados á los redactores. En uno de esos cuartitos, que con cuatro ruedas podria fungir de coche en cualquiera parte, sin aparato ni distincion, pegado á una angosta y plebeya mesa, estaba Mr. William C. Bryant, justamente proclamado como el gran poeta americano.

"El H. Bryant peina en sus cabellos y su barba cana, ochenta y un años.

"Es blanco y enjuto de carnes, frente calva abriendo horizonte en su cima y dejando caer sobre sus sienes hilos de plata en que se han trasformado sus cabellos.

"Las cejas, espesas y salientes, sombrean sus ojos pequeños, de rara inteligencia y dulzura, nariz prominente y acaballetada, y la boca perdida, como sus carrillos, en las caidas de su barba profusa como de polvo de nieve, que toca hasta sobre su pecho.

"Cambiados los saludos, quiso que ántes de partir viese yo la prensa del *Evening Post.*

"Descendimos varias escaleras, penetramos á las regiones de la luz artificial, y allí, como suspendido en los aires, vimos girar el inmenso cilindro que abre dos poderosas alas, y de cada una de ellas, en opuestas direcciones, lanza de diez en diez los ejemplares del periódico bisemanal.

"No me detengo á describir el mecanismo de la gran prensa, porque ya le conoces; pero acaso no conozcas la máquina de doblar los periódicos.

"Es un cilindro tambien, pero á su pié hay unas líneas de fierro horizontales.

"El periódico cae á una de aquellas hendeduras, y por debajo unos dedos de acero tiran del pliego dándole el primer doblez; la refriega del papel bajo la parrilla que te describo, es furibunda y momentánea; cuando vuelves la cara, cae á una pequeña artesa el periódico, listo para empacarse, y la sucesion es tan rápida, que más me he tardado en escribir, que en hacerse un paquete de muchos ejemplares.

"Mr. Bryant envió á buscar unos periódicos españoles para que tuviese yo que leer en el camino.

"Mr. Bryant conoce el español bastante bien, pero tiene muy poco ejercicio; yo ya sabes cuánta y cuán estupenda es mi ignorancia en el inglés, sobre todo hablado; pero á

fuerza de desear comunicarnos, echábamos mano alternativamente de palabras francesas, latinas, españolas, inglesas y no sé cuántas más, que nos hacian forjar á duo escenas que no se habrian desdeñado en la mismísima torre de Babel.

"Salimos rompiendo procelosas corrientes de gentío, buscando el embarcadero del Este; pero ántes de pisar el vapor, quisimos detenernos en el mercado de Fulton.

"Propiamente hablando, este mercado, como el de las calles del Sur, no marca un destino especial á primera vista, sino que es la interrupcion brusca de las banquetas, con puestos de frutas, semillas, pescados y flores, viéndose puertas que dan al interior de la manzana, en donde colosales clavijeros y multiplicados mostradores, indican la venta de las carnes, sin el mejor aseo ni el olor más grato.

"La parte de las banquetas que recorriamos bajo grandes toldos de lona, estaban obstruidas con cajones, tercios y barriles, entre los que se escurre y salta el gentío inmenso, despues de chocar y filtrarse por entre carretillas, carros, wagones, coches y ómnibus, que giran en encontradas direcciones con ruido que marea y aturde.

"—Vea vd. qué profusion de frutas; esas piñas, como los plátanos, son importaciones de la Habana. ¿Vdes. las cultivan?

"—Sí, señor, y tengo entendido que las de Tlahua, las de Córdoba, y las de la parte del Súr de México, son mejores. Creo que de plátanos no tenemos la riqueza y variedad de la Habana; pero los nuestros son excelentes, así como las naranjas.

"—Aquí, como habrá vd. notado, se hace cuantioso consumo de frutas, y las que tienen algun ácido se toman en be-

bidas, en jaleas, y hasta la cáscara, como la del limon y la naranja, se utilizan.

"—¿Vdes. son muy afectos á las fresas?

"—Mucho, y me parecen las nuestras mejores que las que se brindan en esos graciosos canastillos, que aunque muy grandes, son desabridas ó demasiado ácidas.

"La conversacion de Bryant es dulce, sencilla, sin ningun género de pretensiones, y solo el observador puede distinguir en una que otra palabra, como por la rotura casual de un velo, horizontes dilatados de talento y de sabiduría. Cuando ménos lo esperaba, y creyéndome aún en tierra firme, estaba dentro del espacioso vapor que nos iba á conducir, y que en la parte inferior tenia caballos, puestos con carnes y tráfico como en la plaza.

"Subimos la escalera á la vez que niños, damas y caballeros, que en són de fiesta y como á dia de campo llegaban, disimulando maletas y encargos en sus envolturas de papel.

"La parte superior del buque la forma un amplio y elegantísimo salon con asientos laterales de terciopelo, grandes sofás circulares y colosales espejos, que multiplican los salones y como que introducen al barco aguas, paisajes y toda la animacion de las orillas.

"La popa y la proa del barco forman miradores con asientos, y circuyen el exterior cómodos corredores con sus balaustrados alegres.

"Los niños corren armando bulla sobre las alfombras, las señoritas conversan, forman grupos los hombres, y algunos, así como algunas, se aislan con sus periódicos colosales, de los que cada quien lleva abundante provision.

"Desdoblamos nuestros periódicos el Sr. Bryant y yo; pero á cada momento se interrumpia la lectura.

"—Ahí tiene vd. á Broklyn; esos son los famosos pilares de que vd. me hablaba.

"—Sí, señor, y que me parecian torres gigantescas.

"—Esos cables enormes son de fierro; vea vd. cómo volando sobre ellos pasa la gente.

"—Los veo, y veo sombrillas de señoras que están quitando á los pájaros el monopolio del aire.

"Las mil casas de Broklyn parece vienen en procesion con sus torres, sus miradores, sus almenas y pirámides en alto, á recibir á la ciudad, que desde la opuesta orilla de las aguas, les tiende los brazos de sus muelles y les envía sus mensajeros en las mil barcas, botes, naves de vela y vapores, que como que convierten en movibles salones las aguas.

"Este no es un rio, es el mar invadiendo las lomas, ó más propiamente, las lomas capturando al mar.

"Llevábamos á un lado la orilla de la ciudad con sus muelles, sus casas y sus quintas, y del opuesto lado fracciones de terreno con sus casas campestres diseminadas entre los árboles, entre los ganados; los carros y las gentes ocupadas en la labranza.

"—Esa es otra poblacion, me decia mi *cicerone*, es Long Island, que alza sus colinas y sus arboledas entre mil habitaciones primorosas.

"—Triste aspecto el de esa tierra! grandes edificios aislados!

"—Es Blakwell's Seland, lugar de prisiones, establecimientos de beneficencia, casas de dementes; merecen que les haga vd. visita especial.

"—Edificios colosales sobre despejados y verdes valles, Blakwell's es como la prision de esos palacios del infortunio.

"A nuestra izquierda, es decir, del lado que dejamos Nueva-York, se iban desplegando alegres serranías, prominencias de colinas y hondos valles decorados por mansiones campestres de esmerado cultivo y singular belleza.

"De trecho en trecho suspendia su marcha el vapor para dar salida en amplios muelles á parte de nuestros pasajeros.

"Allí eran los trasportes en carros y coches, el acarreo de tercios y la espera de los transeuntes por los deudos, escoltados por los criados y por los perros encargados de festejar más estrepitosamente la recepcion.

"Viendo mi guía que fijaba los ojos en unas eminencias de que no me podia dar cuenta, eminencias seguidas de grandes jacalones, me dijo:

"—Esos son los fuertes de que hacen detallada mencion los viajeros. Vuelva vd. la cara: del opuesto lado hay otro fuerte guarnecido tambien por gruesa artillería.

"En efecto, recordé la descripcion de esos fuertes formidables, y creo que no hay exageracion alguna.

"Con este motivo, la conversacion recayó sobre generalidades de la guerra y cuestiones políticas.

"Aunque el eminente personaje con quien hablaba tiene vastísima instruccion como hombre de Estado, noté con sentimiento profundo que respecto de nuestro país, carece, como la mayor parte de sus distinguidos compatriotas, de ideas exactas.

"Bryant, como muchos americanos ilustres, está muy

distante de las ideas del *destino manifiesto*, de la usurpacion y la violencia; pero nuestra historia les es poco conocida, el movimiento intelectual de México, los elementos componentes de nuestra sociedad, los perciben como al acaso; ni la literatura, ni las profesiones, ni el estado de la industria, ni nada, se conoce exactamente, juzgando con sinceridad que nos hallamos en un atraso de que estamos muy distantes.

"Yo combatia las ideas que me parecian erróneas con osada independencia, y el noble anciano sonreia con bondad y me concedia en mucho la razon.

"—Pudiera probar á vd., le decia, que si en México fluctuamos entre el fanatismo clerical y la carencia de ideas religiosas, entre vdes. abundan las fábricas de fanáticos, que ponen distintos rubros á las adulteradas mercancías que sacan de la Biblia y el Evangelio. Las prensas son almacenes que tienen su surtido de ideas al gusto de los consumidores. En la administracion hay más corrupcion que en otras partes; pero cuando de un árbol gigantesco se quitan ramas, nadie lo echa de ver, y una hojita arrancada á una planta pequeña la desnuda y afea. El sistema proteccionista que aquí se proclama, no es más que la explotacion de unos cuantos que sacrifican al país....

"Bryant es libre-cambista, y yo hubiera querido conservar letra por letra sus opiniones, para vergüenza de esa gente de México que quiere galvanizar doctrinas que son ludibrio y afrenta de la filosofía....

"Interrumpí bruscamente la conversacion, porque me pareció distinguir entre macizos de árboles una poblacion.

"Por entre los claros del bosque creia percibir casas y

templos y blanquear quintas diseminadas, cuya belleza encarecia la misma confusion con que se distinguian.

"—Esa es, me dijo Bryant, una poblacion Metodista: vea vd. el muelle.

"Realmente tocábamos el muelle. Sobre él, en letras gordas, decia: "Los domingos no se toca en tierra."

"—¡Que viva la libertad! dije para mis adentros.

"Eran las siete: habia aún luz vivísima; á poco andar llegamos á Roslin, que es nuestro destino.

"Estábamos como en una selva: una amplia calzada culebrea por entre altas lomas, elevadísimos pinos, castaños y sauces de tupidas y colgantes ramas.

"De trecho en trecho, aprovechando risueñas eminencias, se levantan las estancias de campos, de figuras rústicas, en realidad disfraces del lujo y el bienestar.

"Torcimos en un recodo del camino, empujamos una puertecita excusada, y dijo mi guía, con el acento de la generosa hospitalidad sajona:

"—Estamos en nuestra casa.

"Apénas tuve tiempo de dirigir una mirada al aterciopelado césped del frente de la casa, á las callecitas simétricas del jardin y los claros de las aguas, que tienden á trechos como despedazados espejos que duplican los encantos de la agreste mansion.

"La tarde estaba fria: nos recibió amoroso un saloncito, que es un camarin de primores: preciosos cuadros, ricos espejos y candelabros, unas elegantes alacenas con escogidos libros, una y la otra con chucherías de marfil y de oro, de porcelana y concha, recogidas en los diversos viajes del poeta, grandes sillones, elegante piano.

"Bryant es viudo, tiene una hija casada y otra que vive con él, quien, en union de una sobrina, nos hicieron, con exquisita finura, los honores de la casa.

"Mi hospedador diligente encendió, como por mágia, la chimenea del fondo del salon, y saltando la llama, nos envió caricias en el viento.

"Despues de unos instantes de reposo, me tomó de la mano mi amigo, subimos una escalera, y mostrándome una alcoba primorosa con dos grandes ventanas al jardin y al rio que clarea entre las ramas de los grandes árboles, me dijo:

"—Esta es la habitacion de vd.

"Allí estaban representadas las atenciones del amigo, con toda la delicada prevision de la mujer.

"No hay un grabado, ni un cuadro, ni un mueble, que no sea una belleza, un capricho artístico, un ensueño.

"Colon dominando el mar, es el cuadro que preside mi alcoba. El génio interrogando lo desconocido. La grandeza casi divina del hombre, la grandeza casi humana de esa alma, remedo del infinito, que se llama el Océano.

"Apénas tomaba posesion de mi preciosa alcoba, cuando la voz del Sr. Bryant me invitó á la mesa.

"El comedor da al jardin, adornándolo muebles adecuados de la más perfecta elegancia, y las paredes están materialmente tapizadas de cuadros, entre los que distinguí paisajes de raro mérito.

"—Son cuadros, me dijo Mr. Bryant, con que me obsequian algunos artistas el dia de mi cumpleaños.

"Entónces quise afrontar la conversacion sobre las distinciones mil de que ha sido objeto el poeta; recordéle sus cartas sobre España, sus himnos y sus traducciones, entre

ellas la soberbia de la Iliada, de la Odisea, y su sentida elegía á la muerte de Lincoln.

"Pero en esta vez, como en todas, Bryant no se acordaba de sí mismo: en él el sentimiento poético se revela cuando hace la apología de los demás; es no solo modesto, sino humilde y suave como un niño.

"Sentámonos á la mesa; el patriarca ocupó la cabecera; sirviónos la hija del Sr. Bryant el *thé.*

"Yo aprendia; la falta de cuchillo me embarazaba; la ausencia de mantel era una extrañeza; temia cometer alguna barbaridad.

"—Una vez por todas diré á vd., hice notar á M. Bryant, que si cometo alguna inconveniencia; que si alguno de mis hábitos me desvía de los de vdes., no es culpa sino de mi novedad en este país y en estas costumbres; pero pido mil perdones por todo.

"Y mi disculpa fué tan cariñosamente aceptada, que estableció cierta confianza y me animó á decir:

"—Si vd. ha notado tal vez poca modestia y acaso mucha exaltacion en encarecer las bellezas de mi país y sus hombres eminentes, es porque me preocupa la idea de que vdes. nos juzgan como en la barbarie, como que necesitamos de aprender en inglés los primeros rudimentos de la civilizacion......

"—No, no, de ningun modo, señor, me dijo el poeta; y aunque no conozco á México, porque solo dos meses estuve allí, conocí personas muy distinguidas: me acuerdo de un caballero abogado que sabia de memoria el "Paraíso perdido" de Milton.

"Vueltos al *Parlor*, le leí mis versos al Niágara, que in-

terrumpió varias veces con señales de calurosa aprobacion.

"Trájome en seguida sus retratos.

"—Este es un mal retrato, esta nariz es un guarda canton: han pegado su rostro de vd. á un pico de tucán, y le han llamado nariz.

"Reia el poeta como un muchacho.

"Serian poco ménos de las diez de la noche cuando nos retiramos á nuestras habitaciones. Los demás á dormir, yo á platicar contigo, Francisco; y ya ves que la charla no es escasa, y que si suelto la pluma, es porque se me están cerrando los ojos de sueño.

Mayo 30.—En Roslin.

"Van á dar las doce y trepo de dos en dos los escalones de mi cuarto, porque me parece que en él me esperas con tus pasos inquietos y tu tosecilla destemplada, para que siga contándote mis impresiones.

"Desperté, como de costumbre, á las cuatro.

"Una de las ventanas de mi alcoba ve al Sur, la otra al Occidente; desde dentro de la pieza me parece que estoy entre las ramas de la copa de un solo árbol.

"Dí unos pasos al Occidente.

"La casa está como en la cima de una colina, y como que la tiene suspendida en sus brazos un robusto pino y un frondosísimo castaño de Indias, que es un bosque de ramas y follaje.

"En el descenso de la colina está formado el jardin, con sus senderos de arena formados entre el césped, y de césped



Lit. de H. Iriarte.

Broadway.

tambien un círculo, que es como un gran canasto de flores descansando en la verdura.

"Siempre descendiendo, el terreno quiebra en los cristales de un extenso invernáculo que reverbera con el sol.

"Por entre las ramas de los árboles, y entre los arbustos y las flores, percibo en semicírculo un inmenso lago en que se rompen en rieles y corrientes los rayos de sol y las nubes de púrpura de la aurora, y en la opuesta orilla, entre cortinajes de delgados árboles que clarean, un césped como un terciopelo verde, casitas de madera con sus balaustrados al pié, sus balcones al frente y sus altas chimeneas, arrojando humo sobre las delgadas puntas de los pinos.

"Al Sur sonríe el bosque, dando paso á la luz altos y robustos árboles.

"De la orilla del camino se descuelga el terreno y se interrumpe, abriéndose para dar paso á las aguas que serpean como en una barranca, estancadas y aparentemente inmóviles como un espejo.

"Sobre ellas atraviesa un puente que camina buscando el caserío, en un recodo se pierden las aguas y en la barranca de verde césped se ven sembrados, aquí y allá, los techos de habitaciones rústicas, hasta el pié de una elevadísima loma por donde se asoma el espacio con su manto de luz y de zafiro reflejándose en el mar.

"—Sr. Prieto, me dijo una voz llena de cariño y respeto, ¿ha dormido vd. bien? ¿Se ofrece algo?

"—Pase vd., señor, pase vd.

"El Sr. Bryant rehusó penetrar en mi habitacion; á mí me tenian conmovido tantas atenciones.

"Salimos á paseo. El extenso parque de esta casa con-

tiene tres ó cuatro casitas igualmente alegres, tambien de la propiedad del Sr. Bryant.

"El terreno está lleno de acueductos, y en ellos, dócil el arte, ha seguido con destreza suma las indicaciones de la naturaleza.

"Alturas ondeantes, bruscas hondonadas, bóvedas y crestas, picos y hundiciones se han respetado, sembrando árboles, regando flores, colgando enredaderas profusas, donde parece lo pedia el romancesco paisaje.

"La maquinaria oculta subia en un punto las aguas, las dirigia en otras, en otras las dejaba en libertad, haciendo sensible su influencia.

"Tomamos á las siete nuestro desayuno, acompañados de las adorables señoras de la familia, y fuimos á visitar la librería llena de estantes, con obras escogidas en todos los idiomas, que posee el poeta.

"En su mesa de escribir le acompañaba Petrarca, á que es muy afecto Bryant, y cuyo idioma conoce perfectamente.

"Oyó con gusto los nombres de nuestros escritores, de nuestras verdaderas glorias; ¡qué orondo y qué planchao le referia los triunfos de nuestros historiadores, de nuestros naturalistas, de nuestros astrónomos y poetas! Ni un avaro sus tesoros, ni una dama vanidosa sus joyas y tocados, ni un niño sus juguetes queridos, muestran con mayor alegría, que lo que yo, los nombres de nuestros hombres eminentes.

"Y cuando recordaba núestras envidias, y cuando tenia presentes nobles inteligencias, teniendo que hacerse perdonar con el destierro ó la miseria su superioridad, y cuando veia el galardon de respeto, la consagracion de amor que tienen hombres como Bryant, entónces.... daba otro giro

á mis ideas, para que no invadiesen las sombras mi espíritu.

"Un carruaje precioso nos esperaba para dar un paseo.

"Mr. Bryant subió al pescante junto al cochero, yo quedé con su amable hija en los asientos de respeto.

"La hija de Mr. Bryant es de encantadora dulzura, conoce perfectamente el frances, comprende el español y tiene un fondo de instruccion notable, aunque encubierto con la sencilla modestia que es, como quien dice, el patrimonio de esta venerable familia.

"El pueblo está naciente, como entre una serranía, gira amplio y fácil el camino, en excelente estado. Así, naciente, tiene sus templos, su gabinete de lectura, su galería de pinturas y su oficina de correos.

"Dos veces al dia le visita el vapor que nos condujo, cuatro el ferrocarril, y el telégrafo tiene abierto el oido para acudir á las necesidades del pueblo niño.

"Nuestro paseo duró dos horas por entre las calles del pueblo y los muchos cercados de fincas de campo perfectamente cultivados. Desde el seno de esas ricas sementeras veiamos á veces el mar, y como nadando en el éter, barcos como colosales aves acuáticas, con sus blancas alas luciendo con el sol.

"Déjame fumar este cigarro que tengo hace una hora en la mano sin haberlo encendido.". . . . .

No pude seguir la carta de Bryant. Mi visita á su casa ha dejado mi alma llena de agradable recuerdo, y mi corazon empeñado en sincera gratitud.

La visita del Sr. Bryant, mejor dicho, mi inesperada iniciacion en la vida íntima de un grande hombre, fué para mi alma un acontecimiento.

Y no porque algo de desusado ó extraordinario sorprendiese mí espíritu; no porque me hiciese revelaciones un talento elevado, sino por la presencia, por el contacto con la sencilla majestad de la virtud.

El interior del alma de este hombre es cristalina, diáfana como el éter de nuestro México en sus serenos dias de primavera.

Tiene algo de infantil aquella palabra, algo de inocente aquella mirada, y tanto de dulzura aquellas costumbres, que enamoran, infundiendo á la vez veneracion.

Sale de su estancia con su sombrerillo de paja, sin apoyarse y desembarazado, cuida por sí las plantas en union del jardinero, las mima y les prodiga cuidados, atraviesa los puentecillos que están sobre los arroyos, y cuando llega al departamento de los animales domésticos, le rodean y le saludan, y les dirige el poeta la palabra, celebrando sus gracias y monerías.

Las gentes que atraviesan por el exterior de la cerca, llevan la mano á sus sombreros, las niñas le saludan y corren á él, en solicitud de su mano y su palabra, y los muchachos juguetones le gritan de léjos y le saludan como á un viejo conocido.

Su existencia corre purísima, y refleja todo lo que el talento tiene de esplendores, todo lo que la ternura tiene de encantos y de aromas, el amor al bien, mecido en las auras de una conciencia imperturbablemente limpia.

En sus relaciones con la vida pública, Bryant está per-

suadido en lo más íntimo de sus convicciones, de la mision augusta de la prensa.

Cree que ésta es un sacerdocio de progreso y verdad, elevado sobre todas las miserias y sobre todas las pasiones, fijo en los principios de la civilizacion y de la confraternidad universal; así, en las luchas de México con los Estados-Unidos, se ha alistado entre los enemigos de la usurpacion, de la violencia y de ese *destino manifiesto*, que no es sino la brutal ostentacion de la ley del más fuerte.

Para llenar su mision el grande hombre, jamás ha admitido distincion, ni empleo, ni lucro, que lo desvíe de su carácter de periodista imparcial, así es que el pueblo le ve como una alta personificacion de la virtud y un paladin sublime de la verdad.

Con conocimiento profundo del idioma, con posesion perfecta del espíritu de la literatura de su país y de su época, será juzgado Bryant como poeta: yo solo expondré mis impresiones.

Bryant no inicia, no combate, no lanza su inspiracion en barca atrevida para descubrir los mares desconocidos del ideal; Bryant abre su alma y nos deja conocer un espectáculo como con bosques augustos, con montañas pensativas, con lagos extensos, reflejando los últimos destellos del sol que muere.... y como que revela el infinito.

La lectura de sus versos es como la entrada á una basílica, en que se siente el creyente en contacto con el espíritu de Dios.

La inspiracion es íntima, se revela como el fuego de las entrañas del volcan, por una nubecilla de humo que parece flotar como un velo en el azul purísimo de los cielos.

Todo se engrandece en él, y por la vivificacion de su génio poderoso, el átomo reluce como polvo de oro, y el insecto, como piedra preciosa, cintila bajo la yerbecilla que borda la márgen del arroyo. En sus éxtasis le sonríe y se convierte en maternal la muerte, y en sus creaciones reverbera con luz inefable la majestad del Sér Supremo. Es su corazon una copa de oro cuyo fondo contiene la deliciosa ambrosía de la inmortalidad. Con razon se proclama á Bryant el primer poeta de su patria y uno de los primeros del mundo.

Este es el hombre para los demás.

Yo, me siento enaltecido y como purificado con la contemplacion de su espíritu.

Yo, no tengo voces con que significar mi gratitud á este monarca de la inteligencia, que me concedió generosa hospitalidad cuando estaban abiertas todas mis heridas de desengaño, de desamparo y de miseria.

¡Cómo me presentaba á sus amigos diciendo de mí cosas que se resiste á escribir mi pluma, pero que revelaban su ternura hácia mí! ¡Cómo me refrescaba el ánima cuando mostraba ingénua admiracion por mis pobres versos!

Encerrados en su cuartito, atizando él mismo la chimenea, yo leia, él comprendia con dificultad; me hacia repetir dos y tres veces un verso y se lo traducia á su modo, exclamando: "¿Cómo hace vd. tan linda, Sr. de Prieto?".... ó bien exclamaba: "¿Vd. quiere vivir en esta por mí, Sr. de Prieto?...... No se parece vd. con eso tan priciosa, Sr. de Prieto...." (No parece que sea de vd. eso tan bueno). Y yo tenia las lágrimas en los ojos...... no porque creyera en los elogios, que bien sé que valgo muy

poco.... sino por sentirme amado de tan grande hombre......

Tenia conmigo la solicitud de una querida.... se le figuraba que alojaba á un príncipe.

Bryant nació en Masachutes en 1796, viajó por Inglaterra, Francia y el Egipto; posee varios idiomas, entre ellos el griego, con tal perfeccion, que su traduccion de la Odisea de Homero, está considerada como la primera del mundo.

Si entre los rayos de luz indeficiente que coronan aquella cabeza augusta; si entre las hojas de laurel que caen sobre aquella frente olímpica, percibís con dificultad una humilde violeta, esa flor la puso allí, como en un altar, mi mano agradecida y reverente.

Bryant es en medio del pueblo de los Estados-Unidos una Majestad, que debe sus títulos de universal respeto á la consideracion pública; parece que el pueblo honra en él el legítimo orgullo de verse embellecido por el génio y perfeccionado por la virtud.

El nombre del gran poeta se asocia siempre á todas las empresas gloriosas; Bryant figura como presidente de todas las instituciones de beneficencia y caridad; creen los americanos que como que las legitiman, como que las ennoblecen y les auguran buen éxito.

Para mí este rasgo de los Estados-Unidos, habla mucho muy alto en favor de la civilizacion de este pueblo.

Debo al favor de mi amigo el Sr. D. Ignacio Mariscal, dos traducciones de composiciones notables del Sr. Bryant: las coloco aquí como un tributo de admiracion al gran poeta, y como un título de orgullo para las letras mexicanas, porque las traducciones son magníficas:

THANATOPSIS.

(TRADUCIDO POR IGNACIO MARISCAL).

Para el mortal que reverente admira
La creacion, á su visible forma
El entusiasta corazon uniendo
Con vínculos de amor, vário lenguaje
Natura emplea. En horas de alegría
Ecos le brinda de ventura y gozo,
Y en las amargas horas
Que emponzoña la fúnebre tristeza,
Blandamente en el ánima insinúa
De su doliente amigo
Una voz melancólica, suave,
Que, la profunda agitacion calmando,
En corriente apacible sus ideas
Plácida mueve.—Cuando el pensamiento
De los instantes últimos del hombre
En tu agobiado espíritu cayere,
Como la escarcha en débil florecilla,
Y el sombrío ataud, y la agonía
Congojosa, y el hórrido sepulcro
En negra perspectiva te amenacen,
Y temblando de horror ya desfallezcas;
Sal pronto á la campiña, bajo el ancho
Pabellon de los cielos, y allí escucha
La misteriosa voz que se desprende
De la tierra y las aguas, del abismo
De los aires sin fin.
"En breve plazo
(Dirá la voz oculta) el sol radiante

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm 42.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

Que alumbra todo en su triunfal carrera,
Ya no te alumbrará: bajo el helado
Terruño en que tu forma se escondiere
Por pocos años, ó en la mar salobre
Que un momento la abrigue, al fin tu imágen
Se perderá tambien. La madre tierra
Que alimentó tu vida, sus derechos
Reclamará; los elementos mismos
Con que el ser material te dió en el mundo
Volverán á su seno; y ya perdida
Tu identidad, con el peñasco rudo,
O el terron insensible que el labriego
Pisa y rompe tal vez con el arado,
Se irán á confundir. La añosa encina
Con su bronca raíz irá esparciendo
El vano polvo en que estribó tu hechura.
"Mas no sin numerosa compañía
Al vasto lecho de eternal reposo
Descenderás, ni un tálamo más régio
Pudieras concebir. En él descanso
Lograrás en union de los patriarcas
De la edad primitiva, de los reyes
Y grandes de la tierra, de los sabios,
Los héroes que los hombres divinizan,
Y las beldades que su pecho encienden;
Los poderosos y los buenos, todos
En un sepulcro inmenso confundidos.
Los montes de granítico esqueleto,
Antiguos como el sol; los anchos valles
Que yacen pensativos á su falda;
Los bosques venerandos; lentos rios
Que fluyen majestosos; arroyuelos
Triscando leves por el verde prado,
Que esmaltan en mil flores; y en contorno

Derramado, infinito allá en la bruma,
Del hondo mar el lúgubre desierto—
Hé aquí la gran decoracion, el cuadro
Solemne, inspirador de vuestra tumba.
El astro cuya luz engendra el dia,
Los luceros que brillan en la noche,
Clara hueste sin número del cielo,
Ardiendo están cuál fúnebres antorchas
En los vastos dominios de la Muerte,
Y en tanto vuelan sin rumor los siglos.
"¿Qué son sino un puñado,
Qué son los que se agitan en la tierra,
Al lado de las tribus incontables
Que duermen en su seno? A la mañana
Pedid sus alas de oro, y vuestra mente
Vuele atrevida el arenal cruzando
De Barca, ó bien divague en las florestas
Que baña el Oregon, rumor ninguno
Escuchando, á no ser el de sus ondas,
Y allí, en aquellos páramos, los muertos
Tambien encontrareis; miles, millones,
En esas hoy profundas soledades,
De edad remota entre la opaca niebla,
Cansados de vivir la sien doblaron
Al sueño entenebrido y sin memoria
Que duermen todavía. Los difuntos
Allí ocultan su reino solitario,
Y allí reposan. A tu vez inmóvil
Con ellos dormirás, de los vivientes
Silencioso alejándote (¿quién sabe
Si aun falto de un amigo que te llore?)
Y todo cuanto alienta, cuanto vive
Al fin se te unirá. Los venturosos
Continuarán su risa cuando mueras,

Los míseros su llanto; cada uno
Corriendo seguirá tras el fantasma
Favorito; á su turno empero todos,
La ilusion ó el capricho abandonando,
Contigo irán para ocupar su lecho.
"En larga procesion los canos siglos
Pasarán, y los hijos de los hombres—
El jóven de la vida en la mañana,
El que toca al zenit de la existencia,
Doncellas y matronas, tierno infante,
O ya caduco y tembloroso anciano—
Sin faltar uno solo,
Tendidos á tu lado iránse viendo
Por otros y otros más que al fin sucumban.
"Vive, pues, de tal modo que al llamarte
Dios á seguir la caravana inmensa
Que va incesante al reino de las sombras,
Donde cada viajero encuentra lista
Su alcoba en los palacios de la Muerte,
No llegues ay! cual llega á su mazmorra
De noche, por el cómitre azotado,
Criminal infeliz; y en calma, erguido,
De la esperanza con el dulce apoyo,
Desciendas á la tumba, cual se mira
Rendido labrador que llega ufano
A su lecho, tranquilo en él se arropa,
Y duérmese al instante
Olvidado entre plácidos ensueños."

Washington.—1867.

EL AVE ACUÁTIL.

(TRADUCIDA POR IGNACIO MARISCAL).

¿ A dónde entre esos húmedos celajes,
Perdida vas en el confin del cielo ?
¿ A dó se tiende al espirar el dia
Tu solitario vuelo ?

Con ojo hambriento el cazador te sigue
Entre el oro y carmin del horizonte ;
Mas ya en el fondo se embebió tu imágen
Del azulado monte.

¿ Buscando vas la pantanosa orilla
De quieto lago, ó de anchuroso rio,
O la arenosa playa en que se aduerme
El piélago bravío ?

¿ Qué importa ? Dios en la extension vacía
Te marca el rumbo con potente mano,
Y cruzas la region del vago viento
Cual nave el Océano.

Batiendo con teson las luengas alas
Todo el dia bogaste allá en la altura,
Y ántes que humilles el cansado vuelo
Vendrá la noche oscura.

Pasaste ya: el abismo de los cielos
Tu forma arrebató; mas en mi mente
Quedó esculpida en indelebles trazos
Leccion grande, elocuente.

La mano amiga que de zona en zona
Por el desierto azul tus alas guía,
Guiará mi paso en el revuelto mundo
Hasta la tumba fria.

Washington.—1867.

XXV

Decoration day.—Western Union Telegraph Company.—Los palos del telégrafo.—El edificio.—Varias oficinas.—Biografía de Morse.—Viaje á nueve pisos.—Varios establecimientos telegráficos.—Viaje á Broklyn.—El Puente.—La Aimée.—Representacion de la Gran Duquesa.—Los calores.—Tertulia femenina.

DURANTE mi viaje, se verificó aquí el dia 29 la conmemoracion ú homenaje á los muertos (*decoration day*).—En esta ceremonia solemne que consiste en ir á depositar flores en las tumbas, se despliega gran solemnidad.

Marcha la guardia nacional del Estado á la ceremonia, y en esta vez se compuso como de ocho mil hombres de las tres armas, perfectamente equipados.

Es notable para muchos que estando en un mismo cementerio contenidos los restos de los que perecieron en la última guerra, á todos, sus respectivos deudos les tributan

honores y llenan de coronas sus tumbas, reconociendo la imponente igualdad del sepulcro, sin distincion de partidos.

Miéntras yo ponia un paréntesis á mi vida agitada, recorriendo las sombrías arboledas y contemplando los tranquilos lagos de Roslin, me procuraba Alfonso una visita á la oficina telegráfica de más renombre que existe en esta ciudad.

Trátase de *Western Union Telegraph Company*, que cuenta con 49 despachos en la ciudad, y á la que se calcula un capital de 40 millones de pesos.

La invencion prodigiosa de Morse, como todos saben, ha tenido desarrollo inverosímil en los Estados-Unidos, y no podrá por ménos tratándose de los nervios de la vida social.

En los caminos, en los lugares que parecen más desiertos, habla la magneta y nos tiene en comunicacion con el mundo; el encuentro de un palo de telégrafo es como el de un amigo, el de un guía, el de un custodio.

En Nueva-York se ven á las orillas de las banquetas como esqueletos de árboles, formando interminables vallas altísimas los palos de los telégrafos, que son pinos traidos desde Noruega, con sus travesaños ó cruceros, como brazos abiertos á la humanidad entera. En algunos de esos palos he solido contar hasta cincuenta y dos aisladores.

Al asomarme á ver la ciudad desde la torre de la Trinidad, veia el suelo de la calle con sus caballos y su corriente de gentío como al través de un tejido, y muchas veces, donde se cruzan los alambres, se hace como sombra en el suelo.

El gigantesco edificio que vamos á recorrer violentamente, está colocado, entre otros eminentes palacios, en la es-

quina Broadway y Dey, en la acera que da al frente de la casa de correos.

Tiene el edificio nueve pisos visibles, y diez contando con el subterráneo, y sigue en su fachada la arquitectura del renacimiento. Los materiales son granito, fierro, mármol y ladrillo.

La altura del conjunto del edificio es de 140 piés y 75 de frente, es decir, más angosto, pero más alto que el frente y las bóvedas de nuestra Catedral; y dije el conjunto, porque con la torre en que remata y en donde está colocada la campana, es de 230 piés de altura el edificio, como si dijéramos, veinte varas más alta que las torres de la misma Catedral.

Entramos al edificio que rodean en el exterior opulentos almacenes y tiendas, y nos encontramos en un extensísimo salon con puertas y ventanas amplísimas. El pavimento es de mármol blanco y azul; vénse diferentes secciones con mostradores, escritorios y estantes; la gente circula y rodea cada despacho en febril actividad.

Presentáronnos debidamente, nos pusieron bajo la direccion de un cumplido caballero que habla perfectamente el español, y atravesando gente y abriendo puertas, nos sustrajimos á la luz, descendimos una escalera y nos hallamos en el subterráneo ó mansion de esas fieras de acero y de bronce, que se llaman las máquinas.

Allí estaban removiéndose sobre sus lechos de granito; allí, alumbrada por la luz del gas, dejaban percibir su afanosa tarea.

Tres pares de máquinas de vapor para los elevadores, esgrimian sus músculos con el poder de veinte y treinta caballos.

De pié y silenciosas, con sus brazos inmóviles, están las bombas, capaces de arrojar cada una de ellas mil galones de agua por minuto para caso de incendio, aunque en el edificio están las bombas ambulantes para acudir á donde estalle el fuego.

A poca distancia de aquellos gigantes, están las calderas del vapor.

Bajo un angosto lecho de fierro distinguí, como en lucha sorda, algo semejante á dos cuerpos humanos; el quejido prolongado que despedian aquellos monstruos en la sombra, impresiona hondamente.

Esas máquinas son las domadoras del aire, dan vida á los fuelles con que se gobiernan los tubos neumáticos, esos quejidos son del aire, que como que protesta al perder su libertad. Tienen la fuerza los cilindros, de veinte caballos.

Al abandonar aquel recinto de sombra y de actores de fierro, lo hice con suma precaucion para evitar la caida en alguno de los diez y ocho hondísimos pozos que tienen vivaqueando á las aguas para el caso de un incendio.

Antes de acabar de subir la escalera nos mostraron unas galerías, que son los vastísimos almacenes de los útiles para la vasta negociacion.

—¿Ha visto vd., me dijo uno de los compañeros, la planta y las paredes del edificio, que tienen de espesor cinco y seis varas, sin contar las numerosas columnas de fierro y granito? Pues bien, el edificio lleva de costo más de dos millones de pesos, y no puede decirse que esté concluido.

Salimos á flor de tierra y nos detuvimos en el salon, en donde está el contacto del público, la tesorería y otras oficinas.

La detencion la dispuso nuestro guía para que viésemos la primitiva máquina de Morse y la recepcion de las notas de los telégramas.

El aparato de Morse es de palo, está en un nicho y se explica con suma veneracion.

Morse (Samuel Finley Breese) nació en 1791, en Charleston de Masachutes, estudió y se graduó en la Universidad de Yale. Pero despues abandonó las letras y se dedicó á la pintura y la escultura.

Notables son como pintor sus cuadros del *Hércules moribundo* y del *Juicio de Júpiter*.

Asistiendo en 1826 á las lecciones de física de un amigo suyo, se dedicó especialmente al estudio del electro-magnetismo, y en 1832, al regresar de Europa á su patria, ya trajo la idea de su telégrafo.

Hizo patente su proyecto, imploró proteccion, fué desechado, acudió á Europa; allí, unos dijeron: "¿Qué no habrá en la tierra de este hombre casas de locos?" y hasta 1843, protegido por 30,000 pesos que acordó el Congreso, funcionó el maravilloso invento entre Washington y Baltimore.

La seccion en que se reciben los telégramas es amplia, la limita el mostrador y la sirven varios individuos.

Toma el empleado el apunte, lo valúa y luego le deposita en un tubo de cuero de la hechura de una cuja de lanza, sin tapa.

Hecha esta operacion, deja caer el tubo de cuero en un cañuto de metal que está en la mesa y á mí me pareció un tintero ordinario: al suspender el tubo sobre el cañuto, parece que lo arrebata una mano invisible que está debajo

de la mesa. Ese es el carril aéreo neumático por el cual en instantes atraviesa la minuta del mensaje como un cohete desde el primero hasta el último piso, es decir, cuarenta varas poco ménos. Esa tramoya de los tubos me dejó estupefacto.

En un departamento contiguo al salon que describo, están, como si dijésemos, las postas de mensajeros que en número de cien recorren la ciudad con la celeridad del relámpago, encargándose de calles y rumbos circunscritos para la distribucion más cómoda de los mensajes.

Recorrimos de prisa el segundo y tercer piso ocupado tambien por varias oficinas, el despacho del presidente de la Compañía, redaccion, prensas y todo lo relativo á la publicacion del periódico titulado *El Telégrafo*, anexo á la negociacion. La sala en que reside el presidente es alegre y fresca : en ella están inscritos los nombres de Volta, primer indagador del vuelo del rayo, de Franklin su señor, de Morse su confidente y de Cirus Field, que le abrió paso en el corazon de las aguas, sentando en una mesa, para que bebieran en una copa la ambrosía de la civilizacion, á la América y á la Europa.

En unos departamentos interiores vimos los espaciosos comedores de los dependientes que tienen que asistir permanentemente al despacho.

El cuarto y quinto pisos están ocupados por oficinas de correspondencia y contabilidad.

En el sexto piso, en armazones como de botica, ó mejor dicho, como tinajeros en interminables filas, vimos las baterías ó botes que en número de diez y seis mil ochocientos funcionan en relacion con los aparatos.

El sétimo piso recibe luz por cuarenta y dos rasgadas ventanas que inundan el cuadrado y amplísimo salon de intensa claridad. Desde esa altura que domina la ciudad, se distinguen paisajes encantadores.

Vese Broklyn con su puente, que es una maravilla del mundo; City Jersey entre sus arboledas, y tras la poblacion flotante de mil naves y del bosque que forman sus mástiles, el mar encrespando sus inquietas olas.

A primera vista se ve el salon como una ciudad en miniatura, con sus calles que forman las mesas, y las alturas los estantes, nichos y eminencias del despacho de los tubos, y el registro de las líneas.

Son trescientas mesas servidas por doscientos hombres y cien lindas y elegantes señoritas.

La mayor parte de estas personas se ocupan, al frente de pequeños teclados de marfil, en pulsar sus teclas en sonatas mágicas que llevan á cientos de millas la palabra.

Todos los aparatos son del sistema moderno; la tira se enreda en una especie de copa de bronce y desenvuelve su faja con caractéres impresos, que trae viva la imágen, legible para todos, del pensamiento humano.

Unas secciones envían, otras reciben: las que reciben, despachan su telégrama por una faja que hace de conductor, se traduce, se copia, y se deposita en un tubo que desciende por mágia al despacho del primer piso.

Llamóme la atencion el aparato de los que copian mensajes. Consta de una especie de sencilla pizarra con una preparacion adecuada á su objeto; se coloca el papel sobre el aparato y se escribe con un punzon.... al alzarse el pa-

pel, dos ó tres hojas se han escrito á un tiempo con tinta excelente y aptos para ir á la imprenta.

El silencio, la compostura, la solemnidad de aquella entrevista en espíritu con el mundo entero, son indescribibles; aquel murmullo que lo forma el concierto con todas las naciones; esta contrapartida de la torre de Babel, mejorándola, porque aquella es la discordia y ésta la confraternidad universal; aquellos cables que como peregrinos misteriosos que llegan del fondo del mar, vienen á determinado sitio, obedientes á la voluntad del hombre; canales de su espíritu, fibras misteriosas de su idea, articulaciones sublimes de la inteligencia, que encadena el tiempo y salta audaz sobre la distancia. Ese espectáculo que se ve con el espíritu, me hizo, yo no sé por qué, más impresion que el Niágara mismo.

Entre la multitud de aparatos que veiamos, era objeto de especial curiosidad el cuádruplo telégrafo de J. L. Pope, que por un mismo alambre y en opuestas direcciones, conduce cuatro mensajes á la vez.

En un aparato que tiene perfecta semejanza con un piano vertical, están los alambres, como en la guitarra del piano, de todas las vías, y por medio de llaves se unen y separan segun es conveniente.

En otro cuadrito pequeño que con un cristal está en la pared representando un fondo negro, se verifica el tránsito invencible del rayo, que en una que otra chispa casi imperceptible y fugaz, avisa que cumple fiel con el mandato del hombre, al través del espacio y como formando senderos en el infinito. Ese vigía del rayo me pareció cosa de mágia.

El número de mensajes que se reciben y envían diariamente está calculado en 27,000; pero máquinas y aparatos

están calculados y tienen capacidad para 200,000 mensajes por dia.

El personal empleado por esta Compañía puede calcularse en dos mil personas.

Los pisos octavo, noveno y décimo, están ocupados por las oficinas de la prensa asociada, cocina, servidumbre, estanques y maquinaria.

Al hablar con el detenimiento que lo hemos hecho de la Compañía Western–Union, ha sido porque presenta un cuadro completo del desarrollo de este importante ramo; pero las Compañías establecidas en la ciudad son varias, y en todas ellas se hace el servicio con la mayor exactitud.

Hé aquí la relacion que hacen las Guías de los establecimientos telegráficos:

Atlantic & Pacific, 33 Broadway......	capital	10.000,000
Automatic..............................	„	13.000,000
Ery Railway............................	„	150,000
Gold Stok..............................	„	1.000,000
International..........................	„	1.500,000
Long Island............................	„	10.000,000
New–York, New–Joudlan, New–London.............................	„	4.000,000
Y como hemos dicho, la que describimos.............................	„	43.000,000

Se mencionan, pero no se da conocimiento de los capitales de las Compañías llamadas Baltimore, Franklin, Pacific and Atlantic y otras muy acreditadas y consideradas de cuantiosos capitales.

El placer y el escándalo se han encargado de anunciar en todos los tonos, y adoptando todas las formas, que la Aimée está en Broklyn, y para los mexicanos no solo era una invitacion para una entrevista con la gracia y con el talento, sino una cita en que nos esperaban bajo su forma más seductora, deliciosos recuerdos.

Para mí personalmente, el llamamiento de la Aimée era justificado motivo de una excursion á Broklyn, que habia visto á la orilla de las aguas entre los árboles de su terreno quebrado.

Ponen en comunicacion constante á Broklyn con Nueva-York, vapores que son en realidad grandes salones, con una calle al medio por donde caminan coches, carros y caballos.

La popa y la proa de estos pasadizos de vapor son semicirculares, y en los muelles de partida y recepcion encajan en el suelo perfectamente, de suerte que la gente sigue andando como si viniera en las aguas la calle misma, buscando su continuidad.

Apénas llega un vapor, parte el otro en crucero incesante; la corriente de gentío que se arranca del laberinto de Fulton, mercado que recorrí con Mr. Bryant, como que se aletarga y queda inmóvil dentro del vapor, y vuelve á cobrar su corriente en cada muelle.

Pero es lo singular que siendo innumerables los viajes, los buques están rebosando gentes, que como en la orilla de una plataforma, se ven de pié avanzando con todos los matices de sus trages, sobresaliendo sombreros, gorros, sombrillas y paraguas, que como que flotan sobre el grupo que se desliza.

El rio que se atraviesa y es extensísimo, está cuajado de

embarcaciones, y las orillas forman bosques de mástiles, de cuerdas y de velas.

Atravesábamos casi debajo del famoso puente, pudiendo medir con nuestra vista la prodigiosa altura de sus macizas torres.

Cuando se construia la torre del lado de Broklyn, se describia así:

"Es una inmensa columna neumática; pero no como las columnas conocidas de la comarca, que apénas exceden de seis piés de diámetro; tiene 168 piés de alto y 102 de ancho; la excavacion que se hace bajo el agua, contiene una extension de 166 piés y 98 ó 99 de alto. Se han empleado en el aparato 105 piés cúbicos de madera, y su peso y el del metal empleado en tornillos, escuadras y otros medios de seguridad, asciende á 2,500 toneladas."

El puente aun no está concluido, pero ha recibido los primeros alambres que se ven desde abajo como angosta tela. Pasan debajo de esos alambres los navíos más altos con la mayor holgura; las fragatas tienen que inclinar los topes. La tela que acabamos de mencionar tiene su pasamano de alambre: por allí, con la mayor frescura del mundo, atraviesan las *ladies* con sus sombrillas, distinguiéndose entre las nubes como las muñecas de un panorama.

Ya hemos dicho que Broklyn es una seccion de Nueva-York y tiene poco más ó ménos la poblacion de la ciudad de México.

Sus avenidas son amplias y llenas de cristales y de árboles. Sus edificios de calles centrales, achocolatados como los de las calles aristocráticas de Nueva-York, con sus escaleras

salientes, sus enverjados de hierro y sus banquetas amplísimas sombreadas por altos árboles.

Contiene Broklyn muchas iglesias; casa de Ayuntamiento, Academia de Música, cárceles, hospitales y colegios; en suma, está dotada de todos los establecimientos de una gran ciudad.

Tuve el disgusto de no ver el Parque famosísimo de Broklyn ni el astillero, considerado como uno de los más grandes del mundo, donde se reparan y construyen los monitores y los navíos de guerra.

El edificio del teatro á que concurrimos no presenta particularidad alguna notable: las mismas puertas que no se chocan y se abren y cierran sin ruido para adentro y fuera; el mismo declive precipitado del piso; los propios sillones de fierro y asiento movible para facilitar los tránsitos; el propio corredor, descubierto en la parte superior.

El telon de boca es de paño ó bayeta verde, liso como el forro de una mesa de billar.

Representábase la *Gran Duquesa*, favorita del público de México, aquella caricatura de los grandes palacios y de la ridícula pompa de las cortes, azotada como con un látigo con la inspiracion implacable de Offembach.

La representacion fué excelente, y la Aimée tuvo ocasion de derramar á puñados la sal y el chiste con que tan liberalmente la dotó la naturaleza.

¡Cómo me halagaron mis recuerdos! ¡cómo traia yo á mi memoria con orgullo la manera con que ha sido comprendida y ejecutada en México esa pieza!

Aquel Bum-Bum fanfarron, tipo eterno de los matasietes de charreteras, azote de los pueblos, era sin duda mejor comprendido por Loza y por Castro.

Fritz, buen mozo, simplon, con pretensiones de veterano, refractario á la pasion de la seductora duquesa, lo interpretaba mejor Poyo ó Garrido. Pero sobre todo, aquel príncipe Polk, narigudo y de frente deprimida, presumido, baboso, impaciente de poseer la mano de la duquesa que le desdeña y lo pone en ridículo, ese papel difícil lo vimos en México en todo su realce caracterizado por Areu.

Multitud de franceses asistian al espectáculo, como si se tratara de un llamamiento de la patria; reian, interpretaban las actitudes de los actores, completaban sus frases y se veia que pasaba sobre sus frentes, refrigerante y dulce, la memoria de los que hablaban y sentian como ellos del otro lado de los mares.

De ese sueño de dicha, de ese olvido de los dolores del presente, adormidos con el néctar de la ficcion, gozaba yo, y me llamaba la atencion que pocas veces ó nunca se hayan considerado las producciones del ingenio bajo esta faz benéfica.

Al lecho del dolor, á la oscura prision en que llora á la puerta la esperanza, en el buque en que la muerte nos habla al través de una frágil tabla en las horas de silencio y duelo, allí llega el ingenio entre las fojas de un libro, se apodera de nuestros sentidos, nos trasporta debajo de las aguas, nos inicia en los grandes salones, en el conocimiento de altos personajes, nos interioriza en los amores tempestuosos de Claudio Frolo, en las aventuras de Artagnán, en las picarescas excursiones de mi Vecino Raymundo, y cuando volvemos los ojos, se han secado nuestras lágrimas, hemos cobrado fuerza para las penas, hemos alejado de nosotros la tentacion suicida! Este milagro lo veia yo patente entre los especta-

dores franceses. Cada gesto, cada movimiento, cada una de esas irradiaciones de malicia que la Aimée sabe hacer lucir hasta en los pliegues de su trage, eran como ráfagas que iban á iluminar hasta las frentes llenas de canas de las viejas modistas, desertoras de Maville y de los campos Elíseos.

Volvíme de Broklyn: era ya de noche.

En las noches, la parte alta de la ciudad se ve oscura y triste; los remates de los edificios, las agudas agujas de las torres, se destacan en la sombra como fantasmas. De trecho en trecho, en los muros se ven claros luminosos de fondas y billares, y fuera de las avenidas en que el comercio se agita, los promontorios que forman las lámparas, las luces de colores de boticas y de teatros se levantan; se ven, en las calles esencialmente, como huecos de oscuridad suma, lobreguez y silencio tristísimos.

Por ahora todo sucumbe al calor. Un calor que agobia y mata la facultad de pensar; se siente como arena ardiente en las entrañas, nos baña el sudor, los ojos arden y la palabra se arrastra con sonido extraño en los labios secos.

Toda la pompa, todas las grandezas, toda esa ostentacion de civilizacion y de lujo que con justicia se admira en Nueva-York, se cambiarian por un cuarto en el más pobre arrabal de México. Este es un horno, se masca el aire.

Atraviesan gentes con las mangas de las levitas remangadas y los sombreros de paja, ó sendos abanicos en las manos.

Las damas dejan sus salones y están en las puertas de las entradas de las casas: los hombres hacen sus visitas en las escaleras. El suelo quema las plantas, solo con zapatos con suela de un dedo de grueso, se anda cómodo. Yo quise

andar con mi botin á la mexicana, y se me figuraba que iba sobre una parrilla ardiendo.

A las muchas fuentes se abalanza la gente á beber, y cuando el policía se descuida, zabullen su cabeza en las aguas los más encopetados.

El consumo de hielo es fabuloso; se trasportan verdaderos peñascos en carros: en el vino, en la mantequilla, en los tomates, en el *thé*, en el café, en todo hay hielo. En los teatros hay regados abanicos sobre los asientos, y no es extraño ver graves espectadores en la galería de un teatro de segundo órden, que quedan en mangas de camisa para no abandonar la diversion.

La gente gira como vagando, aturdida y sin objeto, hasta muy entrada la noche; y fíjese bien la atencion en que se trata de la noche, es decir, las horas de solaz y de fresco.

En el dia es la mansion en las llamas, trasciende como achicharrándose la carne humana en el gentío de Broadway: á cada dos pasos se ven grandes soperas con aguas de naranja ó limones, á uno, dos y tres centavos el vaso. En las boticas se agolpa la gente pidiendo soda, *vichy* y aguas heladas, y en cualquier momento se podria apagar un incendio, si pudiera deponer la gente la cerveza que toma de las dos á las cuatro de la tarde. El termómetro suele marcar de 100 á 104 grados de Farenheit.

A esas horas, el ruido de los mil carruajes que forman como piso que se mueve con sus techos, se oye como de procesion fúnebre; por poco elevada que sea una subida, se tiene que remudar caballos. A las orillas de las banquetas hay baldes con agua, donde paran los animales á beber, y con todo, caminan cuellicaidos, con las crines colgando y un

resollar de angustia que molesta de ver...... Así caen muertos.

Los cocheros, á pesar de preservarse con grandes paraguas que dicen con gigantescas letras: "Guanaco," y así conocidos por su gran tamaño, van empapados en sudor, con los ojos al cerrarse.... algunos bambolean de repente y caen sin vida entre los piés de los caballos.

Los carros son el asilo y la hospitalidad generosa de la gente fatigada: andando andando, trepan á ellos caballeros y mensajeros que van de pié, y muchachos repartidores de periódicos que se acuestan sobre *El Herald* y sobre *La Tribuna*, miéntras los devora encarnizada la llama del sol.

Por supuesto que la emigracion en este tiempo es espantosa. Por poco acomodada que sea una familia, se sitúa en los pueblos de los alrededores, en donde el campo engañosamente brinda fresco: otras familias van á los baños, donde el plaeer ofrece mil encantos á la juventud, y las familias opulentas viajan; siendo tan general la costumbre. que las que no viajan, dicen que viajan y quedan como ocultas en las casas, sin recibir á nadie.

En la mayor parte de las casas, con tal que no sean muy miserables, hay baños, y en los hoteles se sirven á los huéspedes sin aumento de pago.

Hay además multitud de baños públicos en que por muy corta retribucion se obtiene ese refrigerio: hay baños flotantes en las embarcaciones de los rios, asistidos con esmero, y que tienen anexas escuelas de natacion; pero todo eso es poco para templar los calores de esta sucursal de los infiernos. Acaso estos calores influyen en ciertas predilecciones en el vestido masculino, que á primera vista no sé explicar.

La generalidad del uso de puños y cuellos postizos en las camisas, se debe sin duda á la facilidad con que esos adminículos se destruyen, dando aspecto de suciedad á la camisa toda cuando protesta la pechera. Cambiar puños y cuellos equivale á mudar camisa; y aun así, como el lavado de puños y cuellos podria ser costoso, el cuello de papel hecho en máquina tuvo nacimiento, aunque no es tan popular como se cree.

La corbata blanca debe su favor tal vez á la altura del termómetro; una corbata negra se destiñe, lo mismo que de cualquier otro color; la blanca conserva la circunspeccion de la camisa.

La suela gruesa, muy gruesa, del zapato, es otra necesidad en todos los tiempos, así como en estos el zapato bajo.

En los primeros dias de los calores usaba yo mi calzado de suela á la mexicana; pero me tostaba los piés, caminaba como si fuera descalzo sobre ascuas; en el invierno se producen fenómenos análogos, y cuando llueve, se puede hacer una comparacion ventajosa para la suela gruesa, en competencia del zapato de hule.

Es costumbre de la sociedad americana, adoptada generalmente, recibir á los amigos fijando dia determinado de la semana; costumbre conveniente que concilia las distribuciones domésticas, con el solaz y la compostura para obsequiar á las visitas.

Nada más justificado, ¿no es cierto? pues es tal el apego á la costumbre, que en el momento que yo percibo esa especie de cortapisa, ni por Dios ni por sus Santos obedezco la órden, así pudiera perder la vista del lucero del alba.

XXVI

Familia predilecta.—Conversaciones íntimas.—El maíz y las molenderas.—Las tortillas.—El pan.—Bibliotecas.—Nuestro amigo Luis.—Biblioteca de Astor S. Aznar.—Instituto Cooper.—Otras Bibliotecas.

TENGO una seccion de mi familia, que así le llamo, de procedencia habanera, que forma el verdadero contento de mi espíritu.—Hombres distinguidos por sus talentos, mujeres llenas de gracia y virtudes, viejos platicadores y complacientes y niños como arcángeles de rostro, y como diablillos de vivos y traviesos: hé aquí la parentela, que con *aquel meneo* y *con aquella sal de los ijleños* comentan las costumbres, me hacen fijar en mil particularidades que se escapan teniéndolas á la vista, y me recuerdan mis tertulias de México, con solo la diferencia de que aquel *no sé qué* de la patria, con nada se reemplaza.

—No deje vd. de escribir sobre las máquinas de costura, me decia una Pepita bulliciosa, de ojos negros, parlanchina y que conoce México. ¿Se acuerda vd. que valian hasta cien pesos? Pues ahora valen una bicoca.

—Eso depende, replicaba D. Ramon, viejo observativo y camandulero, de voz desparramada y movimientos desembarazados, de que miéntras dura el monopolio que temporalmente concede la "Patente de invencion," el precio es alto; acaba el monopolio, se produce la competencia, y ella trae la baratura.

Ahora pueden conseguirse las máquinas que hemos comprado en cien pesos, hasta por veinticinco.

—A no ser, dijo D. Pedro, vecino viejo de Nueva-York y entusiasta por las mejoras materiales, que se haga cualquiera modificacion á la máquina, en cuyo caso continúa el privilegio. Así sucedió con una de esas máquinas. No tenia buen remate la puntada: esto era la desesperacion de todos. Un dia uno de estos yankees aguzados presentó una aguja con un ojo cerca de la punta. El problema estaba resuelto, el privilegio continuó.

—Pobres costureras! dijo Doña Ambrosia, protesta viva contra el progreso: los *yankotes toscos* y las brujerías de sus máquinas.

Juanito (jovencito entusiasta por todo lo americano).—Pues buenos pesos se pescan las costureras lo mismo que las lavanderas. Pobres costureras, pero feliz el que puede tener una camisa flamante por seis reales!

—En mi tierra, observé yo, trabajan mucho las lavanderas.

—¿Cómo se lava la ropa en su tierra de vd?

—Restregándola en una losa.

—Se tiene la doble ventaja, observó con cierta sorna D. Ramon, de que la ropa se desgarre y de que se destrocen las manos de las lavanderas, sin contar con que lavan de rodillas y que ese ejercicio las enferma.

El instrumento en que aquí se lava, es un cuadro con fajillas de madera ó metal; se pone la ropa albeando con solo tantear bien la potasa que se le pone al agua. El tendedero es de carretilla, la plancha tiene la lumbre dentro; se fija la ropa en el tendedero con unas pequeñas mordacillas de madera, lo que evita que se rompa como cuando se enrosca en el lazo.

—Vea vd. D. Ramon, dijo otro, yo quisiera para México, que es mi segunda patria, la adopcion de muchas pequeñeces que nada dicen, y que importarian alivio para las clases infelices.

La escoba para barrer sin doblarse, deberia generalizarse para ahorro de tiempo, compostura y salud de las sirvientas. La pequeña escoba mexicana obliga á estar casi boca abajo á las que barren, enfermando á muchas.

—Yo no sé cómo no quieren vdes. que se haga el barrido con máquina como en las calles.

—Ya se ve que es muy bueno, dije yo: es un gran cepillo cilíndrico unido á un carro de dos ruedas con sus cortinas para que contenga el polvo, y la limpieza se hace al momento. Nosotros tendriamos que poner pequeñas escobas.

—No, yo no llevo mi patriotismo hasta desconocer lo bueno, dijo Adelaida, mujer de raro juicio y de completa hermosura.

—Mi tia, prosiguió, repugna que se pongan en la mesa

calientes los platos para servirse el asado y otras viandas con salsa: á mí me parece bien no solo por el mejor sabor de la comida, sino porque se evita la mala vista de la grasa coagulada, que es repugnante.

—Bien parlao, dijo D. Pedro, no puede traer sino bienes la generalizacion de ciertos usos; es más eficaz contra las moscas la botella en alto agujerada del asiento ó papel del que se vende en las boticas, que las inmensas ramazones de que nos servimos: con muy poco, y de barro vidriado, se harian comunes mucho más limpios que los que usamos; unos pedazos de jabon ó preparacion desinfectante, quitaria el mal olor y los focos de enfermedad de lugares de desahogo, depósitos de palidez y de fiebre.

—Tiene mucha razon Adelaida, expuse yo con íntima conviccion. He visto unos grandes carros ó pipas de las que pende un cañon de gutta perça adherido á la maquinaria de una bomba. El tubo se aplica al lugar que se desea limpiar, cae la inmundicia en el cajon cerrado herméticamente que forma el carro, y se verifica dándole á la bomba la limpieza, sin esfuerzo, sin que se perciba mal olor alguno.

Ese aparato aplicado á nuestras atarjeas y letrinas, repito que ahorraria mil vidas.

La limpia como se hace en México condena á vivir en el fango á la poblacion entera, cada deshahogo de albañal es inmundo, y miéntras la poblacion se degrada en la zahurda, las enfermedades eruptivas, el tifo y las perniciosas, diezman los barrios que habita la gente infeliz.

—Bueno, decia D. Ramon; pero la adopcion de esas máquinas no es compatible con los negocitos que pudieran hacerse á la sombra de la limpia.

—Eso no tiene réplica, dije yo confundido.

Comentando mi conversacion con Francisco despues de esta visita, me dijo:

—En lo que yo quisiera que te fijaras muy sériamente, es en *las máquinas de moler maíz.*

La máquina de moler maíz seria en México la redencion de la mujer. La preparacion de la tortilla ó pan azteca absorbe todo su tiempo, sujetándola á verdadera esclavitud.

Para una familia de seis personas, se requieren lo ménos otras tantas horas de trabajo.

El metate es una tosca piedra cuadrilonga que descansa en tres piés. En uno de los extremos se coloca la india, junto á una lumbrada en que hay tres piedras, sobre las que descansa el *comalli* ó disco de barro cocido en que se cuecen las tortillas.

La india está de rodillas, con el estómago pegado al metate y la mitad del cuerpo suspendida sobre la piedra; tiene en las manos el *metlapile* ó bolillo de piedra delgado en sus extremos, con que quiebra y remuele el maíz hasta volverlo masa, ayudada del peso del cuerpo.

El vaiven de su cuerpo es la rueda motriz de ese molino; una, dos y tres horas en la mañana y otras tantas en la tarde dura la fatiga, que se aumenta con el humo de la leña encerrado en el jacal ó en el pequeño cuarto, el golpeo de la tortilla, que se forma de pequeñas pellas de maíz, que se redondean á palmadas, y el contacto del barro convertido en ascua.

La mujer reducida á esa condicion de máquina, ni se asea ni piensa en su sexo, sus formas se descomponen, la sed la devora y la precipita en la embriaguez; sucia, desgarrada,

abyecta, apénas se levanta del metate para hacer otros trabajos y para corregir á sus hijos que vagan abandonados, desnudos y como animales en el hogar.

Tan dura es la tarea que hemos descrito, que muchos hombres condenados á moler en las prisiones, prefieren los trabajos de limpieza y otros más penosos.

La madre casi no existe para el indio; las caricias, los cuidados y la enseñanza, le son desconocidos. La india vive poco y enferma, destrozándola la tísis desde su edad temprana. Entre los indios son frecuentes las deformidades que provienen del trabajo que tiene la india estando grávida.

La coquetería seductora de la mujer, su propension al cultivo de lo bello, las gracias, que son las flores del hogar, nada de esto se conoce donde la madre es á la vez molendera y donde no siempre se resiente de ese defecto el que de una manera casi irónica se llama *bello sexo.*

Dentro de la capital misma las *tortillerías* son antros de suciedad, con furias infernales que en cuatro piés, llenas de sucios harapos y envueltas en negro humo, cumplen con su ruda tarea.

¿Se comprende toda la trascendencia de libertar á la mujer de este trabajo?

Se dice que la harina que resulta de la máquina no se adapta á la confeccion de la tortilla, y eso no es exácto, porque en las pequeñas experiencias se ha visto lo contrario. Se pone de manifiesto la obstinacion de la costumbre, y eso quiere decir que la reforma se tendrá que hacer lentamente, poniendo de manifiesto tambien con obstinacion, los beneficios de la máquina. La frustracion de una, de dos y de cien tentativas, no debe desalentar.

Los municipios en las cárceles y hospitales, deben adoptar la máquina de moler maíz; ella hará avances, conquistará terreno, persuadirá con el ejemplo. Los dueños de las haciendas, sobre todo, deberian tomar por su cuenta revolucion tan benéfica.

Entónces la mujer emancipada, ocuparia sus horas en sus trabajos domésticos; entónces serviria de dócil instrumento á la instruccion, y regeneraria y dulcificaria las costumbres del hombre, dotando su hogar de encantos que hoy le son desconocidos.

Una generacion vigorosa vendria á celebrar el advenimiento de la mujer á la familia, y el instinto brutal cederia el puesto al amor, revestido de las seducciones de la inteligencia y de la gracia.

La costumbre es la sola razon poderosa que puede oponerse; pero las costumbres bárbaras están condenadas á morir bajo la planta de la civilizacion; resistencias análogas se vieron cuando se introdujo la vela para que sustituyese al ocote; el calzado á la *tehüa;* el *tecomate* ó el *cajete*, al vaso.

El indio que ha comido aunque sea *pambazo*, se habitúa á él y abandona fácilmente la tortilla. La máquina de moler maíz es toda una regeneracion para la clase indígena, y no se debe perdonar medio para adoptarla.

Los libros extranjeros son carísimos, merced al bárbaro arancel que rige. En cambio los nacionales, y que se refieren á la instruccion, son de una baratura extraordinaria.

Ya hablaremos de librerías y periódicos; por ahora, contaré á mis lectores mis visitas á la Biblioteca de Astor, y á la Biblioteca del Instituto Cooper.

A ambas visitas me ha acompañado un amigo á quien voy á presentar á mis lectores.

Es mi amigo D. Andrés, chiquitin y moreno, de barba negra y ojos de relámpago, dentadura como perlas y franco de fisonomía.

Desembarazao y alegre de movimientos, fácil de lengua y de piés incansables.

Adora en los adelantos materiales de los americanos, y tiene adoptadas sus modas con fanático ardor. Saco holgado, pantalon de rayadillo, zapato bajo con enorme hebilla y suela del grueso de dos dedos, sombrero de paja con su liston negro, su enorme navajon entre los dedos, su paraguas de á setenta y cinco centavos debajo del brazo, y su abanico listo en la bolsa del costado izquierdo del saco.

Apechuga con el maíz guisado y con la mostaza, como cualquier labriego del *Kentuky;* no le hace gesto al *whiskey;* los tomates, los limones y las hojas de yerbabuena, son sabores que sus labios codician.

Entra con el mayor desenfao á las tabaquerías á prender con un palillo su puro en la lámpara de gas que arde en ellos, se sopla *sans façon* en cualquier *bar-room* á sus desahogos corporales, sonríe con los muchachos papeleros y limpiabotas, estrecha la mano á los policías, y los cocheros le saludan con cierta inteligencia, como si conocieran sus secretos.

Tan pronto está Andrés en el muelle presenciando una descarga, como en una Sinagoga con su libro en hebreo en

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm. 43.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez,
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

la mano; tan listo se le ve al rayo del sol en una carrera de caballos, como en el teatro más aristocrático, embebecido con las producciones de Shakespeare. Salta por aquí y por allí en el mercado, entre los pescados, las legumbres y los trastos, y deja el mercado para seguir al cementerio una comitiva de duelo.

Lo más curioso de D. Andrés es que no sabe una sola sílaba de inglés, y no solo ignora sino que tergiversa, de suerte que si le señalan la derecha toma la izquierda, y si le desvían corre á la espalda. Basta que le digan *hat*, que significa sombrero, para que él se presuma, como yo, que quieren agua.

De suerte que anda diez veces un camino, va donde no quiere, vuelve por donde no piensa.

¿Ya ven vdes. todo esto?.... Pues D. Andrés es adorable. Ama á México con delirio, porque allí está su raza, hasta la médula de los huesos, y ese afan de verlo todo y de instruirse, es porque quisiera trasportar á México todas las mejoras, y que su patria sobrepujara á ésta y á todas las naciones del globo.

Su cuarto está lleno de dibujos y modelos de máquinas, tiene á mano los reglamentos de todos los establecimientos de beneficencia y caridad.

Libros de lectura, pizarras, jises, esferas; y cuanto en la instruccion primaria se inventa ó mejora, está á su alcance.

Una escoba, una plancha, un aparato para ensartar agujas, todo lo tiene con sus propios recursos, sin ver á nadie, sin consultar á alma viviente sobre su mérito personal, y recompensado liberalmente con la idea de que su pueblo, como él llama con cariño á Y.... su suelo nativo, adelan-

te y valga más cada dia. ¿No tengo dicho que D. Andrés es adorable?

D. Andrés fué mi compañero á la visita de las Bibliotecas, y empezamos por ver la de Astor.

La Biblioteca de Astor está situada en la calle de Lafayette *(Lafayette Place)*, y se distingue por su severidad romana. Subimos una alta escalera de mármol blanco, y me hizo notar mi guía que toda la luz que recibe el edificio es vertical, producida por una elegante claraboya que tiene cincuenta y cuatro piés de largo por catorce de ancho.

La escalera desemboca en un espacioso salon, en el que se abren otros y otros, limitados por delgadas columnas y formando departamentos separados.

Los salones se dividen por angostos corredores que los circuyen á cinco varas de altura y pueden transitarse. Las paredes todas están tapizadas de libros, de suerte que es un edificio de libros con sus columnas y sus tránsitos en que se apagan las pisadas.

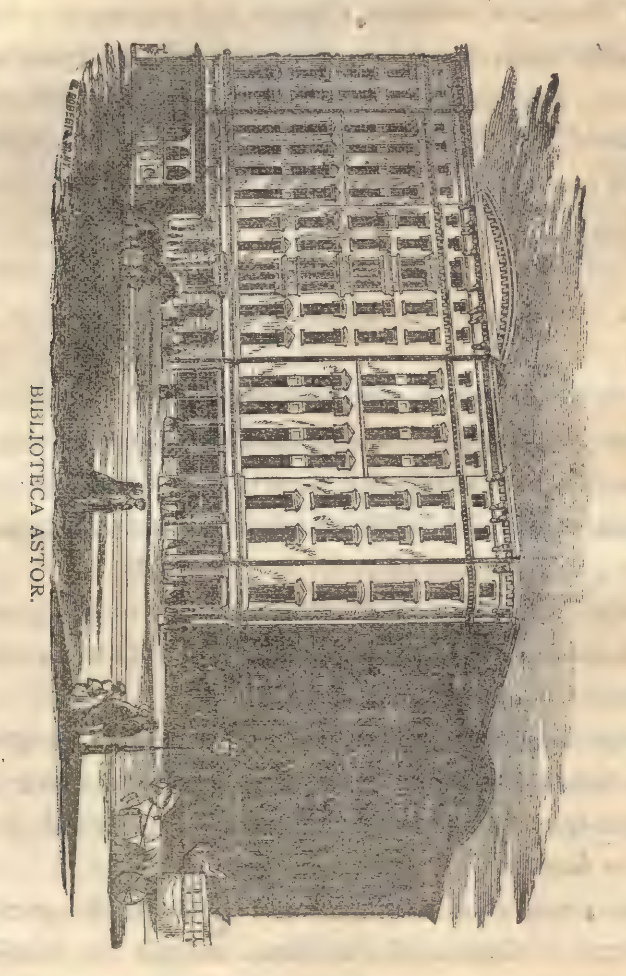
A la derecha de la escalera está el despacho de los blbliotecarios, y un mostrador saliente con varios libros abiertos, que son los índices con sus registros, en muy buen órden.

Al opuesto lado hay otro mostrador con cajones, que tienen divisiones paralelas llenas de tarjetas colocadas con cierta holgura, que forman índices tambien.

A proporcionadas distancias se ven mesas y sillones con lectores. La concurrencia era numerosa y no se oia el más ligero ruido; parecian los salones poblados por estatuas; las pocas palabras que se hablan son casi en voz imperceptible.

Quise tomar en las manos uno de los libros de índice del mostrador, y D. Andrés sonrió al ver mi sorpresa, porque

aquellos libros abiertos tienen la pasta fija y pegada al mostrador, permitiendo que se hojeen, pero que no se manejen, lo que los mantiene en buen estado.



BIBLIOTECA ASTOR.

Los índices del opuesto lado son más curiosos. En las líneas paralelas de los cajones descritos, hay colocadas sueltas tarjetas en órden alfabético, con el nombre cada una de una obra y razon de sus particularidades.

El índice se aumenta ó disminuye, sin que las correcciones se hagan visibles; permite que varios lo registren á la vez, y se hagan anotaciones curiosas.

La Biblioteca contiene 152,000 volúmenes, fué fundada por Juan Astor, que dió cuatrocientos mil pesos para su instalacion; hoy cuenta con un capital de más de setecientos mil pesos. En el año de 1875 concurrieron á la Biblioteca 75,549 lectores, y de éstos solo cinco mil fueron lectores de novelas.

Al salir de la Biblioteca de Astor, me fijé en la casa de la Biblia, situada entre las Avenidas Tercera y Cuarta y las calles 8 y 9.

El edificio es tosco, pero imponente; ocupa una manzana entera, tiene seis pisos, descansando en el primero las cinco séries ó fajas de ventanas verdes; el primer piso es el de elegantísimos crïstales de las grandes casas de comercio.

Las paredes están pintadas de encarnado.

Antonio Bachiller me hizo comprender toda la grandeza de esa asociacion de propaganda, que cuenta hoy productos de cinco millones de pesos.

Sobre diez y seis millones de Biblias se han repartido en aquel establecimiento, distribuyéndolas grátis, desde en los vapores que cruzan el Océano, hasta en el seno de las más oscuras familias.

Son infinitas las ediciones que se han hecho para todas las sectas cristianas. Hasta ahora, en más de veinticuatro lenguas y dialectos se imprimen allí Biblias, segun Bachiller. El me aseguraba, y lo ví despues en su Guía, que de 600 á 700 personas se ocupan en las dependencias de aquel espacioso edificio, que ha tenido de costo trescientos mil pesos.

Para la difusion de libros de propaganda religiosa, existen las siguientes sociedades:

American and Forcing Bible Society (Sociedad Americana y extranjera de la Biblia).

New-York Bible Society (Sociedad de Nueva-York de la Biblia).

City Bible Society (Sociedad de la Biblia de la Ciudad).

New-York Bible Common prayer Book Society (Sociedad de Nueva-York para la Biblia y libros de rezos).

American Trait Society (Sociedad de Nueva-York de publicaciones).

American Sabbat Tract Society (Sociedad dominical americana para la publicacion de Tratados).

Sociedad de publicaciones de Nueva-York, etc., etc.

El escritor español Blanco, conocido entre nosotros con el nombre de *Blanco White*, ha escrito varios de esos Tratados en español, con marcada elegancia, y los difunden protestantes españoles.

Además de estos medios de propaganda, hay misiones para el interior y el exterior del país, que dirige y fomenta la Sociedad de la Biblia, y seminarios y colegios establecidos con grandes riquezas y que funcionan con el mayor arreglo.

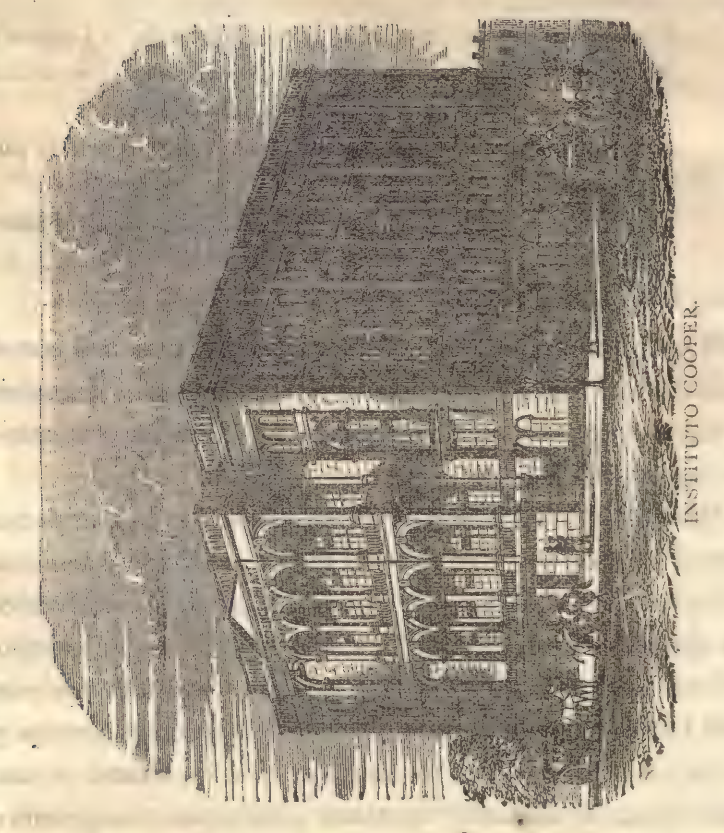
Salimos de la Biblioteca Astor para el Instituto Cooper.

El Instituto, dedicado al adelantamiento de las ciencias y de las artes, ocupa una manzana entera; su frente es una doble hilera de altísimas ventanas góticas; al piso primero se asciende por amplias escaleras exteriores.

El salon espacioso ó calle del interior del edificio, está ocupado por varias oficinas de particulares, que con sus rentas acrecen los fondos del Instituto. Están arrendadas tambien las accesorias exteriores.

Adornan las paredes de la escalera interior cuadros y dibujos: la escalera conduce á corredores de los varios departamentos que tiene el edificio.

D. Andrés y yo nos dirigimos á la Biblioteca: á la entrada nos dieron á cada uno una especie de moneda de cobre



INSTITUTO COOPER.

que sirve para pedir los libros, quedando en prenda en poder de quien da el libro y teniéndose que recogerla para poder salir. Esta sencilla operacion ha sido eficaz para evitar la pérdida de libros en un lugar á que asisten anualmente sobre seiscientos mil lectores.

El salon de la Biblioteea que estamos viendo tiene sobre cuarenta varas de largo por veinticinco de ancho. Está inundado de luz por rasgadas ventanas abiertas casi desde el techo, en airosos intercolumnios de la parte exterior.

Forman valla de uno y otro lado á las cinco hileras de mesas colocadas en el centro, sendos atriles en que están puestos en órden los periódicos en sus varillas y con sus candados.

Allí se lee de pié y se renueva frecuentemente la concurrencia, sin interrumpir á los otros lectores.

Vense en los atriles periódicos de todas las partes del mundo. *Yo, aunque busqué, no encontré periódicos mexicanos.*

En el centro hay mesas pequeñas y sillas para los lectores.

En el fondo del salon se ve un inmenso cuadro con los retratos de cuerpo entero de los grandes inventores que ha tenido este país.

La veneracion con que se contempla por todo el mundo este cuadro, inspira profundo respeto. Se percibe sobre él, el reflejo de la verdadera gloria.

Como una curiosidad me mostró D. Andrés, al lado del gran cuadro, un cuadrito pequeño, retrato de Cooper hecho á la pluma; sus perfiles y la pureza de las líneas me llamaron la atencion.

—Vea vd. bien, vea vd., no está en eso la gracia; acérquese vd. más. Lo hice así, y me cercioré que las líneas todas, sombras, cabellos y pestañas, eran letras. Son yo no sé cuántos salmos ó pasajes bíblicos, que se leen con microscopio y tienen correccion extrema.

El Instituto encierra, como hemos indicado, varios depar-

tamentos en que se enseñan gratuitamente, matemáticas, geografía, mecánica completa, arquitectura, dibujo lineal, natural y adorno. Numerosos dibujos, planos é instrumentos, se ven en cada una de las secciones, conforme á las especialidades que se dedican.

Lo que aquí se llama el *bassement* es un inmenso salon en que se dan lecturas, á que son muy afectos los americanos.



BIBLIOTECA MERCANTIL.

En ese salon leyó el Dr. Boyerton sus luminosas lecciones de geología; allí el orador italiano Gavazzi, desplegó su elocuencia en memoria de Maum; allí Worcester hizo ostentacion de sus talentos.

El establecimiento, como casi todos los de educacion, instruccion y caridad, está sostenido por fondos que suministran las rentas del edificio y donaciones particulares, dirigi-

do por una junta privada que sin embargo publica una Memoria anual para satisfaccion del público.

Todo el edificio fué costeado por Mr. Peter Cooper, gran filántropo que vive aún en Nueva-York, objeto de la veneracion universal.

Las principales Bibliotecas de los Estados-Unidos son las siguientes, segun el *Educador Popular*:

La del Congreso de Washington, que tiene 300,000 volúmenes; la de Boston, 1.500,000; la de Astor, de que hemos hablado, 152,000; la de la Universidad de Harvard, 118,000; la Mercantil (Nueva-York), 104,500; la del Ateneo de Boston, 100,000; la de la Compañía de Filadelfia, 85,000; la de Albany, 70,000; la de la Ciudad de Nueva-York, 57,000; la del Colegio de New-Haven, 50,000.

Estas son las principales Bibliotecas; pero existen multitud que no se mencionan, adheridas á los establecimientos científicos, literarios, y de caridad; de suerte que no hay aldea sin recursos para esta clase de instruccion.

XXVII

Escuelas.—"El Educador Popular."—Carácter de la instruccion.—Escuela gratuita.—Descripcion de una escuela primaria.—L. F. Mantilla.—Distribucion de trabajos en la escuela.—Cancion chistosa.—Utiles de escuela.—La escuela de niños.—Desentonos.—Broad de Educacion.—Noticias de las escuelas, segun la organizacion de 1869.—Instituto Charlier.

DIA bien empleado hoy: he comenzado á realizar mi deseo de visitar las escuelas. Este era en México mi pensamiento fijo; esta ha sido aquí mi más ardiente aspiracion.

Desde mi llegada, no he dejado de hacer preguntas, de adquirir libros, de relacionarme con personas poseidas de este sublime fanatismo por la instruccion.

Mi suerte quiso que una de mis primeras amistades aquí, fuese la de Néstor Ponce de Leon, habanero de nacimiento,

abogado distinguido, aquí impresor y librero, hombre que vive dedicado á honrosos trabajos.

Publica Néstor Ponce el periódico más interesante, más precioso, más fecundo en bienes para todos los pueblos que hablan la lengua de Cervantes: llámase este periódico *El Educador Popular*, y se deberia llamar *La Luz*.

En sus páginas de oro resplandecen los ramos todos de instruccion, trasmitidos á los maestros y al alcance de la inteligencia de los niños. Coopera á sus tareas Antonio Bachiller, y se publica bajo la proteccion del Sr. D. Manuel Prado, presidente de la República del Perú, quien, aunque no tuviera más título que este, por él seria acreedor á la estimacion universal.

Todo lo que el talento puede tener de más entendido en la eleccion de materias; todo lo que la sagacidad del amor al bien puede acumular de mejor para la enseñanza, se encuentra en ese periódico, que deberia ser como el pan del alma en los pueblos hispano-americanos. Sin embargo, el periódico se costea con trabajo, y en nuestra patria infeliz apénas es conocido.

Yo tengo entendido que el asombroso desarrollo de esta nacion; su paz y sus esfuerzos gigantescos; su dominio en los aires y en los mares; sus monumentos que empequeñecen los recuerdos de Egipto y Babilonia, de Grecia y Roma; el secreto de esos milagros que operan aturdiendo la mente, con el espectáculo del futuro, se deben á la educacion y la instruccion universales.

En mi país, la ciencia es curiosidad, es tentativa; aquí es atmósfera.

Nosotros tenemos tesoros de sabiduría que se encierran

en los gabinetes, la ciencia cambia de templos; aquí anda en la calle y se confunde en la multitud.

En mi patria, la ciencia y los grandes conocimientos son joyas que se ven al través de los cristales ó que ostenta un poderoso; aquí es como la corbata, como el calzado; es ménos rica, pero está al alcance de todos.

Es la instruccion en nuestro país, como en otros pueblos, como barras de plata y tejos de oro que poseen unos cuantos, miéntras muchos no pueden disponer ni de un centavo; aquí la riqueza, en su mayor parte, está en centavos: nadie tiene hambre, aunque no haya muchos potentados.

La sentencia de Michelet es aquí un axioma: "La patria se respira en la escuela." Las escuelas son planteles de ciudadanos; en la semilla se cuida el fruto, y el fruto es ópimo cuando madura.

La escuela gratuita, atendida con la excelencia que aquí se hace, es la base del poder americano, su garantía de paz, la vivificacion de sus instituciones. La enseñanza es la gran religion del país; y lá enseñanza con aplicaciones prácticas, es la encarnacion perpétua de la ventura.

Cruzan los mares vapores, se construyen puentes, se abren canales, y de esas grandes mejoras, la razon es la escuela: las escuelas son como los rieles por donde camina triunfal la locomotora del progreso.

Una sociedad sin escuelas, ó con malas, es como un hombre sin ojos. Supóngasele tan fuerte como se quiera; será un Sanson poderosísimo, pero poderosísimo para destruir.... Para edificar, ántes que todo, se necesita de la luz.

Poseo apuntaciones con muy minuciosos detalles sobre la instruccion pública, que pienso dar á luz, si Dios me con-

cede vida, cuando esté en mi patria: la naturaleza de lo que escribo no permite esas honduras; por lo mismo, limítome á consignar mis impresiones.

Para tener un guía seguro y á la vez un maestro inteligente, me relacioné con el Sr. D. Luis Felipe Mantilla, que es de esos sublimes fanáticos de quien hablaba hace poco.

Es D. Felipe Mantilla hombre que pesca sus cuarenta abriles, delgado y moreno, pelon, barbilampiño y de ojos negros inteligentísimos. Viste de lienzo, como los hijos del país en esta estacion, su sombrero de paja, su zapato bajo.

Mi entrevista con el Sr. Mantilla no fué un conocimiento, fué un asalto y un secuestro; le agobié á preguntas, le urgía para que me llevase á todas partes y todo me lo enseñara. Bueno.... Pero yo acabé por venerarlo y amarlo de todo corazon.

El Sr. Mantilla se ofreció á servirme en todo, y hoy fuimos á una escuela primaria que está cerca de la Sexta Avenida, en la calle 13.

El edificio es una construccion *ad hoc* para su objeto, circunstancia esencial que jamás queremos tener presente.

Consta la escuela de dos pisos. En el primero está la primera enseñanza; en el segundo la superior.

Llegamos á las nueve. En una espaciosa sala, en bancas paralelas, cada una con capacidad para seis niños, habia como quinientos educandos, desde seis á diez años.

En la cabecera, en amplia plataforma, con su mesa circuida de elegante barandal, se veia la directora, matrona elegante y modesta, de treinta y tantos años. No es fácil describir la majestad y dulzura de aquella señora.

Al pié de la plataforma está el piano y á su izquierda la

jóven, bellísima por cierto, que dirige las operaciones de los niños.

Los movimientos de los alumnos se hacen al compás del piano, que toca marchas y canciones, recuerdos de las glorias nacionales; en los movimientos se busca la regularidad, el órden, la disciplina, sin degenerar en parodias militares que convierten en pedantes á los niños y hacen que sus marchas se vuelvan retozo.

Distribuidos los niños, preludió la música el himno matutino, implorando la gracia para sus trabajos y dirigiendo preces por la familia y por la patria. Aquel acto me conmovió hondamente. México estaba palpitando dentro de mi corazon.

La directora hizo una breve lectura de la Biblia, y despues se oyó una especie de murmullo dulce, dulcísimo. Los niños sentados, con los ojos bajos y las manos juntas, rezaban el "*Pan nuestro.*"

La preceptora dió fin á la oracion y siguieron al compás de la música algunos ejercicios calisténicos de manos y cabeza, muy divertidos: las mil manecitas blancas se agitaban como alas sobre sus cabezas, se unian, palmoteaban y volvian á la altura como parvadas de palomas.

En seguida cantaron una cancion, que de éstas hay muchas, poniendo en caricatura á un chico perezoso que retardaba su entrada en la escuela, por venir silbando y jugando por la calle: en la cancion se silba y se hacen las contorsiones del muchacho. Resplandecia la alegría cuando concluyó la cancion, y en ordenadas evoluciones, al són de la música, se dirigieron los niños á sus secciones.

Dia á dia en la marcha se hace la distincion de los más y

ménos adelantados, de suerte que el desfile es una revista de estímulo y correccion de lo más benéfica. Las bancas del salon son de palo con piés de fierro, que se pueden reducir á cortas proporciones y empacarse.

En las paredes de las secciones de la primera enseñanza hay dibujos con figuras geométricas, aparatos mecánicos é instrumentos de útil aplicacion.

Como guardapolvo de friso, incrustada en la pared, está la pizarra: en varias escuelas hay una pasta con que se hace la pizarra, que no estorba, como el pizarron, la pieza, y permite que muchos niños hagan cuentas á la vez.

Entre las pizarras de mano hay algunas con gutta perca en las esquinas, para que aunque caigan no se rompan: hay otras de figura de papelera; la parte superior es corrediza, con muestras grabadas, de letras, flores y líneas de dibujo.

Cada niño tiene su mesita especial con su asiento. Esa *propiedad* los hace cuidadosos y cultiva el sentimiento de responsabilidad, sin el cual la idea de libertad se convierte en altamente peligrosa.

No tuve tiempo para estudiar la clase superior. Entré rápidamente.

Habian pasado ya las primeras distribuciones; el maestro acababa de decir una pequeña exhortacion á los jóvenes, enumerándoles las faltas habidas en el dia anterior y el modo de corregirlas.

Por mi desgracia, porque desgracia llamo á la de no haber visto funcionar la clase superior, por mi desgracia digo, cuando yo entré los niños acababan de mostrar con sus desentonos, que no recordaban alguna de las canciones que habian aprendido.

El piano porfiaba, las voces eran más renuentes; se caminaba bien, se llegaba al punto de la dificultad, y las voces se desbarrancaban.

A nuestra llegada, el maestro hizo que no se suspendiese la porfía.

Abandonar un trabajo despues de emprendido, le parecia una leccion funesta; retroceder por la presencia de una dificultad, le pareció de pésimo efecto, y á eso sacrificó toda consideracion. Hizo perfectamente; pero nosotros, que no teniamos empeño en aprender la cancion, nos separamos de allí, citándome el Sr. Mantilla mañana para un paseo igual al de hoy.

De regreso hablóme de los adelantos de la instruccion en Chile y otros lugares de la América del Sur; adelantos inferiores á los Estados-Unidos, respectivamente hablando, pero muy superiores á los adelantos de las otras Américas. El nombre de Sarmiento era repetido con ternura por el Sr. Mantilla.

La organizacion actual de las escuelas data de 1869. Están bajo la inspeccion de una especie de Ayuntamiento *ad hoc* que se elige popularmente, y del que dependen doce miembros que forman la Junta Directiva ó *Broad de Educacion.*

Las escuelas comunes se forman de dos departamentos, uno propiamente primario y otro de perfeccionamiento.

Hay en Nueva-York 237 escuelas gratuitas; de ellas, sostenidas por el Estado, 232, y el resto por asociaciones de beneficencia ó religiosas.

Las escuelas cuestan anualmente sobre tres y medio millones de pesos.

El valor de las propiedades de este ramo es de nueve millones de pesos, poco ménos.

El número de edificios para escuelas en todo el Estado, es 11,700, asistiendo á ellas 1.029,955 niños. Se calcula el valor material de los edificios en 20.417,329. El fondo para atenciones de todas procedencias, es de 10.919,466 pesos 45 centavos.

Como de esta materia nos hemos de ocupar con repeticion, dejemos por hoy esas apuntaciones.

Como escuela privada preparatoria para carreras científicas, mucho llamó mi atencion el Instituto Charlier, que se encuentra frente al Parque, á un lado de la Sexta Avenida.

Es un edificio de ladrillo, de seis pisos, con su fachada compuesta de columnas y pórticos; en todos los pisos hay fajas de ventanas, que son peculiaridad de las construcciones americanas.

El establecimiento es propiedad de M. Charlier, suizo de nacimiento, que llegó á Nueva-York con la suma de veintisiete pesos, se dedicó con asiduidad al cultivo de la enseñanza, y sus claros talentos y su honradez le procuraron, andando el tiempo, una fortuna de más de un millon de pesos. Mr. Charlier es ministro protestante.

El suizo generoso quiso dar un testimonio de gratitud al suelo que le habia enriquecido, y fundó este establecimiento, costándole el solo edificio 400,000 pesos.

M. Charlier es de cuarenta y cinco á cincuenta años, rubio, entrecano, delgado, anguloso, de continente afable, y de finísimos modales.

El salon de recepciòn es lujoso; en él hay botones telegráficos, lo mismo que en el despacho del director, que dan á todos los departamentos.

En los tránsitos de piso á piso hay estantes para la ropa del gimnasio y los baños, para depósito de zapatos, á los que se da lustre, etc.

Los dormitorios consisten en canceles de maderá con divisiones verticales, sin pared ni puerta al frente; allí está colocada la cama del niño, á la vista de la pieza del inspector de cada dormitorio.

En cada uno de los salones de dormir, hay esos tubos de hierro que dan paso al aire caliente para modificar, como conviene, la temperatura.

Cada una de las distintas cátedras tiene su librería y sus instrumentos análogos, segun la materia que se enseña en ella.

El salon del gimnasio es valiosísimo, y en él está combinada la completa seguridad del niño, con esa parte interesantísima de la educacion.

Llámase capilla á una especie de teatro con capacidad para todos los alumnos, que son más de quinientos, con lunetas y galería; en el centro está la mesa para el director. Sirve el salon para los actos colectivos del establecimiento, juntas y reuniones en que el director quiere dirigir la palabra á sus discípulos reunidos.

Cuídase del aseo y de la limpieza con rara escrupulosidad; por todos lados hay botes en que se arrojan papeles y hasta las más pequeñas basuras que caen al suelo.

La cocina es magnífica, y el departamento de las lavanderas no deja que desear. En instantes se apodera la máquina

de la ropa sucia, la sumerge en el agua, la restrega, la exprime, se deposita en morillos de palo que descansan en palo-carriles, camina el tendedero á una atmósfera de vapor que seca la ropa, la plancha y termina la operacion en instantes.

El establecimiento de Charlier puede presentarse como modelo, y si no me detengo en mi descripcion, es porque mi principal objeto en este punto, es dar á conocer los establecimientos para el pueblo.

XXVIII

Excursion con Francisco.—Los hoteles.—Continental-Central.—Hoffman.—Otros hoteles.—El Acuario.—Plantas.—Nichos.—Estanques.—Las focas.—La mujer pescado.—La ballena.—Títeres como en México.—Regreso al hotel.

HOMBRE, levántate, son las seis, has dormido toda la tarde. Así me dijo Francisco ayer sacudiéndome y sacándome del sueño más profundo y brutal que puede embargar á un ente racional.

Me levanté medio dormido, comí idem y me dejé conducir por esa especie de locomotora á quien llamo Francisco, y quien una vez que de mí se apodera, no me suelta hasta dejarme medio derrengado.

Atravesamos *Union-Square*, llegamos, siempre por Broadway, á la altura de la calle 20. Yo comenzaba á desmoralizarme.

—Ya ví, me decia, que te fijaste en el Hotel Continental; es magnífico, tiene, como los otros, su primer piso de cristales gigantes ; son estas construcciones, estupendas sin majestad, ricas sin brillo, de ostentacion soberbia, que despiertan admiracion, pero sin que se interese el alma por lo bello.

Esto de los hoteles, merece, continuó Francisco, que le dediques un estudio especial; en lo físico, porque es uno de tantos rasgos fisionómicos de la vida de este gran pueblo; en lo moral, por su influencia en las costumbres.

—¿Pues tú qué has observado en este respecto? dije á Francisco.

—He observado, me contestó, que de estos hoteles que se pueden llamar de primero y segundo órden, que cada uno de ellos representa una gran fortuna, hay más de ciento cincuenta en la ciudad. En solo esta calle de Broadway y cercanías, existen más de treinta, y de ellos tienes:

Astor, gigantesca construccion de granito, con cabida para seiscientas personas.

Colman, con 200 cuartos como los puede apetecer la más refinada opulencia.

Ya viste á Gilsey; el edificio es de hierro, con seis pisos sobre el basamento.

La portada es elevadísima, consta de veinte columnas superpuestas y cierra la portada en el quinto piso, es decir, á la altura de la segunda escalera de las torres de nuestra Catedral.

El Gran Hotel Central puede contener dos mil personas con toda la servidumbre, con holgura y con lujo.

Hoffman, de mármol blanco, con todo el refinamiento europeo, le ocupan ahora trescientas cincuenta personas.

El Hotel Metropolitano, que está inmediato á nuestro hotel, costó ochocientos mil pesos.

Ten presentes esos ciento cincuenta palacios y amuéblalos en tu mente con alfombras, vergüenza de la Persia, con paredes de cristales y de espejos, con regueros de llama en las alturas, con cuadros y estatuas, cortinajes y gasas, con sillones que chiquean, sofás que acarician, mecedoras que producen ensueños, y caloríferos y ventiladores para que el aire sea un halago que esté en espera de las sonrisas y de los suspiros del placer.

Las estancias de esos grandes hoteles se componen de un salon y una alcoba: el primero, con todo el lújo de un palacio; la alcoba, con todas las previsiones del cariño.

El colchon de resortes, la almohada discreta, el cortinaje dócil. El vaso descansando en el mármol para recibir el agua helada, la maquinita que suministra un solo fósforo sucesivamente, el baño con su tina de mármol y agua fria y caliente á toda hora, el comun inglés con agua corriente.

El hotel es una ciudad en abreviatura: el sastre, el barbero, la fonda, la cantina, el carruaje, todo está á la mano, y á la mano el telégrafo para abrazar de una mirada cuanto está pasando en todo el globo.

Pero á más del hotel existe el *Boarding*, término medio entre la alta y la mediana fortuna, remedo de la vida en familia, y á más del *Boarding* el cuarto amueblado y los mil recursos para no llamarse nadie desamparado en esta moderna Babilonia.

La vida así, se puede calcular desde veinte pesos por persona al dia, hasta ménos de un peso, sin tocar en los linderos de la pobreza.

En esta sociedad corriente y movediza que se renueva dia por dia, no hay hogar, hay estaciones, paraderos. Casas, ómnibus, albergues en que se efectúa el cosmopolitismo y forma sus mosaicos la humanidad, que tiende á fundirse.

Un hotel es un escaparate en que se da en espectáculo esa humanidad.

En un cuarto, un ruso ostenta su senda cachucha y calza sus pantuflas de piel; en el otro tararea un frances sus canciones, entre el figurin de una bailarina y el retrato de Gambetta. El vecino habanero que sigue fuma sus trabucos y cuenta sus onzas con fanfarronería. Un aleman soñoliento en el cuarto vecino, calcula frente á un tarro inmenso de cerveza las idas y venidas del yankee, que queriéndole tiznar, ha de llegar á ser su presa. Un español aplica su criterio á todo esto que ve, sin entender palabra, con su Guía de la Conversacion al frente, para que á la mejor pida un vaso de agua en inglés, y en respuesta lo tomen del brazo para llevarlo al excusado.

Y todo esto es tan encallejonado, tan simétrico, tan de iguales proporciones en su division, que yo llevo más de un mes en el hotel, y siempre titubeo para hallar mi cuarto y me soplo de rondon á otro en que presencio inconveniencias que me pueden costar una paliza.

Las muchas comodidades que presentan los hoteles, su extensa escala en que caben todas las fortunas, y lo apto que deja al individuo y aun á la familia para movilizarse, puede influir acaso en que aun personas que pudieran establecerse en su casa, vivan esa vida comun.

Así disertaba, escuchándome Francisco, aprobando unas veces, otras corrigiendo mis ideas, siempre haciéndome fijar

en los puntos de partida de mi juicio procedente de mis hábitos, de mis años, de mis preocupaciones, que algunas veces me hacen creer á mí propio, como falta de patriotismo, el reconocer lo mucho bueno y admirable que encierra este país, y constantemente sorprendido con este gentío inmenso que todo lo inunda, lo mismo las banquetas que los almacenes, que los ómnibus, que los carros; gentío que se agrupa, que se arremolina en las bocacalles de Broadway y de las Avenidas, y que corre como impetuoso rio y salta sobre los obstáculos.

Siempre es nuevo este espectáculo y siempre sorprende esa extension de una legua de edificios gigantescos como palacios y catedrales, y esa otra corriente de carruajes en que sobresalen los blancos techos de los ómnibus, los pescantes y los cocheros de pié, como una poblacion aparte, movediza, y que se agrupa y se desparpaja en las plazas, y se escurre y culebrea conforme á los accidentes del terreno.

Pero á pesar del entretenimiento, comenzaba á rendirme: habiamos andado como treinta calles.

—Francisco, ¿adónde me llevas? Hemos andado mucho más de una legua.

—Para un pedacito!..... esto te aprovecha: apóyate en mi brazo.

—Creo prudente que nos volvamos.

—Si ya casi llegamos; ¿ves aquella lista de luz de colores? pues allá vamos.

—No me digas; si aquí todas son fajas, listas, estrellas, ángulos, cruces y hasta manos de luz. Las llamas de gas están en todas partes, en globos de cristal, en vasos de co-

lores, formando árboles de luz bajo capelos, culebreando en las alturas, derramadas en los salones, brotando del suelo.

—Ya llegamos: vamos al *Acuario*.

En efecto, en una esquina, que á mí me pareció á muchas leguas de nuestro hotel, está situado el *Acuario*.

No creia que el *Acuario* me entretuviese, porque habia visto el de San Francisco California, y como allí se penetra inesperadamente en una galería subterránea que nos ciega, al abrirse los ojos entre cristales, con las plantas marinas y los peces sobre nuestras cabezas, la ilusion de un viaje submarino es completa.

Se entra al *Acuario* despues de atravesar un pasadillo lleno de plantas y de flores.

Es un gran salon inundado de luz, con quinqués y candiles de gas.

Forman líneas paralelas blancos globos de cristal apagado, conteniendo las llamas, y las líneas de globos forman como tres naves, las laterales y la del céntro, que es muy amplia.

En las laterales hay como grandes nichos ó cuadrilongos de cristales con agua, iluminados en la parte superior.

En el centro se ve un estanque circular coronado de luces, y en que entre cristales sube el agua una vara sobre nuestras cabezas.

En uno de los extremos está un estanque con su enverjado y una escalera al centro; en el opuesto, ó sea la cabecera de la sala, otro estanque, del que arranca un grupo de rocas naturales, formando en la altura una especie de gruta.

Entre el estanque central y el promontorio de rocas, en arco extenso se alza un puente que domina el salon; del

puente, se atraviesa á una pequeña galería en que estaban la orquesta y los cantores. En el centro del salon hay convenientemente distribuidos sillones, sillas y sofás.

Al pié del salon, ví una como tendida caja cubierta con cortinas encarnadas y asientos á su frente.

A la entrada se distribuyen, por cinco centavos, índices del Museo, muy razonados y muy útiles para los curiosos, de los que hay quienes revisan el inventario número por número.

Recorrimos los nichos de la primera nave á la derecha: allí nos llamó la atencion un pescado japonés, escarlata y blanco, de airosos movimientos; tiene la cola como una cauda de seda que cae cuando nada, y lo mismo son sus aletas.

—Estos japoneses son singulares! mira qué pescado como de raso: no se parece á los otros.

En los demás nichos vimos las carpas que se multiplican á millares, pescados en su vida íntima girando en todas direcciones ó permaneciendo inmóviles ó chocando en agitado vaiven; pasamos la nave central y recorrimos el otro lado del salon.

Allí los nichos están incrustados en la pared, y se ven moluscos curiosos, plantas marinas, corales, esponjas y otras producciones. Como en estas materias tengo ignorancia supina, no gozaba lo que otros; por otra parte, los pescados no son animales simpáticos para mí, y segun me habia observado Francisco, tienen unas caras de estúpidos y unas analogías con la gente de sacristía, que me molestan.

Miéntras recorriamos aquellas fracciones de mar; miéntras contemplábamos á aquellos prisioneros, trasladados á

aquel sitio para que nos revelaran sus costumbres, la música tocaba piezas escogidas, y voces de músicos mulatos muy entendidos nos halagaban.

Al terminar nuestro paseo por la tercera nave, nos llamó al centro la atencion la gente que se agrupaba al pozo que está al pié del salon central.

Un hombre se hallaba colocado en la pequeña plataforma suspendida sobre el pozo ó estanque. Tocó un timbre y brotaron del seno de las aguas dos enormes lobos marinos, con sus pieles negras, sin escamas, sus cuellos rechonchos, sus cabezas agudas y sus ojos redondos y saltones.

Subieron los monstruos, arrastrándose, los peldaños de la escalera, y se pusieron á los piés del cuidador, quien hizo ver que uno de aquellos animales está domesticado, y aun repicaba el timbre á la voz de su señor.

No obstante las muchas seguridades que tienen los espectadores, á mí me calosfrió el espectáculo.

Dieron de comer á las focas, y el gentío, en que habia muchos niños, se dirigió al estanque de las rocas, mansion del leon del mar.

Es un animal que tiene el cuerpo como de un becerro pequeño, negro y lustroso, con enormes aletas envolviendo sus manos y sus garras, y la cola terminando en enorme abanico. Tiene el animal como cuello y garganta humanos, y una cabeza de víbora enorme con dos ojos redondos como de persona.

Su voz es como ladrido gemebundo por intervalos.

El cuidador no se acerca á dar de comer al tirano de las aguas. Este sale, se sitúa á la orilla de las rocas y espera. Devora pescados enormes, y para que se vea, desvía el an-

fitrion la direccion de la presa y la arroja al agua. Inmediatamente despues se lanza el monstruo, dejándose ver en toda su deformidad y levantando las aguas con su golpe, lo que proporciona baños grátis á los espectadores, que se muestran muy divertidos.

Dejamos el leon para ir á oir á una niña que sobre una mesa declamaba y á la que nadie entendió palabra.

La caja con cortinas de que hablé al principio era ahora un lago suspendido en la altura entre cristales, y alumbrado con gas en la parte superior.

Dentro del agua estaba una jóven bastante gallarda, con *carnes* que figuraban escamas de plata.

La jóven tenia una pizarra en las manos. Hablando hablando, se sumergió, se acomodó sentada en el fondo del agua, tomó el pizarrin y se puso á escribir como cualquiera oficinista, mostrando en muy buena y correcta letra lo que escribia. La operacion habia durado más de un minuto: cuando la jóven volvió á la superficie, se oyó el recio respirar de todos los espectadores.

La música tocó una cancion melancólica, la jóven volvió á sumergirse, fingió que luchaba con el sueño.... se tendió en el fondo del lago y se quedó dormida. Aquel era un espectáculo casi de angustia: el director de escena, con relox en mano, iba proclamando los instantes que pasaban. Muchos tenian sus relojes abiertos. La inmersion, que á mí me pareció una eternidad, duró dos minutos!!!

Los aplausos saludaron á la jóven á su reconciliacion con la vida; la música sonó alegre, y corrimos al puente á ver lo que se anunciaba como ballena.

La ballena es un gran pescado blanco como de cinco va-

ras, que se traga los centavos de los crédulos. Es el símbolo del *humbug* americano.

Cuando estábamos en lo alto del puente, dominando el salon en espectativa de la ballena, oí unos ecos que me parecieron tan singulares, tan inverosímiles, tan mexicanos, que, sin quererlo, absorbieron mi atencion.... Vamos, ¿qué piensan vdes. que era aquello....? ¿á que no lo dicen....? ¿Se dan por bien vencidos? Pues bajo el manto de la Vírgen están metidos.

Eran *títeres!* sí, señor, *títeres:* el pito aquel agudo; aquel sonido.... era de *títeres*, y en teatrito de *títeres* estaba convertida la caja.

Los niños eran los dueños de la funcion: agrupados, encaramados en sus asientos, veian alegres los *títeres*.

Eran *títeres* de la tierra, sin goznes, y hablando en inglés: ¿á dónde, me decia yo, de aquel negrito valiente y de sueltas coyunturas que arma Sanquintin y acaba á puntapiés y puñadas todas las escenas? ¿y aquella Mariquita sacudida y zapateadora? ¿y aquel D. Folías que estira y encoge las narices? ¿y aquel caballo de la muerte? ¿y Juan Panadero....? ¿y sus niños, y mis hijos, y México....?

—Francisco.... Francisco.... por la madre que te parió que nos vayamos.

—Miéntras tú te divertiste en los *títeres*, yo he estado viendo una tremenda lucha. ¿Ves esos cangrejos con sus patas desparramadas, y esas tenazas....?

—Sí, ya veo, es espantoso.

—Acércate, verás la lucha.

Uno de esos cangrejos tenia entre sus tenazas un animalejo.... lo habia contundido, le tenia tendido, le extraia las

entrañas.... aquello era horrible.... Estaba reflexionando en que esta es una simple disposicion del ministerio de la guerra de los pescados.

—En efecto, de que los más grandes devoren á los pequeños.

—Así es la humanidad, me dijo Francisco.

Salimos del *Acuario*.... y anda.... y anda.... y anda.... y anda, hasta que llegamos á nuestra casa: habiamos andado sesenta y ocho cuadras.... Subí en cuatro piés la escalera del hotel.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

Por FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

(1877)

Entrega Núm 44.

MEXICO.
Imprenta del Comercio, de Dublan y Chavez.
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1878.

XXIX

Espíritu de asociacion.—La Sociedad para prevenir las crueldades contra los animales.—El Dr. Valentin.—El Sr. Bergh.—Un sermon elocuente en favor de los animales (nada de materias).—Sérias meditaciones por encontrarme hecho un animal en el inglés.—Una lavandera como una Lucrecia.—Varias equivocaciones.

LA asociacion, esa faz de la confraternidad humana, ese medio de multiplicar la luz y la fuerza, tiene en este país su más sorprendente desarrollo; es el contraveneno del socialismo, cria toda una política y una manera de ser de este pueblo admirable. Establece el nivel, no poniendo en accion la envidia y las malas pasiones para abatir al que sobresale, no; sino haciendo funcionar la inteligencia por agregaciones armónicas y encendida la noble emulacion, sobrepujar á los que van delante y están delante. ¡Cuán fecunda es en consideraciones esta simple manera de comprender las cosas del pueblo americano!

Entre las sociedades que florecen en esta tierra, la que se titula *Sociedad Americana para prevenir las crueldades contra los animales*, era objeto de mi constante curiosidad.

El infatigable D. Andrés tiene amistad con el Dr. Valentin, aleman de nacimiento, sabio arqueólogo, profundo en el conocimiento de las lenguas, modesto y afable, un caballero tal como podia apetecerse para hacer una visita á la Sociedad de que es presidente M. Henry Bergh, amigo de nuestro doctor.

Está situado el despacho de la Sociedad en la esquina de la calle 22 de la Cuarta Avenida; sobre el pórtico, de construccion árabe, se ve un caballo que parece hacer muy formal centinela al establecimiento de beneficencia.

Hay un letrero en la puerta que dice: "Remember that He coho made thee made the brute."

Confieso mi pecado; aunque tenia idea de estos establecimientos en Europa, no les daba la formalidad que en sí tienen y que aquí comprendí; me parecia que era bastante ocuparse de las gentes para descender á los caballos, declarándolos punto ménos que nuestros semejantes.

Presentamos en un escritorio nuestras tarjetas para que se diera parte al director.

Varios empleados estaban ocupados en afanosos trabajos. Nosotros recorrimos los cuadros que adornan la pieza.

Los cuadros son recuerdos del martirologio de los animales. Vese por allí un perro sangrando, vencido en el combate á que lo azuzaron por especulacion; más adelante un gato gesticula atormentado por los chicos; como que implora piedad un rocin flaco y lleno de mataduras, tirando de un carro con un peso enorme.... Interrumpió nuestra

revista el criado, que anunció que nos esperaba el Sr. Bergh.

Representa el estimable presidente de la Sociedad que visitamos, unos cuarenta y cinco años. Es pálido y de apergaminadas carnes, ojos claros y lacio cabello, que cae sobre su frente.

El Sr. Bergh ha viajado mucho, hizo su carrera en el cuerpo diplomático, conoce varios idiomas y posee conocimientos no vulgares en ciencias y en literatura.

Recibiónos con suma afabilidad en un precioso saloncito, lleno de libros, de periódicos, de instrumentos y de frenos, herraduras, collares y lo conducente al alivio de los animales.

Cuelgan de las paredes, con sus notas explicativas, varias tijeras, punzones, ganchos, espuelas y otros objetos de martirio, recogidos de manos de verdugos.

Bergh es un fanático penetrado de su alta mision; y como los hombres de su clase y de su temple, descubre con penetracion microscópica, tintas, delicadezas, relaciones y empleos de su mision que se escapan á la vista comun. Habla mesurado; pero una vez en posesion de la verdad que pretende demostrar, su voz se entona, adquiere verba fecunda y caen sobre sus palabras fervorosas, centellas de apasionada elocuencia.

—La existencia de los animales, me decia, es el complemento de la vida del hombre. Luego que un animal aparece acompañando al hombre, se mira la civilizacion.

Por otra parte, en la organizacion animal, el dolor existe con los mismos caractéres que en nosotros. Ailviar el dolor, procurar el placer á los séres inferiores al nuestro, nos me-

jorará por reaccion; cuidando á los animales, mejoramos á los hombres.

Si se fuera á analizar la fortuna del agricultor; si la sociedad tuviera en cuenta la estrechez de sus relaciones; si valuase su seguridad y sus placeres, hallaria en los animales, lealtad, arrimo, sufrimiento y ternura.

Vea vd. la escala de la ferocidad; y diciendo y haciendo, nos puso al frente de magníficos cuadros.

Aquí tiene vd. los combates de gallos; aquí las luchas de perros; aquí los gladiadores; aquí las corridas de toros; (aquí los héroes militares que coronan el clímax, le faltó decir)........

Yo me sentí humillado.... recordaba nuestra conducta con los animales; me veia tentado de pedir perdon, en nombre de mi país, al primer caballo que topase en la calle.

Para terminar su alocucion, que nos dejó perfectamente convencidos de la utilidad de la Sociedad, nos leyó trozos de un elocuentísimo sermon predicado en la Iglesia de San Juan, el 15 de Agosto de 1875, por el R. Edwin B. Rossell, bajo el siguiente tema:

"Nada es grande ni pequeño, para el Grande Espíritu que anima el Universo."

Despues de su peroracion, nos dió cuenta de la aprobacion de la Sociedad por la legislatura del Estado: las leyes que ésta habia dictado, la cooperacion de la policía en sus trabajos y la vasta ramificacion que ahora tiene y que consta pormenorizada en su Memoria anual, de que me regaló un ejemplar, así como otros varios cuadernos y periódicos que se publican á expensas de la Sociedad, y que ven la luz en Lóndres y otros puntos.

Más y más complaciente el Sr. Bergh, nos mostró invenciones de bozales para que los perros, sin dañar, tengan mayor holgura que con los bozales comunes, frenos de hechuras cómodas y herraduras en que se mejora en mucho el método comun.

Hablando nosotros del sistema que se sigue de herraderos en nuestro país, herraderos ó marcas que se hacen con un fierro candente, nos dijo que en las dependencias de la Sociedad, las marcas se hacen con pintura adecuada que jamás se borra y liberta de ese suplicio á los animales.

Por último, nos mostró la ambulancia, en que se trasportan al hospital á los animales enfermos.

Es un gran carro de muelles de cuatro ruedas; el cajon ó cavidad del carro tiene un doble fondo; el primero lo constituye un tablon que gira sobre rodillos, y al movimiento de una cigüeña se arrastra hasta levantar del suelo al animal y colocarlo en la tabla. La cigüeña se mueve, y con el mayor tiento y blandura queda colocado el animal y es trasportable cómodamente á grandes distancias.

La vida del Sr Bergh es una consagracion casi religiosa á dar lleno á los objetos de la Sociedad; él es el más activo policía, está en todas partes, se aparece donde se apalea un caballo, donde se atormenta un gato, donde se hacen degollinas impías de pollos y gallinas; en las casas de matanza, en donde se sujetan á martirios inútiles á los animales, y todo con zelo tan ardiente, que produce una especie de veneracion.

A la Sociedad que preside Mr. Bergh se deben las preciosas fuentes que adornan la ciudad, que constan de un tazon cómodo en que beben los caballos, una llave económica

con su receptáculo y su vaso para que apaguen su sed las personas, y una taza al pié de la misma columna que forma la fuente, al alcance y para solaz de los perros. En el remate de la fuente hay una tacita con agua para los pájaros.

Por último, en el cuarto del Sr. Bergh, en que descansamos, habia retratos de los bienhechores de los animales.

La Sociedad, aprobada por la Legislatura del Estado en Abril de 1866, consta ahora de un presidente, diez vice-presidentes, quince socios de la comision ejecutiva, un tesorero, un consejero y varios veterinarios.

Al separarnos, el Sr. Bergh nos regaló unos libros publicados por la Sociedad conforme á su instituto, de los que algunos de ellos son preciosos, como el que trata de la manera de servirse ventajosamente del caballo.

La visita del Sr. Bergh me dejó complacido al extremo, y con el vivo deseo de ver introducida en mi país esa institucion, lo que facilitará el Sr. Bergh luego que se dirija á él cualquiera persona de buena voluntad.

Estas sérias meditaciones despues de tratarse de animales, es porque me encuentro más animal que nunca en materia de inglés. Ya están al tanto mis lectores de mis primeras campañas de San Francisco; ya les puse de manifiesto mis extravíos en una banqueta, en una mesa de billar, hasta hacerme popular con los vendedores de papeles á quienes en dia claro daba una peseta porque me llevaran á mi domicilio; ya hice patente las luchas entre mi audacia y mi ignorancia: pues, señores, aquí, en esta gran ciudad,

se ha agravado mi mal hasta hacerme creer á veces que estoy siendo presa de una séria afeccion mental. ¿En qué consiste que miéntras más brutos sean los individuos aprendan mejor el inglés? Cualquiera de estos negros que merecen un bozal; cualquiera de estas arpías que vomita la Italia y que expele la Francia; cualquiera de estos chinos que parecen de masa cruda, en dos por tres se ponen al corriente y se incorporan á la humanidad: yo estoy cada vez más bruto, y cada dia me siento más extranjero.

Yo estudio, consulto, me rompo los cascos, y nada me vale.

Apénas llegué, fuí á la barbería. La barbería tiene sus botes en una armazon como de tienda, cada uno con su brocha: los barberos estaban en pechos de camisa, eran como unos gigantes; me tocó el más bárbaro y colosal, colorado como un rábano, puntiagudo como un caballo de Frisia.

Al entrar me echó una arenga; yo le contesté, á mi juicio, en un inglés que llevaba preparado; aquella plática era feroz: él comenzó á untarme de jabon y siempre que hablaba él, yo contestaba acorde: de repente se me nubló el cuarto; era que tenia la cara y la cabeza debajo del arca del barbero; no tenia escapatoria, no quise hacer movimiento: cuando saqué la cabeza de aquel cepo, tenia la cara como una bola de billar; todo pelo que topó al paso aquel caribe, habia caido bajo su navaja: bigote, piocha, todo. Cuando me presenté á mis compañeros, soltaron la carcajada.

¿Vdes. creerán que me enmendé? Pues no, señores.... fuí á la zapatería con el mismo desenfao.... hablamos el zapatero y yo.... á un signo de cabeza, botó los zapatos mios y me dejó preso en unos zapaticos que me hacian bra-

mar.... quise reclamar.... se reian y me daban palmadas en el hombro.... Si hubiera tenido un *revolver*, le vuelo á uno de aquellos tunos la tapa de los sesos. Para no cansar á vdes., los zapatos que tengo puestos, y en los que ando como sobre alfileres, me han costado treinta y tres pesos; once vale el par: resultado de mis altercados en las zapaterías.

Pero semejantes *ex abruptos* solo me caracterizan de pollino; lo que sí compromete y escuece y puede convertirse en trascendental, es lo que me pasó con mi lavandera.

Es el caso que la lavandera es una inglesa grave, angosta y larga como una asta bandera, con sus bucles canos y sus pretensiones juveniles: el Caballo de Troya puede ser su nieto.

Yo vivo con Francisco en piezas separadas que se comunican. Francisco es naturalmente grave, melancólico y retraido: se levanta mucho despues que yo.

Mi lavandera madruga; cuando ménos lo pienso, se cuela en mi aposento un fantasma envuelto en un negro manteo, con un sombrero como de tres picos y su canasto bajo el brazo.

La lavandera se habia ausentado hacia dias, de modo que carecia yo de camisas....

En el inglés de mi uso le dije, poniendo el continente más grave que pude:

—Es necesario que venga vd. más seguido: saque vd. la ropa.... quítela de ahí y vuelva dos veces por semana.

A medida que yo hablaba, la arpía aquella se enseriaba, me veia fosca, se acercaba á la puerta, y desde allí me hablaba.....

—Esta bien, le decia, creyendo yo que ella se excusaba;

si no puede hacerlo llamaré otra mujer; pero no es mucho pedir que me cambie ropa seguido....

La mujer tenia los ojos como ascuas y me hablaba incómoda.

Yo le decia en castellano: "No hay nada perdido; si vd. no lava, vendrá otra...." La mujer hacia seña de llevarse las camisas.... yo la contenia hasta que no me hablase claro, como si yo entendiera las claridades en inglés.... la reyerta era espantosa.

Francisco sacó la cabeza y me dijo:

—¿Qué estás altercando, hombre de Dios?

—¿Cómo qué? que el dia ménos pensado me deja esta anciana sin salir á la calle....

Ella habló con Francisco en inglés, y volviéndose á mí me preguntó:

—¿Pues tú que has dicho á esa mujer? repítemelo.

Repetí muy formal lo que habia dicho.

Francisco reia.

—¡Bárbaro! ¿sabes lo que le estás diciendo á esa mujer?....

—¡Cómo que lo sé!

—Le estás diciendo que se quite su ropa, que se desnude....

—Hombre, por María Santísima, que no sigas!.... Vea vd., señora.... véase vd. en ese espejo: yo no puedo decirle semejante cosa....

La tempestad se apaciguó, y las risas de la desdentada lavandera me ardieron como azotes con ortiga.

Añadan vdes. á esto mis distracciones: el primero, y el segundo, y el tercer piso de este hotel, son exactamente

iguales.... los mismos pasadizos, los mismos quinqués, las propias ventanas con sus cortinitas, idénticos botones para abrir y cerrar.

En el piso tercero vive Facundo; unas puertas ántes, un señor que ó se corta los callos ó se tiñe el bigote.... del otro lado un elefante femenino, que ó se aprieta el corsé ó engulle fruta como una ardilla.

Yo voy á buscar á Facundo.... por supuesto que me entro de rondon con el del bigote.... y le digo: *Excúseme*, y él me despide con un resoplido.... entónces corro avergonzado.... y ¡zas!.... con la anciana del corsé.... La cosa hubiera tenido consecuencias, si no fueran conocidas mis distracciones y si no fueran tan comunes estas equivocaciones por la uniformidad en todo.... ya he dicho que todo parece hecho con molde.

Cuando en los carros de dormir tenia en las noches que abandonar mi lecho, dejaba en él por la parte exterior mi levita, mi sombrero, ó me acercaba gritando; porque ahí las equivocaciones traen aparejadas, palizas y quebrantamientos de huesos.

Algunos dias ántes de nuestro viaje, con persona despierta y despabilada, habia acontecido lo que van vdes. á oir.

Viajaba un matrimonio: tomó una seccion ó sean dos nichos, el de arriba y el de abajo, porque son nichos como los cajones de una cómoda.

El nicho de arriba se dedicó, como siempre, á la señora, por estar ménos en contacto con los transeuntes; el de abajo lo ocupó el marido.

Las señoras y señoritas americanas hacen esas ascensio-

nes con sorprendente habilidad; entran elegantemente vestidas, con su gorrillo, su abanico, su saco de viaje.... apénas desparecen bajo la cortina, cuando al alzar los ojos se ve en la altura el túnico deshuesado, el gorrillo colgado y la sombrilla suspendida de la cadenilla del puño: la dulce mitad del género humano se desenvaina en el aire y se pone en instantes bajo las sábanas. Es cosa de mágia.

Todo estaba tranquilo en el carro; los tabiques de cortinas, débilmente alumbrados por un *quinqué* soñoliento, no se movian.

A cierta hora el marido comenzó á quejarse en voz baja de un dolor agudo en el vientre, de que padecia. La señora se levantó y fué al extremo del carro á preparar una cataplasma, cuya confeccion llevaba á prevencion; calentó la cataplasma en una linterna y la trajo hecha ascua, porque así se la habia ordenado el médico á su doliente esposo.

Volvió á oscuras casi, levantó la cortina, alzó la camisa al paciente y le dejó ir la cataplasma ardiendo.... oyó entónces un bufido atroz.... corrió espantada.... se desató bajo la cortina una tempestad de picardías.... La pobre señora se habia equivocado, y á un yankee que dormia tranquilo, le habia tostado la boca del estómago con la cataplasma, con lo que estaba frenético; la señora permaneció retraida no sé cuántas horas miéntras pasó la tempestad....

Es comun en uno de esos carros, y aun en los hoteles, que se encuentre uno en su cama un adjunto que le resuelle al oido.... Vd. se pone en guardia.... el invasor le calma, y hay escenas en paños menores, de lo más divertidas.

De los carros no se cuente: su parecido es tan perfecto y á veces se apiñan en un solo lugar tantos, que va vd. al

Norte y resulta en el Sur; quiere vd. visitar un teatro y se encuentra plantado á la orilla de un rio.

—Pero le avisa uno al conductor.

—Sí, señor; pero yo que soy un asno en inglés, por decir: "la calle 15," digo: "la calle 55," y me empujan y me abandonan en un despoblado, en que aseguro á vdes. que estoy en mis glorias.

Toda esta charla debió haber sido una disertacion sobre la importancia de aprender idiomas; pero me he perdido en divagaciones, y hé ahí.... que tocan á mi puerta recordándome que tengo que estar á las nueve en punto en la Escuela Normal de Profesores, que está situada entre las calles 68 y 69, es decir, á más de una legua de este hotel.

XXX

Colegio de Profesores.—M. Humter.—El edificio.—El gran salon.—Los exámenes.—Calificaciones.—La Aimée.—La Academia de Música.—Profanacion de Shakespeare.—Otros teatros. — Literatura dramática. — Vehículos.—La muchedumbre.—Otra vez la escuela. —"Grammar School."—Tributo de gratitud á mi querido amigo M. W. C. Bryant.

ME he asomado, he abierto los ojos, por expresarme así, sobre el Colegio Normal de Profesores, y yo mismo no me puedo dar idea aún de su importancia y grandiosidad.

El colegio está situado en la Avenida de Lexitong, entre las calles 68 y 69, es decir, en la parte que se construye á toda prisa en los alrededores del Parque Central: trechos despoblados, rocas vivas, y la calle, y el gas, y las cañerías, abriéndose paso con audaz insistencia.

En la misma calle en que está el colegio, se ven como haciéndole corte y realzando su magnificencia, otros edificios de beneficencia y caridad.

El colegio tiene un extenso frente y ocupa una manzana. Está ceñido el frente por un costoso barandal de fierro y se alza el edificio cómo sobre una peana.

La arquitectura es del estilo peculiar que aquí se usa en general: tendido frente, interrumpido por anchos y salientes bastiones deabovedados de remate coronado (Mansard roof), ventanas superpuestas y una fachada ó pórtico para cada piso.

El edificio es de ladrillo, y las columnas, cornisas, arcos y escalones, de cantería y de granito.

La grande escalera da á la calle y conduce en el interior á galerías extensas y verdaderos laberintos de salones y salas, siendo los tránsitos grandiosos claustros, con la luz modificada y el aspecto de riqueza severa.

Presenté al director mis cartas de introduccion, me recibió con la finura que es característica en casi todas las personas que se hallan al frente de establecimientos de esta clase, y nos invitó para que lo siguiésemos. En el tránsito íbamos viendo las diferentes cátedras y distinguiendo por cada ventana colosal un paisaje encantador.

La costumbre de ver en esta clase de edificios, amplios corredores con arbustos y flores y alegres patios, me hace ver á mí estos inmensos cajones de piedra con cierta tristeza; siempre se parecen más al buque que al hogar ó que á la habitacion, tal como nosotros concebimos su belleza.

Entramos con el Sr. Humter, que es el director, á un inmenso salon cuadrado, iluminado por más de veinte ras-

gadas ventanas, que contendria mil señoritas poco más ó ménos.

En la cabecera del salon está levantada la amplia plataforma semicircular con asientos, y una mesilla que funge de tribuna y en que descansa la Biblia.

Al pié del director se ve el piano y los lugares de los inspectores.

El salon es un amplísimo cuadro con su corredor interior formado por columnas, en las que descansa una galería que corre por toda la pieza, con sus gradas, como la galería de un teatro.

Los asientos del patio forman semicírculo en su totalidad, con tránsitos que los convierten en radios que convergen á la plataforma, graduados perfectamente como en un salon de espectáculo. El asiento lo forma un alma de fierro, del que penden dos cuadros de madera fina que se doblan: el uno funge de asiento; el otro, cuando es necesario, se convierte en mesa. Los piés de fierro están fijos en el suelo, de suerte que no se escucha el más leve ruido, porque las puertas no chocan sino que se abren para adentro y fuera: sus hojas están forradas en sus orillas, con paño ó bayeta.

La concurrencia de señoritas deslumbraba de magnificencia, de hermosura: se sentia orgullo por la raza humana, á la vista de aquel coro de serafines.

Las más señoritas concurrentes eran de quince á diez y seis años: las más chicas estaban en la galería.

El director leia los nombres y las calificaciones, interrumpiendo la lista con observaciones oportunas, oyendo á veces á los profesores que ocupaban la plataforma.

De cerca de tres mil niñas que se educan en el colegio,

setecientas veintitantas concluian su carrera para profesoras, dos mil y tantas quedaban en los estudios preparatorios. Estas cifras son en sí mismas más elocuentes que cuanto pudiéramos decir.

Visitamos una cátedra de aritmética y otra de frances.

En todas las cátedras habia exámenes y se preparaban los estudiantes para las vacaciones.

Quedé citado con uno de los profesores para que se sirviese instruirme en todo lo que deseaba saber del establecimiento.

Interrumpo la relacion de las escuelas, porque estos chicos á quienes tantas atenciones debo, quieren que eche una cana al aire, y no hay escapatoria; ellos porfiados, y yo de reconocida debilidad, en dos trancos nos ajustamos.

La Aimée con sus gestécicos y su zandunga, con sus alzadas de pié y con su tronar de dedos, nos llama al teatro de la Academía de Música.

Es un suntuoso teatro: desde el pórtico, que es amplísimo, nos reciben esos mil picos de gas que ponen en olvido la noche y conducen por donde quiera la claridad del sol, hasta embriagar de luz.

Lujosísimas alfombras tapizan las escaleras y el suelo. Los tránsitos exteriores son salones semicirculares coronados con barandales y crujías, que sirven de salones de desahogo á los palcos.

Los salones contienen bombillas y candiles de gas, cuya luz reverbera y se reproduce en grandes espejos colocados de trecho á trecho.

Entramos al salon, que estaba revestido, así diremos, por más de cuatro mil espectadores colocados en gradas, y saliente todo el concurso en las divisiones convenientes.

El teatro es semicircular. El centro forma una imperfecta herradura.

Arrancan del patio asientos en gradería como de cinco varas, y termina en una faja ó valla de tres hileras de asientos en gradacion.

Los palcos se alzan á su vez, que son otros dos anillos de departamentos al aire, y formadas sus divisiones por intersticios de fierro y madera que hacen calados y filigranas.

El todo lo corona la galería, con gradas hasta el techo. Esa disposicion del terreno, hace que contenga un mundo de personas, que como que descienden en cascadas de plumas, de velos, de gorros, agitándose aquel mar con el aletear de millares de abanicos que están en movimiento perpétuo.

La vista de abajo arriba presenta el espectáculo de pirámides y de montañas animadas.

Del centro del teatro pende un candil de almendras de cristal, que forman enjambres de colores vivísimos, reverberando con más de trescientas fuentes de llama que á torrentes desciende é inunda la concurrencia, constituyendo la luz por sí sola un espectáculo de cielo y de delicias inefables.

A la boca del palco escénico, y en cada uno de los pisos, hay tres palcos á la manera de los nuestros, formando elegantes fachadas y rematando en figuras alegóricas.

Los asientos, las barandillas y cortinas, son carmesíes, de terciopelo y telas de finísima seda con flecos y bellotas.

Me hechizó la Aimée, me encanté con Duplan, pagué mi tributo de admiracion á la Duparc.

En uno de los intermedios, la Aimée cantó una cancioncita en inglés *(Pretty like a picture)*, remedando á las actrices de los teatritos de segundo y tercer órden.

Salió tiesa y cuellicaida, andando en las puntas de los piés, con aspecto de garza que medita; hizo aquellos movimientos tirantes con sus interrupciones bruscas, siempre el gorrillo á los ojos y desairado el andar: de repente se animaba, juntaba y abria los piés á la usanza de la tierra, zapateaba y daba la patadilla final; pero coqueta, incendiaria, pícara.... de devorarla á besos....

Aquello produjo la tempestad, el desbordamiento, la epilepsía, el desparpajamiento de todas las almas, se hinchaban las manos de aplaudir, llovian ramos, se sentia caliente el aire de besos y de rabia.....

¿Y lo creerán vdes? tan linda funcion tuvo para mí un final de pié de banco.

Ya en otra vez me habian revuelto las tripas estos empresarios, anunciando una representacion de Shakespeare, haciendo siete personas distintas, en escenas diferentes, el papel de Julieta.

Hombre!.... pero ¿qué idea tuvieron aquellos especuladores ó director de Shakespeare? ¿con qué se justifica ese toro embolado con el primer trágico del orbe? ¿No tienen ahí *ministrils?* ¿pues á qué hacer mojiganga de lo que se ve de más respetable en el arte? ¿No tienen bastante con haber declarado el jitomate fruta, el maíz potaje y música ese dia del juicio de trompetazos que nos desconciertan?.... hombre, esto pasa de castaño oscuro!

Pues no fueron bastante las siete Julietas, que en las siete plagas de Egipto debieron haberse convertido á estos comanches del buen gusto, sino que en esta representacion dispusieron la de un acto de Mad. Angot, haciendo las mujeres el papel de hombres y *vice versa.* Esto es la desvergüenza de la especulacion, el poner de mantel de un figon, un gibelino.

Casi no se conciben estas profanaciones en un país tan fanático por Shakespeare, en donde se montan sus dramas con verdadero lujo y donde en la literatura tiene lugar supremo.

La trasmutacion fué atroz: aquella gracejada de maroma á pocos agradó, yo me sentí humillado, me agobió el fastidio.

Al salir, no sé por qué, el oir á la Aimée, la vista de Duplan, el círculo de amigos de México.... no sé, pero buscaba el coche de mi casa, me pareció que salia de Arbeu.....
¡Oh patria! México! México!

—Es forsozo que vea vd. y que examine los otros teatros de primer órden, me decia un amigo literato.

Vea vd. el teatro de Both: aunque ahora es mal tiempo, porque la gente emigra, los teatros se cierran y hay como un intervalo de parálisis en esta sociedad agitada.

El teatro de Both es inmenso, el escenario tiene 75 piés de profundidad y 50 de altura; es todo de mármol blanco, y su construccion tiene el estilo del renacimiento.

Es el teatro clásico por excelencia; en él han hecho

últimamente sus apariciones los actores de más nombradía.

Ese teatro ha sido construido á expensas del actor que le dió su nombre y se hizo de una fortuna cuantiosísima.

Ese actor solo ha estudiado y desempeña dos ó tres papeles, los más de Shakespeare, que le son favoritos, pero su mérito es singular; por otra parte, el público se renueva al punto que se permite la insistencia en una misma pieza, uno ó dos años.

El Teatro de la Opera tiene 113 piés de altura y 84 piés de profundidad.

En el interior, nos parece á nosotros, que estamos habituados á otras construcciones, que el teatro carece de elegancia, y no es así; es que se tiene otro modo de comprender el espectáculo.

El americano se fija, ó parece haberse fijado, en que al teatro se va á asistir á una representacion; la escena es su punto objetivo, y no se cuida de conjuntos, ni se fija en que la concurrencia es un espectáculo tambien.

Esto es tan exacto, que en algunos teatros, durante la representacion, el salon se oscurece y queda iluminado vivamente el foro, que es el punto objetivo.

A esta idea se debe la observacion especial de la ausencia del lujo.

La americana asiste al teatro, con pocas variaciones, como á la calle; la misma montaña de cabello, el mismo gorrito zalamero, que coloca con suma gracia y coquetería en su cabeza, y luego aquel equipo complicado, que consiste en capota, sombrilla, porta moneda, abanico, pañuelo, y no sé cuantas cosas más....

Este equipo se hace más notable en la estacion presente, en que si se rompe un huevo á cierta altura, cae cocido al suelo.

La literatura dramática tiene pocos estímulos; no obstante, en las farsas de los *ministrils*, entre las payasadas impasables, suele vd. encontrar chistes alusivos á las costumbres; pero como arregladores, como falsificadores, tienen su mérito los que se dedican al arte dramático.

Esos estupendos golpes de teatro en que hay tempestades y naufragios, terremotos y avalanches, luchas de fieras y desbarrancadas increibles, son muy del gusto de este pueblo aventurero y atrevido.

La maquinaria suministra recursos poderosos á estos hombres, y en ese particular la escena se sirve con propiedad y con lujo extraordinarios.

Las pingües ganancias y la duracion de las representaciones, permite cuantiosos desembolsos; no es extraño que para montar una ópera se gasten cincuenta ó cien mil pesos; y sin embargo, las entradas no pasan de un peso.

En efecto, me decia yo á solas despues que me dejó mi literato. Se podria escribir un tomo sobre los milagros que producen los muchos.

Estos muchos pueblan los mares y son el alma de la riqueza; la industria cobra proporciones titánicas; la fuerza como que se centuplica; en la atmósfera de la inteligencia se hace luz de llama y parece que los elementos todos de la creacion se trasforman; se vive dentro del sol, se vuelve céfiro el huracan, se abrevia el mar, se familiariza el espíritu con el infinito.

Calles que andan; alegría que lastima; puentes que parece

conducen á poblaciones aéreas; la voz humana caminando sobre alambres; el rayo como con librea llevando mensajes; el huracan tirando de la locomotora; el fuego uncido á la caldera como el buey al arado.

Los carritos que cruzan la ciudad en todas direcciones, formando cordon con otros miles de vehículos, todos van llenos de gentes, lo mismo que todos los vapores que cruzan los rios. Las orillas de las banquetas de granito se mellan con el roce, y se tienen que reponer á menudo; se ha pretendido calzarlas de fierro, y el fierro se deshace como el trapo.

En varias calles hay pilares de fierro con llaves económicas y fuentes del mismo metal, con sus tazas para beber, y minuto á minuto vierten rios de esas aguas.

Los rios del Este y el Hudson, que son brazos de mar, se hielan en invierno; esa cantidad inmensa de nieve se embodega en edificios gigantescos de madera y aserrin, y apénas bastan para proveer á la ciudad; la nieve es tan barata, que ahora se dan cinco libras por un solo centavo.

Esta es la riqueza y estos los prodigios que aturden; no es porque tal nacionalidad impera, sino porque el hombre es dueño de sí mismo; el triunfo es de la ley, es decir, se glorifica la razon en el jubileo sublime de la humanidad. Por eso aquí lo colectivo es grandioso y admirable; lo individual, egoísta y vulgar.

A pocos dias de llegar paseaba en Broadway con un amigo entusiasta por este pueblo, y me decia:

—Hay aviso en ese libro (El directorio ó registro de todos los nombres de establecimientos de la ciudad, ó mejor dicho, Guía de forasteros, que tiene 1,500 y tantas páginas),

hay aviso en ese libro, que cuesta su insercion diez mil pesos. Una cantidad igual producen al *Heraldo* diariamente sus avisos; esa es la razon de la baratura de los periódicos y del número de ejemplares que se imprime de cada uno.

Ese cajon de ropa que vd. ve, es una ciudad en abreviatura; su construccion es de fierro y mármol; ha costado más de un millon de pesos.

Aquella esquina que vd. creia templo por su gran cúpula y sus proporciones colosales, es un simple almacen de máquinas de coser.

¿Vd. ve aquella esquina de la calle 18, con su barandal de fierro y un edificio interior de poca importancia? pues al propietario le han ofrecido doscientos mil pesos por solo el terreno, pagándole además el valor de la finca.

Y todo adquiere por los muchos, las proporciones que tengo dichas. En la Exposicion de Filadelfia habia un cristal de ocho varas de largo por seis de ancho; se tuvo que rayar con jabon y que ponerle papeles para que no tropezara con él la gente. En Washington hay un edificio con un salon inmenso tapizado de estantes, que contiene únicamente libros, y esos libros son solo los índices de las invenciones de este pueblo-mundo que estamos observando.

De las mejor arregladas escuelas, es la escuela de la calle 12 para enseñanza de niñas.

Aunque en su frontispicio tiene puesto: *Grammar School*, hay una seccion que corresponde á la instruccion primaria.

La señora directora, por mis instancias, continuó en las ocupaciones á que estaba dedicada, y me dejó por guía á

una preciosa niña que habla con toda soltura y propiedad el frances.

Las niñas hacen sus evoluciones como los niños, marchando al són de canciones adecuadas á su edad.

En todos los tránsitos, y en las cátedras todas con especialidad, hay colgados mapas con vistas que llaman la atencion, dibujos de adornos y ornamentacion y retratos de los hombres ilustres del país.

En la pieza en que están las niñas de cuatro y cinco años, hay banquitas en que quedan sentadas con comodidad y holgura. No hay libros.

La jóven preceptora tenia, cuando nosotros entramos, un *abaco* en la mano, es decir, un cuadrito con alambres como líneas paralelas, y gruesas cuentas ensartadas en los alambres.

La preceptora corria unas cuentas: "Tres," decian en coro las niñas.—Otro movimiento: "Cinco," repetia el coro.—Otro más empujando cuentas.... y así era la suma: la resta era la sustraccion de las cuentas.

Las evoluciones del cuadrito eran un curso de aritmética al alcance de las más tempranas inteligencias....

Sacó despues la preceptora una cajita con figuras geométricas y las esparció en la mesa....

—Yo quiero un círculo, dijo.... y muchas manitas con sus deditos preciosos, señalaron el círculo....

—¿Está por ahí el octágono? preguntó la preceptora.

—Aquí, aquí, repitieron diez vocecitas......

—¿Pues qué cosa es cuadrado?

Y las chiquirrinas explicaban las figuras geométricas, como quien se come un dulce.

Al deletreo se le da importancia suma, no solo porque así se habla con propiedad, sino porque quien bien deletrea, me decia mi guía, escribe con toda correccion.

En los ejercicios, la profesora dice una palabra y la deletrean las niñas.

La lectura no se hace privadamente: una niña lee, las demás atienden; pero tiene que continuar la que señala indistintamente la profesorà: la lectura se aprende á la vez que la escritura.

En la distribucion de labores hay señalados intervalos de descanso para que las niñas jueguen. La continuidad de nuestras tareas en la escuela, parece á estos preceptores lo más dañoso á la enseñanza.

Habia olvidado contar á mis lectores que entre las bondades de que soy deudor á M. William Collem Bryant, una, y de las más señaladas, fué darme una recomendacion, en los términos más lisonjeros, para sus amigos, diciéndoles que deseaba yo ver algo de Nueva-York, y que me dispensaran las atenciones á que persona tan distinguida me creia acreedor.

La carta ha sido mi *varita de virtud* y mi llave mágica; con ella he penetrado por todas partes, adquiriendo una instruccion que, de otro modo, me habria sido en extremo difícil.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE

NUEVA-YORK.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Semanariamente se publicará una entrega de elegante impresion en 4º, buen papel, con su forro de color, conteniendo cada entrega 24 páginas y una estampa, ó 32 sin ella.

El precio de cada entrega es el de UN REAL en la Capital, y REAL Y CUARTILLA en los Estados.

Se reciben las suscriciones en México, en la Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo núm. 5.

En los Estados, los señores corresponsales de esta casa y todos los señores administradores de correos.

J. M. Aguilar y Ortiz,
Administrador.

